

Condessa Zamoyška

LA EDUCACIÓN

MORAL Y CÍVICA





$\frac{\text{II}}{\text{B}}$

133

LA EDUCACIÓN MORAL Y CÍVICA

ES PROPIEDAD.

LA
EDUCACIÓN
MORAL Y CÍVICA

POR

LA CONDESA ZAMOYSKA

TRADUCCIÓN

DE

JUAN DE DIOS S. HURTADO

CON LICENCIA



BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR

Calle de la Universidad, 45

MCMXIV

NIHIL OBSTAT



El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 15 de Febrero de 1913.

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scio. Canc.



118429

INTRODUCCIÓN

«Si el Señor no edifica la casa,
en vano trabajan los que la cons-
truyen.»

Ps. CXXVI, 1.

I

El catecismo fundamento de la educación

Ufánase, y con justicia, la generación presente, de los progresos del saber humano y de los numerosos e importantes descubrimientos que debemos a la ciencia.

Cada secreto arrancado a la naturaleza abre camino a nuevas conquistas y señala el principio de más asombrosos adelantos. Pero, mientras el poder de la ciencia aumenta en el orden material, mientras los sabios, con un conocimiento que crece y se perfecciona cada día, profundizan las leyes de la naturaleza, descubren incesantes aplicaciones de las fuerzas, subyugando unas, explotando otras y realizando sus empresas, no ya a tientas, como hace años, sino con exactitud matemática, en el mundo moral y espiritual ocurre todo lo contrario.

En la sociedad contemporánea reina tal confusión de

ideas, que personas animadas del mejor deseo de cumplir fielmente con sus deberes de ciudadanos, de trabajar en beneficio de su patria y educar bien a sus hijos, frecuentemente, no saben por donde empezar, y después de ensayar varios medios acaban por no hacer nada.

Muy extendido está hoy el prurito de interesarse por el bien social y por las instituciones que aspiran a conseguirlo. Cualquiera creería que nadie piensa sino en favorecer, servir e ilustrar a sus prójimos; pero el hecho es que la cuestión social está cada vez más embrollada y que la gravedad de la situación aumenta por instantes. La truhanería, el fraude, la infidelidad a la palabra dada, los desafíos, los divorcios, el lujo desmedido, la insolencia, hacen pensar que el nivel moral desciende de un modo alarmante. Y ¿a quién hay que culpar de ello sino a los educadores modernos que no saben formar hombres capaces de contribuir al saneamiento y regeneración de las costumbres? No es pequeña la responsabilidad que en ello cabe también a las mujeres.

Los santos casi siempre fueron hijos de madres santas, y los hombres ilustres de madres ilustres. ¡Cuántos santos y héroes, según su propio testimonio, debieron a sus madres la formación de su carácter!

Doña Blanca de Castilla, madre de San Luis, solía repetir a su hijo, que preferiría verlo muerto antes que manchado con un solo pecado mortal; de semejantes sentimientos bien cabía esperar que las gloriosas virtudes del futuro monarca ilustraran el trono de Francia y brillaran esplendentes en el cielo de la Iglesia.

Si tan grande es la influencia maternal en la formación de los principios y del carácter de los hijos ¿qué pensar de aquellas madres cuyos descendientes carecen de energía

y se hallan desprovistos de convicciones y principios sólidos en punto a moralidad? (1)

Preciso es recordar, sin embargo, que los padres, por lo general, tienen buenos deseos, sólo que, así como los marinos que navegan de noche sin compás, no pueden llegar al puerto, de igual modo los padres que no entienden suficientemente lo que debe ser la educación, no se hallan en condiciones de cumplir debidamente su misión.

Los hay que por encima de todo ponen el desarrollo físico de sus hijos, y a ello sacrifican todo lo demás. Para otros, el talento, la ciencia, los bienes de fortuna y la elevada posición social son los fines que importa conseguir aun a costa de los mayores esfuerzos y sacrificios. Pero ¿de qué servirá el desarrollo de las fuerzas físicas y la abundancia de medios materiales si el que los obtenga ignora la manera de hacer buen uso de ellos? Y ¿de qué servirán la ciencia y la instrucción, si no van acompañadas de la formación de un criterio sano, de un carácter enérgico, de una conciencia recta y de un vigoroso temple de alma?

Nada tiene de extraño que en todas partes se oiga repetir: «faltan hombres, no hay caracteres»; y no es ciertamente que haya disminuído la población del globo, sino que escasea la virilidad de alma, sin la que los individuos no alcanzan jamás a llenar debidamente sus deberes para con la sociedad en que viven. Si en toda empresa material es necesario comprender claramente el fin a que se aspira, mucho más lo es en los asuntos de orden moral. El educa-

(1) Es doloroso recordar las opiniones de algunas señoras al tratar de educación: una se lamentaba del casamiento de su hija con un hombre que no había saboreado la vida, es decir, la corrupción; otra, cuando la advertían que su hijo frecuentaba malas compañías, contestaba suspirando: «eso no puede evitarse, los jóvenes más tarde o más temprano tienen que cometer locuras»; otra madre felicitaba a los padres de un joven que se había desafiado, por el heroico hecho de su hijo.

dor no desempeñará cumplidamente su cometido, sino a condición de conocerlo bien de antemano. No es posible instruir a un artesano, cuando se ignora el oficio a que piensa dedicarse, y de igual modo tampoco se puede educar a un hombre sin tener en cuenta su porvenir y desconociendo los medios que deben conducir a la consecución del fin propuesto. ¿Quién se atreverá a poner en movimiento una máquina costosa sin enterarse antes del objeto a que está destinada y de la manera de manejarla? ¿Y dónde existe una máquina de tan complicado mecanismo como la naturaleza humana?

El hombre, creado a imagen de Dios, y a la vez infortunado heredero del pecado original; el hombre hecho para la vida eterna y viniendo al mundo con el germen de la muerte; el hombre destinado al amor y servicio de Dios, y cayendo siempre en los lazos de Satanás, del mundo o de los atractivos sensuales, haciendo, según la frase de San Pablo, el mal que no quisiera, y omitiendo el bien que deseara (1); el hombre no se comprende a sí mismo; ¿quién, pues, será capaz de comprenderle? ¿Quién podrá conciliar las terribles contradicciones que en él se observan, su extraordinario poder y su inconcebible debilidad, sus nobles aspiraciones y vergonzosas caídas, sus destinos eternos y miserias terrestres? ¿Quién descifrará este enigma de la lucha entre sus aspiraciones sublimes y sus tendencias animales? ¿Quién hará comprender al hombre su fin temporal y eterno? ¿Quién le dirigirá? ¿De dónde le vendrá la luz sino de Aquél que le ha creado, único que sabe para qué fué, único testigo de su caída y único juez y médico que le ha señalado el castigo y las condiciones de su regeneración? ¿A quién, pues, cuando se trata de

(1) Rom. VII, 15.

educar al hombre, será preciso pedir las nociones necesarias sino a Dios que le ha sacado de la nada y le ha señalado su fin y dictado las leyes a que debe someterse? Pues bien, todo esto lo hallamos explicado en el catecismo: en él se contiene la solución de los problemas de mayor importancia para el hombre: ¿de dónde viene? ¿a dónde va? ¿qué tiene que hacer en la tierra y qué le espera después de la muerte?

¡Cuántos infelices bajo la influencia de varias circunstancias pasan la vida ignorando lo que deberían saber sobre tan importantísimas cuestiones!

¿Tiene nada de extraño que caminando a ciegas, al acaso, lleguen a precipitarse en el abismo de una desdicha irreparable?

Al conocer por el catecismo el fin eterno y la misión temporal del hombre, conocemos también los caracteres y condiciones sobrenaturales del sér humano. Sin las luces de tan elevadas enseñanzas, la educación se convierte en asunto de eterna controversia y objeto de los más falsos sistemas y teorías.

Los unos atribuyen a la naturaleza humana una pasividad absoluta, haciendo depender la bondad o malicia de sus obras de lo que exijan simplemente las circunstancias exteriores. Conciben el alma humana como una página en blanco sobre la que puede escribirse al arbitrio lo que parezca más conveniente; pero los que así piensan olvidan que en los dominios de la vida moral interviene como factor la libre voluntad, cuyos efectos nunca pueden preverse con exactitud.

Otros, concediendo a las inclinaciones naturales y heredadas una influencia preponderante, sostienen que el hombre tiene que someterse a ellas fatalmente.

Por último, hay quienes olvidan por completo que las leyes morales obligan tan imperativa y categóricamente como las físicas. Verdad es que estas últimas llevan consigo una necesidad de carácter mecánico o fisiológico que no tienen las morales; no se puede vivir sin respirar, ni suspender la circulación de la sangre sin ocasionar la muerte, mientras que el hombre goza de entera libertad para someterse o no a las leyes morales. Se puede tener fe o no tenerla, obedecer o no obedecer sin ser castigado inmediatamente por Dios. Mas importa dejar sentado que la infracción de las leyes divinas en el orden espiritual acarrea terribles consecuencias, no sólo después de la muerte, sino aun en la vida presente.

Así como no hay verdad fuera de la verdad, ni luz fuera de la luz, así no hay principios morales fuera de Dios, que es la fuente de esos principios, y por consiguiente fuera del catecismo que los compendia todos. El que pretende buscar principios de moral fuera del catecismo se confina y circunscribe dentro del campo de la razón humana; y al negar el origen divino de aquellas verdades se condena a sí mismo a recoger, por decirlo así, ramas secas, que separadas del tronco, pierden con su savia vital casi todo su valor.

Fuera del catecismo, no hay ciencia capaz de explicar la misteriosa coexistencia de la libre voluntad del hombre, con las tendencias y pasiones que le esclavizan.

Por el catecismo sabemos que la lucha de las pasiones contra la razón, de los apetitos inferiores contra los superiores dimana de la corrupción de la naturaleza; esta explicación derrama la luz indispensable sobre la obra de la educación, demostrando que la naturaleza humana no es meramente pasiva y que tampoco puede ser calificada,

ni de absolutamente buena ni de absolutamente perversa. Y de esa verdad es preciso partir en la educación, recordando empero que jamás le faltará a nadie la fuerza necesaria para luchar contra la naturaleza corrompida y subyugarla.

Al tomar del catecismo los principios fundamentales, pedimos nuestra luz al Sol de eterna verdad, la fuerza al que es todopoderoso; y conforme a la promesa de Jesucristo, encontraremos lo que buscamos y se nos dará lo que pedimos. El catecismo nos enseña el origen y superior destino del hombre, dándonos a la vez tal conocimiento de las leyes divinas, que la cuestión de la educación se nos presenta desde luego a su verdadera luz. A pesar de eso, la empresa de educar siempre es difícil. No hay dos almas de tan perfecta semejanza que lo conveniente para una deba también aplicarse a la otra. Por eso, el arte de guiar las almas, o sea el arte de educar, es considerado y con razón el más difícil de todos.

Por el catecismo sabemos que todos somos miembros de Cristo, destinados a formar por toda la eternidad el cuerpo místico o sea espiritual de Jesús, cuya cabeza es el mismo Cristo, sabiduría eterna de Dios. Así es que, además del fin común a todos los hombres, cada individuo, como parte de ese cuerpo, tiene su función especial. El Señor dota a cada uno de distintos dones naturales y sobrenaturales, según la misión particular a que le llama, y por eso la educación debe considerar, además del fin común, esos fines individuales.

Si los padres se aplicaran a conocer la voluntad de Dios, que en cierto modo se revela en las aptitudes de sus hijos ¡cuántas penas y desengaños se ahorrarían!

Los padres no son ni los creadores, ni los dueños de

sus hijos; deben desarrollar en ellos cuidadosamente los talentos que les haya otorgado la divina liberalidad; pero no está en su mano el producir esos dones, empeñándose en inclinar los niños hacia aquello para lo cual no tienen aptitudes y generalmente destruye los otros dones concedidos por el Creador. Dios manifiesta su voluntad sobre el destino que le place señalar a un niño, no sólo por medio de los talentos, fuerzas y salud de que le dota, sino también con las circunstancias exteriores, dando medios para educarlo de un modo determinado o suscitando obstáculos que lo impidan. Ocurre con frecuencia que Dios deja esperar por largo tiempo las indicaciones exteriores de su voluntad; hay que esperar, pues, y no desarrollar prematuramente la inteligencia del niño, haciéndole aprender cosas que no puede comprender todavía, ni exigir de él lo que su débil capacidad no puede dar, ni exponerle a tentaciones con las que aún no sabe luchar.

De la innata corrupción de la naturaleza, proviene que al lado de buenas indicaciones, se hallen en cada alma los gérmenes de otras malas y viciosas; desarrollar las primeras y dominar y reprimir las segundas es el deber impuesto a toda verdadera educación. El medio más eficaz de vencer las malas inclinaciones, estriba en desarrollar las buenas.

Por considerables que sean los esfuerzos del educador, a nada conducirían sin la gracia y ayuda de Dios. A Él hay que acudir, de consiguiente, pidiéndole la luz necesaria para recibir la gracia divina, pues sólo el Creador y Señor de las almas es quien puede otorgarla.

Desdichadamente ocurre con frecuencia, que, a pesar de los cuidados más asiduos y de las oraciones más fervorosas, la educación no produce todos los frutos que de

ella se esperan. Sin embargo, la experiencia nos enseña que a menudo el hombre, aunque tras largas desviaciones del camino recto, al fin vuelve a él, si éste le fué indicado en la infancia. Así lo vemos en San Agustín, que tantas lágrimas hizo derramar a su madre, Santa Mónica.

No desmayemos, pues; hagamos cuanto está de nuestra parte y dejemos lo demás en manos de Dios. Sólo Él puede fecundar nuestro trabajo; pero a nosotros nos toca preparar el terreno con cuidadosa solicitud; nuestro mérito no está en el éxito, sino en el esfuerzo que hayamos hecho por conseguirlo. Después de comprender debidamente la extraordinaria importancia que encierra la enseñanza del catecismo, por lo que toca a la educación, necesitamos reflexionar seriamente sobre el modo de satisfacer a la necesidad de esa enseñanza.

El aprendizaje del catecismo exige ante todo penetrarse de su espíritu y desde luego aprender de memoria sus definiciones.

Hay quien atribuye cierta virtud superior y especial a las palabras mismas del catecismo y cree que no importa que los niños no las comprendan al principio, con tal que las sepan de memoria, creyendo que esas palabras por sí solas ejercerán su influencia sobre el alma.

Si Dios ha dado al hombre la razón, es porque esta facultad debe servir de guía a la voluntad, sin la que ni el mismo Dios puede salvarnos. En el estudio del catecismo, que tiene por fin la salvación del alma, no puede en modo alguno prescindirse de la razón. Y puesto que Dios ha dispuesto que la facultad discursiva se desarrolle muy lentamente en el niño, preciso es que la educación se acomode a ese desarrollo gradual. La enseñanza del catecismo, como toda otra cualquiera, debe acomodarse a la

edad y aptitudes de los niños, no proponiéndoles sino lo que pueden comprender, lo que pueda interesarlos sin causarles fatiga. Para los niños acostumbrados a recitar maquinalmente las frases del catecismo sin entenderlas ni de consiguiente los principios que encierran, esas definiciones no representan más que fórmulas vacías de sentido, incapaces de despertar ninguna idea, ni de satisfacer ninguna necesidad, ni de resolver ninguna cuestión; y más tarde, cuando esos principios, mejor comprendidos, podrían ser fuente de luz y de consuelo, se reducen a palabras muertas. Quizá se objete que en ese caso valiera más diferir el estudio del catecismo para cuando los niños se hallen en estado de comprenderlo. Si se trata de las definiciones dogmáticas, no cabe duda que hay que diferir el estudiarlas hasta cuando puedan comprenderlas los niños (1), mas en cuanto al espíritu de fe e ideas morales, nunca es demasiado temprano para inculcarlas, ateniéndose respecto de ellas al orden en que Dios procede respecto de la evolución de la naturaleza.

Dios, después de crear a nuestros primeros padres, ante todo les exigió absoluta obediencia, no les explicó por qué les prohibía comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal; se limitó a vedárselo con amenaza de castigo, y durante largo tiempo siguió el mismo método: ordenar o prohibir, recompensar o castigar.

(1) Hay que hacer aquí cierta advertencia, pues si teóricamente es mejor diferir el estudio del catecismo hasta el momento en que la inteligencia haya adquirido algún desarrollo, empero prácticamente sólo cabe hacer eso con los niños de los que nos conste que al llegar a la edad y razón correspondiente, aprenderán realmente el catecismo. Hay, sin embargo, muchos niños que no están en ese caso y sabemos que si no aprenden el catecismo en la infancia, no lo aprenderán nunca; esa clase de niños es mejor que aprendan de memoria aunque sea el más breve catecismo, porque puede suceder que en un momento dado lleguen a entender aquello que al principio era para ellos incomprendible.

Mucho más tarde, Dios habló a los profetas y patriarcas de una manera más explícita, queriendo preparar a su pueblo a la venida del Redentor. Después de los patriarcas y profetas, el Señor envía al Precursor de Cristo, a San Juan Bautista, del cual dice el Evangelio que es más que profeta (1) y cuyas enseñanzas fueron tanto más expresivas cuanto más cerca estuvo de Cristo. Por último aparece el Salvador, nuestro maestro y modelo, el cual enseñó a la vez con la palabra y con el ejemplo: ¡qué circunspecto es hablando a sus discípulos, y cómo sabe acomodarse a su nivel intelectual! A imitación del divino Maestro, la Iglesia promulga de una manera gradual sus dogmas, adaptando sus enseñanzas y mandatos al desarrollo y a la madurez de la sociedad. Pues bien, ese y no otro es el sistema que debe seguirse al instruir a los niños en materia de religión, enseñándoles primero la Historia sagrada y con su ayuda la noción de lo que Dios ordena y prohíbe, haciéndoles aprender todo lo que se refiere a la obediencia y a las virtudes morales, demostrándoles los efectos del pecado de Adán y Eva, del crimen de Caín, así como de la fidelidad de Noé, Abraham y otros patriarcas. Habiendo demostrado con el Antiguo Testamento el advenimiento del Mesías, se puede empezar la enseñanza del Nuevo, y siguiendo el Evangelio mismo, hablarles del nacimiento y de la vida y muerte de Jesucristo, lo cual escuchan los niños con mucho interés desde los seis o siete años. Luego se les hablará de la institución de la Iglesia y de la venida del Espíritu Santo, y sólo entonces se empezará la enseñanza del catecismo.

De esta manera los educandos se penetran del espíritu de la fe, antes de conocer el catecismo al pie de la letra;

(1) Matth. XI, 9.—Luc. VII, 26.

el catecismo les dará la exacta definición de las verdades que penetraron en su alma al aprender la Historia sagrada.

El catecismo es el resumen de las verdades y principios encerrados en la Sagrada Escritura; mas los buenos ejemplos descritos en ella son mucho más accesibles a los niños que las ideas abstractas contenidas en el catecismo.

La Historia Sagrada sirve, no solamente para enseñar los principios, sino para demostrar cómo deben ser aplicados en la vida y cuáles son las consecuencias que se siguen de abandonarlos.

Al enseñar a los pequeñuelos la Historia sagrada y el catecismo hay que acostumbrarles a que reflexionen sobre la moral que en ellos se encierra y sobre el deber que tenemos de tomarlos por norma de nuestros actos. Y si, en general, el catecismo tiene tan poca influencia en nuestra conducta, es precisamente, porque al aprenderlo de memoria no nos detuvimos a sacar las consecuencias que de él se desprenden.

Por otra parte, cuando los niños lleguen a la edad en que será provechoso para ellos aprender el catecismo al pie de la letra, es preciso que lo decoren y aprendan de tal manera, que al encontrarse en la vida con dificultades y dudas, sepan lo que hay que contestar a las primeras y cómo disipar las segundas.

Si lo ignoran se aturrullarán y lo que es peor todavía, no sabiendo cómo refutar las dificultades, se figurarán que no hay respuesta a ellas. Y como es difícil el preparar bien a los jóvenes a tales luchas, es necesario darles la seguridad de que la respuesta que no conocen por el momento, existe, y la encontrarán si la buscan con perseverancia.

La fe, fundándose sobre la verdad misma, tiene la fuerza de que carecen sus adversarios, y, por consiguiente, la seguridad de la victoria. La enseñanza de la religión, como toda enseñanza, requiere de aquellos que la enseñan, el saber más de lo que exige el programa. Por eso, enseñando a los niños el catecismo breve, acomodado a su edad y discernimiento, los padres y maestros deben ampliar sus conocimientos para lograr la comprensión más completa de las cosas que han de enseñar. Deben leer la Sagrada Escritura, de la cual es resumen el catecismo y la cual ayuda a entender mejor los principios del mismo. Y es tanto más importante insistir en esa necesidad, cuanto hoy es frecuente la convicción de que la Iglesia prohíbe leer la Sagrada Escritura.

La Reforma de Lutero fué un gravísimo mal, no sólo para aquellos a quienes arrancó del seno de la Iglesia Católica, sino también para los que se quedaron en ella.

El funesto principio de los reformadores, según el cual cada uno tiene el derecho de explicar la palabra de Dios siguiendo los dictámenes de su propia razón y limitando la fe a sus propias ideas, fué causa de que entre los mismos reformadores surgieran varias sectas, y entonces la Iglesia restringió la facultad de leer la Sagrada Escritura limitándola, por lo que a los fieles en general se refiere, a las Epístolas y Evangelios leídos desde el púlpito.

El hecho de que se viera forzada la Iglesia a limitar la lectura de la Escritura Sagrada para evitar la herejía, no implicaba la prohibición de leer los textos originales de la Biblia, sino sólo las traducciones en lengua vulgar. Hoy, habiendo variado las circunstancias, la Iglesia, no sólo permite a los fieles leer la Biblia en lengua vulgar, sino que aconseja hacerlo, con tal que la traducción sea apro-

bada y comentada por quien corresponde. Es verdad que hay ciertos párrafos en la Biblia cuya lectura puede producir más bien malos que buenos efectos en quien no está convenientemente preparado; tal sucede, por ejemplo, con las descripciones de crímenes y de otras acciones reprobables que, como es evidente, la Escritura no aprueba, sino que sólo se limita a narrarlos como hechos históricos. En lenguas extranjeras, especialmente en francés, abundan las ediciones en las que se han suprimido dichos pasajes. Pero aun en las ediciones completas, es fácil, para la persona que ya haya leído toda la Biblia, omitir esos pasajes al volver a leerla. Entre los que ofrecen mayores dificultades para su interpretación, figuran sin duda el Cantar de los Cantares y el Apocalipsis o revelación de San Juan; pero ambos encierran tantas bellezas que sería lástima omitirlos. Muchos de los lectores de la Historia Sagrada, al encontrar en ella pasajes que les parecen estar en contradicción con la ciencia de hoy o tropezar con otras dificultades, como por ejemplo, la cronología bíblica; o bien no sabiendo que algunos de los libros de la Biblia deben ser considerados sólo como alegóricos, caen en dudas en cuanto a su divino origen, o bien los rechazan por completo. La culpa de esto es únicamente del lector ignorante y presuntuoso. Para leer con provecho la Sagrada Escritura, hay que hacerlo con humildad, no buscando en ello la satisfacción de una vana curiosidad, sino luz, consejo, ayuda para conocer la voluntad divina y comprender mejor los fines de nuestra propia vida, los deberes cristianos y sociales; y si surgen dudas, lo más acertado es buscar su solución en los comentarios. Todos los libros de la Escritura han sido inspirados por el Espíritu Santo y por eso no puede haber en ellos nada falso.

Más de un punto, en otro tiempo obscuro, ha sido dilucidado hoy por los descubrimientos de la Ciencia.

El verdadero sabio no se detiene a medio camino por haber tropezado con aparentes antinomias, sino que prosigue sus investigaciones concienzudamente y llega a cerciorarse de que las verdades sobrenaturales, aunque no pueden ser explicadas por la razón, no son contrarias a la misma.

A los hombres de buena voluntad, les bastará saber que la Historia Sagrada no tiene por fin enseñar las ciencias naturales, la astronomía, la cronología u otras ramas de la ciencia humana. Los autores de los Libros santos, aunque inspirados por Dios, y por consiguiente infalibles, tenían que aplicar sus palabras y definiciones a las ideas de su tiempo, para ser comprendidos. Aun en la actualidad nosotros empleamos frases tales como las de «salir y ponerse el sol» que son contrarias a las hipótesis científicas generalmente aceptadas.

Los católicos que no leen la Sagrada Escritura, se ven privados de verdaderos torrentes de gracia y de luz. Es verdad que Cristo Nuestro Señor, no por escrito, sino con su palabra, dejó a la Iglesia una enseñanza divina y encargó que fuera transmitida a las generaciones venideras. Pero el divino Maestro y los Apóstoles nos demostraron muchas veces, citando las palabras del Antiguo Testamento, hasta qué punto es necesario para un cristiano el conocimiento del último.

El vigor del pensamiento y de la palabra, la constancia de los principios y del carácter, son las cualidades distintivas de las personas que meditan a diario la Sagrada Escritura.

San Jerónimo, escribiendo a Leta (1), nuera de Santa Paula, acerca de la educación de su hija, le recomienda que

(1) Carta 107.

procure familiarizarla poco a poco con la Historia Sagrada. «Haced—dice—que sus labios infantiles saboreen la dulzura de los Salmos. Que no ponga su corazón en las piedras preciosas ni en las sedas, sino en la palabra divina. Que aprenda la ciencia de la vida en las parábolas de Salomón, el desprecio de los goces del mundo en el Eclesiastés, en Job a imitar la virtud y la paciencia; que no suelte de la mano el Evangelio, que todo su corazón se penetre bien de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas de los mismos Apóstoles, y cuando su alma se haya empapado bien de estos libros, podrá enriquecer su memoria con los libros de los Profetas, los del Pentateuco, de los Reyes y de Esdras.»

Si, a pesar de todo lo que hace la Iglesia para nuestra salvación, abundan los fieles, que aun conservando las formas exteriores de la religión, viven ociosos sin acordarse de sus deberes; la causa de ello está en que su religiosidad es sólo una forma vana; y no han desarrollado en su alma los principios y el pensamiento con el conocimiento de la palabra divina.

¿Cómo puede cimentarse la fe sobre bases sólidas si no es por el conocimiento de Dios? Cada ciencia tiene sus verdades principales o axiomas en que se funda. Así también la fe que ha de llevarnos a Dios, tiene que fundarse sobre la palabra divina, para que no sea vacilante, fútil e incierta. Como hijos de la Iglesia católica, debemos esperar a que ella nos guíe en todo; aprendamos de ella a leer la Sagrada Escritura; conozcamos a Dios, su voluntad y sus leyes en sus propias palabras. Aprendamos a comprender esas palabras, ya que aplicadas a las necesidades y acciones de la vida, serán para nosotros manantial inagotable de luz y fortaleza.

II

La formación de la voluntad

Ni el estudio del catecismo, ni la lectura de la Escritura Sagrada, ni las ilustraciones que se obtienen meditando la palabra divina, producirán en nosotros los efectos que son de desear, si no se acostumbra a los niños, desde pequeños, a que cumplan con sus deberes.

Para esto es necesaria la fuerza de voluntad que no pueden poseer los niños y que tiene que formarse poco a poco, merced al concurso y ayuda de las instrucciones terminantes, prudentes y perseverantes, de los padres. La facultad que dirige y regula el buen uso de la voluntad es la razón, pero hasta que ésta se desarrolla, es obligación de los padres dirigir con sus mandatos y dictámenes la voluntad de sus hijos.

Es general la creencia de que el exigir obediencia a los niños excluye el desarrollo de su razón y de su voluntad; pero la razón y la voluntad, precisamente por la obediencia y únicamente por ella, pueden ser desarrolladas. ¿No es el mejor jefe aquel que antes supo ejecutar perfectamente las órdenes recibidas de sus superiores?

Es necesario acostumbrar con dulzura y firmeza a los niños desde sus más tiernos años a que obedezcan en lo que se les manda, sin explicarles el motivo del mandato, al modo que se obliga a los soldados a que ejecuten determinadas maniobras, sin explicarles el fin a que se dirigen. Es preciso habituarlos a obedecer a la menor indicación, sin vacilar, sin dar lugar a que se les repita la orden. Así

se forma el espíritu de iniciativa y decisión: el que aprende a ejecutar resueltamente los mandatos recibidos, aprende a la vez a dictarlos sin vacilaciones.

De este modo se evitará el defecto de la indecisión, condición tan perjudicial y tan general desde que los hombres han cesado de comprender el valor que tiene la obediencia.

La obediencia templa la voluntad, desarrolla la fuerza necesaria para dominarse a sí mismo y sus malas inclinaciones; ayuda a reprimir la ira, a veces la ociosidad, las tentaciones, y da la fortaleza necesaria para cumplir los deberes más difíciles. Adquirida en la juventud, la obediencia conserva por toda la vida la disciplina y el brío, sin los que ni el orden social ni ninguna actividad colectiva pueden subsistir.

Nos quejamos de la falta de conexión, de la desorganización de las fuerzas sociales; nos lamentamos de que frecuentemente los propósitos más hermosos no llegan a realizarse; y, sin embargo, no sabemos ni someternos a la obediencia, ni exigirla cuando es necesaria.

Primero la obediencia absoluta, y luego la formación de la razón y del juicio; éste es el orden a que hay que atenerse en la educación del niño.

Si se desarrollan en él el juicio y la delicadeza de conciencia, antes que la voluntad adquiera el vigor necesario, se llega a los peores resultados.

Facilitar al niño la comprensión de los principios y no enseñarle a ponerlos en acción, equivale a falsear su conciencia, porque cuando el niño sabe lo que debe hacer y no lo practica, se acostumbra a desoir los dictámenes de la ley moral, aprende a ser hipócrita, a hablar bien y obrar mal; un niño así, vuélvese travieso a veces, y pérfido casi siempre.

Sólo un juicio sano, unido a una voluntad firme, engendra los caracteres fuertes; pero el criterio más recto, si sólo cuenta con una voluntad débil, no dará más que miserables frutos. La causa de tantos fracasos en la educación está en que se habla demasiado a los niños, mucho más de lo que son capaces de escuchar y comprender, exigiéndoles en cambio mucho menos de lo que es necesario.

Los padres que, fundándose en el seductor principio de respetar la independencia de los niños, no les acostumbran a la disciplina, son causa de que, aun los más inteligentes y mejor dotados moralmente, por no haberse acostumbrado a someterse a principios exactamente definidos, aun teniendo buenos deseos, malgasten el tiempo, las fuerzas y el dinero, sin provecho para nadie; y después de haber agotado todos los medios morales y materiales, generalmente acaben miserablemente la vida.

Aunque la obediencia sea el primero y más necesario fundamento de la educación, si, como ocurre a veces, ésta consiste en desarrollar exclusivamente la sumisión ciega, el fin anhelado no se logrará.

Los hombres que fuesen educados de esa manera no sabrían gobernarse a sí mismos en la vida. Así como los actores que no han aprendido bien su papel, no pueden representarlo sin el apuntador, los niños acostumbrados a someterse pasivamente a la voluntad de otros, sin voluntad propia, no teniendo principios ni condiciones propias, se someten en la vida a las más diversas influencias y caen, como las mariposas nocturnas en la llama del candil, en todo aquello de lo que durante años fueron preservados cuidadosamente.

De modo que la primera parte de la educación debe consistir en desarrollar la obediencia absoluta; luego hay

que poner todos sus cuidados en desarrollar el juicio, un carácter recto y la independencia. A esto se llega haciendo tomar parte a los niños en las faenas de sus padres, en las labores domésticas, en enseñar a los hermanos menores y reemplazar a los padres en lo que puedan. De esta manera aprenden a comprender lo que es el deber y la responsabilidad, aprenden a pensar por sí mismos, a acordarse de lo que a ellos pertenece, a cuidar del orden y de la disciplina.

Quien juntamente con la disciplina desarrolle en su alma la prudencia, la fortaleza y la independencia, conseguirá las condiciones que más tarde en la vida le serán necesarias para la dirección de su familia y asuntos, y para cumplir con aquello que para cada uno debe ser lo más importante y más querido: el servicio de Dios y de la Patria.

III

La enseñanza debe ir acompañada del ejemplo

San Pablo, que sondeó como nadie las misteriosas profundidades del corazón humano, decía, al enseñar los principios que conducen a la salvación: «os ruego que seáis mis imitadores, como también yo lo soy de Cristo» (1). Es deber de aquel que educa dar el ejemplo de lo que exige; esto es una condición absolutamente necesaria para la buena educación. Es necesario hacerles ver a los discípulos lo que se les enseña. El maestro de pintura que no supiera explicar prácticamente su arte; el músico que hablando de la agilidad en la interpretación no la demostrase

(1) I Cor. IV, 16.

con la de sus propios dedos, enseñarían sólo la mitad de su arte o su ciencia.

Lo mismo ocurre en la educación. Si los padres y los maestros no pueden decir a sus discípulos: «fíjate en lo que yo hago y obra de igual modo», poco fructuosos serán sus esfuerzos por educar. El maestro debe ser el modelo vivo de aquello que enseña, mas para que así suceda tiene que trabajar sobre sí mismo (1).

Hay quien se figura que la edad y la posición dan privilegios a los cuales no pueden tener derecho los niños, y que, por consiguiente, a los superiores toca mandar, y a los niños obedecer, sin cuidarse los que mandan de ajustar su conducta a los principios que inculcan. Claro está que hay ciertas cosas que obligan a los menores y no a los mayores, pero, en general, los superiores conservan su prestigio e influencia sobre sus subordinados, solamente cuando sus acciones se hallan en perfecta armonía con lo que enseñan. Así es que hay que limitar todo lo posible los privilegios de los mayores, recordando que la conducta de los superiores tiene más influencia sobre los niños que las mismas enseñanzas. Los niños prestan más atención generalmente a lo que observan en los mayores y a las conversaciones de éstos, que a lo que se les dice directamente a ellos.

No basta que los mayores no hagan nada que sea positivamente malo; San Pablo nos lo enseña diciendo: «Procurad que la libertad que tenéis no sea ocasión de tropiezo a los flacos» (2), y esto aunque se trate de acciones indiferentes. Y Cristo, Nuestro Señor dice: «¡ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo!» (3)

(1) Tit. III, 8.

(2) I Cor. VIII, 9.

(3) Matth. XVIII, 7.

También hay gente que hace muchas cosas únicamente para dar buen ejemplo. No cabe duda que el atender a no escandalizar en nada al prójimo es cosa digna de alabanza; sin embargo, todo lo que se hace sólo para fascinar a los demás y no por la fe y propias convicciones, carece de condiciones vitales que aseguren el buen resultado.

Quien con su vida desmiente los principios que proclama, no es digno de respeto y sus enseñanzas serán huera (1).

Las palabras hermosas pueden, a veces, convencer por el momento, levantar el espíritu, conmover y hasta incitar a buenas obras; pero el más elocuente de los maestros perderá pronto su ascendiente e influencia, si resulta que no aplica a la vida los principios de que sabe hablar tan hermosamente.

Los Santos y los héroes debieron su influencia a sus obras, más que a sus palabras.

El que haya de enseñar verdad, laboriosidad, decencia y amabilidad, tiene que ser veraz, laborioso, decente y amable.

En el orden material nadie puede dar lo que no posee; ¿cómo pues ha de lograrse eso en el orden intelectual o moral?

El hombre no se ha creado a sí mismo, ni lo crearon sus padres, ni los maestros y maestras; y sin embargo el alma, la inteligencia y el corazón infantiles son tan accesibles a toda influencia, que los padres, los maestros, las niñeras y todo el que se pone en contacto con el niño tiene sobre él enorme influencia. Así como la arcilla cuando está blanda conserva la huella de todo contacto, por débil que sea, de igual modo todo lo que impresiona la sensi-

(1) I Cor. XIII, 1.

bilidad del niño deja en él un rastro más o menos profundo. El niño no sabe nada, no deduce nada por sí mismo; todo lo que ve u oye obra sobre él con la forma de las primeras impresiones y orienta sus pensamientos, afectaciones y voluntad. Nada se le pasa inadvertido; observa lo que hay a su alrededor, los menores motivos de alegría o de pena, lo que se aprecia o desprecia, lo que motiva la cólera o las burlas; se fija en los gastos hechos con gusto y en los que producen desagrado; en la disposición de ánimo de unos para con otros, en el modo como se procede o habla en presencia de las personas y en ausencia de las mismas; y conforme a todo esto se desarrollan sus ideas y se forman sus principios; así es como se forma el cosmopolita y el hombre sin religión o el cristiano y el patriota.

En la formación moral del niño, influye todo el que le trata, así en la edad infantil como en la juventud, ora sea criado, pariente, amigo, sacerdote, médico, hasta cualquier huésped pasajero o vecino de la casa inmediata. Un buen ejemplo dado, una palabra de advertencia, basta a veces para hacer volver al joven al camino recto, para despertar en él el noble gusto al estudio o al trabajo y el entusiasmo para todo lo bueno. Una sonrisa o una palabra dicha a la ligera, un gesto de displicencia o desprecio, pueden desviar el juicio y la conciencia del niño, ser pernicioso para su alma. Los padres deben poner sumo cuidado, no sólo en la elección de las personas a quienes confían sus hijos, sino también en la de todos aquellos que los traten.

No se eche en olvido que, hasta cierto punto, educan todos los que rodean o se fijan en el niño, y que ante Dios los padres o educadores darán cuenta de la influencia que en él tuvieron sus obras y sus palabras; y que si

puede ser grande su mérito ante la patria y la sociedad, no será menor su crimen si con incalificable ligereza arrojan en su corazón las semillas del mal.

Importa tener presente que toda buena acción, todo acto de virtud puede suscitar otros; que el Verbo se hizo carne para traer la salud al mundo: por modo parecido todo verbo, toda palabra humana puede dar origen a pensamientos elevados, inspirar grandes acciones, mover a la virtud y al heroísmo, que contribuyan a la salvación y gloria de la patria.

Si la responsabilidad de los que sólo tratan de pasada con los niños es tan grande, ¡cuánto mayor no lo será la de los que tienen a su cargo la educación y formación de los mismos! En su mano tienen el porvenir del país, porque éste será lo que de él hagan los hombres del mañana que hoy están bajo la dirección de los maestros, institutores e institutrices. ¡Qué reconocimiento, qué honor debería tributarse a los que penetrados de la importancia de su misión, recuerdan que el educador debe ser el modelo de lo que enseña, de lo que la patria tiene derecho a exigir de nosotros, de lo que nos asegurará la victoria, probando que nuestra nación es aún «curable»!

PRIMERA PARTE

El fin del hombre

...Dios quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad.

I. TIM. II, 4

El catecismo nos enseña que Dios nos creó para que le conozcamos, amemos y sirvamos fielmente, y de esa manera logremos la salvación, es decir, consigamos el cielo.

Esto nos hace ver, que el fin del hombre consiste en alcanzar la felicidad eterna, y que la condición para ella es: conocer a Dios, amarle y servirle fielmente.

I

El conocimiento de Dios

La Iglesia, fundándose en la verdad revelada, nos habla de las perfecciones divinas y de ese modo nos da cierto conocimiento de Dios, y a la vez la idea de las virtudes a que debemos aspirar para ser tan perfectos, según el mandato de Cristo, como «nuestro Padre celestial es perfecto» (1).

(1) Matth. V, 48.

Dios es espíritu, y nosotros, creados para ser su imagen, por el espíritu y no por los sentidos, debemos guiarnos; por el espíritu divino, por el espíritu de fe, y no por la sangre y carne que deben someterse al espíritu.

Dios es la verdad; y de consiguiente nosotros por la verdad debemos guiarnos en la vida y sus varios deberes.

Dios es eterno; y por eso nuestras obras deben tener un valor eterno, deben ser ejecutadas para cumplir la voluntad de Dios y no por motivos humanos, por amor a las cosas temporales, o mirando a la satisfacción de nuestros gustos, aunque éstos fuesen, aparentemente, los mejores.

Dios es inmutable; el hombre, pues, debe ser independiente de las circunstancias, del medio en que vive, de su propio carácter, y a pesar de su corrompida naturaleza, que le inclina a la indecisión e inconstancia, abrazarse con los principios eternos e invariables.

Dios es misericordioso, y exige que también lo sean sus criaturas racionales; por esto hizo al hombre tan dependiente de sus semejantes, que no puede pasarse sin su cooperación y ayuda. Cada uno de nosotros, por voluntad de la Providencia, necesita los servicios de sus prójimos, y a la vez debe prestarles los propios. El joven necesita del anciano, y el anciano del joven; el obrero necesita del patrono, y el patrono del obrero; el ejército necesita del jefe, y el jefe del ejército. Quien no cumpliera el deber de la misericordia, quien explotare los dones de Dios y el trabajo del prójimo para su provecho, quien excluyere de su corazón a sus semejantes, se excluirá a sí mismo del corazón de Dios misericordioso.

El conocimiento de la perfección de Dios, demuestra cuáles son las virtudes que exige de nosotros para que le

imitemos, y a la vez le amemos, reconociendo en Él la suma Perfección y la suma Belleza (1).

El gran estético contemporáneo Ruskin, dice que al desarrollar el buen gusto, se desarrolla el carácter. En efecto, el hombre que desde su niñez ama la belleza perfecta, seguramente despreciará todo lo que le sea contrario. El conocimiento de Dios crea cierta realeza de espíritu, eleva al hombre sobre el nivel humano ordinario, le desprende del lastre de consideraciones rastreras, y desarrolla en él los gérmenes de las virtudes, que pueden convertirle en un santo o en un héroe.

No conocemos a Dios sólo por la perfección de su propio sér, sino también por la perfección de sus obras.

Si formamos concepto del mérito de un obrero por su trabajo, o de un artista por sus obras, también podremos tener cierta idea del Creador, considerando las grandezas y maravillas del Universo.

Dios dispuso todas las cosas con justa «medida, número y peso» (2). Mostró su sabiduría y poder, de igual manera en la formación de los cuerpos elementales y organismos rudimentarios que en los soles del firmamento y en los animales de estructura más complicada.

Deberfase procurar que los jóvenes, al estudiar la naturaleza, comprendieran hasta qué punto la medida, el orden y el peso son las condiciones esenciales de todo trabajo. Es preciso que admiren la exactitud y precisión con que

(1) Son célebres las peregrinaciones que aflúan a un pueblecito de los alrededores de Lyon para ver al sacerdote Vianney, santo cura de Ars. Uno de los peregrinos, cuando al volver le preguntaron qué es lo que había visto, contestó: «He visto a Dios que vive en un hombre». Esto es precisamente lo que nos pide Jesucristo, al mandarnos que seamos «perfectos».

(2) Sap. XI, 21.

Dios creó los cuerpos, aun los más ocultos en el seno de la tierra o en las profundidades del mar; que aprendan del Creador lo que debe ser el obrero y con cuánta probidad debe ejecutar su tarea; que se penetren de la necesidad de que todo trabajo tenga un fin preciso, de emplear razonablemente el tiempo, las aptitudes y el dinero, teniendo presente que todo lo que vale la pena de hacerse, vale la pena de que se haga bien. El conocimiento de las obras de Dios, no sólo demuestra su infinita sabiduría, sino también eleva el alma y el corazón de la criatura hacia el Creador; y es fuente de tal alegría, que el hombre, aun siendo pobre, se siente rico enfrente de toda esta riqueza, comprende lo viles que son las obras humanas, comparadas con las creaciones de Dios; y al comprenderlo deja de adorar al becerro de oro del dinero, se libra de las tentaciones de ser avaro y envidioso, y de correr en pos de la belleza falsa, redimiéndose del aburrimiento y de la ociosidad.

Para apreciar el valor de cualquier cosa es preciso tener una medida que sirva de término de comparación. Esa medida para conocer a Dios, es conocerse a sí mismo: así lo dicen todos los sabios cristianos, y entre los paganos, aquellos que estuvieron más próximos a conocer al Dios verdadero.

Es difícil obtener esa fundamental sabiduría; la dificultad consiste en que la vista, el oído, la memoria, la razón y la voluntad, que nos ayudan a conseguir todo otro conocimiento, son un obstáculo para lograr éste. El hombre, deslumbrado por los dones de Dios, se olvida, como se olvidó Satanás, de dónde proviene; desconoce que aun poseyendo sabiduría, hermosura y riquezas, de su cosecha nada tiene; no echa de ver que independientemente

de su voluntad, fué creado del polvo y al polvo ha de volver; que no es dueño ni creador de sí mismo.

Parece a primera vista, que conociendo el hombre sus propias ideas, sentimientos, palabras y acciones, debería serle fácil conocerse a sí propio; y sin embargo ni el conjunto de todos estos sentimientos, palabras e ideas, ni el análisis de sus sentimientos e inclinaciones, bastan para que llegue a conocerse a sí mismo. El conocerse a sí mismo, como lo expresó San Juan en sencillas palabras, consiste en reconocer que se es «pobre, ciego y desnudo» (1).

El orgullo engaña y extravía el juicio de tal manera, que se requiere de ordinario una dolorosa experiencia para convencerse de la extrema debilidad y propensión al mal que padecemos, abandonados a nosotros mismos. Y apenas comenzamos a penetrarnos de ello cuando ya nos amenaza otro peligro: de la vanidad pasamos a dudar de nosotros mismos, y a la desesperación.

El conocimiento propio, que conduce a la desesperación, es tan falso y peligroso como el nacido de la presunción y vanidad. Por aquí se comprende cuán importante sea en la educación el enseñar a los niños a conocerse a sí mismos, sugiriéndoles el convencimiento de que, si nada pueden hacer con sus solas fuerzas, lo pueden todo, según las palabras de San Pablo (2) «en Aquél que me conforta».

De aquí otro modo de conocer a Dios. Sabiendo que por nosotros mismos no somos capaces de nada bueno, cuantas veces tenemos alguna buena idea, cuantas veces nos viene el deseo de sacrificarnos por los demás, de algún noble trabajo, de alguna buena acción; cuantas ve-

(1) Apoc. III, 17.

(2) Philip. IV, 13.

ces compartimos la alegría o el sufrimiento ajenos; cuantas veces nos sentimos arrepentidos después de haber hecho algo malo, lo reconocemos e intentamos reparar el mal; otras tantas podemos estar seguros de que esos reflejos de la verdad, de la justicia, de la misericordia y otras perfecciones de Dios, son obra del Creador en el alma y por ellos le conocemos. Hasta qué punto esa actividad divina ennoblece a la naturaleza humana, lo vemos claramente en la vida de los Santos.

II

El amor de Dios

Después de la obligación de conocer a Dios, nos impone el catecismo el deber de amarle. Si este deber lo pone en segundo y no en primer término, no es porque el amor tenga significación secundaria, sino porque cierto grado de conocimiento es absolutamente necesario para el amor, tanto más cuanto que aquel a quien se conoce, posee en sumo grado todas las cualidades dignas de ser amadas.

Sin duda, hay casos, en que el conocimiento de Dios no lleva a amarle, como ocurrió a Satanás, como ocurre a todos los impíos, pero esto se explica por la soberbia, la codicia y otras pasiones que al ensombrecer el espíritu excluyen la posibilidad del amor de Dios, poniendo en su sitio el amor propio. Si el hombre no está cegado de esa manera, el conocer a Dios le llevará seguramente al amor de Dios.

El amor de Dios se desarrolla con el conocimiento de los divinos atributos y perfecciones y va graduándose de

manera tal, que cada sér amará con predilección las perfecciones divinas que mejor conoce, las que en la naturaleza tienen gérmenes de superior vitalidad. De esta suerte, algunos aman la verdad, la buscan, viven en ella, se vuelven hacia ella como la flor hacia el sol; otros desean vivamente la justicia y a ella acomodan todas las acciones de su vida; otros aman la sabiduría, la buscan, con exclusión de otro bien cualquiera y con obstinación en la ciencia y en los hombres. Otros, por último, guiados como por un presentimiento de la dicha eterna, aun viviendo en la tierra, desean lograr tal perfección en todos los órdenes, que no descansan hasta lograrla. La buscan en la historia de la humanidad, en las obras de arte, de la literatura o de la poesía; entre los hombres, en la vida de los héroes y de los Santos; y ese amor a la perfección conduce a buscar, a conocer y a amar a Dios; porque el amor de Dios, ¿no es acaso el amor de la perfección?

Hay personas que no comprendiéndolo así se quejan de no poder amar a Dios engañándose a sí mismas. El origen de tal error está en que se representan a Dios en su significación humana y no divina, sintiéndose incapaces de amar un fantasma de su imaginación.

Al acordarse de la unión hoy existente entre el hombre y el objeto de su amor, es fácil comprender que aquél se transforma con el amor de Dios, se hace más espiritual, y parece que él mismo se penetra de la divinidad; que así como Jesucristo por amor a los hombres se hizo hombre; así éste por amor a Dios debe ser imitador de Cristo.

El amor y la imitación de las virtudes de nuestro Salvador; de su pobreza, humildad, obediencia y amor entrañable a la cruz, fueron tan ardientes en algunos Santos, que sobrepujando a lo que pide la naturaleza, pedían a

Dios paciencia, no para soportar los sufrimientos, sino para soportar la falta de los mismos. Y así vemos que Santa Teresa clamaba a Dios diciendo: «Señor, o padecer o morir»; Santa Angela de Foligno preguntaba a Cristo: «por qué la abandonaba» cuando se le había pasado algún día sin cruel tormento.

El amor, como el fuego, purifica, penetra, transforma, doblega y une. El que ama, todo lo ve en relación con aquel a quien ama, y así, amando a Dios como divinidad se ven las cosas en su aspecto divino. Las palabras de Cristo, tan incomprensibles para los que viven lejos de El, todas sus exigencias, tan pesadas para las fuerzas humanas, son fáciles y apetecibles para los que aman a Dios.

En el Cantar de los Cantares, la desposada dice: «yo duermo, pero mi corazón vela» (1). El amor está siempre vigilante para oír la voz del amado, soporta todos los sufrimientos, si han de servir para gloria de aquél a quien ama; nunca le basta lo hecho si puede hacer más.

Dios creó todas las cosas sacándolas del amor. El amor es una fuerza creadora; el hombre, recibéndola de Dios, es capaz de las obras más elevadas. Cada hombre que ama a Dios puede decir con David que «le consume el celo de la casa de su Señor» (2).

El que ama a Dios, el verdadero cristiano, en cada prójimo ve la imagen y la semejanza de Dios, ve el alma que fué redimida por la sangre de Cristo, ve el templo del Espíritu Santo, ve al hermano y al coheredero de Cristo.

¿De dónde surgieron las vocaciones de los sacerdotes, de los monjes, misioneros y sociedades fundadas para

(1) Cant. V, 2.

(2) Psalm. LXVIII, 10.—Joan. II, 17.

ayudar a sus semejantes? ¿De dónde procede toda actividad que tiene por fin el bien social, sino del amor, que consciente o inconscientemente tiene su origen en el amor de Dios?

¿Quién podrá negar la enorme importancia que tiene el amor en la vida de la familia, en la vida del pueblo, en la vida social? El amor refrena el egoísmo, la codicia, la envidia y todo aquello que es la causa de frecuentes disputas, de desórdenes sociales, de guerras. Sólo el amor podría consolidar en la tierra el reino de Dios, por cuyo advenimiento nos manda orar Jesucristo.

El amor, según las palabras del divino Maestro, consiste en hacer la voluntad del sér amado e impone a las veces sacrificios muy grandes. Ahora bien, el amor, tal como se entiende en general, consiste sólo en buscar el propio gusto y contento.

El amor sobrenatural, o sea, la caridad, indispensable para obtener la salvación, es, como enseña el catecismo, una virtud teologal. En virtud de ella la voluntad del hombre obra impulsada por la gracia. Para que el amor sea verdadero, es necesario que vaya acompañado de las buenas obras; y de ahí la necesidad que tenemos de impulsar a la voluntad a fin de que obre siempre informada por la caridad; y para ello nada más eficaz que la oración; pues como nos advierte Jesucristo: «no todo aquel que dice, ¡Oh, Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos» (1). Así, pues, para las buenas obras necesitamos de los auxilios sobrenaturales, los cuales debemos pedir por medio de la oración.

(1) Matth. VII, 21.

«Sin mí no podéis hacer nada» nos dice Jesucristo (1); y repite varias veces a sus discípulos: que es menester orar siempre y no desfallecer (2). Ni se contentó con enseñarnos esto de palabra, sino que nos lo enseñó también con el ejemplo en todos los trances más graves de su vida. Y lo mismo nos enseñan todos los imitadores del Salvador, los apóstoles, los mártires y todos los santos y servidores suyos. Si observamos, pues, que a pesar de tantos y tan generosos esfuerzos e improbables trabajos muchas veces no logramos el éxito apetecido en nuestras empresas, es porque prescindimos del auxilio de la oración. Ella es la que nos facilita el medio de acercarnos a Dios y de penetrarnos de su espíritu, recabando la luz, la fuerza y la virtud de que necesitamos.

III

El servicio de Dios

Así como el conocimiento de Dios debe conducirnos a amarle, así el amor de Dios debe llevarnos a cumplir con el tercero de nuestros destinos en la tierra, que es el de servir a Dios.

Dios quiere que todos los hombres le conozcan y amen, y por consiguiente que conozcan y amen la verdad, la justicia, la misericordia y todas las perfecciones en Él reunidas. Servimos, pues, a Dios, cuando los que nos rodean se ven movidos por nuestra conducta a conocerle y amarle.

(1) Joan, XV, 5.

(2) Luc. XVIII, 1.

Por el criado se juzga al Señor; un criado bueno es la gloria de su amo. Así nosotros, los cristianos, los servidores de Dios debemos darle gloria con nuestra conducta; el mundo no forma juicio acerca de Dios, de la Iglesia y de la fe, guiándose por la Escritura o por el catecismo, sino por la conducta de aquellos que dicen ser cristianos.

Cuando una persona que cumple con las prácticas religiosas es calumniadora, colérica o imprudente, los que la ven sin hallarse bastante afirmados en la fe, no la culparán a ella, sino a la religión que desdeñosamente tacharán de ineficaz. Al contrario, las personas que se gobiernan por espíritu de fe, que conservan su serenidad en medio de las contrariedades de la vida, que son misericordiosas con sus enemigos, y se sacrifican en pro de los menesterosos y afligidos, que respetan la justicia y la verdad en sus menores acciones, mueven a los incrédulos a buscar la fuente de todas estas virtudes en el conocimiento de Dios. Así es como en otro tiempo el valor sobrenatural con que los humildes cristianos sufrían el martirio por la fe, convirtió a la misma a los sabios del paganismo (1).

Hay quien concede extraordinaria importancia a la idea que tienen los demás de su padre o sus deudos, y también algunas veces esa consideración pesa mucho en el ánimo de los niños. En los años de educación, hay que despertar en los jóvenes el noble deseo de mostrar, sea en la es-

(1) Cierta señora que visitaba a una pobre mujer enferma, intentaba persuadirla a que se confesara. La pobre mujer, amargada por el sufrimiento, contestó bruscamente que no creía en Dios, pues si Dios existiera, y fuese tan bueno como decían, no habría en el mundo personas tan desgraciadas como ella. La caritativa dama, aunque contrariada, no insistió. Siguió cuidando de igual manera a la enferma, y esforzándose por darle consuelo y alivio. Pasaron semanas y meses, al cabo de los cuales la enferma dijo un día de pronto a su bienhechora que la enviaran un sacerdote.

cuela o fuera de ella, la superioridad de la fe, no con disputas y controversias para las que no están bastante preparados, sino con la fiel observancia de las leyes divinas: con el respeto a la verdad, porque «Dios es veraz» (1), a la justicia porque «justo es el Señor» (2); con la actividad asidua, porque: «el hombre nace para trabajar, como el pájaro para volar» (3).

He aquí en qué consiste el servicio de Dios ordenado por el catecismo, y el deber que conforme al mismo tenemos de servir al prójimo, a la sociedad y a la patria. Nada puede excusarnos del cumplimiento de ese deber, ni la falta de salud y capacidad, ni la carencia de tiempo o de fortuna. Si para servir a Dios fueran necesarias condiciones que no dependen de la voluntad humana, el catecismo no impondría ese deber a todos los cristianos sin excepción. Dios no exige los mismos servicios a los ricos que a los pobres, a los sabios que a los ignorantes, a los niños que a los adultos, a los enfermos que a los que gozan de buena salud; antes bien quiere que cada uno haga lo que de él dependa en la situación en que se halle. Claro está que las condiciones exteriores podrán influir más o menos en el género de servicios, pero no pueden eximir a nadie de la obligación de servir a Dios.

Verdad es que en los tiempos actuales se requiere a veces extrema prudencia y valor nada común para servir a Dios y extender su reino sobre la tierra, luchando contra el empuje arrollador de corrientes contrarias y arrosando las iras de la maledicencia y aun de la persecución.

(1) Rom. III, 4.

(2) Ps. X, 8.

(3) Job. V, 7.

Se necesita heroísmo para imitar a la madre de Mickiewicz (1), que al instruir a su hijo en la obligación de servir a Dios y a su país, al ejercitarle en las virtudes morales y cívicas, le preparaba a la vez a sufrir todo género de torturas físicas y morales. Las condiciones de la época exigen que acostumbremos a los niños a trabajar haciendo escaso aprecio de la aprobación de los hombres y del medro personal, y fundándose en la esperanza inquebrantable de que, a pesar de todas las contrariedades, la justicia acabará por triunfar. No menos necesaria nos es la prudencia para no dejarnos seducir por aspiraciones irrealizables, sin despreciar nada de lo que podemos llevar a efecto.

Preciso es inculcar a los niños la convicción íntima de que el amor y servicio de Dios, bien comprendidos, constituyen el mejor medio de fomentar la grandeza y esplendor de la patria; así como el amor y servicio de ésta, prestados en la forma debida, ceden en honra y gloria de Dios.

Si fuera necesario dar testimonio de que es así, lo tendríamos en el hecho de que esos dos amores y servicios son perseguidos de igual manera por nuestros enemigos en nuestro país y en todos los demás, y sin embargo las condiciones difíciles en que nos encontramos no deben quitarnos el ánimo para trabajar con perseverancia; al contrario, deben afirmarnos en la convicción de que es deber nuestro servir, luchar, trabajar por Dios; seguros de que Él coronará nuestros esfuerzos cuando llegue el tiempo señalado por su misericordia.

Es verdad, que a veces se le pasa la vida sin que vea el hombre los resultados palpables de su trabajo; mas

(1) Oda a la madre del polaco Adam Mickiewicz.

también es verdad, que el mundo, sólo con pasajeros goces paga a los que le sirven y luego se olvida de ellos o los desprecia; mientras que Dios a sus leales servidores, en este mundo les da la prenda de la dicha eterna en lo que más vale, que es la tranquilidad de conciencia.

IV

El premio eterno

Cristo Nuestro Señor dice que su reino no es de este mundo, y que debemos esperar el premio en la vida eterna y no en la temporal. Mas ¿qué podremos decir aquí acerca de ese premio eterno cuando San Pablo, después de haber sido arrebatado al tercer cielo, asegura que «ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano es capaz de concebir las grandezas que Dios tiene preparadas a los que le temen»? (1) Algo, sin embargo, nos deja entender, cuando añade en otro lugar que: «ahora vemos como en un espejo y por enigmas, y más tarde cara a cara» (2). El celestial Maestro lo expresa más claramente aún cuando exclama: «En eso consiste, oh Padre mío, la vida eterna: en que te conozcan a ti, solo Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo» (3).

De modo que la substancia de la vida eterna estriba en conocer mejor a Dios, es decir, todas las perfecciones y excelencias en Él reunidas. Sabiendo la alegría que nos causa la luz, la verdad, toda belleza moral o física, todo

(1) II Cor. XII, 2.

(2) I Cor. XIII, 12.

(3) Joan, XVII, 3.

progreso en la ciencia y la virtud, sin embargo de no ser más que reflejo de las perfecciones de Dios, podemos rastrear de algún modo lo que será el conocimiento de esas perfecciones cuando las contemplemos «cara a cara» o sea en su misma fuente, en Dios.

Pero Cristo Nuestro Señor, agrega todavía, «que en la casa de su Padre hay muchas moradas» (1). Esas moradas significan sin duda la graduación de nuestra proximidad a Dios, según los méritos adquiridos en este mundo. Cada uno, pues, edifica en esta vida su morada celeste con sus propias manos, y las piedras para esa construcción son las virtudes sobrenaturales que debemos practicar. Grande es por tanto la culpa que comete el que no trata de ejercitar esas virtudes, tanto en su alma como en la de los niños a quienes educa.

Así como tildaríamos de cruel y necio al hombre que a sí mismo o a los demás negara las condiciones necesarias al desenvolvimiento físico; de igual modo deberemos calificar al que no trata de obtener para sí o para los niños el pleno desarrollo moral, la plena medida de luz, sabiduría y belleza; en fin, la perfección para la cual Dios nos ha creado y cuyo camino nos traza la Iglesia.

En el orden natural, los elementos antagonistas no pueden unirse entre sí; en el mundo moral, para la unión con Dios, es necesario guiarse, no por los sentidos, ni por el instinto animal, ni por las pasiones, sino por el espíritu de lo alto, o sea por la justicia, la verdad, la misericordia, la caridad y las demás virtudes.

Los padres deben enseñar a los niños a no apartar de su alma la consideración de esa recompensa eterna, especialmente cuando se vean asaltados por dificultades y ten-

(1) Joan., XIV, 2.

taciones de toda especie; así como también han de evitar que lleguen a creer, como los musulmanes, que consiste en goces materiales; esta aberración es causa de que muchas personas califiquen de egoísta a todo trabajo o virtud que aspiren a la eterna recompensa. El hombre, creado para la verdad, la justicia y la belleza, a las que tiende naturalmente como el río al mar, no es egoísta al hacerlo así, o lo es en un sentido tan elevado, que sería preciso emplear otro nombre para designar esa especie particular de egoísmo. Porque, bien mirado, no es sino mera justicia, dar a Dios, al prójimo y a sí mismo, lo que a cada uno se debe según la voluntad del Criador; es establecer el reino de Dios en la tierra, a fin de reinar eternamente en el cielo.

Si la juventud se preparara para la lucha de la vida con pleno conocimiento de su importancia y finalidad, no tendríamos que lamentar en tanto grado la falta de caracteres, la desorganización social que nos amenaza y la triste decadencia de nuestra nación (1).

(1) En varias ocasiones hace la ilustre autora de este libro alusiones a la patria y a la nación. Para comprender bien el profundo y muchas veces amargo sentido de sus frases, hay que tener presente que la infeliz y gloriosa Polonia, su patria, fué hecha pedazos y repartida entre Alemania, Austria y Rusia.—N. DEL T.

SEGUNDA PARTE

Los principios

«El justo vive por la fe.»
Hebr. X, 38.

La Fe

En qué consiste la fe.—Medios para conservarla y defenderla.

Todo el que medite sobre el último fin del hombre, deberá convencerse de los principios siguientes: 1.º, que en materia de educación es necesario no perder nunca de vista ese último fin; 2.º, que para su consecución se requiere la fe como condición absolutamente indispensable; y 3.º, que ella es la que nos señala los medios necesarios para alcanzarlo.

Según la definición del Catecismo, la fe es una virtud sobrenatural, por la que aceptamos como verdad infalible todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos manda creer.

La fe es una virtud sobrenatural; pero Dios predispone a los hombres para lo que de ellos exige, de tal modo que, de no estar pervertidos, llevan en su misma naturaleza cierta tendencia innata a recibir la fe.

Esta inclinación, sin embargo, no basta; porque el orgullo que se nos transmite con el pecado original, suscita más

tarde o más temprano dudas que sólo pueden ser dominadas por dos medios, es a saber: el estudio y la humildad.

Un estudio profundo de las dificultades no es accesible a la generalidad, y por otra parte el reconocimiento de nuestra miseria y de la limitación de nuestra inteligencia para poder penetrar las verdades de orden superior, no siempre es fácil de conseguir. Mas el que lograre estas dos cosas no tropezará con graves dificultades con respecto a la fe.

La ciencia, por sí sola, no basta para conservar la fe; así lo patentiza el ejemplo de Arrio, Focio, Lutero y otros muchos apóstatas que renegaron de sus creencias, no por falta de instrucción, sino por sobra de orgullo que les hizo perder la gracia, la cual sólo se concede a los humildes. Perdieron la fe por fundarse sólo en su propio juicio, por no aceptar las enseñanzas de la Iglesia, sino en cuanto no se oponían a su orgullo y sensualidad.

Los misterios de la fe exceden las fuerzas de la razón humana y de la ciencia; sólo la humildad que acerca a Dios, verdad suma, permite al hombre penetrar en los sublimes arcanos de la revelación.

El objeto de la educación es formar esta doble base, la humildad y la ciencia, a fin de que las tentaciones que surjan contra la fe se estrellen contra las sólidas disposiciones de un alma bien armada para las luchas de la vida.

La fe no consiste, como suele creerse, en nociones y sentimientos aislados; antes bien debe penetrar el alma toda entera, embeberse en lo más íntimo del sér, de modo que informe todos los pensamientos, palabras y obras de la vida.

San Pablo compara la fe a un escudo (1) que protege a

(1) Eph., VI, 16.

los soldados de Cristo contra los tiros de la incredulidad. Así como las rodelas con que se cubrían el pecho los guerreros medioevales debían ser de temple finísimo, para no ceder a los golpes del adversario; así también la fe no alcanzará la victoria sino a condición de mantenerse firme e invulnerable, porque todas las heridas de la fe debilitan la voluntad frente a las tentaciones y abren el camino a la caída.

Abundan hoy, desgraciadamente, los católicos que hacen selección entre las verdades enseñadas por la Iglesia, para crear, a su gusto, un código de fe y moral para las mujeres y otro para los hombres; uno para los ignorantes y otro para los sabios; uno para los criados y otro para los señores; uno para los hijos y otro para los padres. Empero al modo que no se puede omitir una sílaba en cualquier palabra dada sin mudar su sentido y el del conjunto, de igual suerte, al modificar una parte cualquiera de la enseñanza de la Iglesia, es decir, de la verdad, se la desintegra, se pierde la luz y con ella todos los beneficios de la verdad.

Toda vacilación voluntaria en la fe, deja el paso franco a las pasiones; y sabido es que éstas arrastran a menudo a la infidelidad.

Los que desde su niñez están acostumbrados a no negarse ninguna satisfacción, a satisfacer todos sus caprichos, se vuelven airados contra las trabas que la fe pone a sus inmoderados apetitos; y he ahí cómo, la mayoría de las veces, las dificultades relativas a la fe no provienen de la razón, a la que en nada se oponen las verdades reveladas, sino de la corrupción, que se resiste a soportar el yugo de la moral.

Todo ataque a la pureza del corazón engendra fácil-

mente vacilaciones en la fe. No traten, pues, los jóvenes, de disculpar el abandono de la fe, declarándola incompatible con la razón, con la ciencia y con las llamadas *ideas de progreso*; antes bien, defiendan su virtud, si quieren conservar su fe; y procuren defender su fe, si quieren conservar su virtud. Lo uno es complemento de lo otro, y ambas cosas se logran evitando las malas compañías, las amistades peligrosas, las lecturas poco honestas, los espectáculos inmorales y las curiosidades malsanas.

Los padres no lograrán resguardar a sus hijos de lo que ellos mismos no saben preservarse; ni les infundirán aversión y desprecio hacia lo que ellos no evitan ni condenan. Jamás deben permitirse sostener en presencia de sus hijos conversaciones inconvenientes, so pretexto de que aquéllos no los escuchan o entienden; ni recibir en su casa a gente cuyas conversaciones y ejemplos son dañosos para los niños; y a no ser en caso de necesidad absoluta, es preciso que se resuelvan a no tolerar en casa ni libros, ni publicaciones, ni cuadros capaces de envenenar el espíritu de sus hijos. También han de huir el tomar por objeto de burla o risa lo que pudiera ser ofensa de Dios. La ciencia de la religión sólo se adquiere por el trabajo; y la gracia de la fe por la oración; los padres tienen, de consiguiente, el deber de trabajar por instruirse en la religión e instruir a sus hijos, pidiendo a la vez a Dios la fe para sí mismos y para sus hijos.

Todo lo que necesitamos creer para salvarnos, se halla compendiado en los artículos del credo; la Iglesia obliga a los fieles a aprender y repetir con frecuencia esos artículos, e inculca que se enseñen a los niños desde la más tierna infancia.

I

**Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador
del Cielo y de la Tierra**

Situación del hombre respecto de Dios.—Prueba de los ángeles.—Acción de Dios y acción del espíritu del mal.—Debilidad de Adán.—Influencia de Eva.

De la fe en Dios dimanán, como de su fuente natural, las verdades que nos dan a comprender nuestros deberes para con el Supremo Hacedor, para con el prójimo, para con nosotros mismos y para con todas las criaturas. Estas verdades nos las ofrece en breve resumen el catecismo.

Los padres que supieren desarrollar en sus hijos una fe viva enseñándoles a deducir de ella las consecuencias prácticas de mayor importancia, les darían un fundamento incommovible en que apoyar los actos todos de su vida.

Denominamos a Dios, Padre y Creador. Sólo el nombre de Padre, dado a Dios, demuestra claramente lo que es para el linaje humano y lo que cada hombre es en la presencia de Dios; ese título demuestra que Dios tiene derecho a nuestro respeto, a nuestro amor, a nuestra confianza, y por otra parte que podemos contar con su misericordia y con todas las gracias necesarias para la vida temporal y eterna; por lo tanto, es necesario que acudamos a Él, en demanda de sus auxilios y para darle gracias por ellos. Le debemos, pues, tributo de veneración, antes de comenzar y después de haber terminado nuestras ocupaciones de cada día; tenemos obligación de pedirle perdón por nuestras faltas, de cumplir en todo su

voluntad y entregarnos en brazos de su sabiduría y misericordia.

Al confesar que Dios es el Creador del mundo, reconocemos los derechos exclusivos que tiene sobre nosotros y sobre todas las criaturas.

El catecismo enseña que Dios lo ha criado todo para Sí: personas hay de tan menguado entendimiento, que en ese hecho pretenden descubrir un egoísmo comparable al humano. Dios es la verdad, el amor, la luz, la perfección infinita; de consiguiente, al crearnos para Sí, nos ha creado para la verdad, el amor, la belleza y la vida eterna, es decir, para nuestra propia felicidad.

¿De dónde vienen, pues, preguntará el niño, las enfermedades, los padecimientos, la muerte? ¿De dónde vienen los cuidados, discordias, penas, lágrimas y dolores? ¿Cómo es que esta tierra se llama «valle de lágrimas», habiéndonos Dios creado para la felicidad? El origen de todos esos males se halla en la desobediencia que privó al hombre de sus derechos a la felicidad, para la cual Dios le había destinado.

Dios quiso poner a prueba, tanto a los ángeles como a los hombres, con el fin de que le dieran pruebas de su fidelidad en el ejercicio del libre albedrío de que les había dotado.

El ángel más hermoso y perfecto de todos, Lucifer, príncipe de la luz, orgulloso de su propia perfección, llegó a olvidarse de su condición de criatura, como todas las otras, y de que en cuanto a tal, sólo estaba destinado al servicio y gloria de Dios. Su soberbia le llevó a querer igualarse y aun sobrepajar al Altísimo; rehusó obedecer y servir; y, haciendo de esta suerte traición a la verdad, de príncipe de la luz, se convirtió en príncipe de las tinie-

blas y de la mentira; de ángel se trocó en demonio, conservando como único rasgo de semejanza con el Creador, el que su acción sobre el género humano es una verdadera parodia de la acción divina. Dios creó al hombre movido del amor, y le infundió un alma, hecha a su imagen y semejanza para atraerle y unirle a Sí. El demonio, llevado de su odio a la luz y a la verdad, es decir, de su odio a Dios, quiso infundir en otras almas el mismo espíritu de rebeldía y de odio, y arrastrarlas al abismo en que él se había precipitado.

Así se explica la doble acción que en cada hombre se manifiesta desde su nacimiento: la acción de Dios ejercida por la voz de la conciencia, por la inspiración de la gracia; y la acción del demonio por las tentaciones del orgullo, del mundo y de la carne. Es necesario, pues, habituarse a los niños a discernir estas dos acciones contrarias.

Aquí cabría preguntar cómo los niños pueden adquirir este discernimiento, ya que aun los hombres de mayor despejo y erudición se equivocan a menudo, confundiendo las sugerencias del demonio con las inspiraciones divinas.

Sin duda que podemos engañarnos; y así nunca debemos fiarnos de nosotros mismos y de nuestro modo de ver. En las circunstancias dudosas debemos acudir al consejo y dirección de los que tienen la ciencia y la autoridad necesarias; pero cuando no nos sea dado hacerlo así, nunca nos faltará la luz suficiente con que podamos discernir lo que debemos hacer y lo que debemos evitar.

Las sagradas letras nos dicen que «el principio de todo pecado es el orgullo» (1) y que «Dios da su gracia a los

(1) Eccles. X, 15.

humildes» (1). Así, pues, con entera seguridad podemos afirmar que todo lo que está conforme con las enseñanzas de la Iglesia y los deberes del propio estado, con los dictados de la justicia y prudencia; todo lo que contribuye a fundarnos más en la humildad y en el amor del prójimo, está indiscutiblemente inspirado por Dios. Al contrario, el deseo de cosas extraordinarias y excepcionales, especialmente si fomentan y soliviantan el amor propio, la vanidad, la obstinación, la impaciencia, la exaltación arrebatada, sin duda alguna no proviene de Dios.

Al examinar detenidamente las circunstancias que han precedido y acompañado a la caída de nuestros primeros padres, vemos que Adán y Eva no pensaban rebelarse contra Dios, como Satanás lo había hecho. Y entonces ¿en qué forma llegaron hasta la desobediencia? Esa historia encierra para nosotros una lección importantísima. El demonio no comienza nunca por inducir a una rebeldía manifiesta; y advirtamos aquí de paso que en este episodio se nos manifiesta la acción del demonio como una parodia de la acción divina. Ordinariamente Dios no exige tampoco desde luego una virtud heroica, sino que conduce a ella por grados.

Si el demonio, al dirigirse a Eva hubiese principiado por incitarle a la rebelión franca contra Dios, la enormidad del crimen la hubiera retraído de dar oídos a la tentación. Pero ésta comenzó por una simple pregunta: ¿por qué no comían el fruto de uno de los árboles del paraíso terrenal? ¿por qué les estaba prohibido gustarlo y aun tocarlo? (2).

Siendo, en apariencia, la pregunta inocente, la res-

(1) Jac. IV, 6.—Petr. V, 5.

(2) Gen. III, 3.

puesta de Eva no contiene, en sí, la menor ilicitud. El germen del pecado y todas las consecuencias que de él se siguieron dimanaron del hecho de haber entrado Eva en conversación con el tentador. Discutir las órdenes de Dios y de toda autoridad legítima es el primer paso hacia el pecado, porque implica el desorden de someter las decisiones de los superiores al juicio de los subordinados, trastornando de este modo toda autoridad y todo orden.

Hay que preparar desde luego a los niños a las preguntas que a menudo se les dirigirán, como a Eva en otro tiempo, acerca de los mandamientos de Dios y de las órdenes recibidas de sus padres; en más de una ocasión se les preguntará tal vez: ¿por qué te abstienes de lo que otros disfrutan? ¿por qué no frecuentas los lugares a donde van los demás? ¿por qué no lees libros que otros leen? O bien, más adelante: ¿por qué no juegas ya que tienes necesidad de distraerte? ¿por qué no contraes deudas, firmando pagarés, puesto que necesitas dinero? ¿por qué no pides el divorcio? ¿por qué has de ser desgraciado? ¿Para qué guardas el ayuno? ¿para qué ir a misa los domingos, siendo así que otros no van? ¿Por qué y siempre por qué? Tales son las preguntas dirigidas al hombre contra las leyes de Dios por Satanás, el mundo y los suyos. La única respuesta posible es la de San Juan Bautista a Herodes «non licet» (1) no es lícito.

Al bendecir Dios a Adán y Eva, les dijo: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y enseñoreaos de ella» (2). Dióles así la soberanía sobre todo lo que había creado. El lugar donde Adán y Eva habían de extender su dominación es designado en la Escritura con el nombre

(1) Matth. XIV, 4. — Marc. VI, 18.

(2) Gen. I, 28.

de paraíso terrestre. Les estaba permitido alimentarse de todas las frutas que allí se daban con excepción de una sola.

En todo lo cual vemos los designios de Dios sobre el género humano antes de la caída de nuestros primeros padres. Dios les constituyó dueños de la tierra, imponiéndoles el trabajo y la templanza como condición de la soberanía que debían ejercer sobre todas las criaturas.

Aunque el paraíso terrestre fuera un lugar de delicias y el trabajo debiera verosímilmente practicarse allá sin dificultades ni angustiosas solicitudes, la dominación llevaba consigo cierto grado de trabajo. Que esa dominación debía ser regulada por la templanza, nos lo demuestra el hecho de haberle Dios señalado límites que debían servir para probar la fidelidad de Adán y Eva, ofreciéndoles la ocasión de adquirir méritos.

Por último, ese dominio debía ser ejercido en común; la vida común y el trabajo común sólo son posibles cuando cada uno se mantiene en su puesto y cumple con sus deberes sin entrometerse en lo que incumbe a los demás.

Adán y Eva no supieron cumplir con las condiciones de su soberanía ni salir victoriosos de la prueba a que el Señor les sometió.

En el hecho de constituir Dios al hombre en el primer lugar, confiriéndole el mando y dándole a Eva como «ayuda semejante a él», indica así lo que exige de cada uno de nosotros.

Todos los males del linaje humano han nacido de que ambos faltaron a su deber, cediendo Adán a las sugerencias de Eva en vez de conservar la dirección y autoridad, y convirtiéndose Eva en tentadora de Adán en lugar de servirle de ayuda.

La falta de fidelidad del primer hombre, cometida por obedecer a las sugerencias de su compañera, evidencia cuán importante es para los jóvenes el precaverse contra su debilidad, aprendiendo desde luego a guardarse de las malas influencias, y armándose de los principios y del valor necesarios para poner a salvo su fidelidad.

El hombre, que recibe de Dios el poder y la soberanía, debe recordar que en el orden divino a toda autoridad corresponden deberes; es preciso que use de su poder con prudencia y moderación; que cumpla concienzudamente con sus deberes de toda especie para no perder los derechos a ellos anejos.

No es menos importante convencer a las jóvenes de que, habiendo sido criadas para ayuda del hombre, en vano pretenderían igualarse al varón; pues si quisieran conquistarse con sus esfuerzos el poder que Dios les ha rehusado, perderían seguramente el que les ha concedido. La mujer cuando no sirve de ayuda se convierte casi siempre en obstáculo, y a ejemplo de Eva, trastorna el orden establecido por Dios. Importa, pues, enseñar a las jóvenes a convertirse de hijas de Eva en imitadoras de la Virgen María, haciéndolas comprender todo el bien y todo el mal que ha venido y viene al mundo por causa de la mujer. Apreciando en su justo valor la influencia que el Señor les ha concedido, deben emplearla, a imitación de la Madre de Dios, para la salud de las almas y no para su ruina, y han de esforzarse por llegar a ser verdaderas esclavas del Señor como María, y no instrumentos de Satanás, como Eva.

La primera mujer, al querer igualarse a Dios, se hizo sierva del demonio, y María, declarándose sierva inútil del Señor, llegó a ser la Esposa del Espíritu Santo y Madre del Salvador.

Imposible nos es pasar aquí en silencio la tendencia actual a educar a las jóvenes de igual modo que a los muchachos. Sin que los padres tengan ideas claras sobre la materia, suelen tolerar que sus hijas emprendan estudios y sean educadas de un modo análogo al de los varones. La cuestión nos parece ardua de resolver. ¿Quién decidirá si deben y hasta qué punto pueden ser equiparadas las jóvenes con los muchachos?

Es indudable que la Providencia ha dotado a la mujer de las aptitudes necesarias para el estudio, y que no constando la interdicción de éste en ningún mandamiento, debe considerarse lícito por todos conceptos. Pero de que las mujeres posean dotes intelectuales para el estudio, no se sigue que sean aptas lo mismo que los hombres para carreras, de ordinario reservadas a los últimos. El organismo de la mujer es tan diferente del del hombre, que la igualdad entre ellos es imposible.

Una mujer casada, una madre que cría y educa a sus hijos, no puede dedicarse a una profesión que la fuerce a trabajar fuera de su casa; por consiguiente, las que deseen abrazar esas profesiones no deberían casarse. Pero el problema no queda resuelto de ese modo más que en apariencia, y en todo caso a medias.

Por lo que hace a los hombres, cuanto mayores son las penalidades y sujeción en que los pone la carrera que eligen, con tanto mayor empeño tratan de casarse; danse cuenta de que después de haber trabajado fuera de casa por cuenta de otro, necesitan encontrar en su domicilio un descanso a la vez moral y físico; necesitan que alguna persona se cuide de ellos, les procure satisfacción y bienestar, se interese por su salud y comparta con ellos las alegrías y los dolores. Esta «división del trabajo»

entre el marido y la mujer se halla en perfecto acuerdo con las ideas modernas, y realiza los designios de Dios al crear a la mujer; ésta llega, en efecto, a ser así la ayuda necesaria de su marido, porque «no es bueno que el hombre esté solo» (1).

Los que pretenden reivindicar para la mujer la igualdad de derechos con el hombre, conviene que tengan presente lo fatal y pernicioso del aislamiento del hogar doméstico después de un día de trabajo; si las fuerzas del hombre, agotadas por el trabajo exterior tienen necesidad de renovarse en el hogar doméstico, con mayor razón la tendrán las de la mujer que se halla dotada de menor resistencia y reclama con mayor motivo una renovación diaria de sus energías; por consiguiente, en la elección de una profesión, de un oficio que procure a las jóvenes la necesaria subsistencia, no hay que olvidar la importancia de un hogar agradable. Un lugar solitario puede ser muy agradable, suponiendo que la persona a quien pertenece sepa creársele, viviendo y trabajando en él, sin pasar fuera de casa días enteros, como lo exigen ciertas profesiones.

No hay profesión ni trabajo exterior que pueda impedir a un hombre casarse y tener en su hogar una mujer cuidando y atendiendo a sus necesidades. Para la mujer, la vida y el trabajo fuera de casa no sólo excluyen la posibilidad de la vida conyugal, —circunstancia que para algunas no sería la mayor desgracia,—sino que la impide gobernar en el seno de la familia y atender a todo lo que pueda hacer sana y agradable la vida del hogar. Así, pues, la mujer que abraza una profesión de ese género, no solamente se pone en condiciones de tener que renunciar a la vida de

(1) Gen. II, 18.

matrimonio, sino también a toda agradable comodidad, a todo cuidado de su casa y persona. Al terminar el trabajo y entrar de nuevo en su casa, no encuentra en ella lo que pudiera dulcificar sus trabajos y fatigas con un poco de satisfacción y de alegría. Y de esta suerte, con fuerzas inferiores a las del hombre y con trabajo igual al de éste, la mujer se ve completamente privada del alivio que aquél encuentra al volver al seno del hogar. Las mujeres que pretendan ponerse al nivel de los hombres, harán bien en no olvidar que esa supuesta igualdad las condena a condiciones de vida no aceptadas por los hombres sino en circunstancias excepcionales.

II

Y en Jesucristo su Único Hijo, Nuestro Señor

Deberes que tenemos para con Jesucristo y obligación de imitarle.

Sabiendo ya, por el primer artículo del Símbolo de los Apóstoles, lo que debemos a Dios Padre, por el segundo vemos que Jesucristo, Hijo de Dios y Segunda Persona de la Santísima Trinidad, recibe la denominación de Señor Nuestro, lo cual nos indica las obligaciones que tenemos para con El.

Nuestro Señor Jesucristo, como hijo de Dios, tiene las mismas perfecciones que Dios Padre; debemos, pues, honrarle y amarle del mismo modo que a Dios Padre, puesto que Padre e Hijo son un solo y mismo Dios.

Es difícil comprender cómo Nuestro Señor Jesucristo, siendo Dios e igual en todo al Padre, puede ser, al

mismo tiempo, el Hijo de Dios. Imposible es en el orden natural de las cosas; pero, en un sentido espiritual, por la expresión Hijo, se entiende la sabiduría, el amor, la inteligencia, la palabra, la acción de Dios. Estos atributos tienen, en efecto, su principio y fuente en Dios; pero esto no quiere decir que sean posteriores a su origen en cuanto a la existencia, porque siempre han existido en Dios y como Él no han tenido principio..

El nombre de Hijo Único, dado a Cristo, nos enseña entre otras cosas, que revelándonosos la luz, la verdad y la sabiduría por Jesucristo, Nuestro Señor, toda enseñanza en desacuerdo con la de Cristo no engendrará la ilustración, sino la obscuridad del espíritu, llenándole de funestas ilusiones. El que comprenda que toda verdadera gracia sólo puede venirnos por Nuestro Señor Jesucristo, no buscará el favor de los hombres ni se rebajará ante ellos, sino que conservará su independencia de espíritu y sabrá respetar en sí la dignidad cristiana.

Cristo, en cuanto Dios, se llama Hijo de Dios; posee la misma esencia divina que el Padre y es igual a Él; en cuanto hombre, se llama Hijo del hombre, porque sin cesar de ser Dios es al mismo tiempo hombre.

Nuestro Señor Jesucristo es nuestro Salvador y nuestro Redentor, nuestro Maestro, Modelo y Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, al que todos los fieles cristianos pertenecen como miembros (1). Jesucristo se designa a sí mismo con el título de hermano mayor nuestro (2), y nos da derecho a participar de su reino (3); denomínase también la cepa de la vid, comparándonos a los sarmientos (4)

(1) Corint. VI, 15; XII, 27.

(2) Rom. VIII, 29.

(3) Rom. VIII, 17.

(4) Joan. XV, 5.

que de ella toman la savia. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. De todo lo cual nos vienen gracias especiales que engendran sus respectivos deberes: y precisamente en aprovecharnos de tales gracias y cumplir con los deberes correspondientes, consiste toda la sabiduría y utilidad de nuestra vida.

Los buenos cristianos conservan siempre grabado en su ánimo el pensamiento de que Cristo es nuestro Salvador y Redentor, y no pueden recordar sin conmoverse lo que ha hecho por nuestra salud.

Habiendo sido creados para unirnos a Dios, no alcanzaremos nuestro fin sino conformando nuestra voluntad con la suya, mediante la guarda de los mandamientos.

No siendo el hombre puro espíritu, sino un compuesto substancial de alma y cuerpo, deberá asemejarse a su Hacedor, así por lo que se refiere a la porción superior de su sér, como por lo que respecta a la inferior. Cosa imposible de realizar y aun de concebir, si Jesucristo no hubiera mostrado, vistiéndose de nuestra humanidad, el modo cómo la perfección divina puede ser realizada en el sér humano.

San Pablo enseña que la vida de Dios debe manifestarse en nuestra carne (1). Es necesario, de consiguiente, aspirar a esa semejanza divina, no por el orgullo, como lo hicieron Lucifer y Eva, cuando quisieron ser como Dios, y rehusaron obedecerle y servirle, sino al contrario, rindiéndole el tributo de nuestra sumisión y servicio, humillándonos, abatiéndonos a ejemplo de Cristo que se hizo hombre y «vino a este mundo para servir y no para ser servido» (2).

(1) Cor. IV, 11.

(2) Matth. XX, 28.

Jesucristo, no sólo nos instruye con su palabra, sino también con su ejemplo; de donde nace para nosotros el deber, no sólo de escuchar sus palabras, sino de imitar además sus acciones.

Jesucristo nació en pobreza y abatimiento; vivió en trabajo y obediencia, y murió entre tormentos sufridos pacientemente por nuestro amor. Por lo tanto, debe entrar en nuestra educación algo de pobreza voluntaria, de obediencia, humildad, trabajo y amor.

A fuer de discípulos de Cristo, necesitamos conocer perfectamente las palabras y acciones de nuestro Maestro, para lo cual debemos acudir en busca de luz e instrucción, no sólo al Nuevo Testamento, sino también al Antiguo, que nos permite conocer a Cristo por medio de las profecías y las figuras que nos ofrecen los Patriarcas y Profetas.

Es preciso meditar las virtudes de Jesucristo, que resplandecen en sus palabras y obras; así, pues, desde la infancia, deberemos ejercitarnos en esas virtudes y aplicarlas en el discurso entero de nuestra vida, a fin de realizar en lo posible lo que San Pablo decía de sí mismo: «Vivo yo, pero ya no soy yo, sino Cristo el que vive en mí» (1). El hombre, auxiliado de la gracia divina, puede imitar las virtudes de Jesucristo e infiltrar de este modo en sus actos y vida algo verdaderamente divino; cuanto más se repitan estos actos y momentos divinos en la vida de un hombre, de una familia, de una sociedad, tanto más este hombre, esta familia y esta sociedad, contribuyen eficazmente a extender el reino de Dios sobre la tierra.

Al dar a Jesucristo el título de Nuestro Señor, nos reconocemos servidores suyos; y así nos lo muestra el

(1) Gal. II, 20.

Catecismo cuando nos instruye sobre el fin del hombre. Si el nombre de Padre define nuestras relaciones con Dios, presentándolas en la misma categoría que las existentes entre padres e hijos, el nombre de Señor define aún con mayor precisión nuestras relaciones con Dios, como las de siervos respecto de su amo, dando a la vez la noción de los deberes que resultan de esta situación.

Los dueños exigen mucho, y suelen exigir tanto más cuanto mayor es su superioridad moral, es decir, cuanto más elevada es su posición o mayores beneficios prodigan a sus criados.

Examinemos qué cualidades queremos ver en los que nos sirven y comprenderemos más fácilmente lo que debemos a Nuestro Señor. Por nuestra parte, pedimos honradez y fidelidad. El criado, a fuer de fiel administrador, no debe ni apropiarse ni malgastar lo que su dueño le ha confiado y de lo que puede exigirle cuenta a cada momento. De igual suerte al acordarnos de que todo lo creado por Dios y cuanto Él nos da para nuestro uso tiene únicamente por fin su servicio y su gloria, emplearemos nuestras aptitudes, nuestra situación, fortuna y demás dones de Dios, no para satisfacer nuestra vanidad y ambición, sino sólo en cuanto pueden ayudarnos a cumplir con nuestros deberes.

Exigimos a nuestros criados que hagan, no su voluntad propia, sino la nuestra; y esto con puntualidad y agrado. Pues he ahí precisamente lo que Jesucristo nos pide: «En el reino de los cielos no entrarán los que se contentan con decir: Señor, Señor, sino que allí serán admitidos los que hicieren la voluntad de mi Padre...» (1) «Dios ama al que da con alegría» (2).

(1) Matth. VII, 21.

(2) II. Cor. IX, 7.

Nosotros queremos ver en nuestros criados paciencia en el servicio; pues de igual modo nos es necesaria también la paciencia cuando nos faltan las luces e ilustraciones necesarias para resolver las dificultades con que tropezamos a veces en la senda del deber, y cuando nos sentimos faltos de fuerzas y medios para cumplir lo que parece indicado por la voluntad de Dios.

Nosotros reclamamos modestia en el lenguaje, en el vestido, en las maneras, en toda la conducta de nuestros servidores; y las reclamamos con tanto mayor derecho cuanto que suele juzgarse al amo por lo que se echa de ver en sus criados. Un buen criado es la honra de su Señor, y un mal criado le desacredita.

Nosotros requerimos de los criados que sean afectos a los que los emplean; que tomen tan a pecho los negocios de sus señores, como si fuesen los suyos propios; deseamos, además, ver en ellos otra multitud considerable de cualidades. Pero si los amos de la tierra tienen derecho a exigir de sus sirvientes tales virtudes y cualidades, a pesar de premiarles sólo con un galardón terreno; ¿qué decir de los que debemos a Nuestro Señor Jesucristo, no sólo en atención a la recompensa eterna que nos ha prometido, sino además por lo que ha hecho por nosotros redimiéndonos con su sangre, salvándonos por los méritos de su Pasión, y dándonos constantemente en alimento en la Sagrada Eucaristía, a fin de santificarnos y fortalecernos para servirle mejor? No seamos de aquellos siervos que todo lo hacen con desgana, y dirijamos la educación de modo que considerándose cada uno desde la infancia como súbdito y criado, aprenda desde luego a cumplir con los deberes anejos al servicio de Dios y emplee bien todos los dones divinos, aplicándolos al uso que el Señor les ha destinado.

¿Qué diríamos de los criados que olvidándose de lo que les incumbe en la casa de su amo, se contentaran con quejarse del desorden, del derroche, del egoísmo que pudieran reinar en la morada del dueño? Pues eso es lo que hacemos, cuando nos lamentamos del rebajamiento moral de nuestra sociedad, de la falta de hombres, de las adversas circunstancias en que nos hallamos, en una palabra, de todo lo que no depende de nosotros, mientras no hacemos lo que debemos para remediar el mal.

En lugar de quejarnos es preciso trabajar en la mejora de nuestra situación material y moral, acordándonos, sin embargo, de que eso no basta, y de que el deber absoluto de cada uno está en emplear todas sus aptitudes, todos sus medios de acción para elevar el nivel material, intelectual y moral de la sociedad.

Con la práctica de la virtud y conduciéndonos en todo con prudencia, daremos al Señor el testimonio de fidelidad y sumisión que nos pide. Seamos sus confesores para glorificarle frente a los que no le conocen, ni se le acercan, ni quieren reconocerle como a su Señor. Cumplamos fielmente nuestros deberes de cristianos y patriotas; seamos servidores de Cristo, como El nos lo exige, y servidores de la patria, como ésta tiene derecho a esperarlo de nosotros.

III

...Que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María...

Circunstancias que acompañaron al nacimiento de Jesucristo.—Importancia que tiene el esfuerzo personal del educando para su propia formación.

Dios, al colocar a nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal les rodeó de todas las condiciones necesarias para su felicidad, la cual debían transmitir a sus descendientes hasta las últimas generaciones.

Pero con la caída del hombre todo cambió. Llevando sobre nosotros la carga del pecado y de sus consecuencias morales y físicas, el hombre transmite a sus descendientes, en vez de la felicidad, la inclinación a quebrantar la ley divina junto con la sentencia temporal y eterna fulminada por el Señor contra la prevaricación de nuestros primeros padres.

Empresa muy superior a las fuerzas del hombre y aun a las de cualquier criatura, es la de satisfacer dignamente por el pecado. Para reparar la ofensa de Dios se necesitaba ser Dios, y para pagar la deuda del hombre, era preciso ser individuo de la especie humana. Nuestro Señor Jesucristo, el Hombre-Dios, tomó sobre sí esta doble empresa.

La justicia divina demandaba una satisfacción que recayera precisamente sobre la materia misma de la transgresión. El pecado a que Eva se había dejado arrastrar por Lucifer, había consistido principalmente en la resis-

tencia a obedecer y servir. Por esto el Hombre-Dios satisfizo por la desobediencia, mostrándose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (1), y reparó el desacato cometido por el soberbio deseo de usurpar las atribuciones de la Divinidad, humillándose y abatiéndose, mediante la Encarnación, hasta ponerse al nivel de los pecadores.

Este Hombre-Dios debía nacer de una mujer; por eso todas las mujeres de Israel, deseosas de ser escogidas para la dignidad de Madre del Mesías, se apresuraban a contraer matrimonio. Los matrimonios tardíos eran considerados como una afrenta y la esterilidad como una nota infamante.

Únicamente la Virgen María se declaró indigna de la Maternidad divina, y rehusando dar cabida en su alma a la idea de que pudiera ser la Madre del Redentor, quiso permanecer Virgen y vivir como Sierva humilde de Dios. Tal era la humildad que debía tener la bendita doncella destinada a aplastar la cabeza de la serpiente infernal.

La Virgen María llegó a ser de ese modo la Reina del Cielo, la Estrella del Mar, el Arca de la Alianza, la Puerta del Paraíso, la Esposa del Espíritu Santo; y todo ello, no porque descendiera de estirpe real o por razón de su belleza y virtud, sino porque era la más humilde y obediente de las siervas de Dios. La humildad y obediencia son las virtudes que hicieron a la Santísima Virgen instrumento de Dios para la salvación del mundo; así como la soberbia y rebeldía convirtieron a Eva en instrumento de Satanás para nuestra ruina.

Los Padres de la Iglesia y los teólogos han escrito sobre el misterio de la Encarnación y el nacimiento de

(1) Philip. II, 8.

Nuestro Señor, un considerable número de obras célebres que los padres y maestros deberían conocer aunque sólo fuera en cuanto a lo más substancial.

Todos los pormenores, aun los más menudos, que se refieren a la Encarnación y nacimiento de Nuestro Señor, y en especial, todos los que conciernen a los años de su infancia, juventud y al resto de su vida, deben ser el asunto de frecuentes meditaciones, de donde los padres y maestros pueden sacar preciosas enseñanzas.

La visita de la Santísima Virgen a Santa Isabel demuestra que no se consideraba superior a sus parientes, antes al parecer se creía obligada a visitarlos por sí misma para darles muestra de su afecto.

Las posadas de Belén, tan repletas de forasteros que carecen de espacio para recibir a la Santa Familia, son imagen fiel de la vida humana, donde hay tiempo y lugar para todo y para todos, excepto para aquello de que depende la salvación.

El nacimiento del Salvador en un pobre establo, nos descubre cómo la acción de Dios se ejerce independientemente de las circunstancias y condiciones exteriores; y también nos enseña ese nacimiento que la pobreza no es un obstáculo para servir a Dios, y que nadie puede justificar en la falta de fortuna su inacción en el servicio de Dios.

¡Qué admirable ejemplo de obediencia nos da San José, levantándose a la voz del ángel durante la noche, para conducir a Egipto al Niño Jesús y a su Madre, haciendo lo mismo la Virgen cuando a la primera palabra de San José le sigue sin preguntar las razones de la orden recibida! Y, no obstante, ¿quién mejor que ella tenía el derecho de decir que dependía sólo de Dios y debía recibir directamente sus órdenes?

No menos admirables enseñanzas hallamos en la conducta de los Magos y de los pastores que al recibir la primera noticia del nacimiento del Salvador, acudieron a rendirle homenaje. Los tres reyes de Oriente fueron los primeros en divisar una luz en el cielo y comprendieron que les anunciaba el nacimiento del Mesías. La fe y la sabiduría se anticiparon en ellos a la revelación y les dispusieron para recibirla; aguardaban confiadamente la venida del Mesías, y por eso comprendieron la significación de la nueva estrella.

En el catecismo vemos que una de las consecuencias del pecado y la más sensible, es la ofuscación de la inteligencia: esta ofuscación se explica fácilmente, puesto que el pecado aleja de Dios, de quien proviene la luz. Por eso la fe, sometiendo a Dios la inteligencia, le devuelve en gran parte la luz perdida por el pecado.

Los Magos, ilustrados por esa luz, comprendieron que el reinado de Cristo sobrepujaba a todos los de la tierra; y así no tuvieron reparo alguno en doblar la rodilla delante del pesebre de Belén y en rendir homenaje a un pobre niño. Los presentes que le llevaron encierran una importantísima significación mística. La Iglesia nos enseña que el incienso simboliza la oración; el oro las buenas obras, y la mirra la mortificación, tan necesaria en la vida cristiana.

Los Magos representan la condición más elevada y los pastores la más humilde; no hay, de consiguiente, en el mundo, posición tan elevada que los que la disfrutan no tengan de qué humillarse, ni situación tan humilde que los colocados en ella no puedan elevarse hasta Dios.

Los pastores velan fielmente durante la noche por el rebaño que se les ha confiado, en el momento en que los

Angeles anunciando el nacimiento de Cristo los llaman a Belén. Puede decirse aquí con Santa Teresa, que la voz de Dios se deja siempre oír donde quiera que se cumple con el deber; y que no hay necesidad de condiciones excepcionales o especiales para percibir la voz de Dios y obedecerla. Los pastores, a pesar de la solicitud con que atendían a la guarda de sus ovejas, supieron, no obstante, abandonarlas, no por su propio gusto, sino obedeciendo al mandato de Dios, de igual modo que lo hicieron más tarde los apóstoles, y como lo hacen hasta el presente todos aquellos a quienes Dios llama a su exclusivo servicio.

El Evangelio menciona una sola vez la infancia de Cristo, cuando dice que la sabiduría del Niño Jesús, cuando era de doce años, maravilló a los Doctores de la ley; nada indica sobre el período comprendido entre los doce y treinta años de la vida del Salvador, sino es que estaba sometido a sus padres y que crecía en gracia y sabiduría ante Dios y los hombres (1).

Este silencio del Evangelio encierra una enseñanza importantísima para nosotros.

Habiendo tomado sobre sí Nuestro Señor la empresa de instruir y salvar al género humano, aguardó, como Dios que era, largos siglos para llevarla a cabo y, hecho ya hombre, se encerró durante treinta años más en los humildes deberes de hijo y artesano antes de comenzar su predicación.

Aprenda, pues, aquí la juventud, animada de la noble ambición de servir a su país, y tenga presente que la primera condición que para ello se requiere consiste en aguardar la madurez necesaria para la empresa; y que no se puede enseñar sin haber adquirido antes la necesaria instrucción y preparación.

(1) Luc. II, 51, 52.

El apresuramiento en el obrar sin preparación suficiente, es la causa ordinaria de que fracasen las mejores empresas; así las de orden moral como las de índole material. Todos se creen con las dotes necesarias para mandar y dirigir, sin haber aprendido a obedecer y servir: es una gran ilusión.

Si vemos que tantos buenos proyectos no conducen a resultado alguno positivo, es porque falta la debida preparación en los que los idean y pretenden llevarlos a la práctica. Los jóvenes comienzan a menudo por donde debían terminar; aspiran a instruir y convertir a los otros, antes de haber cumplido con los deberes de su edad y estado. Se desesperan a menudo al ver la inutilidad de sus esfuerzos; olvidan que el primer trabajo y el más importante, consiste precisamente en formarse a sí mismo. El celo, por más ardiente y fogoso que sea, sólo produce decepciones, cuando no se le aplica desde luego a uno mismo, y lo que es todavía más grave, ridiculiza esfuerzos que de otro modo hubieran sido valiosísimos.

El campo de acción para los jóvenes y la verdadera base de su acción futura consiste en la propia instrucción.

Hay que convencer a los jóvenes de que en el hogar doméstico y en los bancos de la escuela, en el cumplimiento exacto de los deberes que les impone el momento presente, es donde y cómo deben adquirir las virtudes cristianas y cívicas necesarias para desempeñar cumplidamente la misión que les reserva el porvenir.

El hombre que acometiera una empresa sin haberse cuidado de adquirir las condiciones necesarias para llevarla a cabo, imitaría al soldado que se lanzara al combate, sin haber aprendido antes el manejo de las armas; la suerte que le cabe esperar es la de ser infaliblemente derrotado.

Derrochará en vanos ensayos sus energías y las ajenas; se pondrá en ridículo, perderá los ánimos y los hará perder a los demás, esparciendo en torno de él la idea falsa y perniciosa de que en «nuestra situación actual no puede emprenderse cosa alguna con esperanzas de éxito».

Verdad es que en la situación presente se necesita de mayor prudencia y abnegación para trabajar con fruto. Deber, por tanto, es de los padres, no sólo inculcar desde luego esta convicción a sus hijos, sino también habituarlos en la conducta entera de su vida a trabajar en las condiciones en que se hallan, y esto con el espíritu de disciplina necesario a la juventud, a fin de que más tarde la independencia de acción sea útil y fecunda.

IV

**... «Padeció debajo del poder de Poncio Pilato,
fué crucificado, muerto y sepultado...»**

La cruz, es la clave de todo el edificio de la fe. Desde la creación del mundo hasta nuestros días, todo se refiere a la cruz; sobre ella se apoya toda la vida espiritual y moral del mundo cristiano. Las naciones que no conocen la cruz tienen el espíritu cerrado a todo un mundo de ideas primordiales, y sabemos demasiado a qué degradación moral llegan las sociedades que dejan de dirigirse por la luz emanada del Calvario.

No creemos oportuno exponer aquí todos los pormenores de la Pasión de Nuestro Señor; así que nos limitaremos a llamar la atención sobre un punto que nos hará comprender mejor la tarea que incumbe a los padres.

Vemos que los fariseos y los sacerdotes judíos, a pesar de su odio contra Cristo, sólo fueron los instigadores de su muerte; pero los ejecutores de la misma pertenecían a la clase de hombres que ningún rencor ni resentimiento tenían contra El.

Judas, Pilatos y Herodes, no pueden calificarse de enemigos encarnizados de Cristo. De modo que la enseñanza contenida en el crimen de que se hicieron culpables, es de una significación excepcional, porque evidencia hasta qué extremo puede conducir la falta de principios morales, así como las malas inclinaciones que no fueron domadas a tiempo en la época de la juventud.

Al conocer las consecuencias de su traición, Judas se ahorca en un arrebatado de desesperación; no deseaba, pues, la muerte de Cristo, ni la admitía, ni era indiferente a ella. Arrastrado por la avaricia, Judas se entrega sencillamente a traficar con la traición, quiso explotar en provecho propio el odio que los sacerdotes profesaban a Cristo. Había presenciado tantos milagros de su Maestro, que probablemente no le cupo en la cabeza que el Señor no escapara una vez más de las manos de los encargados de prenderle.

Aunque es muy cierto que Judas tuvo fe en Jesucristo, puesto que le siguió y escuchó sus enseñanzas, esa fe, sin embargo, era demasiado débil para preservarle de caer en pecado, demasiado débil para engendrar la confianza en el perdón misericordioso de Jesús, en el caso de haber confesado su falta con arrepentimiento y de haber implorado el perdón; en resumen, la fe de Judas era una fe muerta, porque no informaba ni dirigía sus actos.

Como Judas, que viviendo desde hacía tres años en compañía de Jesús, oyendo sus enseñanzas sobre la

futilidad de las riquezas, siendo testigo de su vida pobre y abnegada, de su misericordia con los pecadores arrepentidos, pudo ser un hombre tan codicioso a la vez que de fe tan débil, parece imposible de comprender.

Y, sin embargo, nada tan fácil de ser explicado. La avaricia es una pasión, y como todas las pasiones pone su propia satisfacción por encima de la voluntad divina. De aquí la ceguera, la debilidad frente a las tentaciones, la infidelidad, y por último la desesperación.

La avaricia es un pecado grave, origen de un número considerable de faltas; conduce a la envidia, a la deslealtad, a la mentira y aun al robo y al asesinato. Los padres, por tanto, deben prestar la mayor atención a sus menores manifestaciones, para cortar a tiempo su desarrollo; el mejor medio consiste en desenvolver las inclinaciones opuestas, la generosidad, la beneficencia, el deseo de servir a los demás, el amor de Dios y del prójimo.

En cuanto a Pilatos, no era, en el sentido ordinario de la palabra, un malvado; no tenía odio a Cristo; reconocía, por el contrario, que no se hallaba en Jesús falta alguna, deseaba defenderle; pero tenía miedo a las amenazas de los judíos.

Los padres desatienden a menudo las señales de pusilanimidad que se manifiestan en los hijos. A veces se figuran que son cosa de la edad, que desaparecerán con el tiempo, y no comprenden la necesidad de desarrollar desde luego el valor de sus hijos. El miedo proviene de la aprehensión de tener que afrontar algunos sufrimientos y trabajos o bien la pérdida de alguna ventaja a la que se concede un valor y una significación exagerados.

Formando el juicio de los niños y enseñándoles a apreciar las cosas como conviene, los padres les librarán del

excesivo apego a las cosas del mundo, de la demasiada delicadeza para apreciar lo que les es personal, y de esta suerte alejarán de ellos las causas del miedo, les asegurarán el valor, les enseñarán a temer a Dios y a no tener otro temor.

El valor tiene el mérito especial de que, sin él, las otras virtudes son imposibles, como lo prueba la conducta de Pilatos. Este hombre, débil de carácter, no dejaba de alimentar sentimientos de justicia, había reconocido la inocencia de Cristo, pero, falta de valor, sacrificó la justicia a su propia tranquilidad. Además se figuraba que habiendo dicho lo que pensaba sobre la inocencia de Cristo, podría lavarse las manos y echar la responsabilidad sobre los que le pedían a gritos la condenación del Justo.

Hay circunstancias en que una autoridad, viéndose imposibilitada de hacer cumplir sus determinaciones, debe contentarse con promulgarlas, quedándole entonces el derecho de rechazar la responsabilidad de su ejecución. Tal es lo que observamos diariamente en la conducta del Papa respecto de los poderes seculares; pero Pilatos podía hacer cumplir su sentencia, y por consiguiente debió defender la justicia aun exponiéndose a cualquier peligro.

Al pecar contra la justicia vamos directamente contra el mismo Dios, hecho que ninguna consideración de seguridad personal puede justificar.

Es pues preciso enseñar a los niños que hay casos en los cuales la gloria de Dios, el servicio de la patria, la salud de las almas, el cuidado de la propia reputación, exigen el sacrificio de la fortuna, de la situación y aun de la vida. Se dan circunstancias en las que es preciso sacrificarlo todo al deber, a la verdad, a la justicia; desde la más tierna edad conviene disponerse para adquirir el hábi-

to de este heroísmo, so pena de portarse, con frecuencia, como un miserable.

Herodes no odiaba a Jesucristo ni tenía intención de tratarle con crueldad. Herodes era como uno de tantos hombres de nuestros días, fácil en dejarse arrastrar por los impulsos de sus pasiones. El crimen que anteriormente había cometido mandando decapitar a San Juan Bautista, había sido motivado no por la crueldad, sino por la lujuria y la imprudencia. Ese crimen era tanto más extraño, cuanto que Herodes respetaba y estimaba a San Juan Bautista, le consideraba como un hombre justo, se complacía en oírle predicar y le pedía consejo de buen grado. Si le condenó a muerte, no fué por odio, sino a consecuencia de un juramento hecho con ligereza, bajo el imperio de una pasión mala; y así se convirtió en el instrumento ciego, no de su propio odio y venganza, sino de la de otra persona.

De manera, que si Herodes no libró a Jesús de la muerte, como hubiera podido hacerlo, no fué a causa del odio que le profesara, sino porque en su trato con el Señor no buscó la verdad, ni se hallaba inspirado por la justicia, antes al contrario, deseaba conocer a Jesús sólo por satisfacer una vana curiosidad. Defraudado en sus esperanzas por el silencio del divino Maestro, echó a risa y tomó por objeto de burlas lo que no comprendía, siguiendo la costumbre ordinaria del mundo, y entregó a Cristo a las mofas y escarnios de los judíos.

En resumen: Judas, Pilatos y Herodes llegaron a ser criminales por no haber domado desde la infancia sus malas inclinaciones.

Los pormenores de la Pasión de Cristo no tenían sólo por objeto la expiación del pecado original, sino que se

referían además a nuestros pecados actuales, por los que los padecimientos del Señor debían satisfacer.

La meditación de los misterios de la Pasión nos dará abundantes luces para la enmienda de nuestra vida, mostrándonos las diversas clases de pecados y de faltas a que se refieren los padecimientos sufridos por el Señor, y haciéndonos comprender la gravedad de las faltas que exigieron tan dolorosa expiación.

La Iglesia nos enseña que al considerar la flagelación de Cristo, debemos aprender a mortificar nuestra carne, y al meditar en la coronación de espinas, la mortificación del espíritu. Podemos, de consiguiente, admitir resueltamente que esta parte de la Pasión del Salvador ha reconocido como causa los pecados debidos a la cooperación de los sentidos y del orgullo, así como la obediencia de Jesús había debido expiar la desobediencia de nuestros primeros padres.

Tales son las consideraciones mediante las que es preciso dar a los niños idea exacta del pecado, de su indignidad y del horror con que deben mirarlo. Importa sobremanera inculcarles bien que ni la Pasión de Cristo, ni la fe sola, como pretenden los protestantes, pueden bastar a satisfacer por nuestros pecados personales; y, de consiguiente, que para conseguir la salvación necesitamos, según las palabras de San Pablo, cumplir lo que falta a la Pasión de Cristo (1). Y ¿qué puede faltarle sino nuestra propia cooperación? Sin ella, ni el médico más hábil logrará curar al enfermo, ni el maestro más docto y experimentado instruir a su discípulo.

Evidentemente Nuestro Señor, víctima sin mancha, ha sufrido a fin de satisfacer a la justicia divina por el

(1) Colos. I, 24.

pecado original, y en este sentido no es ni necesario ni posible completar el efecto de su pasión. Pero habiendo sufrido Jesucristo no sólo para borrar el pecado original, sino también para expiar los pecados actuales, es indispensable que prestemos nuestra cooperación personal para complementar, según el concepto indicado, la Pasión del Redentor. En vano contaríamos con la humildad de Nuestro Señor para expiar nuestro orgullo, si no rechazáramos por nuestra parte el orgullo de nuestro corazón y si no aceptáramos las humillaciones que se nos ofrecieren uniéndolas a las del Salvador. En vano invocaríamos su pobreza para expiar los excesos de nuestro lujo y el mal uso que hacemos de la fortuna, si no quisiéramos negarnos cosa alguna por amor de Jesucristo y para dar ejemplo a nuestros prójimos, como El lo hizo. De nada nos serviría descansar confiados en la paciencia de Jesús para satisfacer por nuestros enfados y rebeldías, si no imitáramos al divino Maestro soportando con paciencia los sufrimientos físicos y morales que Dios nos envía en su misericordia.

La lección más importante que debemos aprender en la Pasión de Jesucristo es la del sufrimiento. Habiendo sido creados para la felicidad temporal y eterna, a ella tendemos con todo nuestro sér y con todas las potencias de nuestra alma; todo lo que se opone a nuestra felicidad nos parece una injusticia que se nos hace, se nos figura incomprensible e injusto. En efecto, mirado humanamente y a la luz de la razón, el sufrimiento es una violencia hecha a nuestra naturaleza. El pecado, al trastornar el plan divino, ha sido la causa del dolor, y éste se convirtió entonces en el compañero inseparable de todos los hombres en esta vida; ¿puede haber, de consiguiente, algo más

importante que la inteligencia del dolor, tan difícil de comprender, y sobre todo, tan arduo de soportar? Y, no obstante, de él depende la paz de la vida temporal y la felicidad de la eterna.

El hombre encuentra tanta dificultad en aceptar los padecimientos, que todos los pecados son causados o por el deseo de evitar alguna pena o por el de obtener alguna ventaja más o menos real.

La recta comprensión del dolor debería movernos a darnos cuenta de su origen y de sus causas, de su valor y de las ventajas que de él dimanar. Si Dios ha señalado el dolor para servir de precio de rescate del linaje humano, es porque en la persona de Jesucristo los padecimientos tuvieron una virtud expiatoria infinita.

El padecer soportado con sumisión a la voluntad divina, es un acto de fe y de amor; es el mayor homenaje que la criatura puede tributar a su Criador. El padecer aumenta el valor de la oración y de todo lo que se hace por amor y servicio de Dios; comunica fuerza y vigor al alma, la ayuda a corregir muchas de sus torcidas inclinaciones, a hacer penitencia de innumerables culpas, a poner a prueba la fe, el amor, la obediencia, a destruir el orgullo y robustecer la humildad.

La Sagrada Escritura nos dice: «Quien no ha sido tentado ¿qué es lo que puede saber?» (1). El soldado que nunca ha entrado en combate, ignora cómo se portará en él. De igual modo el cristiano que no ha sido probado por el dolor, no se conoce a sí mismo, ignora la eficacia de sus oraciones y el modo de dirigir sus vigiliass y trabajos al logro de la victoria en el buen combate (2), en el combate

(1) Eccli, XXXIV, 9.

(2) II Timot, IV, 7.

de la vida cristiana; ¿de dónde, pues, sino del dolor, sacará la ciencia y humildad necesarias para la salud y para la satisfacción?

El profeta Isaías enseña que el padecer da la inteligencia (1), es decir, la razón necesaria para dirigir y regular la vida. Bossuet decía del gran Condé que poseía «ese matiz de perfección indefinible, que las desgracias dan a las grandes virtudes» (2).

El sufrimiento es la piedra de toque de la virtud, es el fuego en que se purifica toda virtud, como el oro en el crisol.

Para los que comprenden la significación de los trabajos, soportarlos no sólo viene a ser menos difícil, sino hasta envidiable, como vemos en la vida de muchos Santos. «¡Salve, oh Cruz, mi única esperanza!», decía San Andrés en el momento de divisar la cruz en que había de ser clavado.

Dios es misericordioso, y sólo quiere lo mejor para sus criaturas; es todopoderoso y por tanto no envía a los hombres sino lo que quiere, y por esto dice S. Pablo que todo contribuye al bien de los que aman a Dios (3). Aunque la prudencia ordena guardarse de todo lo que parece nocivo y ejecutar lo que es apetecible, no conviene, sin embargo, inquietarse demasiado por el resultado de sus esfuerzos, aun cuando fuere distinto de lo que se esperaba. Ni un solo cabello de nuestra cabeza caerá sin el permiso de Dios (4); y Él dispone las pruebas en proporción a las fuerzas, y éstas en conformidad con las cargas que impone. De ese modo, para los que tienen fe y viven en espí-

(1) Isaí. LIII, 3.

(2) Oración fúnebre de Luis de Borbón, príncipe de Condé, 10 marzo, 1687.

(3) Rom. VIII, 28.

(4) Luc. XXI, 18.

ritu de fe, el yugo de Cristo es verdaderamente dulce y su carga ligera (1).

Es necesario, pues, enseñar a los niños la manera de buscar, al encontrarse con algún trabajo, las ventajas que de él pueden reportarse, a fin de que todas las penas lleven consigo el fruto que la divina misericordia les haya asignado.

Hay padecimientos que enseñan la moderación en el comer y beber, en el juego y aun en el trabajo. Otros enseñan la prudencia, la previsión, y nos dan el conocimiento del padecimiento ajeno; todos, cualesquiera que sean, sirven para ejercitarnos en la humildad y la paciencia. Si se tiene presente que esta virtud es la que perfecciona las obras (2) y que Dios da su gracia a los humildes (3), ¿podremos hablar mal del sufrimiento?

Los niños piensan a menudo que el dolor es un castigo y la alegría una recompensa.

Los padecimientos pueden servir para expiar los pecados; la alegría puede ser ora una prenda de los goces de la otra vida, ora la recompensa natural de virtudes naturales que no bastan para merecer una eterna remuneración. De consiguiente, Jesucristo nos previene que su reino no es de este mundo, y que no es aquí abajo donde Dios castiga y recompensa. Así, pues, en general, los dolores y las alegrías no dependen de las faltas o de los méritos, como lo prueba la historia de las persecuciones y de los mártires. Dios tiene el derecho de enviar trabajos y alegrías a quien le place y cuando quiere, y nosotros debemos aceptarlas con fe, sumisión y amor.

Ciertos padres se esfuerzan en evitar a sus hijos todo

(1) Matth. XI, 30

(2) Jac. I, 4.

(3) Jac. IV, 1.

lo que pudiera acarrearles algún disgusto. Eso no es formarlos para las luchas de la vida; al contrario, es preciso educar a los jóvenes para el trabajo, habituándolos a luchar con las dificultades, a perseverar en el cumplimiento del deber, no obstante la falta de próspero suceso, a la calma y serenidad del espíritu frente a los peligros y los engaños. Así, y sólo así, es como se forman los caracteres viriles e independientes.

Otros padres, para endurecer y adiestrar a sus hijos, les exponen deliberadamente a contratiempos de que la simple prudencia podría preservarlos. Tanto en un caso como en otro, no se logra el objeto apetecido, porque se está fuera de la verdad y realidad de la vida. La sabiduría y la virtud no estriban ni en el gozar ni en el padecer, sino en el uso prudente y virtuoso de lo que Dios nos da. Sin embargo, como en la vida se ofrecen mayor número de dolores que de alegrías, es preciso habituarse, desde luego, el espíritu y el alma al padecer, a fin de no dejarse sorprender por las penalidades, y de no irritarse contra ellas, ni de sucumbir bajo su peso. El sufrir valerosamente los pequeños e inevitables pesares de los primeros años, desarrolla en los niños el valor que les será necesario más tarde para afrontar los grandes dolores.

El Padre Kalinka hace notar en las meditaciones acerca de la Pasión, intituladas «Sobre el Gólgota», que durante la primera parte de la vida de Cristo, es decir, en el espacio de treinta años, las virtudes que descuellan sobre todas las otras en cuanto a su manifestación, son la obediencia, la abnegación y la vida oculta pasada en la sujeción y en el trabajo; en la segunda parte brilla de un modo especial el sacrificio de sí mismo en bien del prójimo y los actos de misericordia; en la tercera y última parte de la

vida de Cristo el rasgo dominante es el sufrimiento. Este orden de cosas, añade el Padre Kalinka, se encuentra ordinariamente en la vida de todo cristiano.

En efecto, la obediencia a la autoridad legítima y la abnegación son la base y condición del celo para el bien del prójimo, como de todo trabajo útil, mientras que el sufrimiento es el remate y perfección de la vida cristiana; por medio del dolor, Dios forma las almas a semejanza de su Hijo, semejanza necesaria a los servidores de Dios para gozar el reinado de su Maestro.

Hay que familiarizarse de buena gana con esta condición de la vida eterna, y de buen grado también es necesario aceptarla y aun amarla en lo posible con el auxilio de la divina gracia.

V

...Bajó a los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos...

La esperanza es indispensable para triunfar de la dejadez y el desaliento.

La resurrección de Nuestro Señor Jesucristo encierra la lección de esperanza que más elocuentemente habla al corazón del cristiano; he aquí por qué es de tanta importancia meditar ese consolador artículo de fe.

Jesucristo echó en cara a los hombres de su tiempo la gran incredulidad que mostraron en no reconocerle por Hijo de Dios; ¿no se podría reprender además a los de hoy, por su falta de esperanza? El egoísmo desmedido, la molicie y debilidad físicas, el exceso de trabajo intelec-

tual, la lucha incesante por la vida, acompañada del deseo apasionado de un beneficio inmediato, son los caracteres distintivos de los tiempos actuales. Apenas nos tomamos el tiempo necesario para roturar y preparar la tierra, cuando ya querríamos sembrar; no bien hemos sembrado, cuando querríamos recoger el fruto de nuestra siembra. Todo trabajo, desde el momento que nosotros mismos queremos recoger los frutos visibles, nos precipita en el desaliento, si no en la desesperación.

Los individuos, las sociedades, las naciones que no tienen la esperanza de otra vida están vencidas de antemano, condenadas desde luego a la aniquilación. «El que no naciere de nuevo no puede alcanzar el reino de Dios» (1).

Por su resurrección, Nuestro Señor nos enseña que no ha olvidado a nadie, ni a los que murieron con anterioridad a Él, ni a los que fallecieron posteriormente en el transcurso de los siglos. A los primeros les abre la puerta del cielo y a los segundos les promete la resurrección y la vida eterna. Nuestro Señor se hace hombre y muere como nosotros, a fin de que, pasando por la muerte temporal, pudiera conducirnos en pos de Sí a la resurrección y a la vida eterna.

La fe en la resurrección nos comunica valor, así para mirar cara a cara nuestra propia muerte, como para soportar la pérdida de las personas que nos son queridas. Jesucristo no quiere que los cristianos se abatan por la tristeza en presencia de la muerte, como lo hacen los que carecen de esperanza (2).

La fe en la resurrección tiene además otra significación. Cuando se considera que Jesucristo es la Verdad, la

(1) Joan. III, 3.

(2) 1 Tess. IV, 12.

Justicia y la Sabiduría, es fácil comprender que por la resurrección asegura la victoria final a todo lo que vive unido con Él. La resurrección de Jesucristo después de sus sufrimientos, su muerte, su sepultura, a pesar de los guardias que velaban junto a su sepulcro, nos hace ver que si Dios permite a veces al demonio y al mundo triunfar por un instante, no puede, sin embargo, dejarles la victoria final. Dios debe triunfar, y así el triunfo no faltará nunca a todo lo que es divino, si no siempre en seguida, a lo menos en un momento conocido de Dios y fijado por su sabiduría.

Jesucristo había predicho que resucitaría al tercer día de entre los muertos, y, en efecto, resucitó conforme había dicho. «*Resurrexit, sicut dixit*», canta la Iglesia cada año al celebrar las fiestas de Pascua.

La Sagrada Escritura nos promete que a cada uno se le premiará según su esperanza. Tengamos fe viva en el triunfo final de Cristo, en el triunfo de la Verdad y de la Justicia; y la esperanza que dimane de esa fe nos dará las fuerzas necesarias para vencer y el valor para aguardar con paciencia «el momento de Dios» aunque este tiempo de espera deba exceder la corta duración de nuestra vida terrestre.

La esperanza es la condición del valor, de la paciencia y de la perseverancia. En efecto, ¿qué estímulo puede haber para el trabajo, qué animo para la lucha, si no hay esperanza en su éxito, en su eficacia y resultado beneficioso?

Aprendamos la paciencia de los que, sin consideración a su interés personal, emprenden largos trabajos, aun sabiendo que tales trabajos serán provechosos no para ellos mismos, sino para otras generaciones; aprendámosla

de los que trabajan con alegría, regocijándose con el provecho que reportarán no ellos mismos sino los demás.

La esperanza no sólo da fuerzas, sino que es por sí misma fuerza y victoria; victoria del espíritu sobre la fuerza bruta, que aunque a menudo se muestre cruel y ciega, es siempre transitoria.

En la enseñanza de la religión se insiste generalmente demasiado poco sobre la virtud de la esperanza; y, sin embargo, el catecismo la coloca entre las virtudes teológicas, en la misma categoría que la fe y la caridad, sin las cuales no es posible la salvación.

Los cristianos consideran con razón las faltas cometidas contra la fe y la caridad como pecados graves, pero tienen la conciencia extraordinariamente adormecida e insensible para los pecados que van contra la esperanza. Oyese a menudo a personas, piadosas en apariencia, quejarse del desaliento como de un mal independiente de la voluntad. No comprenden que semejante enfermedad del alma constituye una falta grave y personal, siendo además la causa de una multitud de otros pecados y de tristes caídas. La falta de esperanza ofende a Dios en tan alto grado, que casi podemos afirmar que supera a la falta de fe. Esta última puede explicarse con frecuencia por la ignorancia, la mala educación, las malas influencias sufridas en la época de la juventud y por un conjunto de circunstancias, que disculpan en parte la inconsciencia de los que nunca tuvieron fe o la han perdido. Pero el que creyendo en Dios no pone en El su esperanza es un verdadero blasfemo. Podemos demostrarlo así con ejemplos tomados de la vida cotidiana.

¿Cabe inferir mayor injuria a un padre, a un hermano, a un amigo, que dudar de su palabra, de su promesa,

suponiéndolos indiferentes a nuestros sufrimientos y a nuestros deseos y no contando con ellos para los socorros de que necesitamos? La falta de confianza es el mayor ultraje que se puede hacer a un hombre; ¿cómo, pues, la falta de esperanza no ha de ser una gravísima ofensa a Dios?

Además, el que en todas las acciones se dirige únicamente según la voluntad de Dios, no puede tener motivo de desaliento. La voluntad divina, al imponernos ciertos deberes, exige de nosotros algunos esfuerzos, pero no exige el éxito que no depende de nuestra voluntad. Por consiguiente, si el fracaso de nuestros esfuerzos nos desalienta, es porque nuestros esfuerzos no han tenido por objeto la ejecución de la voluntad divina, que sólo pide el esfuerzo, sino que se han inspirado en motivos humanos, siquiera pertenezcan a los más nobles y elevados.

En las faltas de éxito más dolorosas, con tal que la obra se haya dirigido conforme a la voluntad de Dios, no puede haber en ella decepción en el verdadero sentido de la palabra, y por consiguiente no debe haber desaliento.

Poco le importa al demonio la índole del camino por donde se insinúa en el alma, con tal de adueñarse de ella. Cuando los Partos, vencidos en apariencia, huían del campo de batalla, no dejaban por esto de sembrar la muerte en las filas de sus vencedores disparando contra ellos flechas envenenadas. El demonio se conduce de igual manera, cuando el cristiano, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, le obliga a batirse en retirada: valiéndose del orgullo, de la avaricia y de los placeres sensuales, vencido en apariencia, lanza entonces sus postreros dardos, los más peligrosos, los dardos del desaliento que conducen frecuentemente a la desesperación.

Las palabras desaliento y desconfianza deberían ser borradas del vocabulario cristiano, por impropias e impías. Los padres y los educadores no deberían jamás emplearlas ni permitir las en boca de los jóvenes.

Al inculcar la esperanza a los niños es preciso enseñarles en qué consiste la virtud de la esperanza, o más bien a qué se refiere; por no comprender bien esta virtud, hay personas que, apoyándose en las palabras del Evangelio según las cuales la fe traslada las montañas (1), se figuran que con tal de orar con confianza, se obtendrá infaliblemente lo que se pide.

En virtud de este principio, los unos piden inconsideradamente un milagro para la curación de las personas que les son queridas, o el éxito de los negocios en que están interesados. Otros se lanzan a ciegas a toda suerte de empresas, o se exponen imprudentemente al peligro, contando con la ayuda de Dios, considerándola como cosa infaliblemente asegurada y prometida a los que tienen puesta en El su confianza. Al fracasar sus intentos, pierden a la vez la esperanza y la fe, dejándose dominar por la amargura y el odio hacia esa misma fe, causa de su decepción.

En el acto de esperanza que la Iglesia nos enseña, manifestamos estar seguros de que Dios nos asegurará su gracia en esta vida, y, si observamos los mandamientos, su gloria en la otra. La virtud de la esperanza se refiere, de consiguiente, a las gracias necesarias para la salvación y no a la satisfacción de todos nuestros deseos temporales. De igual modo el socorro de Dios, con que debemos contar, se refiere a lo que nosotros emprendemos por voluntad divina; de consiguiente, en nombre del deber, de

(1) Matth. XVII, 20.

la prudencia, en las condiciones y con las fuerzas necesarias, pero nada tiene que ver con las empresas a que nos arrojamamos inconsideradamente para satisfacer una tonte-ría momentánea.

Leemos en el Evangelio que el demonio, después de haber transportado a Cristo a lo más alto del templo, le dijo: «Si tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está que mandó a sus ángeles que te guarden, y que te lleven en las palmas de sus manos para que no tropiecen tus pies con alguna piedra. Jesús le replicó: También está escrito: «No tentarás al Señor, tu Dios» (1). De consiguiente, el que, fiándose del auxilio divino, exige o permite cosas imprudentes, contrarias al orden establecido por la Providencia, no sólo se inspira en una falsa esperanza, en una confianza sin fundamento, sino que, según el dicho del divino Maestro, tienta a Dios.

Laudable es el recurrir a Dios con confianza en cualquiera necesidad o trabajo; pero conviene recordar que el objeto de la oración no es violentar la voluntad y la sabiduría de Dios, sino conformarse con ellas, y que, por lo tanto, se debe terminar toda oración con las palabras de Cristo en el Huerto de las Olivas: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (2).

Ejecutemos cumplidamente y a conciencia hora por hora lo que nos incumbe, pidiendo solamente lo que está conforme con la voluntad y la sabiduría divina, y no quedaremos defraudados al confiar en la misericordia de Dios, porque el Señor es fiel en sus promesas (3).

(1) Luc. IV, 9-12.

(2) Luc. XXII, 42.

(3) Ps. CXLIV, 13.

VI

... Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre, Todopoderoso

La muerte es un castigo, pero es a la vez el camino de la eterna felicidad.

El catecismo, al exponernos los medios que conducen a la salvación y que por lo mismo pueden preservarnos del pecado, nos señala, entre nuestros deberes, el de acordarnos a menudo de los novísimos

Muerte, juicio, infierno y gloria
Ten cristiano en la memoria.

Necesario es, por tanto, instruir a fondo a los niños sobre tan importante materia.

No es fácil hablar de la muerte a los niños; empero hay que hacerlo. Excitar el temor con motivo de la muerte, sería cosa mala y cruel; mas por otra parte, poetizarla como si fuera un descanso y una recompensa, sería salirse de la verdad y engendrar ilusiones frente a las cuales la realidad se torna incomprensible y doblemente dolorosa.

Al tratar de la muerte, como de cualquier otro asunto, hay que atenerse a la verdad, demostrar a los niños que la vida es un don precioso y la muerte un castigo; por consiguiente cosa penosa, tanto en sí misma, como en sus consecuencias, si no siempre para el que muere, a lo menos para los que le rodean en aquel trance.

Pero si Dios es justo y poderoso, también su misericordia es infinita: de consiguiente el castigo que nos impone es misericordioso. Aunque la pasión y muerte de Cristo,

nos hayan abierto el cielo, pero no nos han eximido de los efectos temporales del pecado, de los castigos y de la muerte temporal. Sin embargo, los padecimientos de esta vida y la misma muerte son efectos de la misericordia, porque nos sirven para expiar nuestras faltas cotidianas y adquirir una parte activa en los méritos de Nuestro Señor. Y estas son condiciones indispensables para nuestra unión con El; no debemos, pues, quejarnos de ellas, sino dar gracias a Dios.

La muerte, sin dejar de ser un castigo, es a la vez un beneficio para el género humano, puesto que nos abre el camino de la recompensa y de la dicha. Recordando que la muerte exime de los sufrimientos, de los congojosos cuidados, de las tentaciones de esta vida; fijándonos en que es el paso de la vida temporal a la eterna, es como se puede atenuar el temor de morir y el dolor de ver parecer a las personas queridas.

Si una vida larga debe servir para acumular mayores tesoros de merecimientos, una muerte prematura nos preserva de numerosas faltas, y nos asegura más pronto el premio de nuestros afanes. Mirada la muerte a esta luz, hay que aceptarla tal como Dios la dispone: en tal momento, en tal lugar, en tales circunstancias. Mas, al resignarnos con la voluntad divina, es preciso aceptar a la vez los sufrimientos que lleva consigo, a fin de que nos sirvan realmente para expiar nuestras culpas pasadas y no se conviertan en la causa de nuevas faltas. Dios nos advierte que no podemos saber ni la hora, ni el día en que la muerte nos sorprenderá, y la Iglesia nos manda orar para librarnos de una muerte súbita e imprevista.

La muerte repentina no es terrible más que en cuanto no se está preparado para ella. Puesto que ignoramos si

Dios nos reserva largos o breves años de vida, si la muerte se nos acercará lentamente, anunciándose por padecimientos prolongados o si nos asaltará de improviso, «como ladrón nocturno» (1), es necesario enseñar a los niños que todas sus acciones y todos los instantes de su vida, deben ser una preparación para la muerte, recordándoles lo que se ha dicho de la mujer fuerte, la cual, después de haber cumplido fielmente día por día con sus deberes y obligaciones, «reirá en el día postrero» (2).

Mas para no desesperar a vista de la muerte de las personas amadas y para considerar con serenidad su propia muerte, para prepararse a ella sin temor, nada tan eficaz como traer a la memoria el misterio de la Ascensión. Nuestro Señor lo dice positivamente: «No se turbe vuestro corazón... en la casa de mi Padre hay muchas moradas... voy a prepararos el lugar... volveré luego y os llevaré conmigo para que, allí donde yo estoy, estéis vosotros también» (3). Y San Pablo dice, en la Epístola a los Hebreos, que Jesucristo entró en el cielo para presentarse por nosotros en el acatamiento de Dios (4). ¡Cuánto avivan la esperanza estas palabras! ¡cómo animan a llevar una vida virtuosa! ¡qué aliento comunican para levantarse del pecado, cuando se recuerda que nuestro Señor aboga sin cesar por nosotros, y que prepara para cada uno de nosotros un lugar en la casa de su Padre, con tal de que sigamos el camino que nos ha trazado! ¿No ha dicho de sí mismo que El es el camino, la Verdad y la Vida, y que nadie puede llegar al Padre sino por El? (5)

(1) Apoc., III, 3.

(2) Prov., XXXI, 25.

(3) Joann., XIV, 1-3.

(4) Hebr., IX, 24.

(5) Joan., XIV, 6.

Si bien es verdad que no podemos llegar al cielo por nuestras propias fuerzas, también lo es que podemos obtener la felicidad eterna por intercesión de Jesucristo, a condición de que se lo pidamos, de que alcancemos su gracia e imitemos sus virtudes.

Así, pues, los niños deben acostumbrarse a asociar el pensamiento de la Ascensión, al recuerdo de las condiciones que constituyen el precio de la felicidad eterna. Y así, cuando tengan que cumplir con un deber difícil, vencer una tentación pertinaz, sufrir pacientemente los trabajos y padecimientos, hallarán el valor y la perseverancia de que necesitan en este pensamiento de la Ascensión, acordándose de la recompensa que Jesucristo prepara a los que le han demostrado su amor cumpliendo su voluntad.

La Ascensión del Señor nos ofrece todavía otra enseñanza que conviene tener en cuenta en la educación. Uno de los padecimientos más abrumadores es la separación de las personas que nos son queridas. Jesucristo sabía antes de la Ascensión cuán doloroso había de ser para los Apóstoles separarse de El. ¿Qué les dice para consolarles? «Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza: mas, yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros, pero si me voy, os lo enviaré...» (1) El catecismo del Concilio de Trento dice: que la alegría que experimentaban los Apóstoles y todos los que rodeaban a Jesucristo al conversar y tratar con El, era en parte natural y que al dejar la tierra y subir al cielo el Señor, espiritualizó el amor que le profesaban. De igual modo nosotros que no podemos verle ni

(1) Joan., XVI, 6-7.

tratarle como a hombre, debemos amarle como a Dios, con un amor mucho más santo, puesto que es puramente espiritual.

El Consolador que el divino Maestro promete enviar es el Espíritu Santo, «el Espíritu Santificador», porque sus dones son puramente espirituales, y sólo hablan a nuestra alma. De la venida del Espíritu Santo data el reinado de la Iglesia, que se propone únicamente nuestra felicidad espiritual, no sólo en el cielo sino también en esta vida. S pues, para consolar a los hombres en sus dolores, iluminarlos en sus dudas, fortalecerlos contra las tentaciones, santificarlos en medio del mundo, y disponerlos a gozar de una dicha sobrenatural en medio de las persecuciones de la tierra y a merecer el reinado eterno de la gloria, convino que Jesucristo saliera de este mundo, ¿podemos maravillarnos y quejarnos cuando Dios, queriendo atraer a su amor nuestros corazones, ennoblecernos y santificarnos, nos arrebatara a las personas con quienes estamos más estrechamente unidos y a los que nos aman más entrañablemente?

La fe en la Resurrección y Ascensión nos da alientos para soportar cristianamente tan terribles dolores, porque haciéndonos comprender su necesidad y las gracias que Dios les ha vinculado no pueden menos de engendrar en nuestro corazón una invencible esperanza. «En Cristo todos serán vivificados, dice San Pablo; cada uno, empero, por su orden, Cristo el primero: después los que son de Cristo y han creído en su advenimiento» (1).

(1) I. Cor., XV, 22-23.

VII

**... Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos
y a los muertos ...**

El Juicio.—El tiempo es un preciosísimo don de Dios.

La creencia en el juicio particular, que nos aguarda a cada uno de nosotros, inmediatamente después de la muerte, de igual modo que la fe en el último juicio a que serán sometidos todos los hombres, se apoya en numerosos textos de la Sagrada Escritura. Nuestro Señor dice formalmente que será necesario dar cuenta de toda palabra inútil, «porque por tus palabras serás justificado y por las mismas serás condenado» (1). San Pablo enseña que debemos esforzarnos por agradar a Dios, porque «todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo a fin de que cada uno reciba lo que merece, según el bien o el mal que hubiere hecho» (2).

Cuando se piensa en el juicio se comprende fácilmente cuán vano es todo lo que no se refiere a la eternidad, cuán vacíos y sin substancia son los honores y las riquezas, por los que los hombres se atormentan sin provecho alguno. Lo único que llevaremos con nosotros al juicio de Dios serán nuestros méritos o nuestras faltas, los actos de misericordia que nos merecerán misericordia o los pecados contra esa virtud que nos excluirán de todo perdón.

La fe en el juicio que nos espera después de la muerte

(1) Matt., XII, 36-37.

(2) II. Cor., V, 10.

no es menos saludable que el pensamiento de la muerte. El catecismo nos dice que Dios prueba a sus siervos en esta vida y que en la otra les recompensa o castiga; el juicio proclamará la recompensa o el castigo debido a cada uno de nosotros.

El juicio será a la vez severo y misericordioso, como todo lo que procede de la justicia divina; será misericordioso porque nuestro Juez es Cristo, que habiendo tomado sobre sí todas las miserias humanas y pasado por todas las condiciones más ásperas de la vida, se apiada de los hombres y juzga a cada uno según las luces y gracias que le han sido concedidas. El pagano que fué educado en las abominaciones de la idolatría será juzgado de modo muy distinto que el que recibió o pudo recibir la plenitud de la enseñanza cristiana.

Sin embargo, por más misericordioso que sea el juicio, no podrá menos de causar un terror espantoso, porque no se fundará sólo en lo que hayamos hecho o dejado de hacer, en lo que hubiéramos dicho o callado, cuando debimos guardar silencio o hablar, en los pensamientos y designios ocultos que informaron nuestros actos, en el testimonio de nuestra propia conciencia; sino también en lo que declararán de nosotros todos aquellos que de la cuna al sepulcro fueron testigos de nuestra vida, de nuestras acciones y palabras, que aprendieron de nosotros a cumplir mejor sus deberes temporales y a tender hacia el fin eterno, o a participar de nuestros placeres pecaminosos, de nuestros errores y excesos y a perder el tiempo u ofender a Dios. Cada uno, en efecto, tendrá que dar cuenta terrible de la influencia que haya ejercido en la salvación, no sólo de aquellos con quienes estaba en relación directa, sino también de todos aquellos en quienes

pudo influir de una manera indirecta y que de generación en generación transmitieron a su vez esa misma influencia.

Importa, pues, enseñar a los niños que los testigos y compañeros de su vida, divertimientos y estudios, los amigos y enemigos, los padres, maestros, criados, vecinos, pobres, niños y ancianos, todos serán obligados a rendir testimonio de todo aquello que les sea favorable o desfavorable según la bondad o malicia de sus acciones. De consiguiente que procuren conducirse en el trato con sus conocidos y amigos de manera que dichos testimonios depongan en su honor y no en su deshonor y vergüenza.

Pero de todas las declaraciones prestadas ante el tribunal divino, la más terrible será indudablemente la de la propia conciencia. No ignoramos cuán penoso es confesar una falta cualquiera aun en presencia del padre más tierno y bondadoso, de la madre más amante, o del confesor más indulgente y reservado. El criminal busca el secreto de la soledad para cometer su crimen, y el crimen cometido busca una excusa para justificarse. El culpable baja la cabeza porque no puede soportar la mirada de sus semejantes. ¿Qué haremos, pues, cuando en presencia del mundo entero nos sea preciso dar cuenta a Dios del uso que hemos hecho de todas esas gracias: vida, salud, tiempo, aptitudes, fortuna, amistades, conocimientos, todo lo que El nos ha prodigado para su servicio, para el bien del prójimo y nuestra propia santificación?

Santa Catalina de Génova refiere haber comprendido en sus visiones que en el último juicio, aun antes que Dios haya pronunciado su sentencia, cada uno se juzgará a sí mismo y se declarará excluido de la vida eterna, si a pesar de la gracia divina no se esforzó por merecerla.

En el orden habitual de las cosas nadie se presenta para desempeñar un cargo cualquiera sin poseer las condiciones y aptitudes requeridas; nadie se presenta a un banquete sin estar convenientemente vestido, nadie se introduce en la sociedad de aquellos cuya lengua y costumbres le son extrañas. En una palabra: nadie se expone a ser excluído de aquello para lo que no está preparado.

Lo mismo sucede con la vida eterna. Se necesita disponerse a entrar en ella, mediante una vida cristiana y la práctica de las virtudes de que el Hijo de Dios nos dió ejemplo.

Es necesario habitar desde luego a los niños a juzgarse a sí mismos, a darse cuenta de si observan o no los mandamientos divinos, si imitán las virtudes de nuestro Modelo Jesucristo, si viven, en una palabra, de modo que se hagan dignos de su reino.

Para aprender a juzgarse a sí mismos, los niños hallarán luz y ayuda en el estudio del catecismo, de la Historia Sagrada, y sobre todo del Nuevo Testamento, en las recomendaciones e instrucciones de sus padres, maestros, superiores, confesores; en los avisos de los que, por benevolencia u otros motivos, les dirigen observaciones; en fin en su misma conciencia y en el examen que hicieren cada día.

Entre los dones de Dios, aquel de que deberemos rendir cuenta más estrecha será el tiempo. En el orden material, se dice, con razón, que el tiempo es oro; en el orden moral, el tiempo es un tesoro, con el cual puede el hombre ganar o perder la felicidad eterna.

La importancia y valor del tiempo son tanto más considerables, cuanto que Dios no ha dado a nadie el derecho

de disponer de él, como lo hace en parte, con sus otros dones. Sólo Dios es el dispensador del tiempo, lo concede para su servicio en la medida que quiere y a quien bien le parece. Conviene que los niños se persuadan de que al perder el tiempo, o como se dice inconsideradamente, al «matar el tiempo», derrochan el más precioso de los dones de Dios y le ofenden locamente.

Recuerden también que en el caso de la vida más dilatada el tiempo es siempre corto; empleen, por tanto, el tiempo juiciosamente, sin malgastarlo en cosas fútiles; y procuren que cada instante consagrado al objeto especial a que está destinado por voluntad de Dios, les sirva no sólo para conquistar la felicidad eterna, sino para contribuir a su propia felicidad y a la de su patria.

La fe en el juicio de Dios y el recuerdo de este juicio, sirven no sólo para despertar el temor de Dios y preservar del pecado, sino que comunica aliento y consuelo, y de consiguiente fortaleza a todos los que tienen que sufrir persecuciones, injusticias, calumnias, ingraticudes, decepciones y padecimientos de todas clases.

Cuando, abrumados por el peso de sus trabajos, recuerden que en el último día todos los agravios quedarán satisfechos, las mentiras rectificadas, las injusticias corregidas, recompensadas las acciones generosas y aun los buenos deseos, les será más fácil soportar lo que al fin y al cabo no es más que transitorio. Habitue mos a los niños a tener presente el juicio de Dios que deshará así las vanas alabanzas como las condenaciones inmerecidas, y distribuirá a cada uno lo que en realidad merezca, no según el criterio de los hombres, sino según el de Dios.

VII

...Creo en el Espíritu Santo...

El Espíritu Santo da las gracias necesarias para dirigir la educación.

El Catecismo enseña que el Espíritu Santo, procediendo del Padre y del Hijo, desciende en nuestras almas, creadas por el Padre y rescatadas por el Hijo, a fin de morar en ellas, iluminarlas, incitarlas al bien, confirmarlas en él y santificarlas.

Antes de abandonar la tierra, el Salvador dijo a sus Apóstoles: «Yo rogaré a mi Padre y Él os dará otro Consolador que morará eternamente con vosotros» (1).

Las sagradas letras comparan muchas veces el alma a un santuario consagrado a Dios, dándonos así una idea de lo que el Espíritu Santo exige de nosotros y de lo que obra en nosotros. En el relato que el Antiguo Testamento hace de la construcción del Templo de Salomón, vemos que así el conjunto, como los detalles interiores y exteriores del edificio, fueron regulados por el mismo Dios. Una de las cosas que se ofrecen a nuestra admiración, es la exactitud con que se cumplieron hasta las menores disposiciones divinas. Todo había sido previsto y puntualizado: la especie particular de madera, metal y piedra correspondientes a cada parte del templo, los objetos destinados al culto, los diferentes vasos sagrados, las dimensiones interiores y exteriores, las esculturas y labrados que debían servir de adorno.

La belleza, la suntuosidad, la precisión ordenada en

(1) Joan. XIV, 16.

la construcción del Templo de Salomón da idea de lo que Dios exige de sus templos, y se explica tanto mejor cuanto que este templo era a la vez figura de la Esposa de Cristo y de la Iglesia y figura de nuestras almas, que Nuestro Señor ha salvado y desposado consigo a costa de su sangre.

¿Qué deberán ser nuestras almas, si Dios exigió ya una perfección tan elevada a lo que sólo era un mero símbolo? «¿Ignoráis acaso, dice San Pablo, que vosotros sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1) En efecto, ni nos conocemos a nosotros mismos, ni menos aún al que quiere morar en nosotros; de otra suerte, ¿quién osaría manchar con una mentira el alma destinada a servir de morada al Espíritu de verdad? ¿Quién se atrevería a albergar sentimientos de odio en su alma, que debe ser la morada del Espíritu de amor?

A pesar de la pobreza que a veces echamos de ver en nuestros templos, no dejan por eso de darnos alguna idea de lo que Dios exige del santuario de nuestra alma. Lo escondido y profundo de sus conocimientos demuestra hasta qué punto la humildad es la base necesaria para el alma que quiere santificarse por la acción del Espíritu Santo. Los ventanales que dan entrada a la luz en las cúpulas y bóvedas, sin dejar ver los alrededores del templo, indican que es preciso elevar la mirada al cielo para obtener la luz del Espíritu Santo. El silencio que se observa en la Iglesia demuestra la necesidad de recogerse, para que la voz de Dios se deje oír en el fondo del alma.

El Espíritu Santo, al descender a nuestras almas, trae consigo, como nos enseñan la Escritura Santa y el Catecismo, siete dones magníficos: sabiduría, templanza, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

(1) I Cor. III, 16.

Si, a pesar de tales dones, nos lamentamos de la falta de hombres grandes, preciso es confesar que nuestras quejas constituyen una grave acusación contra nosotros mismos; porque prueban que, poseyendo un tesoro espiritual tan elevado, no sabemos ni apreciarlo, ni aprovecharnos de él.

Dios dice, por boca de uno de sus profetas, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (1); de consiguiente, tanto los individuos como las sociedades pueden convertirse y regenerarse; para ello basta hacer uso de los dones que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas.

Estos dones, acrecentados por la oración y el trabajo, crean en el alma las virtudes de Cristo, y dan a la sociedad hombres sabios y virtuosos, cuales anhelamos ardientemente poseerlos entre nosotros. Ahora bien, así como Nuestro Señor fué concebido en el seno de su Madre por obra y gracia del Espíritu Santo, así cada virtud de Cristo es concebida y desarrollada en nosotros por la acción de este Espíritu Santificador.

Es tanto más necesario dar a los niños nociones sobre el Espíritu Santo y su influencia en las almas, cuanto que la devoción que se le tiene parece ocupar entre nosotros el último lugar. Y, sin embargo, sin la operación del Espíritu Santo, no hay virtud posible, ni iluminación, ni consuelo, ni santificación.

Refiérese de muchos Santos, y en particular de San Vicente de Paúl, que nunca contestaba a las consultas que se le dirigían sobre asuntos de gravedad, ni daba jamás su parecer sin haber invocado interiormente al Espíritu Santo. ¿Qué maravilla es, pues, que un humilde sacer-

(1) Ezech. XVIII, 23.

dote, con tan divino Consejero, llegase a ser el asesor célebre y respetado de la corte de Francia? (1)

¡Cuántas equivocaciones y desengaños nos ahorraríamos, si supiéramos buscar la luz de que tan necesitados andamos en Aquél que es su dispensador!

Sabemos por las palabras de Jesucristo, que el Espíritu Santo es el Espíritu consolador. Y ¿quién puede decir de sí mismo que no tiene necesidad, ni la tendrá nunca, de consuelo? ¡Cuánta fortaleza en los sufrimientos no encontrará el que aprenda a buscar ante todo consuelo en el Espíritu Santo!

La tierra que habitamos es un valle de lágrimas. Es imposible evitar los sucesos desgraciados que han de hacer agolparse el llanto a nuestros ojos; más tarde o más temprano, en una u otra forma, el dolor nos visita a todos, trayendo consigo las tentaciones que acompañan a todo trabajo, como la sombra acompaña a la luz, y sobre las cuales no hay estoicismo, ni energía de carácter, que puedan asegurarnos la victoria.

La relación existente entre los trabajos y la tentación se explica por el hecho de que, sabiendo el demonio la gran abundancia de méritos con que aquéllos enriquecen al alma, se vale de todos sus artificios para despojarla de sus méritos... Las tentaciones, suscitadas por las penalidades, bajo la acción del demonio, son tan variadas como los sufrimientos mismos y como las disposiciones de cada hombre. Merced a su influencia, la amargura se apodera de unos, moviéndolos a rebelarse contra Dios; a dudar de su misericordia, de su justicia, y a desesperarse hasta el punto de llegar a cometer el suicidio; otros, tratando de distraer

(1) San Vicente de Paúl fué miembro del Consejo de Estado durante la minoría de Luis XIV.

sus penas, contraen los hábitos más deplorables y se convierten en víctimas de toda clase de pasiones.

El único remedio para todos los sufrimientos, para todas las tentaciones, para todas las angustias, consiste en recurrir al Espíritu Santo por medio de la oración. Y, sin embargo, entregados a nosotros mismos, no sabemos orar; solamente el Espíritu Santo, que habita en nuestras almas, puede hacerlo, porque toda súplica ha de ser inspirada por Él, ya que, «nosotros ignoramos lo que debemos pedir, y el mismo Espíritu divino es el que ruega por nosotros» (1).

La gracia de esta acción del Espíritu Santo se nos concede mediante el deseo mismo que tenemos de ella y por la confesión de nuestra impotencia; de este modo se cumplen las palabras de San Pablo: «cuando más débil estoy, entonces con la gracia soy más fuerte» (2). Porque lo que nosotros no estamos en condiciones de cumplir por nosotros mismos, el Espíritu Santo lo obra en nuestras almas, si por nuestra parte concurrimos con buena voluntad y reconocimiento de nuestra nada.

(1) Rom. VIII, 26.

(2) II Cor. XII, 10.

IX

...En la Santa Iglesia Católica...

La educación debe apoyarse en la autoridad y enseñanzas de la Iglesia; qué nos da ella y qué le debemos nosotros.

Solemos inculcar a los niños que deben confesar diariamente su fe en la Santa Iglesia Católica. Es, por tanto, de suma importancia, grabar en su espíritu que esta fe abraza todo lo que la Iglesia nos manda creer, y que basta, para salvarse, cumplir fielmente lo que la Iglesia prescribe. Por esto siempre que tratemos de atraer a alguno a la fe, o de confirmarnos en ella, o de ejercer con los demás esta obra de caridad, es preferible no comenzar por el estudio de los dogmas, tomados aisladamente, sino por adquirir ante todo la fe en la existencia de Dios y luego en el origen divino de la Iglesia. Todo lo demás se deriva lógicamente de esos dos artículos fundamentales.

Entendemos, en efecto, por fe en la Santa Iglesia Católica, creer que Jesucristo mismo la ha establecido; que le ha dado autoridad para enseñar a los fieles; que le ha confiado la dispensación de las gracias divinas y le ha prometido estar con ella hasta la consumación de los siglos.

En el Evangelio mismo leemos la historia de la fundación de la Iglesia. Las palabras de Cristo demuestran, no sólo que la Iglesia es de origen divino, sino que el poder conferido a la misma por su Fundador es extraordinario.

Pretenden los protestantes que la Biblia constituye la

única base de la fe; afirmación que les pone en contradicción consigo mismos, porque vemos en la Biblia que Nuestro Señor, al enviar a los Apóstoles a predicar por el mundo, no limitó su misión a la lectura de la Sagrada Escritura. «Como mi Padre me envió—les dijo,—así yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo» (1). «Id, pues, y enseñad a todas las naciones» (2). No define de una manera positiva lo que debían enseñar; al contrario, les ordena apoyar esta enseñanza en las luces que les daría el Espíritu Santo. De este modo, al oír a la Iglesia, oímos a Dios mismo, y en cualesquiera dudas y opiniones contradictorias, podemos dirigirnos según la infalibilidad divina y esto aun en las cuestiones más graves, que atañen a la verdad y a los principios de la moral.

La fe en las promesas hechas a la Iglesia descansa en las palabras mismas de Nuestro Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (3).

A estas promesas de Cristo debe la Iglesia la duración de su reino, y su permanencia hasta el presente es garantía de su duración futura.

El católico que cree en el origen divino de la Iglesia y en las promesas de Nuestro Redentor, no corre peligro de perder la fe al leer los escándalos que se refieren en la Historia de la Iglesia, y en que los herejes se fundan para combatirla.

Sabemos que las instituciones humanas no duran sino a condición de que sus directores sean sabios y virtuosos. Pues bien, el origen y carácter divino de la Iglesia se demuestran precisamente por el hecho mismo de haberse hallado alguna vez al frente de ella hombres desprovistos

(1) Joann, XXII.

(2) Matth. XXVIII, 19.

(3) Matth. XXVIII, 20.

de las cualidades a que podría atribuirse su fuerza vital y su duración.

A pesar de las persecuciones, apostasías, herejías y cismas, la Iglesia conserva su autoridad como ningún otro poder terreno. ¿Qué estado, qué gobierno, qué monarquía pudo jamás vanagloriarse de que, en todas las partes del mundo, fuera reconocida su autoridad por multitudes considerables, de que los pueblos acudiesen a su llamamiento para rendirle homenaje, ofrecerle tributo voluntario de filial acatamiento y, en todo lo que se refiere a su conciencia, someterse rendidamente a sus juicios? Un poder espiritual de esa naturaleza, tan respetado a pesar de carecer de toda fuerza material, no ha pertenecido jamás a ninguna soberanía humana; lo que evidencia que la Iglesia no es una institución humana, sino divina.

Si los católicos defienden tan tibiamente su fe; si se dejan intimidar por las burlas y persuadir de que los modernos descubrimientos contradicen la fe; esto no puede explicarse más que por la falta de instrucción que les incapacita para defender sus creencias y la autoridad divina e infalible de la Iglesia que las propone.

El católico que conoce la historia de la Iglesia y las enseñanzas en esa historia contenidas, no se deja seducir ni fascinar por las llamadas ideas de progreso; para él la incredulidad no representa adelanto y perfeccionamiento, sino retroceso y degeneración; sabe que la falta de fe puede destruir, pero no crear; que aun en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo hubo hombres que negaron su divinidad y que desde la creación del mundo es grande el número de los que con Satán, Eva y Caín se rebelaron contra Dios.

No hay institución que progrese más que la Iglesia,

ni doctrinas que, a pesar de ser inmutables como las suyas, se adapten mejor a las diversas necesidades de los tiempos. La Iglesia, fiel a lo que es eterno, se muestra siempre solícita en atender a las exigencias de lo presente, acomodándose a todas las épocas, a todas las naciones, a todas las formas de gobierno, a todas las constituciones sociales, a todas las clases de la sociedad, a todas las edades, a todos los grados de cultura.

La Iglesia es inagotable; toda nueva necesidad encuentra en ella ayuda y consejo; ella sola puede darse el título de católica, es decir, universal.

Después de la caída del Imperio Romano, al sobrevenir la destrucción de las obras de arte y bibliotecas en tiempo de la invasión de los bárbaros, los monjes de San Benito salvan los monumentos de la filosofía y de la literatura antiguas, copiando pacientemente las obras de la sabia antigüedad, redactan las crónicas de la Edad Media, roturan los bosques y preparan el renacimiento de la arquitectura, la agricultura y la industria.

Cuando, en el siglo XII, los piratas infestaban las costas africanas del Mediterráneo, reduciendo a esclavitud a numerosos cristianos, se fundó la orden de los Trinitarios cuyo objeto es la redención de cautivos.

Más tarde surge la herejía albigense amenazando destruir la fe; y para defenderla, difundiendo por todas partes la palabra divina, se funda, en el siglo XIII, la Orden de Predicadores.

Por aquel entonces, el excesivo desarrollo de las riquezas causaba estragos en las costumbres y paganizaba el ambiente de las repúblicas italianas; pero he aquí que San Francisco de Asís, el esposo de la pobreza, crea la Orden que lleva su nombre, destinada a unir todas las clases de

a sociedad con lazos de amor fraterno, y levanta el nivel moral de su país abriéndole nuevas vías de prosperidad.

Cuando los españoles y portugueses descubrieron en los siglos xv y xvi las rutas marítimas que conducían a las más remotas regiones de Oriente y Occidente, salen de España legiones de misioneros a difundir la luz del Evangelio entre aquellos pueblos paganos, y nace la Compañía de Jesús para ser el brazo derecho de la Iglesia y librar incesantes combates contra la herejía protestante.

Cuando, en el siglo xvii, la peste diezma la población en Francia, San Vicente de Paúl funda la congregación de Hermanas de la Caridad para recoger y educar a los huérfanos.

A medida que la Revolución francesa, los gobiernos usurpadores en Polonia, el Josefismo en Austria, los cismas y la francmasonería minan las bases de la Iglesia y combaten todo lo que lleva su sello, Dios suscita legiones de hombres y mujeres que ligados por votos, y sin llevar el hábito monacal, se dedican en cuerpo y alma a la defensa de la fe por medio de la práctica de la caridad.

Así como las herejías nacientes y las apostasías han servido de ocasión para que se definieran y explicaran los dogmas de la fe, así también las miserias y penalidades humanas de las diversas épocas han motivado nuevos esfuerzos, nuevas vocaciones, nuevos sacrificios, nuevos socorros; y cada persecución que se propuso acabar con la Iglesia, sólo consiguió prepararle un nuevo triunfo.

La Iglesia es la Esposa de Cristo y la madre de todos los fieles. Jesucristo compara sus relaciones con la Iglesia a las de la esposa con el esposo: le profesa el mismo

amor, le promete el mismo apoyo, exige de ella la misma fidelidad.

Los oficios y sentimientos maternales de la Iglesia se nos manifiestan desde la cuna al sepulcro. Al administrar el bautismo al recién nacido, la Iglesia le recibe en su seno, le instruye desde la más tierna infancia, le guía en los principales actos de la vida, toma parte en sus regocijos y los celebra vistiéndose con ornamentos de gala, ora con él en sus tribulaciones y le acompaña en su duelo vistiéndose de luto; le consuela y fortifica con la gracia de los Sacramentos; por último, le amonesta y reprende, le castiga, alaba o recompensa, le concede una postrera unción a las puertas de la eternidad y no cesa de orar por su alma después de la muerte. A los unos confiere la palma de la santidad y los eleva a los altares; por los otros hace penitencia y multiplica los actos de misericordia a fin de obtenerles la eterna felicidad.

Todo fiel cristiano es hijo de la Iglesia de Cristo, y debe, de consiguiente, amarla como a una madre, obedecerla, orar por ella y servirla, ganarle almas, fomentar el amor y fidelidad que le son debidos, extendiendo así el reino de Dios sobre la tierra.

Oyense a menudo quejas contra el clero, sacando a plaza sus diversas imperfecciones. Los que así proceden, deberían abrazar el estado eclesiástico, de cuyos deberes tienen tan claro concepto, o trabajar para que las personas de su familia que poseen las cualidades requeridas para ministros de Dios, se consagren al sacerdocio. Lo más curioso, es que los detractores del buen nombre del clero, son los mismos que, si oyen hablar de la vocación religiosa de algún joven dotado de excepcionales aptitudes, rico y bien educado, suelen exclamar:

—¡Qué lástima!—Y bien, si es lástima consagrar al servicio de Dios las personas de más relevantes cualidades, ¿con qué derecho se quejan de que los ministros de Dios no sean los más perfectos?

«Vosotros sois la sal de la tierra: si la sal perdiere su virtud ¿con qué otra cosa podrá serle devuelta?» (1)—dijo Jesucristo a sus Apóstoles.

Si deseamos preservar a nuestra sociedad de la descomposición y regenerar al país, procuremos tener un clero virtuoso y digno, porque como fuere el clero, así será la sociedad. No retraigamos de abrazar el estado eclesiástico a los que a él se sintieren atraídos; antes bien, favorezcamos su vocación y mostrémosles el respeto que su condición debe merecernos.

Uno de los deberes de los padres es fomentar en sus hijos el respeto a los sacerdotes. Es preciso evitar que los jóvenes se permitan en el trato con los eclesiásticos las confianzas que suelen usar con sus compañeros, y conviene buscar para ellos la amistad protectora de sacerdotes ilustrados y piadosos. Una amistad de esta índole, con tal que no sea impuesta, ejerce sobre los jóvenes una influencia de las más saludables, y basta ordinariamente para mantenerlos en el cumplimiento de sus deberes y hacer que observen una conducta digna y morigerada.

Con las jóvenes conviene seguir otro sistema diferente. Teniendo en cuenta su propensión a convertir en fin lo que no debe pasar de la categoría de medio, o viceversa, es preciso evitar que sus sentimientos piadosos vayan adheridos a la persona del catequista o a la del confesor, de donde se originan con frecuencia el sentimentalismo y los desvaríos de la imaginación que falsean

(1) Matth. V, 13.

la piedad en vez de favorecerla. Las jóvenes deben comprender desde luego lo inconveniente y perjudicial que para la dignidad de los sacerdotes es la conducta de ciertas mujeres; a juzgar por lo que éstas manifiestan, se podría creer que el valor de la santa misa va unido a la persona que la celebra y que la virtud de los sacramentos depende de la mano que los administra.

El sacerdote, aunque investido de tan alta dignidad, no por eso deja de ser hombre; y por esta razón, las mujeres, en sus relaciones con los sacerdotes, deben mostrarse muy circunspectas, manifestándoles el mayor respeto y no permitiéndose nunca la menor familiaridad.

Hay que instruir a las jóvenes de igual modo que a los jóvenes, acerca de sus deberes para con su obispo o cura párroco; se debe recomendarles que han de estar dispuestos a prestarles su ayuda en las obras que emprendieren para el bien de la Iglesia o de la parroquia, acatando sus opiniones y proyectos mientras no se vieren forzados a contrariarlos; importa además exhortarlos a que obedezcan sus instrucciones y eviten cuanto pudiere ocasionarles el menor pesar y disminuir su influencia, y por último conviene inducirlos a que rueguen por ellos.

Tampoco se insistirá bastante en inculcar a los niños la idea de los deberes que tienen para con su parroquia. La iglesia parroquial es para todo católico la casa de familia, a la que van asociados los más queridos recuerdos y con la que se relacionan las circunstancias más solemnes de nuestra vida. Es preciso interesarse por la conservación y decente estado de la casa de Dios, ayudar a ello con recursos materiales, proveerla de todo lo que es necesario al culto, contribuir a la solemnidad de sus oficios y

hasta cooperar personalmente al mayor esplendor de los mismos. En fin, a ejemplo de David, se debería arder en abrasado celo por la casa de Dios.

El quinto mandamiento de la Iglesia nos ordena pagar a nuestros pastores los derechos que les son debidos. Los que tienen cargas de tal índole, deben evidentemente cumplirlas, como harían con cualquier otra deuda, y aun aquellos que no tienen obligación de satisfacer determinadas cuotas, no están, sin embargo, exentos de contribuir pecuniariamente al culto según sus posibles.

La formación de un buen clero no depende sólo de la dirección espiritual, aunque ésta tenga una importancia capital; sino que en ella influyen en gran parte las condiciones materiales de los seminarios. Esa formación exige habitaciones sanas, propias para el estudio y el recogimiento y una alimentación higiénica; todo lo cual supone gastos de alguna consideración; de modo que, quien en la medida de sus fuerzas no contribuye a la conservación de los seminarios, no satisface a los deberes que tiene para con la Iglesia y con la patria (1).

X

La comunión de los santos

Somos miembros de un mismo cuerpo y nos hallamos ligados por nuestras responsabilidades.

Oyense a menudo quejas contra las malas condiciones de la vida en nuestra época, contra el rebajamiento moral

(1) Estas observaciones tienen razón de ser respecto a los católicos de Polonia, cuyos gobiernos no asignan en los presupuestos cantidad alguna para gastos del culto y clero.

de las sociedades, la degeneración de los caracteres, la decadencia de las naciones; pero nadie parece comprender que, de tales hechos bien comprobados, dimanan deberes positivos para cada uno de nosotros.

Conocer el mal es evidentemente la primera e indispensable condición para remediarlo; ¡felices, pues, según esto, los que reconocen el mal y sus aterradoras proporciones! Importa, sin embargo, advertir que no basta conocer el mal para hacerlo desaparecer. En este punto hay, como en la música, acordes disonantes que hieren el oído si no van inmediatamente seguidos de su resolución. De igual modo en la vida social no puede llegarse a la armonía, más que aplicándose con todas sus fuerzas a corregir lo que está desarreglado y a completar lo que es insuficiente, y esto comenzando por nosotros y por lo que de nosotros depende.

Mas para cumplir con tal deber, se necesita creer con fe viva que el género humano forma un solo y mismo cuerpo y que, si bien cada uno responde ante todo de sus actos, hay, sin embargo, entre todos un lazo de solidaridad.

La Iglesia, al imponernos la fe en la comunión de los santos, arroja torrentes de luz sobre los deberes que dimanen de la solidaridad de los hombres. Por la fe en la comunión de los santos reconocemos que los moradores de la tierra, las almas del purgatorio, y los santos en el cielo, están espiritualmente unidos entre sí como miembros de la Iglesia militante, de la Iglesia paciente y de la Iglesia triunfante, todas las cuales tienen por cabeza y jefe a Cristo; y así como las diferentes partes del cuerpo se ayudan recíprocamente, sufren y trabajan en común; de igual suerte nosotros debemos amarnos, servirnos mutua-

mente y someternos de todo corazón a Cristo como a nuestro Jefe.

En el orden físico, la acción de la luz y del sonido no se limitan al foco o punto de donde nacen, sino que, según la fuerza inicial, se difunden a distancia en ondas; pues del mismo modo en el orden espiritual todo pensamiento expresado, ora por la palabra, ora por la acción, y aunque no sea más que por un solo hombre, llega a ser para otros, más o menos distantes, o un beneficio o un daño.

Sabemos por el catecismo que los méritos de los fieles y sus virtudes naturales o sobrenaturales constituyen el tesoro de la Iglesia, que es una especie de fondo común, una riqueza común, a la que cada uno debe contribuir, y de cuyos beneficios todos pueden participar. Un ejemplo notable de ello nos ofrece la Sagrada Escritura. Abraham intercede cerca de Dios en favor de Sodoma y Gomorra, y el Señor hubiera concedido su perdón a las ciudades pecadoras librándolas del castigo del fuego, si hubiera encontrado en ellas sólo diez justos.

La pasión y muerte de Jesucristo es la satisfacción ofrecida a la Justicia divina por un inocente que sufre la pena merecida por los culpables.

Un gran número de órdenes religiosas, en especial las más severas, apoyadas en el principio anterior, oran, hacen penitencia, sufren y trabajan por aquellos que, dejándose llevar de su ligereza y apetitos desordenados, son elementos de disolución para la sociedad.

Pero, aun sin subir tan alto, en el curso ordinario de la vida es indispensable alguna clase de satisfacción. Existe una determinada medida, una cierta cantidad de prudencia, de trabajo y de virtud necesarios para preservar de la ruina a los individuos, a las familias y a las naciones.

Cuando ese peso es deficiente (1), los individuos, las familias y la sociedad peligran; no pueden subsistir sino en tanto que en su seno se encuentren hombres, que por su trabajo y virtud suplan las deficiencias de los demás, rectifiquen con su prudencia lo que otros han sacado del verdadero camino y reparen los daños causados por la ligereza de sus conciudadanos.

Todo el que se penetre del sentido que encierra el dogma de la Comunión de los santos y comprenda las ventajas que de él resultan, sabrá resistir las tentaciones del desaliento y encontrará en ellas abundante luz para dirigir la educación y todos los asuntos sociales.

Si tuviéramos presente que todos somos miembros los unos de los otros (2), comprenderíamos fácilmente lo que debemos a nuestros prójimos; nos ahorraríamos estériles lamentaciones sobre las debilidades ajenas, nos ayudaríamos mutuamente, así moral como materialmente, en todas las buenas obras, y trabajaríamos con todas nuestras fuerzas, no en recriminarnos, sino en prestarnos auxilio y estimularnos al bien, tanto por la palabra como por el ejemplo.

«Consolaos mutuamente y edificaos los unos a los otros...; consolad a los pusilánimes, sostened a los débiles, sed pacientes con todos», nos dice San Pablo (3).

Todos somos hasta cierto punto responsables los unos de los otros; por consiguiente, respecto de las faltas de los otros, respecto de lo que deberían hacer y no hacen, pensemos ante todo en lo que a nosotros mismos nos incumbe.

Así, al ver la prodigalidad de nuestro prójimo, reforzemos nuestro espíritu de economía; al contemplar los

(1) Daniel. V 201.

(2) Rom. XII, 5.

(3) I Tess. V. 11, 14.

desórdenes ajenos, seamos doblemente ordenados; al considerar los excesos de la cólera, procuremos conducirnos con mayor mansedumbre; el espectáculo de la pereza deberá servir de estímulo a nuestra laboriosidad; y de este modo sacaremos provecho y ventaja de los mismos males.

Hay personas tan egoístas, que no tienen noción alguna de sus deberes para con sus parientes más próximos, por ejemplo, sus mismos padres o hijos, y si en su egoísmo se cuidan únicamente de la propia familia, casa y cuanto les rodea, no se reconocen obligados por ningún otro deber fuera de ese círculo tan reducido. Habitualmente dominados por espíritu personal o provincial, consideran como una especie de traición todo acto que pudiera redundar en beneficio de otras regiones, y tanto más cuanto más distan de su país, o son extranjeras.

Otros dan en el extremo contrario; en nombre del cosmopolitismo les es indiferente vivir entre los suyos y para los suyos, o entre los extranjeros y para los extranjeros. No se consideran sujetos a ningún deber particular hacia su propio país; no admiten que su patria pueda invocar el menor derecho a su trabajo y abnegación.

Los primeros no comprenden los deberes que dimanan de la fe en la comunión de los santos; los otros se declaran ciudadanos del mundo y no reconocen patria.

¿Cómo poner de acuerdo estos modos de ser tan opuestos? Acudamos a las enseñanzas de la fe. Nuestro Señor Jesucristo vivió y trabajó entre los suyos, lloró, no la desdicha de Nínive o Babilonia, sino la de Jerusalén; permaneció entre los suyos, a pesar de su infidelidad e ingratitud; se dejó condenar por las excitaciones de su

mismo pueblo y, aunque estuvo en su mano el abstraerse a su odio, no lo hizo.

Desde luego es evidente que cada uno debe comenzar por trabajar en su propia salud, en la formación de su propio carácter, en su propia santificación; porque cada uno debe responder ante todo de sus propios actos. Siguen luego nuestros deberes para con aquellos que nos tocan de más cerca; nuestra familia, parroquia, país. ¿Por qué hemos de atender a lo que tenemos tan lejos de nosotros y no reclama tan inmediata e imperiosamente nuestra cooperación a expensas de nuestros deberes positivos e inmediatos? Acordémonos, pues, de que, ante todo, somos hijos de nuestra patria, aunque sin olvidar que somos hijos de la Iglesia, cuyo amor se extiende a todos los hombres, deseando la salud de todos ellos. No olvidemos que «el espíritu envía sus inspiraciones donde quiere» (1), que hay muchas circunstancias en las que Dios se complace en suscitar vocaciones particulares e imponer a algunos de sus elegidos una empresa que realizar fuera de su familia y país. No conviene quejarse de la supuesta infidelidad cometida contra su patria por los que, sintiéndose llamados en circunstancias providenciales, a llevar lejos de su país el beneficio de su acción, han dado oídos a esa voz. Sea cual fuere la resolución que adoptáremos, con tal que no lo hagamos impulsados por la ligereza u otra pasión torcida, sino por el deseo de hacer la voluntad de Dios, cederá más tarde o más temprano en beneficio nuestro y aun de nuestros allegados.

Ninguna nación, así como tampoco ningún hombre, se ha instruido ni convertido por su propio y exclusivo esfuerzo. Dios se sirve de los unos para instruir y convertir a

(1) Joann. III, 8.

los otros. La fe ha sido llevada a todas las naciones por misioneros extranjeros. Los españoles, por ejemplo ¿no somos deudores de nuestra fe al Apóstol Santiago el Mayor y a sus discípulos? Lo que gratuitamente habéis recibido dadlo también gratuitamente (1), nos dice el divino Maestro. El Evangelio no se habría esparcido por toda la tierra, si los Apóstoles y discípulos del Salvador no lo hubieran llevado a las regiones más apartadas del globo, aun a costa de su vida, como hasta hoy lo hacen los misioneros, impulsados de su celo, que, lejos de ceñirse a su propia familia y país, se extiende hasta abarcar la Iglesia entera y todos sus miembros.

La Sagrada Escritura dice que nunca se vió en la miseria a los hijos del que usó de misericordia (2). Lo mismo se puede decir de las naciones. Cuando no interviene la fuerza bruta, introduciendo un desorden pasajero en el cumplimiento de esta ley, se verifica que la influencia ejercida por ciertas naciones sobre otras, se halla en estricta relación con los favores que les prestan y con el desinterés mostrado en acudir a socorrerlas. Así sucede con Francia, cuyo ascendiente sobre otros países depende en gran parte de los sacrificios de sangre y dinero llevados a cabo en favor de los mismos, por sus misioneros y por sus comunidades religiosas esparcidas por toda la tierra.

Al exponer a los niños el dogma de la comunión de los Santos, hay que procurar fomentar en ellos el sentimiento de la solidaridad que excluye el egoísmo y la bajeza de alma y corazón. Nada de lo que sucede, aunque sea en el extremo del mundo, debe sernos indiferente;

(1) Matth. X, 8.

(2) Ps. XXXVI, 25, 26.

tenemos el deber de ayudar a los demás prestándoles el concurso de nuestros auxilios hasta donde podamos, así como desearíamos que ellos nos le prestaran a nosotros.

Aprendan los niños a ser generosos, a no permanecer indiferentes respecto de lo que concierne a sus compañeros, a contribuir con su óbolo a las suscripciones y obras de caridad; y procuren penetrarse de cierta simpatía verdaderamente cristiana en favor de todos.

La fe en la comunión de los santos impone el deber de orar por los difuntos. Roguemos, pues, por ellos, por nuestros allegados y bienhechores, amigos y enemigos; roguemos, en especial, por aquellos cuya salvación puede inspirarnos alguna inquietud, por aquellos de quienes quizá nadie se acuerda; pero, ante todo, oremos por el eterno descanso de las almas a quienes hemos puesto en peligro de condenación con nuestro mal ejemplo, malos consejos, falta de vigilancia o negligencia en instruirlos. Aun prescindiendo del deber que la caridad nos impone, la justicia exige que reparemos en lo posible el mal que hemos hecho y procuremos abreviar con nuestras oraciones los padecimientos expiatorios que ciertas almas sufren quizá por nuestra causa. En la frase «orar por los difuntos» se comprenden también las limosnas, los sufrimientos aceptados y las buenas obras ejecutadas con esta intención.

¡Cuánto no consuela, después de la muerte de las personas que nos son queridas, el creer con fe viva que podemos continuar ayudándolas y amándolas como si viviesen todavía, y que cuanto más profundo sea el dolor que nos causa su pérdida, tanto más valor tiene ante los ojos divinos y tanto más eficaz será si lo ofrecemos por sus almas! ¡Qué remedio tan poderoso contra la desesperación a la que no pueden escapar los que no tienen esperanza!

¡Qué aliento para la oración y las buenas obras no se siente, al pensar que todo lo que se hace en la tierra por el alivio de las almas de los difuntos, les es útil en el purgatorio!

X

...El perdón de los pecados...

Motivos de aliento para confesar los pecados y hacer penitencia por ellos.

Si la fe en el juicio del tribunal divino, en el cielo y el infierno, es decir, en la recompensa y el castigo, da ánimos para practicar la virtud y retrae del pecado; ¡cuál no será la fortaleza y aliento que nos dará la fe en el perdón de los pecados!

Nuestra debilidad es tan grande, nuestras inclinaciones al mal tan violentas y numerosas, que probablemente pocas serán las almas que se salven por la vía de la inocencia. ¡Cuánto no debe ser nuestro reconocimiento, al pensar que tenemos abierto otro camino para la salvación, cual es el de la contrición que nos ofrece la divina misericordia!

Tan difícil es para nosotros, pobres mortales, el olvido y perdón de las ofensas personales, que a duras penas llegamos a comprender la misericordia de Dios para con los pecadores. Esta dificultad es causa de que se deba insistir particularmente en el dogma de la remisión de los pecados. Los que rechazan este artículo de fe, cometen uno de los pecados más graves, que es precisamente aquel para el que no hay perdón. Hay que orar para obte-

ner el perdón; y ¿cómo impetrar la divina misericordia, sin creer en la posibilidad de obtener lo que se pide?

Judas nos ha dejado un ejemplo espantoso de esta desesperada condición del espíritu: aterrorizado por la enormidad de su crimen, en vez de humillarse ante el Señor e implorar misericordia, se declara a sí mismo excluído de todo perdón y se quita la vida.

Todo el Evangelio, la vida entera de nuestro Redentor, apenas hablan de otra cosa que de la misericordia infinita de Dios para con los pecadores arrepentidos. Jesús se manifiesta lleno de dulzura para inducir a la Samaritana a la contrición y a la penitencia. Interrogado sobre lo que debía hacerse con una pecadora, que conforme a la ley judaica merecía ser apedreada, responde: «El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra» (1) y con esas mismas palabras la libra de las manos de sus acusadores. Perdonó a Pedro y a Tomás; y al ladrón crucificado con Él, que imploró su misericordia, le prometió que aquel mismo día estaría con Él en el paraíso.

Nuestro Señor refiere a los discípulos la parábola del padre que, para celebrar la vuelta del hijo pródigo, manda preparar un gran banquete; les pinta la alegría del buen pastor al encontrar la oveja perdida y restituirla al redil; compara la alegría de la mujer que logra dar con la dracma perdida, a la que causa la conversión de un pecador, y, por último, lo que es más de maravillar, asegura «que habrá en el cielo mayor alegría por la conversión de un solo pecador, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia» (2).

Muy en nuestra mano tenemos el dar a los cielos esta

(1) Joan. VIII, 7.

(2) Luc. XV, 7.

alegría, porque para ello nos basta con arrepentirnos, y esto, no una sola vez sino constantemente.

Si importa en gran manera preservar a los jóvenes mediante la fe en el perdón de los pecados, de la desesperación en que podrían caer a consecuencia de sus faltas por juzgarlas irremediables, no es, por otra parte, menos necesario instruirlos en las condiciones esenciales para obtener esta remisión; porque, de no hacerlo así, podrían abandonarse a una confianza prematura, imaginándose que el perdón se obtendrá con toda seguridad, con tal de tener fe; o acaso se dejarían arrastrar al endurecimiento del corazón, no cuidándose de procurar la remisión de sus culpas.

Una educación concienzuda debe prevenir a los jóvenes contra estos dos extremos. Para que sepan más tarde recurrir eficazmente a la absolución sacramental, es preciso que aprendan desde su más tierna edad a confesar sus faltas, a dolerse de ellas sinceramente, a pedir perdón por ellas y a repararlas en lo posible.

La confesión de las propias faltas tiene para la educación la ventaja incalculable de refrenar el orgullo, formar el juicio, enseñar a respetar la verdad, despertar y fortalecer el sentimiento de la justicia, desarrollando a la vez el valor moral. De ciertas faltas de los niños podría decirse lo que la Iglesia canta, refiriéndose al pecado de Eva: «Felix culpa»: ¡felices faltas que pueden servir para recabar tantos bienes!

Los jóvenes deben saber, sin embargo, que hay casos en que no es menester manifestar las faltas fuera de la confesión y aun a veces hay la obligación estricta de callarlas.

La prudencia y la justicia indicarán en qué casos la confesión de sus faltas puede ser provechosa a otros y a

sí mismo, y en qué otros es nociva. Lo mejor es, cuando haya dudas, consultar a un confesor ilustrado y atenerse a sus consejos.

Si hay casos en que no se puede declarar una falta fuera de la confesión, en cambio el arrepentimiento de ella es siempre posible e indispensable para obtener el perdón de Dios. La contrición no consiste en las lágrimas propiamente dichas, o en las recriminaciones que el pecador se dirige a sí mismo con motivo de sus culpas, sino, conforme enseña el catecismo, en detestar el pecado y desear sinceramente no volver a cometerlo; consiste en dolerse de haber ofendido a Dios, sea directamente, sea en la persona del prójimo, y en sentir la pérdida de la gracia y el derecho a la eterna recompensa.

Es preciso enseñar a los niños que, si no tienen esa contrición, deben procurarla meditando en las enseñanzas de la fe sobre la malicia y efectos del pecado y rogando a Dios que les dé luz para comprenderlo bien, porque, sin la gracia de Dios, es imposible despertar en sí el dolor sobrenatural del pecado.

Los padres y cuantos rodean a los niños, desde su más tierna edad, pueden contribuir poderosamente a formar en ellos la contrición de los pecados, haciéndoles ver la tristeza que sienten por las faltas cometidas. Cabe inculcar desde luego a los niños por demostraciones exteriores, y en especial por la expresión del rostro, que el pecado produce siempre el descontento, la tristeza, el dolor.

¿Cómo ha de comprender el niño la gravedad de sus culpas, si en el momento mismo de reñirle y castigarle, se ríe y bromea sobre la falta cometida, cosa que desgraciadamente ocurre con mucha frecuencia?

La tercera condición del perdón consiste en reparar y expiar las faltas hasta donde sea posible. Sobre este punto importa formar con gran cuidado la conciencia de los niños. Ese es el mejor modo, no sólo de hacer penitencia por los pecados pasados, sino de librarse además de los pecados futuros.

A nada conduciría confesar una mentira y pedir perdón por ella, si no se la retractara en presencia de las personas ante quienes se ha proferido. Inútil sería acusarse de haber robado lo que pertenece a otro, si pudiendo restituirlo no se hiciese. En semejante caso, la satisfacción consiste en retractar la mentira, restituir el bien ajeno, o a lo menos el valor del objeto, cuando sea imposible restituir el objeto mismo.

Si se ha pecado por terquedad, por falta de respeto, la satisfacción consiste entonces en reconocer su falta y pedir perdón a las personas ofendidas en presencia de los que fueron testigos de la ofensa.

Los niños ocasionan a veces considerable daño con su abandono, despilfarros y desórdenes. La satisfacción consiste, en este caso, en reparar en lo posible lo que han deteriorado, en poner en orden lo que han sacado de su lugar, en limpiar lo que han manchado; y cuando tales perjuicios no pudieran ser reparados, debe exponérseles el deber en que están de hacer algo útil que ahorre tiempo, trabajo y gastos a los damnificados y les indemnice hasta cierto punto de los daños causados. Aprendan a sacrificar, en aras de esta expiación, bien su recreo, bien una parte de sus economías, juguetes y golosinas. Esto les enseñará la justicia y les habituará a reparar del mejor modo el mal que han causado.

Pero ¡cuántos daños imposibles de remediar, aun con

la mejor voluntad del mundo, no ocasionan los niños! Es preciso entonces explicarles que, el único medio de satisfacer, consiste en confesar su falta y pedir perdón por ella, pues el silencio, en este caso, equivaldría a una infamia.

No siempre alcanzan los niños a comprender la gravedad y trascendencia de sus faltas. Cuando falta ese conocimiento, parece que exigir a los niños el que pidan perdón degenera en una vana formalidad. Mas aun cuando se redujera a una mera formalidad, desprovista de arrepentimiento, es preciso, sin embargo, obligar a los niños a cumplir con ella; porque esa práctica les ayudará a darse cuenta de la gravedad de sus faltas y del pesar que por ellas deben tener.

Es asimismo de gran importancia enseñar a los niños que, si Dios perdona a los pecadores arrepentidos, no por eso les libra de las consecuencias del pecado. Se les perdona al borracho y al ladrón su falta, si se arrepienten de ella; pero es imposible de ordinario librar al borracho de la pobreza y de las enfermedades que se atrae a sí mismo con su intemperancia, o restituir al ladrón la confianza de que se ha hecho indigno.

Esas consecuencias del pecado forman una parte de la pena que por él se debe pagar en este mundo. Es necesario, pues, aceptarlas con ese espíritu. Una penitencia de esa clase, soportada día por día con sumisión, paciencia y espíritu de arrepentimiento, basta, según San Agustín, para expiar nuestras faltas de cada día, de suerte que en el instante de la muerte habremos satisfecho a la Justicia divina y encontraremos el cielo abierto de par en par.

La fe en la remisión de los pecados da a los que comprenden bien las condiciones de esa creencia el valor y la

paciencia para soportar las pruebas que Dios les envía, ayuda a aceptarlas como medios de salvación, sin murmuraciones y más bien dando gracias por un castigo en que se ve la mano de Dios.

XI

...La resurrección de la carne

Sentimiento de la dignidad personal; cuidado de la salud; amor de la decencia, del orden y de la limpieza.

La educación no se limita a la formación moral e intelectual. Los padres tienen el deber de asegurar la salud y el desarrollo físico de sus hijos, y enseñarles a respetar su cuerpo manteniéndolo bajo la disciplina de la ley de Dios.

La Iglesia nos enseña que en el día postrero nuestros cuerpos resucitarán para recibir el castigo o la recompensa por la parte que hayan tomado en las buenas o malas acciones; que los cuerpos de los réprobos serán feos y repugnantes, mientras que los de los elegidos serán gloriosos a imagen del cuerpo de Jesucristo.

Plugo a Dios colocar al alma en tal dependencia del cuerpo, que todo les es común, y todas las gracias divinas, prodigadas al alma por los Sacramentos, no le llegan sino por el intermedio del cuerpo.

El cuerpo es junto con el alma el templo del Espíritu Santo. Sabemos con qué respeto trata la Iglesia los despojos de los muertos, indicándonos con ello la dignidad

que reconoce al cuerpo y las consideraciones que le son debidas.

El cuerpo, sin embargo, no es el amo sino el súbdito; en cuanto al alma hemos sido criados a imagen de Dios; pero en cuanto al cuerpo nos asemejamos a los animales. El oficio del cuerpo no es gobernar, sino servir.

De haber sido el cuerpo creado a imagen de los animales, y de los animales que trabajan, resulta que es preciso rodearle de las condiciones necesarias a su desarrollo, y habilitarlo para el trabajo.

Los que se imaginan que todo lo natural llega a ser un obstáculo para lo que es sobrenatural y, de consiguiente, para la acción de Dios en el alma, y no tienen cuidado alguno con el cuerpo ni con lo que necesita; cometen una injusticia y una locura, o, más bien, se conducen con el cuerpo como si no lo hubieran recibido de Dios, ni tuviera nada que hacer en la tierra.

Examinemos lo que se debe al cuerpo a fin de que este siervo del alma sea apto para el desempeño de sus deberes, sin dejar de servir por indolencia a su dueño natural, y sin que, por otra parte, se atribuya derechos que de ningún modo le pertenecen. No hay peor ama, dice la Sagrada Escritura, que la que de criada ha llegado a ser la heredera de su antigua señora (1).

La higiene enseña lo que se debe al cuerpo; lo que es preciso darle y lo que se le debe negar. Nosotros sólo podemos aquí llamar la atención sobre la influencia que ejercen uno sobre otro, sobre el estado moral del hombre y su estado físico, y sobre el deber consiguiente de vigilar las disposiciones morales de los niños, para mantenerlos en buena salud como medio de preservarlos de enfer-

(1) Prov. XXX, 23.

medades morales. Conviene insistir acerca de la necesidad de no tratar a la ligera ningún pormenor, aunque aparentemente carezca de importancia, si se desea formar hombres sanos de cuerpo y alma, valerosos y prudentes: y si eso es precisamente lo que nos falta, hay que poner doble cuidado en la educación de los niños, procurando crear en ellos la fuerza de resistencia necesaria para soportar las enfermedades físicas y morales, que semejantes a los parásitos se ceban de preferencia en los organismos debilitados.

En las naciones mejor organizadas socialmente, el sentimiento de dignidad personal, profundamente inculcado en los jóvenes, desarrolla una extrema solicitud por la limpieza del cuerpo y de las habitaciones; la abundancia de agua y los numerosos establecimientos hidroterápicos son la mejor prueba de ello.

El desorden y la falta de limpieza, a la vez que la afición a los perfumes, a los peinados artificiosos, a los adornos excesivos, han sido siempre un síntoma de decadencia. Poco antes de la caída del Imperio Romano, había en la capital mayor número de peluqueros que de operarios dedicados a la fabricación del pan.

Se ha demostrado que existe una relación curiosa entre el desarrollo del poder nacional y el sentimiento de dignidad que se manifiesta por una cuidadosa limpieza. Los ingleses civilizan los países donde se establecen comenzando por establecer medidas de orden e higiene pública. Entre nosotros, no se ha llegado quizá a la altura debida en esta materia, a pesar de ser en general no poco exigentes en punto a vestidos, habitación y alimento.

El mantenimiento de la limpieza del cuerpo exige cierta fuerza de voluntad, y por otra parte, contribuye a desarrollar la constancia necesaria para toda virtud.

Es preciso habitar cuanto antes a los niños a contraer hábitos de limpieza y de orden; esta enseñanza debe comenzar desde la edad más tierna. Cuanto antes se acostumbren al orden y a la limpieza, tanto más gusto encontrarán en el ejercicio de ambas virtudes.

Los niños que no han adquirido desde los primeros años hábitos de orden, cobran a menudo más tarde afición al lujo ostentoso, satisficiendo así su vanidad sin adquirir un verdadero sentimiento de dignidad personal y respeto de sí mismos.

San Luis decía a sus familiares que debían vestir de tal modo, que los viejos no les hallaran demasiado elegantes y los jóvenes demasiado ordinarios y sencillos.

Hay que inculcar a los niños el sentimiento de la dignidad humana y muy en especial el de la dignidad cristiana, aun en el tiempo de las comidas, que es acaso uno de los más favorables para esta clase de enseñanza.

Cuanto más material y grosera sea una cosa por sí misma, tanto más se necesita aplicarse a realizarla con más finura. Ahora bien, entre todas las acciones humanas, la de comer es una de las que más caracterizan la naturaleza animal, y por lo tanto, una de las más groseras. Ninguna cosa da mejor idea de la educación de una persona, que su manera de conducirse en la mesa. Todo lo cual prueba el cuidado sumo con que se debe enseñar a los niños a portarse convenientemente en las comidas, satisficiendo esta necesidad animal de la manera que menos envilezca el alma. El hombre no vive para comer, sino que debe comer para vivir. El alimento conserva la vida, y es un abuso de perniciosas consecuencias para la salud moral y física el convertirlo en ocasión de excesos y materia de placer.

Es necesario instruir a los niños sobre el modo de portarse en la mesa, como se les enseña a leer y escribir, sin aguardar a que lo aprendan por sí mismos. El tiempo afirma y fortalece las buenas costumbres, pero de ordinario no corrige las malas.

Conviene acostumar a los educandos a mantenerse rectos cuando están sentados a la mesa, sin apoyarse ni ponerse de codos en ella; también se debe procurar que tengan las manos sobre el tablero y nunca debajo; que no se revuelvan ni agiten demasiado en su sitio; que no interrumpen la conversación de las personas mayores, ni se mezclen en ella; que no se proponen a tomar nada por sí mismos, sino que aguarden a que se les dé lo que necesitan; que no jueguen con lo que hay sobre la mesa, ni empleen los objetos para otro fin distinto del que les corresponde, es decir, no usando el cuchillo en lugar de la cuchara, ni ésta en lugar del tenedor; que se limpien los labios antes de beber y no hablen con la boca llena; que coman y beban sin ruido para no molestar a nadie; que no miren a los demás cuando se sirven, ni tomen ellos más de lo necesario, sin escoger lo que les gusta rechazando lo que les desagrada; que no dejen por capricho sobras en los platos, ni por glotonería se afanen en limpiarlos con trocitos de pan. Reglas son estas de buena crianza, a las que conviene habituar a los niños, así como también a otras, que al educarlos para la vida social, les son a la vez un saludable ejercicio de disciplina.

De la fe en la resurrección de la carne resulta también la obligación de mirar por la propia salud, tomando las necesarias precauciones y cuidados en caso de enfermedad. No se trata aquí de mimar a los niños, sino de armarlos de prudencia, evitando los abusos dañosos a su salud.

Es ésta uno de los «talentos» que el Señor nos confía para su servicio, y de cuyo empleo tendremos que darle cuenta. Comprometer la salud por ligereza, imprudencia o excesos, constituye una falta reprehensible, y los niños que la cometen exponen a sus padres y encargados a una multitud de angustiosas solicitudes, gastos y dificultades.

Es también recomendable dar a los niños algunas nociones de higiene; explicarles por qué no se debe beber agua fría, ni exponerse a las corrientes de aire cuando se tiene demasiado calor, por qué no se debe correr al trepar por una pendiente cualquiera, por qué no se pueden tomar ciertas bebidas o alimentos después de otros; qué calzado debe llevarse para no lastimarse los pies; qué cuidados deben aplicarse a la dentadura; qué precauciones hay que guardar para no echar a perder la vista o el oído.

Los cuidados que se dispensan a los enfermos y la solicitud en satisfacer sus deseos, deben tener por objeto, no satisfacer sus caprichos y mimarlos, sino procurar que recobren cuanto antes la salud.

En las enfermedades largas y graves, sobre todo en aquellas que exigen un tratamiento doloroso, es preciso recordar a los niños la corta duración de esos padecimientos y de esas penas en comparación de la recompensa eterna, concedida a los que las soportan pacientemente y se someten a la voluntad de Dios.

En tales casos se debe prodigar a los enfermitos todo género de consuelos, alentándolos con la consideración de que, las penalidades y miserias de esta vida, duran cortísimo tiempo, después del cual una felicidad eterna y una transfiguración gloriosa aguardan a los que llevan con valor su cruz en pos de Jesucristo y por su amor, hasta

entrar en la resurrección gloriosa por las puertas del dolor y de la muerte.

Los educadores trabajarán especialmente en instruir a los niños acerca de sus deberes de orden moral, procurando grabar en su conciencia que tienen obligación de servirse de sus facultades y sentidos para aquello a que Dios los ha destinado, es decir, para servirle, y no para ofenderle pecando; por consiguiente no deben ver, oír, apetecer, ni decir, sino lo que conduce a ese objeto. Han de estar prontos a apartar los ojos de todo espectáculo inmoral, y a no fijarlos sino en lo que el deber exige; deberán cerrar los oídos a las conversaciones peligrosas, a las calumnias, maledicencias, murmuraciones y abrirlos a las enseñanzas, a los buenos consejos, a las observaciones y avisos; servirse de las manos para el trabajo, la oración, las buenas obras y no para diversiones y juegos prohibidos, riñas, y, más tarde, duelos y otras acciones culpables.

Se necesita habituar a los niños a observar una conducta digna y correcta en todas las circunstancias. Al inspirarles afición a los juegos animados y alegres, hay que enseñarles a evitar los gritos salvajes, las carcajadas estrepitosas, las familiaridades, la grosería, la vulgaridad en los gestos y en las palabras. Deberán aprender a respetar a las personas de mayor edad, a proteger a los más jóvenes y débiles, a ser corteses y afables con todo el mundo y a respetarse a sí mismos recordando que son templo del Espíritu Santo (1).

(1) I Cor. III, 16.

XII

... La vida perdurable ...

Consuelos, trabajos; motivos para alentarnos al trabajo y a la perseverancia.

Los hombres piensan con razón que la virtud y un trabajo honrado dan derecho a la felicidad, pero se imaginan erróneamente que en esta vida el éxito constituye la recompensa y la falta de éxito el castigo.

¡Cuán importante es grabar en el espíritu de la juventud las palabras de Cristo: «Mi reino no es de este mundo» (1) y que por consiguiente no tenemos que esperar la recompensa y el castigo finales en esta vida, sino en la otra!

Vemos a menudo con pena, la prosperidad de los malos y el infortunio de los buenos. El éxito de los malvados en los negocios temporales se explica muchas veces por la habilidad y destreza que ponen en sus obras, por sus aptitudes naturales, por sus mismos esfuerzos que no merecen recompensa eterna desde el momento en que la reciben en la vida presente. Además, aun las personas de sentimientos más depravados ejecutan a veces buenas acciones, las cuales, en atención al mal estado de su conciencia, no pueden darles derecho a la recompensa eterna, sino a una remuneración temporal.

En cambio las personas de conducta más intachable, no pueden lograr el éxito que pretenden, si les falta la previsión y competencia necesarias para la buena administra-

(1) Joann, XVIII, 36.

ción de sus negocios temporales. Pero independientemente de las consecuencias naturales que dimanar de la conducta de cada uno, las desgracias que afligen a los justos pueden ser una prueba de la misericordia de Dios, que les da la posibilidad de expiar desde esta vida sus pecados y debilidades y de atesorar a la vez abundante cosecha de méritos. Complácese Dios muchas veces en probar a sus amigos más fieles, como lo vemos en la historia de Job, en las Actas de los Mártires y en las vidas de todos los que han sufrido persecución por la fe y la justicia; porque «las pruebas engendran la paciencia, y la paciencia perfecciona las obras» (1). Al atribular así a los suyos, Dios quiere que sirvan de ejemplo a los demás, mientras a la vez adquieren los mayores méritos. He aquí por qué el éxito no es siempre la prueba de la bendición y beneplácito divinos, ni el fracaso razón de desalentarse considerándolo como indicio manifiesto de la cólera del cielo.

Después de haber hecho lo que depende de nosotros para obtener el éxito temporal y merecer la felicidad eterna, nuestro deber es abandonar el resultado a la misericordia divina con la firme esperanza de que ella no nos abandonará.

La Sagrada Escritura nos dice qué cosa es el cielo y qué la vida eterna prometida a los justos; ésta última es la que debemos buscar con verdadero ahinco, y hacia ella deben los padres dirigir a sus hijos mediante una buena educación.

«Los justos quedarán embriagados de la abundancia de vuestra casa y Vos los abrevareis en el torrente de vuestras delicias» (2). «Recibirán de mano del Señor un

(1) Jac., I, 34.

(2) Ps. XXXV, 9.

reino admirable y una diadema espléndida» (1). «Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá ya más. Ya no habrá ni llanto, ni lamentos, ni aflicción» (2).

¡Qué fortaleza, qué aliento, qué estímulo para perseverar, puede encontrarse en medio de las dificultades y desencantos de la vida, al considerar que cada momento nos acerca a la consecución del fin, y que todo esfuerzo acrecienta el mérito! Así como el navegante encuentra al abordar al puerto la recompensa de su larga y penosa travesía, así el cristiano, al abordar al puerto eterno, olvidará en una felicidad sin límites las inquietudes y apuros pasados.

La vida eterna—según sabemos por las palabras de Cristo—consiste en conocer y poseer la luz, la verdad, la hermosura, la dicha cumplida; mas para poseer estas ventajas es preciso amarlas sobre todas las cosas y tender a ellas con todos los actos de nuestra vida. El que se aparta de ellas durante su vida, se precipita voluntariamente en el abismo, donde no hay luz, ni verdad, sino privación eterna de la visión de Dios.

Con frecuencia los hombres no aciertan a conciliar el dogma del infierno con la idea de la misericordia de Dios. Nada tiene de extraño. «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos» (3), nos dice el Señor. Nosotros comprendemos a Dios de un modo tan imperfecto, y tenemos tan menguada idea de lo que son las ofensas hechas a su divina Majestad, que nos es difícil apreciar el castigo tal como corresponde a lo que exige la Justicia divina.

Para comprender cómo Dios, Padre misericordioso,

(1) Sap. V, 17, 3.

(2) Apoc. XXI, 4.

(3) Isai. LV, 8.

puede rehusar el perdón a sus hijos, a sus criaturas, y esto por toda la eternidad, es preciso volver los ojos a las primeras lecciones del Catecismo que tratan del conocimiento de Dios. Sólo ahí encontraremos luz para las dificultades relativas a la fe y particularmente las que se refieren a la fe en la misericordia divina.

Toda virtud, todo bien espiritual, como el amor, la verdad, la justicia, la luz, es una afirmación del que por antonomasia se denomina: «El que es»; y al contrario, toda falta de amor, de verdad, de justicia, es su negación.

He aquí por qué Dios, cuyo Sér contiene de un modo eminente todas las perfecciones existentes y posibles en las cosas finitas, ha podido decir de Sí mismo que «es el que es» (1).

El ser y el no ser, la afirmación y la negación, la verdad y la mentira no pueden coexistir. El hombre que vuelve la espalda a la verdad, a la justicia y a otras perfecciones divinas, cuyo perfecto conocimiento constituye la recompensa eterna, se excluye a sí mismo de esta recompensa. Al cerrar sus ojos a la luz y sus oídos a la verdad, no puede conocer ni de consiguiente amar la verdad.

La simple lógica demuestra que, si el fin último de los que aman a Dios es el Cielo, el fin último de los que no le aman debe ser la privación del cielo, es decir, el infierno.

La eternidad dependerá de la dirección que cada uno diere a los últimos pasos de su vida, cuando la muerte le sorprenda. No es probable que el hombre, consagrado a servir a Dios fielmente durante largos años, le abandone en el último momento: sin embargo, si tal hiciera, su posterior momento, su última voluntad decidirían de su eternidad.

(1) Exod. III, 14.

Así lo vemos en la muerte de Judas y en la del buen ladrón. Judas, llamado por Jesucristo a ser su apóstol, le siguió y estuvo como los demás Apóstoles en trato y conversación continua con Él; y, no obstante, «mejor le fuera, según las palabras del Evangelio, no haber nacido» (1), y esto precisamente porque en el último momento se apartó, en su desesperación, de la misericordia de Dios. Al contrario, el ladrón crucificado al lado de Cristo, por haber recurrido a última hora con fe y humildad a la misericordia del Salvador, obtuvo misericordia y a pesar de sus crímenes pasados, recibió la promesa de entrar aquel mismo día en el paraíso.

Extraño y aun injusto les parece a algunos que un solo pecado pueda anular el derecho a la recompensa merecida por una vida virtuosa, o que una sola invocación a Dios pueda borrar una serie de pecados. En efecto, en el orden humano, cualquiera deficiencia en la ejecución de un trabajo no quita el derecho a percibir el precio correspondiente a lo que se ha hecho con toda perfección. Pero los hombres remuneran el trabajo porque lo necesitan y en proporción de como responde a sus necesidades.

No sucede lo mismo con Dios que no necesita de nuestro trabajo ni de nuestras buenas obras, y paga a los obreros que llegan a las once el mismo salario que a los que han soportado el peso del día y del calor (2), trabajando con el sudor de su frente.

Esa hora de las once representa el declinar del día, y prueba que no hay edad tan avanzada ni pecado tan grave que puedan impedir el retorno a Dios, contando con su infinita misericordia. Sin embargo, contar con esa

(1) Marc. XIV, 21.

(2) Matth. XX, 12.

época tardía y dejar para el último momento la conversión y el trabajo conducente a su salud eterna, sería manifiesta insensatez.

El Señor nos advierte que hay muchas moradas en la casa de su Padre, y probablemente estas moradas responden a lo que hubiéremos hecho por merecerlas durante la vida. Aprendan, de consiguiente, los niños, que todo momento perdido irroga un perjuicio irremediable a los intereses de la felicidad eterna. Nadie sabe el día ni la hora (1) en que la muerte vendrá a sorprenderle; por lo tanto necesitamos vivir y trabajar de modo que la muerte nos encuentre con el corazón y las obras en el orden de la voluntad divina, orientados hacia el cielo y no volviéndole la espalda.

Cierto día, preguntado San Luis Gonzaga durante la recreación, cuando aun era novicio en la Compañía de Jesús, qué haría si supiera que debía morir en aquella misma hora, respondió que continuaría jugando, puesto que eso le pedía entonces la regla de la Orden, que era para él la expresión de la voluntad divina.

Así como las reglas del Instituto a que pertenecen manifiestan de una manera especial a los religiosos lo que el Señor quiere de ellos, estribando la perfección entera en observarlas estrictamente; así la fe, y los principios que de ella resultan, son también verdaderas reglas para la generalidad de los católicos, cuya sabiduría y virtud dependen del hecho de conformarse o no con esta regla y de la manera con que la guardan.

No hay motivo, pues, para quejarse de la falta de carácter. Los que aprendan desde luego a fundarse en la fe y a conducirse con arreglo a los principios que de ella

(1) Matth. XXIV, 24.

dimanan, no echarán de menos el carácter necesario. La habitual observancia de tales principios es la que ha formado los mártires y héroes del cristianismo.

Los hijos se portarán con la dignidad que exige la misión que deben cumplir en este mundo, en la proporción que los padres les inculquen los principios de una fe ilustrada y valerosa, enseñándoles a deducir de ella las normas a que han de atemperar su conducta en todas las circunstancias de la vida.

TERCERA PARTE

Las leyes

«El obediente cantará victoria»
Proverb. XXI, 28.

La obediencia a las leyes es la condición de la victoria.

Los artículos de la fe contenidos en el Símbolo de los Apóstoles nos enseñan lo que debemos creer; los mandamientos nos señalan lo que debemos hacer y evitar.

La fe sola no basta para dirigir bien la educación, así como tampoco es suficiente para conseguir la salvación.

Una fe que no produce hombres de principios fieles a los mandamientos, es una fe muerta.

«Si queréis entrar en la vida eterna guardad los mandamientos» (1), nos dice el Señor.

Los mandamientos nos enseñan a aplicar los principios de la fe a todos nuestros actos y a toda nuestra vida.

El Creador, después de dotar a nuestros primeros padres de inteligencia y libre albedrío, les prescribió en el

(1) Matth. XIX, 17.

paraíso terrenal el uso que debían hacer de esa inteligencia y voluntad para responder a sus designios: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla» (1).

Tal era el primero de los Mandamientos de Dios. Pero muy luego vino un segundo por el que Dios limitaba la voluntad del hombre: «No comeréis del fruto que produzca el árbol de la ciencia del bien y del mal, porque si comiereis de ese fruto moriréis de muerte» (2).

De la ciencia del mal vienen todas las desgracias de que tenemos cotidiana experiencia: la perversión de la naturaleza, la rebeldía de las pasiones, las tinieblas del espíritu, la debilidad de la voluntad, las inclinaciones contrarias al perfeccionamiento y felicidad del hombre.

He ahí por qué impone Dios al género humano una ley nueva.

Adaptándose en su sabiduría a la capacidad y necesidades de la naturaleza humana corrompida y extraviada, Dios resume en dos preceptos estrictamente definidos, lo que es necesario hacer y lo que se debe evitar, a fin de que, a pesar de su caída, el hombre responda a su destino, y ya que no le sea posible alcanzar en esta vida la felicidad perfecta, pueda después de la muerte disfrutarla sin fin.

Aunque esos mandamientos, como expresión que son de la ley natural, no excedan las fuerzas de la razón, pero difícilmente ésta habría llegado a establecerlos de una manera fija y estable, a causa de la perniciosa influencia que sobre ella ejercen los apetitos inferiores. Aparte de esto, la inteligencia humana, de suyo limitada, a lo más podría acertar a legislar para determinados países, socie-

(1) Genes. I, 28.

(2) Genes. II, 17.

dades y épocas. Era, pues, preciso que la Sabiduría eterna, que abarca todas las naciones, todas las clases sociales, todos los tiempos, dictase todas esas normas generales, base y fundamento de todo el orden social. Sólo Dios podía condensar, en tan pocas palabras, leyes perfectamente adaptadas a las necesidades y debilidad del hombre: leyes que a través de los siglos constituyen la base de toda legislación y de toda justicia.

Los mandamientos de Dios son el Código moral y social de la humanidad.

Las naciones y sociedades que no se gobiernan según los mandamientos divinos deben considerarse como bárbaras.

Las sociedades, así como los individuos que se apartan de la vía trazada por esos preceptos, caen en la confusión de ideas, en la descomposición moral y en todas las aberraciones que se desarrollan allí donde falta la fe.

La Providencia nos ha dado los mandamientos como un camino y un medio para obtener nuestro último fin, es decir, la felicidad eterna.

Compréndese, por tanto, fácilmente, que al separarnos del camino trazado por esas normas fundamentales, nos condenamos a sufrir las consecuencias temporales y eternas de nuestra infidelidad.

El hombre ha sido creado para servir: esta ocupación es para él una necesidad ineludible. Si trata de sacudir el yugo de los deberes impuestos por el Creador a la criatura, se constituirá en esclavo de sí mismo aun contra su voluntad, mientras por otra parte el despertar será terrible, cuando se dé cuenta de que, deseando librarse de la sujeción a las leyes de Dios, ha caído en la afrentosa e insoportable esclavitud de la carne, del mundo y del demonio.

En ninguna época ha sido tan necesario como en la actual darse cuenta exacta de la significación de los Mandamientos divinos; en nuestro afán de cultivar las ciencias, olvidamos que el objeto final de la ciencia es conocer mejor y cumplir con mayor perfección lo que nos ordenan la voluntad de Dios y su sabiduría. Cuando se pierde de vista este objeto, la ciencia nos conduce al mismo resultado que la luz de que Satán estaba revestido y el saber de que Eva se mostró tan ávida.

El origen divino de los Mandamientos lleva consigo el deber absoluto de observarlos. El Creador, al dotar al hombre de razón y voluntad para servirle y glorificarle, es el único capaz de exigirle que se valga de esas facultades según su voluntad y el único que puede imponerle leyes.

Una autoridad humana no obliga a la obediencia sino en el grado en que se apoya en los mandamientos de Dios y de ellos procede. Porque no hay obligación de obedecer a cualquiera ley injustamente establecida y a todo el mundo, sino a los que hablan en nombre de la autoridad recibida de Dios y cuyas disposiciones son conformes a su santa voluntad.

Si las ideas hoy dominantes en materia de obediencia son bastante confusas, la causa está en que no se respetan ni entienden bastante los divinos Mandamientos. La razón y voluntad de que el hombre tan justamente se ufana, le han sido concedidas sólo para dirigirle según la sabiduría y voluntad de Dios; lo cual no de otro modo podrá cumplir que obrando conforme a sus mandamientos.

«A la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así tam-

bién por la obediencia de uno solo, serán muchos constituidos justos» (1).

De las palabras anteriores se deduce que San Pablo no atribuye la caída de Adán y Eva a la gula, a la curiosidad, al deseo de encumbrarse, sino a su desobediencia a los mandamientos de Dios. De igual suerte el Apóstol atribuye nuestra redención, no a las virtudes de Jesucristo, ni a sus milagros, ni a sus oraciones, sino a la obediencia prestada a su Padre Celestial.

Aquí nos encontramos con una doble enseñanza: si la desobediencia a la ley de Dios es causa de todos los pecados, la obediencia comprende y asegura todas las virtudes.

Es tan poderosa la gracia y virtud concedida a la obediencia, que para las personas habituadas a ella, la vida no ofrece dificultades. Todo lo dispuesto en nombre de la obediencia es fácil de ejecutar y puede conducir al heroísmo que es tan necesario para la regeneración de la patria como para alcanzar la santidad necesaria a nuestra propia salvación.

Primer Mandamiento de la ley de Dios

«Yo soy el Señor tu Dios.

No tendrás otros Dioses extraños delante de mí» (2).

El primer mandamiento es respecto del primer artículo del Símbolo de los Apóstoles, lo que la práctica es a los principios. Para entender su sentido y aplicación por lo que se refiere a los dioses extraños, a los ídolos, es menester ante todo creer en el verdadero Dios y tener en la

(1) Rom., V, 19.

(2) Exod., XX, 2, 3.

medida de lo posible alguna idea de las perfecciones existentes en Él.

Por el catecismo sabemos que Dios es espíritu; que nos ha creado a su imagen y nos manda ser santos, porque Él es santo (1). Nuestro Señor repite este mandamiento, cuando nos dice: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial lo es» (2).

Creados, pues, a imagen de Dios y obligados a dirigirnos según el espíritu del Creador, conoceremos por las perfecciones que constituyen el Sér divino, las virtudes indispensables para nuestra salvación.

Todo el que con la gracia de Dios adquiera nociones exactas acerca de la verdad, de la justicia, de la sabiduría y de otras perfecciones divinas, comprenderá que, cuantas veces sacrifique la verdad, la justicia y la sabiduría por satisfacer algunas de sus pasiones, otras tantas comete el pecado de idolatría, tomada ésta en su amplio y completo sentido, poniendo el amor de las criaturas por encima del amor del Creador, la afición y apego a lo que no es Dios ni lleva a Dios, por encima de la adhesión al Señor y Dueño del Universo.

La idolatría no consiste sólo en adorar «el becerro de oro» a imitación de los prevaricadores israelitas que provocaron la cólera de Moisés, o en tributar culto a los animales u otros seres de la naturaleza como lo hacen los paganos. Quienquiera que sacrificara la verdad a la mentira, la justicia al egoísmo, en una palabra, lo que es, o más bien «El que es» (3), a lo que no es, incurre en el pecado de idolatría.

(1) Exod., XX, 2, 3.

(2) Matth., V. 48.

(3) Ex., III, 14.

«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (1). La guarda del primer mandamiento es una condición de la pureza de sentimientos. Como obra de las manos divinas, nuestros corazones no son puros sino en cuanto se mantienen fieles a su destino.

Tan importante es adquirir desde luego una idea de Dios, de sus perfecciones, de sus mandamientos, de lo que le debemos como a Padre, Juez y Señor nuestro. Ese conocimiento nos sugerirá el amor que debemos al Padre, el temor que ha de inspirarnos el Juez, y nos acostumbrará a la obediencia y servicio a que el Señor tiene derecho.

He aquí la única manera de preservarnos del rebajamiento de carácter, demasiado frecuente en los que sólo se gobiernan por consideraciones humanas y se apegan a los bienes temporales y perecederos, sin aspirar a los de orden superior.

Para lograr que los niños comprendan la adoración debida a Dios, es preciso habituarlos desde su edad más tierna a mantenerse en su presencia; conviene sensibilizarles la idea, grabándoles hondamente en el ánimo que Dios lo ve todo, lo llena todo, penetra los más ocultos pensamientos, y que así como un vaso de agua dado por amor de Dios no quedará sin recompensa (2), así las menores obras ejecutadas con el recuerdo de su presencia y conformes con su voluntad, tienen un valor eterno y merecen la eterna recompensa.

Aprendan los niños a dar gloria a Dios, volviéndose frecuentemente a El con el pensamiento y la oración. Así es como adquirirán el valor necesario para cumplir los deberes más penosos, para vencer las tentaciones más

(1) Matth., V, 8.

(2) Matth., X, 42.

violentas, para soportar pacientemente los desengaños y los más crueles sufrimientos morales y físicos.

El primer mandamiento no se refiere exclusivamente a Dios, sino que se aplica también al culto debido a la Madre de Dios y a los Santos.

El culto, es decir, el respeto y amor debidos a la Virgen Santísima y a los Santos, goza hasta aquí, gracias a Dios, de grandísima difusión y honor en nuestra patria. Pero ¡ay! este amor no se manifiesta siempre en la reforma de la vida, ni nos pone en las condiciones necesarias para levantarnos de nuestra postración.

Dios nos concede su gracia en la medida en que nos penetramos de su espíritu y cumplimos su voluntad. Cuando obramos en Él y por Él, Dios triunfa en nosotros y por nosotros. Ahí está precisamente el secreto del poder a veces extraordinario de los Santos y de la influencia que ejercen en torno nuestro.

¿Cómo María, «pobre esclava del Señor» llegó a ser la Madre del Altísimo? ¿De dónde le vino el poder de «aplantar la cabeza de la serpiente antigua?» Ella misma nos lo manifiesta: «porque Dios ha mirado la pequeñez de su sierva» (1).

Nos quejamos constantemente de nuestra debilidad. Pero ¿de dónde nos vendría la fuerza, si no estuviésemos dirigidos por el espíritu y voluntad de Dios?

En las bodas de Caná la Santísima Virgen dice a los criados del Esposo refiriéndose a Jesucristo: «Haced todo lo que os dijere» (2).

Y eso es también lo que nos dice a nosotros, cuando nos ve gemir en la indigencia.

(1) Lucas, I, 48.

(2) Joan, II, 5.

Una de las cosas que conviene recomendar a las familias cristianas, es adornar las casas con imágenes de la Santísima Virgen, decorar sus altares, recitar su oficio, hacer arder en su honor algunos cirios, y acudir en peregrinación a visitar los lugares que le están consagrados. Pero ninguna de estas cosas constituye la substancia de su culto.

El culto de la Madre de Dios consiste en seguir sus ejemplos, y en hacer, conforme nos recomienda, lo que su divino Hijo nos mandare.

Otro tanto se debe decir del culto de los santos; nosotros no podemos imitarlos en todos sus actos, porque para ello se requiere especial gracia y llamamiento, pero tenemos obligación de imitar lo que es común a todos los santos: su fidelidad en cumplir la voluntad de Dios en los diversos estados en que vivieron, como padres o hijos, sacerdotes o legos, reyes o vasallos, sabios o ignorantes.

Las vidas de los santos son un comentario vivo de los mandamientos de Dios y nos demuestran prácticamente lo mismo que el Catecismo nos enseña en teoría. Son numerosísimas las personas que deben su conversión y progresos en la virtud a la lectura de la vida de los Santos (1).

Suele objetarse que los niños encuentran en las vidas de los Santos, cosas superiores a sus años y que pueden excitar su imaginación. Todo tiene sus inconvenientes; pero en la lectura de la vida de los Santos, los inconvenientes son poco importantes y el provecho es grande.

La imaginación, cualesquiera que sean las circunstan-

(1) El P. Mariolle, del Oratorio de Francia, decía que se había «convertido» desde muy niño oyendo leer las vidas de los Santos al marido de su nodriza. Pero el ejemplo más notable en este punto nos lo ofrece San Ignacio de Loyola, cuya conversión y eminente santidad tuvo su origen en la mencionada lectura.

cias, busca siempre un alimento. ¡Felices los jóvenes, cuya imaginación se alimenta, no de lo que es mediocre o pernicioso, sino de lo más elevado y edificante!

Tratando con los Santos se nos despertará el deseo de aspirar a la santidad y de tender a conseguirla: y ¿no es ése precisamente el fin principal de la educación?

Segundo Mandamiento de la Ley de Dios

«No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano» (1)

El Catecismo nos enseña que el segundo mandamiento nos veda profanar el nombre de Dios. El que comprenda en qué consiste esta profanación, no podrá menos de pedir a Dios como David que le sean perdonados sus pecados de ignorancia (2).

En efecto, tan poco suele fijarse la consideración en el sentido y alcance de este mandamiento, que constantemente se infringe sin saberlo; lo cual se explica tanto menos cuanto que ninguna pasión positiva causa esta transgresión. No cabe, pues, atribuirle sino a ligereza o descuido. Pero el abandono es culpable en el hombre capaz de reflexión; y la ligereza en materia tan grave es una falta.

Tomamos en vano el nombre de Dios, cuando le pronunciamos sin respeto. Y, no obstante, ¡con cuánta frecuencia en la conversación ordinaria y aun entre bromas se oye pronunciar inconsideradamente los nombres de Dios, de Jesús y de la Virgen! Esta costumbre, que es por sí misma un pecado, conduce a faltas mucho más gra-

(1) Ex. XX, 7.

(2) Ps. XXIV, 7.

ves; porque el que se acostumbra a pronunciar «en vano» el nombre del Señor, con mayor motivo no se abstendrá de hacerlo en los arrebatos de cólera, dejando así abierto y expedito el camino para llegar a la blasfemia.

Dícesenos en la Escritura que «al nombre de Jesús se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (1). Y en los libros de Moisés: «No tomaréis el nombre del Señor, vuestro Dios, en vano, porque no habéis de considerar como inocente al que toma el nombre del Señor» (2).

Doctrina que importa tener presente para enseñar a los niños de palabra y obra a guardar el recogimiento debido, cuando pronuncien u oigan pronunciar el nombre de Dios. Acostúmbreseles a hacer el signo de la cruz y a inclinarse respetuosamente ante ese sagrado emblema, como cuando se mentare ante ellos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

¿Cómo podrían aprender el respeto debido a Dios, si desde su más tierna infancia son testigos de la ligereza con que los que les instruyen pronuncian el nombre de Dios, asisten a los divinos oficios, volviendo los ojos a todas partes e interrumpen sus oraciones o las de los demás con risas o conversaciones?

Las oraciones de la mañana y de la tarde deben ser rezadas de rodillas, con los ojos bajos o cerrados en medio del silencio completo y de la inmovilidad de los asistentes.

La oración es para el cristiano asunto de tan excepcional importancia que es preciso enseñarla con un cuidado particular. Es la acción más santa del hombre: como tal, es preciso respetarla y no interrumpirla sin un motivo

(1) Philip. II, 10.

(2) Deuter. V, 11.

serio, así como no se debe interrumpir la conversación de las personas respetables.

Mas para que los niños puedan guardar recogimiento, hay que limitar y acomodar a sus años y fuerzas el tiempo consagrado a la oración y a los oficios. Abrumar a los niños obligándoles a asistir a funciones religiosas demasiado largas, y exigiéndoles rezos prolongados, sólo conduce a fatigarlos y a inspirarles aversión a la piedad.

No conviene señalar a los niños como tiempo de oración, aquel en que dejan el juego o una disputa, o cuando están excitados o soñolientos; porque en todos esos casos no se hallan dispuestos al recogimiento. Es preciso procurar en lo posible que los niños puedan calmarse y recogerse antes de arrodillarse y dar principio a su oración, de otro modo no se logrará que estén con recogimiento. Faltando este requisito, la oración es una fórmula vacía que sólo sirve para atormentar a los niños.

Algunos instantes de conversación seria o sólo de silencio antes de la oración, facilitan el recogimiento. Más vale la señal de la cruz hecha con piedad que largas oraciones barbotadas con fastidio y disipación. A menudo ¡ay! los niños aprenden de memoria diversas oraciones y las recitan maquinalmente, como pudieran hacerlo con cualquier fábula de su libro de lectura o con la tabla de multiplicar, sin entender lo que dicen. El valor y el fruto de la oración no dependen del número de oraciones vocales, sino del fervor con que se ora.

Al paso que los niños crecen deberá acostumbrárselos a pedir perdón a Dios inmediatamente después de cada falta que cometan, pronunciando de corazón alguna breve jaculatoria; esto sin perjuicio de que repitan el acto de contrición en el examen de conciencia y oración de la noche.

Exhórteseles a que, cuando se sintieren acometidos de tentaciones de ira, gula, mentira u otras, aprendan a decir con fervor: «¡Dios mío, protegedme!» Si reciben alguna alegría, deberán decir: «¡Dios mío, os doy gracias!»; si les afligiere algún contratiempo: «Señor, hágase tu voluntad»; antes de comenzar el estudio y el trabajo: «¡Dios mío, ayudadme!»

Habitúese a los niños a recurrir a la oración en todas las circunstancias y ocasiones importantes, a confiar a Dios todo lo que tienen en el corazón, a que adquieran la costumbre de conversar íntimamente con Dios; a que se valgan del deseo innato de agradar, propio de nuestra naturaleza, como de una palanca para conseguir agradar a Dios, es decir, cumplir su voluntad del modo que más le plazca al Señor.

Pécase contra el segundo mandamiento, mofándose de las cosas santas o dando oídos a los que las ridiculizan; tal sucede cuando se toma la fe o lo que a ella se refiera como asunto para lucir cómicas agudezas, cuando se hacen chistes con ocasión de los sermones o de quienes los predicán. De igual modo se quebranta el mandamiento de que venimos hablando, cuando, después de haber oído la palabra divina o de haberse confesado, en lugar de reflexionar sobre el provecho que pudiera sacarse, se convierte en asunto de broma lo que se ha oído, deleitándose en criticarlo.

Pécase además contra el segundo mandamiento haciendo juramentos inútiles, poniendo a Dios, que todo lo ve, por testigo de la verdad que se afirma o de la sinceridad de lo que se promete; abuso tanto más reprehensible cuanto que ordinariamente las personas sinceras no tienen necesidad de invocar ningún testimonio para confirmar sus

palabras. No son los amantes de la verdad sino los inclinados a desfigurarla quienes tienen la mala costumbre de servirse de esta locución vulgar, que subleva al oír de tales labios: «Dios me es testigo.»

Consideramos, en vista de esto, esencial en la educación de los niños, enseñarles a decir, según las palabras de Jesucristo: «Sí, sí; no, no: porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene» (1).

Importa mucho no permitir a los niños que hagan juramentos, comenzando por no permitírsele a sí mismos los padres y educadores. Incúlqueseles hondamente la convicción de que la palabra de un hombre sincero inspira mayor confianza que los juramentos y protestas del que no merece fe.

En fin, el catecismo nos enseña que se peca contra el segundo mandamiento si no se cumplen los votos que se hayan hecho. «Voto, dice el Catecismo, es una promesa, libremente hecha a Dios, de ejecutar alguna cosa buena y agradable a sus ojos sin que se esté obligado a ella por ningún mandamiento.»

Según el Catecismo, voto no es solamente la intención de ejecutar algo laudable, sino una promesa formal, que obliga bajo de pecado.

Por lo dicho se ve el gran peligro que habrá en hacer imprudentemente votos imposibles de cumplir o contrarios a la voluntad de Dios y a los deberes del propio estado.

Antes de hacer un voto, es preciso reflexionar y consultar a un confesor sabio y experimentado, a fin de no exponerse a quebrantar la palabra, o a cumplir una promesa imprudente.

(1) Matth. V, 37.

No menor atención debe ponerse para pesar bien el pro y el contra antes de prometer nada a quienquiera que sea, porque la palabra dada debe considerarse como cosa venerable y lleva consigo la obligación de cumplir las promesas en el tiempo y forma convenidos.

Ciertas personas, distinguiendo entre la palabra dada y el juramento, pretenden que sólo el último obliga. De donde se seguiría que no se podría creer a nadie, ni fiarse de persona alguna, si sus palabras no fueran acompañadas de juramento, contra lo que el divino Maestro enseña en el pasaje del Evangelio antes citado.

Hay otros que tienen la costumbre de «dar su palabra de honor». Los que necesitan apoyar su palabra en «el honor», manifiestan que la mayoría de las veces hablan sin seriedad ni fundamento y aun dan a entender que ni la veracidad ni el honor les son habituales. Esto sin contar con que el que trata ligeramente la palabra dada no respeta de ordinario ni el juramento ni el honor.

Una promesa obliga siempre, a no ser que fuera puramente condicional. En ese caso, si las circunstancias se mudan, si sobreviene un obstáculo real e insuperable, hay que acudir, para quedar libre de la promesa, a la persona a quien se haya hecho o a lo menos darle las explicaciones necesarias; de otro modo, al defraudar la confianza del prójimo, se corre el riesgo de causarle un serio perjuicio, a lo menos un disgusto con toda seguridad, y el que de tal modo procede desmerece en la consideración de los demás.

Es evidente que, habiendo de elegir entre dos males, no es tan grave el de faltar a un hombre, no cumpliendo la promesa que se le ha hecho, como el de faltar a Dios, ejecutando, por guardar la palabra dada, algo contrario a la justicia y a la prudencia.

Por ejemplo: se comete no sólo una gran locura sino una falta, prometiendo casarse con una persona a quien no se conoce suficientemente. Admitamos, no obstante, que se haya cometido el desacierto referido y que después de los esponsales se descubre que la persona de referencia no es digna de estimación; que adolece de alguna enfermedad bastante gravosa para el estado de matrimonio, o por último, que se presente de improviso un grave inconveniente; en tales circunstancias sería preferible quebrantar la promesa a pesar de los esponsales, a contraer un matrimonio imprudente.

Supongamos además que se haya contraído el compromiso voluntario de facilitar ciertas sumas en épocas determinadas y que la falta de éxito en los negocios, reveses de fortuna u otras circunstancias análogas, impiden cumplir lo prometido; en tal supuesto el deber deja evidentemente de existir. Es preciso, pues, al hacer una promesa, prever las dificultades y estipular la circunstancia de ser condicional, es decir, que no se compromete uno a cumplirla sino en la medida que se pueda.

Dejando aparte los compromisos graves de cuyo cumplimiento puede depender el porvenir entero del prójimo, el faltar a la palabra dada, aun en asuntos de escasa importancia al parecer, avergüenza con justicia a los que dejan incumplidas sus promesas. Es, por tanto, bastante perjudicial para el buen nombre de cualquier persona, exponerse con promesas hechas sin la debida seriedad.

¡Cuántos hay que, después de haber prometido hacer una cosa determinada en un momento y lugar dados, olvidan su compromiso, inquietándose poco o nada por cumplirlo! Semejante proceder es de perniciosos efectos. Allí donde se da, desciende el nivel moral, sea de los indivi-

duos, sea de las sociedades, haciendo formar tristísima idea de unos y otras.

Conviene habituar a los niños a que no prometan jamás lo que no tienen el poder y la fuerza de cumplir; sino exigir de ellos el estricto cumplimiento de lo prometido.

Si, conforme queda dicho más arriba, no conviene tomar en vano el nombre del Señor, importa aprender a servirse de él con fe y recogimiento en todas las ocasiones graves y negocios serios, sobre todo en el sufrimiento, la angustia y el fastidio. Una breve y piadosa invocación del nombre de Dios dan luz, fuerza, auxilio y valor. Tales son las oraciones llamadas jaculatorias, precisamente porque siendo tan breves, aun en medio de las ocupaciones más apremiantes, es fácil pronunciarlas en cualquier hora y momento. Repetidas a menudo, contribuyen a santificar las almas.

Cuando un moribundo no se halla en estado de pronunciar ni oír oración de ningún género, los nombres solos de Jesús, María y José le confortan y comunican la paz. Por eso la Iglesia ha concedido indulgencia plenaria a esta piadosa invocación, pronunciada en la hora de la muerte.

Tercer Mandamiento de la Ley de Dios

«Acuérdate de santificar el día del Señor» (1).

Este mandamiento tiene por objeto el culto debido a Dios, nuestra propia santificación y el reposo después del trabajo.

El Catecismo nos impone el deber de santificar el do-

(1) Exod., XX, 8.

mingo y las fiestas; pero pertenece a la Iglesia en virtud del derecho que le ha conferido Nuestro Señor Jesucristo, declarar la manera de santificar los domingos y las fiestas, así como el señalar la clase de trabajo que debe considerarse como servil y las condiciones en que ese trabajo está autorizado o prohibido.

El culto exterior debido a Dios ha sido fijado por la Iglesia en ciertos días; y no se puede, como a veces se imaginan algunos, suplir a la misa del domingo asistiendo a misa cualquier otro día, o jactarse de satisfacer al precepto llegando al terminar la misa o después de la explicación del Evangelio, o pasando en conversación el tiempo que dura el santo sacrificio, o quedándose a la puerta de la iglesia, cuando hay lugar en el interior.

Así nos lo enseña la doctrina cristiana, pero si en casos excepcionales se suscita alguna duda, es necesario consultar al párroco y atenerse a sus indicaciones.

Si existen ciertas diferencias que se refieren a la manera exterior de santificar los domingos y las fiestas, también las habrá por lo que hace al espíritu con que tales días deben ser celebrados. Los días santos deben servirnos para el reposo después del trabajo, y ese reposo debe hacernos ver las ventajas espirituales que no podemos de ordinario disfrutar durante la semana. Así, aun cuando el domingo se pasara sin infringir la letra del precepto, si se asiste al templo sin recogimiento, sin devoción, sin prestar atención a la palabra divina, no se podrá decir que se hayan observado los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Dios, al crear el mundo por un simple acto de su voluntad, no necesitaba reposo; así pues, al decirnos la Sagrada Escritura que el séptimo día «descansó» (1),

(1) Genes. II, 2.

nos hace ver la voluntad de Dios, de que aprendamos que el descanso es una condición indispensable del trabajo.

Los que viven en la ociosidad, quizá no experimentan la necesidad del reposo; y lo mismo parecen manifestar los que trabajan en los días festivos sin necesidad que lo justifique. Estos últimos, sin embargo, despojan a su trabajo del carácter divino y le privan de las bendiciones del cielo, porque se efectúa en desprecio del precepto dominical. Semejante infracción de la orden establecida por Dios produce los peores efectos físicos y morales. Los que no descansan cuando y como es preciso, no pueden, sin embargo, eludir la necesidad del reposo. Se incapacitan para un trabajo sostenido y pierden en inútiles tanteos un tiempo que habría sido mejor empleado en reparar francamente sus fuerzas.

Los niños que más se divierten durante las horas de recreo son los que mejor estudian sus lecciones, conforme enseña la experiencia; así como los obreros que saben descansar y distraerse en el tiempo determinado, trabajan mejor y más aprisa, cuando vuelven a la tarea. Es de suma importancia enseñar a los niños a proceder en todo con orden, es decir, «con número, peso y medida» (1), como Dios lo ha prescrito; a no hacer del día noche y de la noche día; a fijar un tiempo para cada uno de sus quehaceres ateniéndose a él. Que trabajen, cuando es la hora de trabajar; que descansen o se diviertan cuando llega la ocasión del reposo o del juego; que santifiquen los domingos y los días de fiesta como está ordenado.

Los jóvenes han de tener presente que no basta observar personalmente el tercer mandamiento, sino que tienen además obligación de abstenerse de todo lo que

(1) Sap. XI, 21.

puede estorbar o impedir que los demás lo cumplan también.

Independientemente de las obras serviles, formalmente prohibidas por la Iglesia, un gran número de ocupaciones y divertimientos, sin ser contrarios a la letra de la ley, son, no obstante, opuestos a su espíritu.

¡Cuántas diversiones hay que no siendo motivo de placer para los que las buscan, llevan consigo un exceso de trabajo por los preparativos que exigen y el desorden que dejan en pos de sí!

Todas estas observaciones importa tenerlas presentes en la elección de los días que se dedican a tales pasatiempos; y a lo menos, no exponer a nadie a perder la misa el domingo y fiestas de guardar.

Al encargar trabajos a los obreros y a las costureras o modistas, jamás se debe señalarles un término que los obligue a trabajar en domingo.

Siempre que sea posible hay que evitar los viajes en domingos y días festivos. Ciertas personas se excusan diciendo que aun cuando se abstuviesen ellos, muchos otros no tendrían los mismos escrúpulos, y que, de consiguiente, sería absurdo molestarse sin provecho alguno. He ahí un razonamiento falso; cada individuo asume, en la infracción del descanso dominical, una parte de responsabilidad en el trabajo ilícita o inútilmente impuesto a otros; y el poco caso hecho al precepto por los unos alienta a los otros a infringirlo.

En ciertos países, para disminuir el trabajo de los domingos y días festivos, se ha introducido la costumbre de servir manjares fríos o algo recalentados. En Inglaterra los almacenes, las fábricas, las oficinas, cierran los sábados después de mediodía a fin de que los que traba-

jan durante la semana entera para ganar la vida, puedan dedicar a sus asuntos y quehaceres, la tarde anterior al domingo y disponer de este día por entero, sin tener que ocuparse en ningún trabajo servil, y quedando en completa libertad para consagrarse al cumplimiento de los deberes religiosos y al descanso.

¿No debería este ejemplo hacernos reflexionar y movernos a imitarlo hasta donde las circunstancias lo permitan?

Pero si se desea inculcar a los niños el respeto debido al tercer mandamiento, es preciso no aburrirles en los domingos y días festivos con la asistencia a funciones religiosas demasiado largas, sobre todo, cuando por razón de su tierna edad todavía no son capaces de entender lo que ven y oyen en el templo.

El director de una casa de educación manifestaba que se veía en la necesidad de llevar dos veces al templo a sus colegiales, porque no sabía qué hacer de ellos durante esta interrupción de los estudios acostumbrados.

Una piedad así es la que produce los enemigos más encarnizados de la Iglesia y de la fe.

Si las funciones religiosas no interesan a los niños, les son insoportables. Para que una permanencia de dos horas en el templo (duración harto frecuente) pasadas en la inmovilidad y el silencio y teniendo que sufrir a veces las molestias del calor o del frío, no se convierta en un suplicio para los niños, conviene proveerse de una buena colección de libros piadosos con numerosas imágenes que puedan los niños mirar durante los oficios, aunque no conviene abusar de este expediente, sino emplearlo con prudente parsimonia. Si fuere posible hay que procurar que los niños tomen parte en los divinos oficios, ocupando su

puesto correspondiente en las procesiones y cantando con el pueblo los himnos acostumbrados. Se les debe iniciar en todos los pormenores de las ceremonias, en especial las de la santa misa. Al efecto abundan libritos ilustrados que representan al sacerdote en el altar, durante las diferentes partes del augusto sacrificio, y explican la significación de cada una de esas partes.

El lugar que los niños ocupen en la Iglesia ha de ser tal, que desde su sitio puedan ver el altar y las ceremonias, mientras leen en sus devocionarios las oraciones correspondientes. De ese modo se logra que los niños tomen interés y estén atentos en las funciones religiosas. Es preferible no llevarlos al sermón, mientras no se hallen en estado de comprender la doctrina que oyeren exponer desde el púlpito. Pero no siempre es posible evitarlo, y entonces hay que habituar a los niños a escuchar de modo que puedan repetir algunas palabras de lo que hayan oído. Entretenidos en escoger lo que serán capaces de repetir después, soportan sin fatiga largos discursos.

La santificación del domingo y de las fiestas no debe ceñirse a las horas reservadas a los divinos oficios. En los domingos y festividades deben tener un carácter particular, sus ocupaciones, sus alegrías. Los padres, agotados a menudo por el trabajo de la semana, apenas tienen tiempo para pensar en sus hijos. De igual suerte los niños, durante la temporada de estudios, ven muy poco a sus padres y casi nunca conversan con ellos. He ahí un inconveniente a que puede ponerse remedio en los domingos y días festivos. Los padres deberían en lo posible abstenerse en ese día de trabajar en sus asuntos, cuentas, visitas que hacer o recibir, evitando enfrascarse en lecturas de que sólo ellos pueden sacar partido. ¡Cuánto más

provechoso fuera que dedicasen ese día a sus hijos, sacándolos a paseo, conversando con ellos y leyendo en común algún libro ameno, instructivo y moralizador!

Algunas familias acostumbran poner aparte los libros, juguetes o imágenes que pueden servir para las distracciones del domingo. Esta costumbre es laudabilísima, porque tales objetos adquieren por tal circunstancia un encanto y atractivo especial, aumentando su valor en el concepto de los niños.

Igual concepto nos merece el uso de consagrar los domingos y fiestas a practicar las obras de caridad para las que muchas veces falta tiempo en los demás días; en ellos puede visitarse a los enfermos, a los pobres, a los afligidos, llevándoles consuelo, distracción, alivio, o reunir niños pobres para instruirles con pláticas y lecturas instructivas o con recreaciones honestas. El Señor nos enseña que el menor beneficio dispensado al prójimo por amor de Dios, Él lo recompensa como hecho en su obsequio.

Si en la fiesta onomástica de las personas que nos son queridas, ponemos gran empeño y solicitud en manifestarles nuestra afección, ¿no deberemos de igual modo aprovechar el domingo y los días festivos consagrados a Dios para tributarle el debido culto, y hacer cuanto esté de nuestra parte a fin de demostrarle nuestro amor? Pues bien, a eso precisamente contribuyen los divinos oficios, las obras de misericordia y también un prudente descanso.

Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios

«Honra a tu padre y a tu madre, a fin de que vivas largo tiempo en la tierra que el Señor te dará.» (1)

El catecismo enseña que, por las palabras «honrar a tu padre y a tu madre», es necesario entender el respeto, la obediencia y el amor que los hijos deben a sus padres y los inferiores a los superiores.

El culto filial, fundado en la obediencia y secundado por ella, es una virtud, es decir, una fuerza viva que mueve a los actos respectivos.

Únicamente el Creador tiene derecho sobre las criaturas, y posee sobre ellas absoluto poder. De consiguiente, a Dios solo, hablando con toda propiedad, pertenece el ser «honrado». Si Dios nos ordena honrar a nuestros padres y superiores es porque les transmite hasta cierto punto sus propios derechos, pero sólo en cuanto permanecen de acuerdo con sus mandamientos.

Sabemos, en efecto, que el deber de la obediencia para con los padres y superiores cesa desde el momento en que mandan cosas contrarias a los preceptos divinos.

Los superiores no deben gobernar en virtud de su voluntad propia o de su capricho. Semejante gobierno y tales órdenes no pueden inspirar el menor respeto; una autoridad de tal índole, en lugar de disponer para la disciplina y la virtud, conduce a una servidumbre tan degradante para los que mandan como para los que obedecen.

Para que una autoridad responda a su objeto, es preciso que los súbditos puedan reconocer, en cada determi-

(1) Ex. XX, 12.

nación, que las personas encargadas de dirigirles obedecen ellas mismas a los principios de la Sabiduría eterna expresada en los mandamientos de Dios. Cuando esto sucede, residiendo a la vez el espíritu del Señor en el alma del que manda y en la del que obedece, hace que se comprendan y completen mutuamente y alcancen juntas el fin que se proponen.

Los padres y superiores deben recordar que aunque el cuarto mandamiento se aplica a los inferiores, no por eso deja de imponer a los superiores deberes ineludibles. «Ejercer una autoridad, dice con razón Mons. Teodorowic (1), no es más que servir bajo una forma especial. El ejercicio de la autoridad exige tiempo, asiduidad y algo más, la santificación de sí mismo.»

El hierro cede a los golpes del martillo; la resistencia de cualquier cuerpo puede ser vencida por otra fuerza mayor; es fácil intimidar a los niños, pero la violencia no impone el respeto, así como tampoco se le obtendrá con una conducta pasiva.

La tendencia moderna a la igualdad universal, destruyendo la idea de respeto, ejerce una influencia desastrosa en las relaciones de los hijos para con los padres, de los inferiores para con los superiores, y aun de los hombres para con Dios, porque suprime el aliciente más poderoso para la guarda de los mandamientos.

Si Dios, por un precepto especial nos manda «honrar a nuestros padres», es porque la violencia de las pasiones nos aparta de hacerlo así. Hay que educar a los niños para que obedezcan y veneren a sus progenitores; pero éstos por su parte deben merecer este homenaje y darse cuenta

(1) Arzobispo de Léopol (Galizia). Carta past. del 2 de Julio de 1902.

de la dificultad inherente al deber de respeto, amor y obediencia que lleva consigo.

El respeto no ha de limitarse a vanas fórmulas; consiste en someter libremente y con convicción su juicio y voluntad al juicio y voluntad de sus superiores hasta donde puede hacerse sin pecado.

El amor es esta fuerza interior, la mayor de todas, que obliga al que gusta de conocer la voluntad del sér amado y se complace en cumplirla, aun sacrificando su propio modo de ver y sus peculiares ventajas.

La obediencia no es ni el objeto final de la vida ni el de la educación, sino el medio indispensable de conseguir el fin temporal y eterno.

El cuarto mandamiento no se propone «honrar» los méritos de los padres y de los superiores; es independiente de esa circunstancia y emana de la justicia, en nombre de la cual hay que dar a cada uno lo que le corresponde por su edad, condición y autoridad. Por otra parte, los derechos y deberes guardan entre sí tal relación de mutua dependencia, que no pueden subsistir los unos sin los otros.

La Iglesia en los actos de fe, esperanza y caridad, nos manda decir que creamos en lo que Dios nos ha revelado, porque Él es la Verdad que ni puede engañarse ni engañarnos; que esperemos obtener lo que nos ha prometido, porque es soberanamente fiel a sus promesas, que le amemos sobre todas las cosas, porque es digno de un amor infinito.

Los padres deben ser el ejemplo vivo de lo que enseñan. De otra suerte, ¿en virtud de qué autoridad podrían exigir a sus hijos que cumpliesen respecto de ellos los deberes que ellos no cumplen respecto de Dios?

¿En qué principio se apoyarían para pedir el respeto que ellos mismos no atestigüen por sí mismos a Dios, a sus mandamientos, a la Iglesia y a toda autoridad que lo merezca?

¿Qué razón, en fin, podrían aducir para reclamar el respeto filial, si la madre comienza por no respetar la autoridad del padre ni éste la de su esposa? Ambos han de estar bien persuadidos de que, al respetar mutuamente su autoridad, la robustecen más y más, y que los padres amigos de altercados y de echarse en cara sus defectos delante de los hijos destruyen sin advertirlo su propia autoridad.

Ciertos padres, por una extraña confusión de ideas, en lugar de exigir respeto de sus hijos, como lo ordena la ley de Dios, se constituyen en sus criados y sólo piensan en satisfacer sus caprichos y antojos; el daño que les causan con tal modo de proceder es incalculable, y al mismo tiempo dan al traste con su ascendiente y autoridad, como resultado lógico de trastornar el orden divino. Verdad es que mientras los niños son pequeños, a los padres toca prestarles los servicios de que ellos son incapaces; pero, al paso que crecen, esas relaciones deben variar paulatinamente. Los padres, si no quieren hacer de sus hijos desgraciados seres egoístas, deben, sin abusar de sus fuerzas, sin robarles el tiempo en perjuicio de sus estudios, habituarlos a cumplir las órdenes que les dieren y a contribuir, según sus facultades, a los diferentes trabajos de la casa.

Procúrese inculcarles desde luego el pensamiento de que «el que da es más feliz que el que recibe». Enseñándoles a obedecer y servir se logra desenvolver en ellos las mejores cualidades de su corazón. Al contrario, per-

mitiendo que se acostumbren a ser servidos se desarrolla en ellos la pereza y el orgullo.

Los niños, por un sentimiento de justicia, respetan más a los que saben solicitar y obtener de ellos sus servicios que a los que les sirven, y se aficionan más a los que saben exigir que a los demasiado indulgentes. Además de esto, se sienten más felices, cuando sirven de algo a sus padres, que cuando sus pensamientos se hallan exclusivamente orientados hacia su propia satisfacción.

Ciertos padres, y muy en especial algunas madres, cometen la imprudencia de decir que poco les importa el respeto de sus hijos, con tal que sean amados; como si el amor verdadero, durable y fuerte pudiera existir sin el respeto. El amor de los hijos a los padres resulta, en general, del respeto que los últimos les inspiran.

Al deber impuesto a los hijos en cuanto al amor filial, corresponde por parte de los padres el deber de amar a sus hijos, no ya con un amor natural, que sería inútil preceptuarles, puesto que debe dimanar de sus mismos sentimientos, sino con un amor sobrenatural, tan raro como necesario en la educación. Los padres no han de amar demasiado a sus hijos, sino que su amor deberá ser viril, prudente, justo, mesurado en sus demostraciones. Los padres tienen obligación de educar a sus hijos para la eterna bienaventuranza, y para gloria de Dios y bien de su patria. Sería criminal que los progenitores pretendieran convertir a sus hijos en juguetes e instrumentos de una vanidad egoísta.

Los hijos educados sin amor quedan tan lacios y raquíuticos en el orden moral como lo están en el orden físico los que se criaron reclusos en las habitaciones donde no penetraron los rayos solares. Sin embargo, sería erróneo

imaginar que para demostrar a los hijos el afecto que se les profesa y despertarlo en ellos a la vez se necesiten caricias exageradas, mimos o tratarlos con excesiva indulgencia. La educación demasiado blanda y condescendiente desarrolla en los niños el egoísmo, el amor propio, pero es incapaz de despertar el sentimiento más noble del corazón humano, el amor de sus semejantes y en especial el de sus progenitores.

Si no conviene mimar a los niños, es necesario, al demostrarles el cariño que se les tiene, aplicarse a desarrollar su corazón, no perdonando tiempo ni trabajo a fin de conseguir ese resultado. De este modo los padres, y en especial las madres, deben consagrar todos los días algunos instantes a cada hijo en particular, además de las horas pasadas en común. Porque las conversaciones generales no pueden reemplazar las pláticas íntimas de los niños a solas con su madre. Si los niños no están acostumbrados a ellas desde su más tierna edad y no encuentran gusto en ellas, más tarde las rehuirán probablemente; y la educación donde faltan estas conversaciones íntimas entre padres e hijos irroga por esa causa perjuicios irreparables. La noche es el tiempo más oportuno. Es preciso, mientras las circunstancias lo permitan, reservarse cada noche la libertad necesaria. Durante el día los niños tienen el espíritu ocupado con multitud de cosas diferentes y no suelen hallarse dispuestos para conversar en intimidad. Al expirar el día, por el contrario, cuando nada distrae su atención, hablan con gusto de lo que ha despertado su interés. Los padres no deben figurarse que carecen de importancia las conversaciones que versan sobre pequeñas cosas. Los hijos que no adquieran la costumbre de conferir con sus padres los asuntos de menor importancia no

aprenderán a hacerlo en el caso de otros asuntos más graves. Si no hablan de todo, no hablarán de nada y callarán en especial todo lo que podría ser más importante para ellos.

Los niños, naturalmente inclinados a vivir en sociedad, no pueden prescindir de expansionarse y comunicar a otros sus pensamientos e impresiones; el fruto de la educación depende de aquellos en quienes se depositan esas confianzas. Es, pues, de la mayor importancia para los padres, conquistarse la confianza de sus hijos y ser los depositarios de sus secretos.

Si se desea desarrollar el cariño en el corazón de los hijos hay que usar con ellos de gran delicadeza, no hacer nunca traición a su confianza, no sacar a relucir ninguno de los secretos recibidos, ni mostrar extrañeza o asombro al oír sus preguntas y menos aún escandalizarse de ellas. Hay que usar de indulgencia para con ellos, mirarlos con semblante benévolo, tratarlos con dulzura, interesarse en lo que les interesa; pero a la vez debe evitarse la sensiblería, la exageración en los relatos, los juicios y las apreciaciones, así como la indiscreción, la maledicencia y las habladurías inútiles.

A los niños les gusta extraordinariamente la Historia Sagrada, la historia nacional, las biografías de hombres ilustres o de los santos. Tales lecturas ofrecen un medio excelente para recrear a los educandos influyendo de paso en la formación de su carácter moral. Por bien empleados podrán darse el tiempo y los cuidados que se consagraren a refrescarles el recuerdo de lo aprendido y en prepararse para relatarles los hechos de las historias mencionadas, y para las conversaciones a que dan lugar, de modo que los niños saquen de ellos el mayor provecho

posible. Todo esto crea entre padres e hijos lazos de interés común, de confianza y de amor.

Preséntanse en la vida ordinaria numerosas ocasiones de formar el corazón de los niños. Si cobran cariño a cualquier animal domesticado o domesticable, se puede ayudarles a cuidarlo; si hallan gusto en tener un pequeño jardín, es conveniente secundar sus esfuerzos por cultivarlo y mejorarlo.

Cuando se ofrezca oportunidad para iniciarles en las ocupaciones domésticas, es necesario aprovecharse de ellas para familiarizarlos con la zoología, botánica, física, química y otras ciencias naturales. Y al efecto el educador deberá estudiar constantemente a fin de satisfacer la natural curiosidad de los niños y sus preguntas, que muchas veces son de gran trascendencia.

Cuanto es cierto que no debe permitirse a los niños charlotear inútilmente, otro tanto lo es que conviene aficionarlos a las conversaciones razonables y responder con sensatez y seriedad a cuestiones sensatas y serias.

Las conversaciones serias sostenidas en presencia de los niños contribuyen grandemente a formar su juicio, no menos que a educar su espíritu y formar sus sentimientos.

Aprendan los jóvenes a escuchar con interés y atención las pláticas sobre asuntos nacionales y sociales. Los muchachos suelen concederles mayor interés que las muchachas; y sin embargo éstas no deberían mostrarse indiferentes a lo que se refiere a su país, a corrientes de opinión de las que depende en gran parte su porvenir. Así procúrese que se acostumbren a prestar atención a lo que se les dice, porque a menudo con sus palabras prudentes o insensatas pueden influir en bien o en daño de

su país. No deberán, por tanto, desentenderse las jóvenes de lo que se refiere al honor y a la prosperidad de su patria.

Así como el amor nace del respeto, la obediencia nace del amor: «si me amáis, guardad mis mandamientos» (1).

Teóricamente todos están conformes en reconocer que la obediencia es el eje sobre que gira la educación y su base, así como la de todo el orden social.

Si a pesar de ello el principio de la obediencia no se aplica en la educación con la debida eficacia, la culpa no está en los hijos sino en los padres.

Algunas personas se figuran que la obediencia es una virtud pasiva, y la conceptúan opuesta a la iniciativa y a la formación de la voluntad; cuando es muy cierto que la falta de voluntad y, en especial, de carácter de que acusamos a nuestros contemporáneos, dimana precisamente de la falta de disciplina.

Otros piensan que el deber de la obediencia no concierne sino a los jóvenes y que más tarde hay que guiarse por su razón y voluntad propias. Sin embargo, ni las familias, ni las instituciones, ni las sociedades, podrían subsistir faltando la disciplina, es decir, la obediencia.

Para ser obedecido es preciso saber mandar; absténganse, pues, los superiores de mandar cosas innecesarias o inútiles; y procuren que sus órdenes sean prudentes, justas y no muy gravosas de cumplir.

No se debe preceptuar cosa alguna sino después de cerciorarse de que el precepto será ejecutado y de que puede contarse con el cumplimiento de lo que se manda. En caso contrario es cien veces preferible no dar orden alguna, aun cuando se trate de una cosa útil, porque la

(1) Joan. XIV, 15.

falta de cumplimiento de las órdenes dadas compromete el respeto de la autoridad.

Es preciso mandar de una manera clara, terminante e inteligible, sin interrumpir el cumplimiento de una orden mediante una segunda orden, ni mandar de una vez cosas que no pueden ejecutarse a un tiempo.

Los hijos desobedecen en ocasiones, no por indocilidad, sino por aturdimiento; y aunque éste sea en sí mismo mucho menos culpable que la resistencia a obedecer, las consecuencias pueden ser igualmente perniciosas. No conviene, por tanto, que los hijos traten con ligereza este peligroso defecto, y para desecharlo deben emplearse todos los medios posibles.

Si se desea que los niños se habitúen a la obediencia, procúrese despertar su atención y hacer que la fijen en la orden comunicada.

Deben, como los soldados, dirigir la vista al rostro del que les habla, suspendiendo en el acto cualquier ocupación o recreo que tuvieren entre manos. Es bueno exigirles que repitan la orden recibida y en ciertos casos que digan cuándo y cómo la ejecutarán. En seguida deben hacerse cargo de su ejecución, y cuando ésta no haya podido realizarse, explicar lo que la ha hecho imposible.

Si los niños no obedecen a sus padres y maestros, si no les respetan ni aman, es que en su educación hay algo de defectuoso.

Los obstáculos en la educación provienen no sólo de las malas inclinaciones de los niños, sino de los defectos de los padres. Pecan éstos a veces por imprevisión y negligencia; no despliegan la debida vigilancia, dejan el cuidado de sus hijos a personas extrañas, más o menos dignas de confianza, no cuidan de ellos cuando se halla

en reuniones nada convenientes, les permiten contraer amistades peligrosas, leer libros poco saludables, sostener correspondencias a su gusto con independencia de sus superiores, y, por último, tomar parte en conversaciones impropias de su edad.

Advirtamos aquí que de ningún modo se remedia el mal, mandando a los niños que se retiren para entregarse a tales conversaciones. Porque lo que se consigue con eso es despertar su curiosidad e imbuirles la idea errónea de que las personas mayores pueden entregarse a todo género de conversaciones, por lo que aguardan con impaciencia el momento en que a ellos les será también dable.

No todos los niños se parecen, aun cuando hayan sido educados del mismo modo. Lo que se logra fácilmente de unos encuentra serias dificultades en los otros. Y no puede ser de otro modo; los niños no son materia inerte, susceptible de ser vaciada en un molde uniforme. Cada niño tiene su carácter, sus aptitudes personales; y al educador corresponde aplicar los principios generales y eternos en la forma que conviene a cada uno.

Entre los medios más eficaces de educación es preciso enumerar las recompensas y los castigos. Los padres deben también, en este sentido, dirigirse conforme a los principios de la Eterna Sabiduría. En la historia del pueblo judío vemos constantemente a Dios recompensar la fidelidad y castigar la infidelidad. Toda la enseñanza de la fe se apoya sobre el principio de la recompensa y del castigo no sólo en la eternidad sino también en el tiempo. Dios, al hacernos sufrir las buenas o malas consecuencias de nuestros actos, no se limita a premiarlos o castigarlos, sino que forma además nuestra conciencia y nuestro juicio.

A veces los padres no dan bastantes pruebas a sus

hijos de la satisfacción con que ven su buena conducta o progreso, cosa que serviría para alentarlos; y por otra parte los reprenden y riñen con exceso cuando han cometido alguna falta.

Las reprensiones a que los niños prestan poca atención y que les aburren y fatigan en lugar de moverles a corregirse, forman menos el juicio y la conciencia que las recompensas y los castigos.

La Sagrada Escritura, nos dice, que una de las grandes misericordias usadas por Dios con los pecadores, consiste en no dejarles perseverar impunemente en el mal, sino castigarles a tiempo (1).

La eficacia de los castigos no depende de su rigor, sino de su juiciosa aplicación. Los castigos son, a la vez que medios de cumplir la justicia, remedios contra los vicios; y así como en el orden físico las medicinas no surten efecto sino cuando se las administra en la debida cantidad, y en las circunstancias convenientes, así también los castigos se convierten en perjudiciales si son injustos o demasiado rigurosos.

En general, los castigos más blandos y las recompensas más sencillas son las mejores. Es preciso que en lo posible unas y otras deriven de los hechos mismos que las han ocasionado.

Algunos padres confían exageradamente en los castigos corporales. Verdad es que están recomendados en la Escritura (2) y esto basta para demostrar que, en ocasiones, tales procedimientos constituyen el único medio para corregir ciertos defectos en cierta clase de educandos. Pero no conviene atribuir a este género de castigos la

(1) II Mach. VI, 13.

(2) Eccl. XXX, 12.

virtud de corregir todos los defectos. No sólo no los corrige todos, sino que puede engendrar otros nuevos. Sería absurdo pensar que las penas aflictivas del cuerpo son una panacea universal.

El castigo no debe ser jamás una venganza o la satisfacción de un odio personal; antes bien, debe tener por objeto la enmienda del niño. De consiguiente, no se ha de aplicar castigo alguno sino en cuanto se puede esperar la corrección, y además débese evitar a todo trance el castigar hallándose bajo la influencia de la cólera. Aun cuando sea absolutamente preciso recurrir al castigo, conviene diferirlo hasta haber recobrado el dominio de sí mismo.

Muchachos hay tan indisciplinados, tan insolentes, tan testarudos, tan convencidos de que todo pasará para ellos sin consecuencias perniciosas, que si se ha de conseguir su enmienda, hay que ponerles frente a una fuerza con la que deben contar.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría (1). El temor de los padres es la sabiduría de los hijos; pero por esta palabra temor no se entiende el miedo; antes estos dos sentimientos son diametralmente opuestos.

El temor de Dios es la aprensión de ofender a Dios, es decir, de pecar. El temor de los padres y de los superiores es el recelo de afligirlos y ofenderlos. Un temor de tal naturaleza se funda en los motivos más nobles, es una palanca, un aguijón, un freno. El miedo, al contrario, viene de la aprensión del castigo; no sirve más que para debilitar las facultades del alma y produce la pusilanimidad.

Los castigos y las recompensas deben en lo posible resultar lógicamente de la conducta de los educandos y

(1) Eccl. I, 16.

ponerles frente a las consecuencias buenas o malas de sus actos. Si los niños tienen caprichos, puede atribuírseles a una indisposición, a la fatiga, a falta de sueño; en tales casos lo más acertado es acostarlos. El castigo es de este modo el mejor remedio. Según el mismo principio se puede llevarlos a la cama algún tiempo antes de la hora ordinaria, sea una vez sola, o varios días seguidos. En tales casos los niños no deben jamás quedarse dormidos sin vigilancia.

Las mentiras de los niños pueden explicarse por falta de reflexión, cosa también muy verosímil, e imponer entonces al mentiroso cinco minutos de silencio y reflexión, ora por una sola vez, ora durante muchos días; y esto, siempre a la misma hora, por ejemplo, al salir de comer. Un castigo tan leve, repitiéndose muchos días seguidos, deja una impresión mucho más duradera que un castigo más severo pero momentáneo.

Si los niños no se portan convenientemente en la mesa, se puede decirles que quizá no tienen apetito, después de lo cual se les separa la silla y se les deja esperar a que todos los comensales se levanten.

De igual modo, durante las lecciones, puede convenir suspender el estudio, si el niño no presta atención, o muestra mala voluntad, y dejarle sentado sin hacer nada hasta que pase el tiempo reservado al estudio.

Da pena ver a los niños abandonar la mesa con hambre; cuesta también obligarlos a pasar sin provecho los momentos destinados al estudio; pero es raro que tal castigo tenga necesidad de ser renovado, y aun cuando debiera serlo, más vale resolverse a ello algunas veces que tolerar una indocilidad continuada.

Si los niños se pelean o acusan unos a otros, conviene

separarlos por el tiempo que dura el recreo, diciéndoles que ya que no pueden ponerse de acuerdo, lo mejor es que se diviertan separadamente, evitando así el que se molesten mutuamente. Si hacen demasiado ruido, se les prohíbe continuar jugando imponiéndoles entonces algunos minutos de silencio.

Cuando los niños deterioren algún objeto por el solo placer de destruir, hay que privarles de su uso, fundándose en que no saben servirse de él convenientemente. Si destruyen las cosas por curiosidad, entonces conviene satisfacer su deseo de saber, explicándoles lo que necesitan.

Los niños se muestran a veces tercos y obstinados sin motivo alguno, sólo por obstinarse. Al observar esta tendencia en un niño, hay que castigar la desobediencia tan luego como se produzca, sin dejar al encaprichamiento el espacio y tiempo de mostrarse. Un excelente castigo en casos semejantes, consiste en prohibir al niño hacer lo que se le había ordenado; pero hay que prohibírsele de una manera irrevocable. Muchas veces después de haber rehusado hacer lo que se les ha mandado, los niños tienen un violento deseo de ejecutarlo por lo mismo que se les prohíbe.

Hay niños que preferirían dejarse matar antes que ceder. El único medio entonces, es evitar en lo posible las ocasiones de emperrarse, sobre todo cuando se ve que empujados por no sé qué espíritu de rebeldía, buscan la oportunidad de obstinarse en algún capricho. Lo más acertado en tales casos, es distraer su ánimo de la idea fija que se ha apoderado de ellos, a veces aun contra su voluntad y sin que ellos lo adviertan. Así, por ejemplo, se les puede imponer algún ejercicio violento y útil, enviar-

los a toda prisa a ejecutar una comisión, obligarles a transportar un objeto relativamente pesado. Sin manifestar que se ha echado de ver su deseo de rebelarse y obstinarse, se les ruega que presten algún servicio que exija cierto esfuerzo y en seguida se les da por ello las gracias más afectuosas. Tan regocijados se sienten los niños al sentirse útiles que su obstinación desaparece en el acto.

Los niños gustan de hacerse esperar; vacilan antes de obedecer, no acuden al primer llamamiento. Es preciso entonces, cuando al cabo se presentan, despacharlos diciendo que ya no se les necesita para nada. Se les corrige mejor dejándoles perder por su culpa la ocasión que tardaron en elegir.

En cuanto a las recompensas, éstas deben ser a los ojos del niño lo que el salario para el obrero. Algunos padres suelen otorgar como premio de las lecciones y de la buena conducta «vales», que contienen cierto número de puntos, variables en forma y color según las notas merecidas; al fin de cada semana se entrega a los niños la suma que han ganado. Importa en gran manera habituar a los niños a que lleven cuenta exacta de sus ingresos y gastos; de ello resulta una enseñanza y una costumbre por todos conceptos beneficiosa. Una lección no aprendida, una obligación abandonada o mal cumplida acarrean la pérdida de uno o muchos puntos buenos. Si es bueno acostumbrar a los niños a ganar dinero, no lo es menos enseñarles a gastarlo sabiamente. Convendrá, pues, que aprendan a comprar con discernimiento lo que necesitan, a abstenerse de gastos inútiles o intempestivos, y sobre todo de los que satisfacen únicamente su glotonería o vanidad.

También deberán acostumbrarse a dar de buen grado

y juiciosamente, no a los vagabundos y borrachos, sino a los desvalidos, que han de emplear debidamente las limosnas recibidas. Habitúense a sacrificar alguna pequeña cantidad para depositar su «óbolo» en el cepillo de una iglesia o en la caja donde se recogen las cantidades que han de destinarse a obras patrióticas, a escuelas gratuitas, hospitales, publicaciones útiles, etc. Otra de las cosas en que han de pensar, es en lo que podría ser agradable o útil a sus padres. Por último, conviene que aprendan a economizar colocando sus ahorros en un depósito, donde les sea dable recogerlos aumentados.

Si los castigos y las recompensas son necesarias a los niños para la formación de su juicio y conciencia, no menos necesarios son los elogios y las reprensiones. Los niños, como todo el mundo, tienen necesidad de estímulos y exhortaciones. ¡Cuántos siguen un camino erróneo porque no tropezaron en su vida con quien tuviera caridad o valor para prevenirles o detenerles a tiempo! Y por otra parte, ¡cuántos buenos deseos y esfuerzos loables se esterilizan por falta de oportunas excitaciones y alientos para llevarlos a la práctica!

Los educandos necesitan aprender a luchar contra sus inclinaciones, que a veces los precipitan en un mal camino o les detienen en el bueno. La reprensión y la alabanza son una especie de ayuda y duplican las fuerzas para el combate. «No es bueno que el hombre esté solo» (1). La censura o el elogio nos prueban que no estamos abandonados a nosotros mismos y más bien nos sentimos sostenidos por la mirada y el juicio del prójimo.

Pero en esta materia debemos señalar algunas restricciones. La reprensión o alabanza no han de ser tan abso-

(1) Genes. II, 18.

lutas, que ni el reprendido caiga en el desaliento ni el elogiado en la presunción, imaginándose que ha alcanzado la perfección y que no necesita ya practicar esfuerzo alguno.

Así, al elogiar la conducta de los niños, el modo como han aprendido o ejecutado alguna cosa, es preciso hacerles ver a la vez de qué modo lo que está bien habría podido estar mejor. Si se les reprende, a fin de evitar el desaliento, se les recordará las circunstancias en que se han conducido mejor, y obtenido mejor éxito, invocando las buenas cualidades que poseen para moverlos a adquirir las que les faltan.

Otra restricción es que la censura no debe recaer sobre el mismo niño, sino sobre sus actos. No se le dirá: «tú eres bueno o malo, aplicado o perezoso, fino o grosero» sino: «eso está bien o mal» y comparando lo hecho en el momento actual con lo ejecutado la víspera, se podrá añadir: «esto está mejor o peor hecho que lo de ayer». De este modo cabe establecer comparación entre las acciones correspondientes a diversos días, pero nunca deben compararse unos niños con otros, porque tal proceder despierta la vanidad en los unos y engendra la envidia y el desaliento en los otros.

Digamos además que las reprensiones y las alabanzas, los castigos y las recompensas no son más que complementos de la educación. El objeto de ésta es formar el criterio, la conciencia y la voluntad; y esto no creando, en torno de los niños, condiciones de vida ficticia y una especie de esclavitud, sino inculcándoles desde la más tierna edad buenas costumbres, es decir, enseñándoles a practicar en cada momento lo que se debe hacer y ejecutarlo de la manera debida. El hábito, dice el proverbio, es una segunda naturaleza. Es necesario, siguiendo en ello el

orden divino, formar desde luego las virtudes cristianas sobrenaturales. Y proceder así importa doblemente con respecto a las personas educadas fuera de la fe cristiana. Las virtudes cristianas no pueden arraigar ni siquiera prender en las almas desprovistas de virtudes naturales.

Fácil es comprender que la buena educación de los niños exige de parte de los padres y maestros una incesante vigilancia, abnegación, sacrificio, esfuerzos de todo género, y, en fin, una mortificación constante para no buscar ni su satisfacción, ni su provecho, ni su propio deleite, y para no aspirar sino a la felicidad temporal y eterna de los educandos.

Es preciso mortificarse para portarse y conducirse como se desea que los niños se conduzcan y mantengan. Hay que mortificarse en el hablar, y no decir sino lo que es preciso en presencia de los que deben oírlo, y esto en el momento oportuno, de la manera conveniente y en los términos propios. Hay que estar muy sobre sí constantemente para no salirse del reglamento dado a los niños, para obrar en toda justicia, y allí donde se hallan varios niños para demostrar a todos la misma solicitud, para vencer en ciertos casos las repugnancias y reprimir por otra parte las caricias exageradas.

Los padres deben procurar la educación de sus hijos trabajando en la empresa con el sudor de su frente mientras es tiempo, si no quieren recoger más tarde entre lágrimas el fruto de su imprevisión. Cuando las Sagradas Letras nos dicen que las mujeres se salvarán dando a luz sus hijos (1), no se refiere al hecho de darles la vida temporal, sino la eterna.

El cuarto mandamiento nos manda honrar padre y

(1) Timoth. II, 15.

madre, y por consiguiente, la patria, cuyos hijos somos por disposición divina. Respetemos su lengua, su historia, sus tradiciones. El que se echa a dormir sobre lo pasado no edificará para lo porvenir. Acordémonos de la maldición que Dios lanzó sobre Cam por haberse burlado de su padre y de la bendición concedida a Sem y Jafet por haberle respetado. Numerosos pasajes de la Sagrada Escritura afirman de una manera explícita el deber de amar y servir a la patria. Aunque Jesucristo no rechazara el trato con los habitantes de Samaria, ni con los romanos, ni con otros pueblos infieles; aunque a todos los abarca en su misericordia, no obstante prefirió vivir y morir en el seno de su nación. A sus compatriotas es a quienes instruye, consuela, cura y resucita; a ellos a quienes predica ante todo la venida del reino de Dios, y la ruina de la antigua y sagrada capital de Judea es la que le arranca lágrimas de dolor.

En el Antiguo Testamento los libros de Nehemías, de Esdras, de los Macabeos, están llenos de enseñanzas sobre los deberes para con la patria.

Nehemías empuña en una mano la paleta para la reconstrucción del templo y con otra la espada para defenderlo de sus enemigos. La figura del gran sacerdote judío, dispuesto a trabajar en la erección del santuario y pronto a defender a su patria, nos enseña lo que debemos hacer por nuestro país y la manera de defenderlo.

La misma Sagrada Escritura nos muestra a la heroica madre de los Macabeos exhortando a sus hijos a que sacrifiquen sus vidas en defensa de su fe y de su nación; y dice «que era infinitamente admirable y digna de vivir en la memoria de los buenos... que animaba valerosamente a cada uno de sus hijos hablándoles en la lengua patria, con

gran sabiduría y juntando la fortaleza varonil con el sentimiento y ternura propios de mujer» (1).

Esta sabiduría, este valor, esta bondad, es la que han de imitar los padres si desean restaurar las augustas tradiciones religiosas y patrias, con todo lo que nos es más caro.

Quinto Mandamiento de la ley de Dios

«No matarás» (2)

Este mandamiento nos prohíbe hacer daño tanto a nuestro prójimo como a nosotros mismos, así por lo que se refiere al cuerpo, como por lo que respecta al alma. De él dimana el deber que tenemos de practicar lo necesario para asegurar la vida temporal y la eterna. A este mandamiento se refieren los principios físicos y morales que tienen por objeto la protección, el desenvolvimiento y la salvación del linaje humano.

El quinto mandamiento no se ciñe a prohibir el homicidio; así pues, los padres que, bajo pretexto de no haber cometido semejante crimen, creen haber cumplido con el precepto mencionado, se engañan lastimosamente, puesto que deberán dar cuenta estrecha de todo lo que hubieren hecho o dejado de hacer en el orden moral y espiritual por la educación de sus hijos.

Pecan contra el quinto mandamiento los que con su mala conducta y abusos de todo género arruinan su salud y casándose después legan a sus hijos las enfermedades que contrajeron.

Pecan contra el mismo precepto las madres que, mien-

(1) II Mach. VII, 20, 21.

(2) Exod. XX, 13.

tras están en cinta o dan de mamar a su hijos no quieren privarse de todo lo que la vanidad, el amor de los placeres, la imprudencia u otras tentaciones les sugieren y reclaman. Las mujeres casadas necesitan poseer una virtud verdaderamente heroica para cumplir con el quinto mandamiento. Las que no tienen el valor y la virtud necesarios para soportar las cargas de la maternidad, cometen una mala acción al casarse.

La ciencia hace ver la importancia de las condiciones higiénicas para el conveniente desarrollo de los niños; el aire, el sol, la limpieza, la alimentación, el vestido y el ejercicio, influyen considerablemente en su desarrollo físico, moral e intelectual. De la falta de buenas condiciones higiénicas provienen una infinidad de padecimientos y enfermedades del orden físico y moral.

¿Cabe afirmar que los padres se instruyen como deberían, sobre las condiciones necesarias para la salud de sus hijos y que se ajustan a ellas en su conducta?

¡Cuántas veces la vanidad, el egoísmo, o una ternura mal entendida, son los únicos móviles e inspiradores de la educación de los hijos! Los unos los relegan a piezas insalubres, sin aire ni sol, con el fin de dedicar los mejores locales a recepciones y bailes. Los otros, mirando a satisfacer las prescripciones de la moda, visten a sus hijos con ropas que entorpecen la libertad de sus movimientos, o al contrario, los exponen a coger resfriados por no abrigoarlos de una manera razonable en las estaciones frías.

Un proverbio italiano dice que donde entra el sol, sale el médico. He aquí una verdad, que en nuestro país anda harto desconocida. Es frecuente que los vestíbulos y antecámaras donde nadie habita se hallen expuestos al

sol, mientras los cuartos habitados ocupan la parte norte de las casas.

Análogas torpezas se cometen en el modo de alimentar a los niños. No comen ni beben las substancias que contienen los elementos constitutivos de la sangre, huesos y músculos, sino lo que halaga su paladar, lo que excita sus nervios, como el café o el te, o las golosinas que atacan su dentadura y les quitan el gusto por un alimento sano. No comen a horas regulares, sino cuando les parece bien; se atracan de todo cuanto ven, de lo que sobreexcita irresistiblemente su glotonería, causándoles, de ese modo, un grave daño físico y moral. ¿Qué diremos, en fin, de los que se acostumbran desde la infancia a beber vino y licores, bajo el pretexto de que es necesario para su salud?

El respetable Niemcewicz (1) decía que Dios había creado la virtud y el agua, y que los hombres habían inventado el pundonor y la cerveza. Esta y el vino pueden servir momentáneamente como remedios; pero no dan la salud ni la virtud.

¿Por qué hemos de extrañarnos de la debilidad de los caracteres? «El que fuere fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes» (2).

Si desde los primeros años no adquiere el niño el hábito de resistir a las tentaciones de la infancia, no sabrá probablemente defenderse de las tentaciones y pasiones contra las que deberá luchar más tarde.

Los niños, como las personas mayores y aun con más motivo que ellas, deben acostarse y levantarse temprano. Y no obstante ¡cuánto abundan las familias que regulán-

(1) Escritor polaco, 1758-1841.

(2) Luc. XVI, 10.

dose por el capricho y la fantasía tienen por costumbre levantarse a horas bien avanzadas de la mañana! (1)

Generalmente se concede muy poca importancia al orden y la limpieza; algunas personas, para justificar su negligencia, invocan teorías que hablan de los inconvenientes del agua y sobre todo del agua fría. ¡Cuánto ganarían rectificando estas ideas tan anticuadas como erróneas! Ese pernicioso prejuicio es causa de que muchas familias provistas de medios se bañen frecuentemente, pero sin lavarse jamás o haciéndolo sólo parcialmente; los baños, aun cuando se tomen bastante a menudo, no pueden substituir a las operaciones de limpieza diaria. También hay quien sienta como principio de educación, que el lavarse todo el cuerpo es contrario a la decencia; la idea de que la decencia se opone a la limpieza, es de ordinario causa de que falten una y otra.

¿Qué hay de extraño en que, gracias a tal educación, veamos multiplicarse las personas enervadas, anémicas, neurasténicas, sin vigor, sin voluntad, sin temple de alma, sin carácter, verdaderos valetudinarios en el sentido físico y moral?

«No mataréis»; de consiguiente, no abandonaréis, ni maltrataréis, ni despreciaréis a vuestros hijos; no dejaréis de velar sobre ellos; porque ¿quién puede decir en qué momento y por efecto de qué descuido podrá sobrevenir un accidente?

«¿Qué has hecho de tu hijo?»—les será preguntado a los padres en el día del juicio, de igual modo que le fué

(1) El doctor M. de Fleury en su interesante obra, «El cuerpo y el alma del niño», demuestra que todo lo que los niños ejecutan a horas regulares les es más fácil. Observa que concilian mejor el sueño, tienen mejor apetito, se divierten de mejor gana, aprenden con mayor facilidad, cuando todo se hace a horas fijas, con orden y método.

preguntado a Caín «qué había hecho de su hermano» (1). Y más de uno deberá responder: «Le abandoné a sus malas inclinaciones, satisfice todos sus antojos y caprichos; yo he tenido la culpa de que se extraviara y perdiera.

¡Cuántos infelices jóvenes han pagado con una enfermedad y aun con la vida el descuido y abandono de sus padres! Pero si la negligencia de éstos puede acarrear la enfermedad de los hijos, los daños causados en el alma de los mismos son todavía más espantosos.

Basta echar una mirada al fondo de la propia conciencia, consultar los recuerdos del pasado para convencerse de que el mal que se ha deslizado en el alma ha provenido siempre de una falta de vigilancia cometida en la niñez o en la juventud. Nunca debe dejarse solos a los niños. Hay que tener los ojos constantemente abiertos sobre lo que hacen y los oídos atentos para oír sus conversaciones.

Algunas madres poco cautas, ciertas criadas poco celosas o ignorantes, dejan a las criaturas despiertas y jugando en la cama y se marchan con la conciencia tranquila, bien a la iglesia, bien a sus ocupaciones, persuadidas de que los niños son tan buenos que ninguna cosa hay que recelar en dejarles solos. ¿Saben estas madres y sirvientas lo que los niños hacen en su ausencia? No lo saben, ni pueden saberlo, porque los niños, mucho antes de haber llegado al uso de la razón, aun sin tener conciencia de la responsabilidad de sus actos ante Dios, tienen ya malicia bastante para ocultar lo que podría atraerles reprimendas y castigos; aun siendo niños saben ocultarse con habilidad tan asombrosa que, cuanto más grave es el

(1) Genes. IV, 9.

mal que ejecutan, tanto mayor disimulo y cautela despliegan para no descubrirse.

Los niños, mientras la educación no los eleva y ennoblece, son como los animales y los salvajes: nada encuentran reprobable. Difícil sería decir los repugnantes excesos a que los conduce su glotonería y curiosidad. Los niños desean probarlo todo, verlo todo, hacerse cargo de todo y muy en especial de lo que se les prohíbe. No hay nada que no sean capaces de llevarse a la boca: hase visto a algunos tragarse cucarachas y gusanos.

No deben, pues, los niños, divertirse a escondidas, lejos de la vigilancia de la persona responsable.

¡Cuántos hábitos viciosos tuvieron su origen en los juegos, en los paseos, en los bailes a que faltó una atenta vigilancia! Pero si la vigilancia es necesaria respecto de los niños a quienes se cree conocer a fondo, ¿qué decir de la que debe ejercerse sobre los extraños que los acompañan y toman parte en sus estudios y juegos?

Por lo que se refiere a los juegos de los niños preciso es reconocer que «el demonio no duerme jamás», y se pudiera añadir que espía el momento en que duermen los que tienen obligación de velar.

Se comprende que esta estrecha vigilancia es sobre todo necesaria para los niños. Evidentemente, su objeto final está en habituar a los niños a guardarse a sí mismos, conduciéndose conforme a los dictados de su conciencia, más aún que según las órdenes de los que los educan.

Los padres y maestros deben tener presente lo que el Evangelio dice del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. Se necesita preservar a los niños de toda mala influencia, como a los ternos corderillos de la boca del lobo. Basta, en efecto, que un niño haya aprendido algo

malo para que se apresure a comunicarlo a otros, siempre que la falta de vigilancia lo permita.

Es preciso explicar a los niños que Dios les da la salud para que la empleen en su servicio y su gloria, y que pecan contra el quinto mandamiento, siempre que arriesgan inconsideradamente su salud y se inhabilitan por su culpa para responder a los designios de Dios con respecto a su vida. Hay que persuadirlos de que sus enfermedades son causa de molestias, dificultades y gastos para los que los rodean, y de que el ocasionar esos trastornos en la familia, por falta de moderación y cuidado, supone un egoísmo reprehensible.

Empero, no conviene que los niños se hagan aprensivos y tímidos. No se les consienta quejarse sin motivo, ni hablar de sus pasadas y ligeras indisposiciones, atribuyéndoles excesiva importancia, sin dejar por eso de recomendarles que tomen las precauciones aconsejadas por la obediencia y el buen sentido.

Importa dar desde luego a los niños una idea clara de la falta que cometen al desafiarse con sus compañeros, observación que conviene tener presente, no sólo por lo que hace a los chicos, sino también a las muchachas. Las mujeres, con palabras inconsideradas, califican de noble lo que es en realidad bajo y grosero, de heroico lo que es cobarde, y ejercen con sus juicios una influencia deplorable. Es preciso formar su juicio bastante a tiempo para que no pueda ser bastardeado por las erróneas opiniones con que tropezarán más tarde o más temprano.

El duelo, como el asesinato y el suicidio, es un crimen contra el quinto mandamiento. Se oye a veces sostener que en ciertos casos es imposible eludir la necesidad de aceptar un desafío y venir a las manos; pero ahora no

hablamos de apreciaciones puramente personales, ni siquiera de un mandamiento de la Iglesia, de que ésta pueda dispensar. Ahora tratamos de un mandamiento de la ley de Dios, mandamiento formal, de cuya obligación nadie puede sustraerse.

De consiguiente, no estamos en el caso de considerar si es preciso o no reñir en duelo, sino en el de adquirir la íntima convicción de que el duelo es un crimen en todas las circunstancias, y un criminal el que lo acepta y lleva a la práctica.

Eviten los jóvenes las relaciones, los compromisos de donde nacen ordinariamente ocasiones de desafíos. Eviten el juego, la embriaguez, las bromas inconvenientes, las familiaridades, las confidencias inútiles. Respétense a sí mismos y no desprecien a nadie.

Déjense algunos arrastrar a los desafíos por el temor de ser acusados de cobardía. Su deber es conducirse de modo que excluyan todo género de sospecha en el sentido indicado. ¡Cuántos hombres, y de los más valientes, han atravesado la vida sin aceptar duelo alguno y sin que pudiera tachárseles jamás de cobardes!

Los jóvenes deben adquirir el valor necesario para la defensa de la verdad y de la justicia. Sin embargo, es preciso portarse con moderación en esta defensa, sobre todo ante personas de mayor edad, y no fiarse demasiado de su propio juicio.

«No matarás»;—por consiguiente no hay que matar la espontaneidad de acción, el espíritu de iniciativa, las fuerzas vivas del alma, las aspiraciones nobles y elevadas. Los niños muestran a veces, y esto desde su más tierna infancia, el deseo de servir a la Iglesia, a la patria, a la sociedad, al prójimo. Conviene respetar esos senti-

mientos de los niños y aprovecharse de ellos como de un poderoso estímulo para el estudio, el trabajo, la virtud y la victoria de sí mismo. Hay que felicitarse y dar gracias a Dios de que los jóvenes tengan un ideal y propósitos levantados. Lejos de ridiculizar o desanimar esas aspiraciones, se debe por el contrario favorecer el desarrollo de las cualidades necesarias para su realización.

El deber de velar por la salud moral y física de los hijos, de los educandos y de los subordinados, deber que se deriva del quinto mandamiento, representa una parte del trabajo impuesto por Dios a todos los hombres en la persona de nuestros primeros padres, al condenarlos a comer el pan con el sudor de su frente. El súbdito puede descansar tranquilamente, cuando ha cumplido lo que se le ha ordenado. La tarea del superior no admite tregua ni descanso; no sólo es un instrumento en las manos de Dios, sino que es en cierto modo su cooperador, la providencia de sus inferiores, y sobre todo la de los niños en cuya educación trabaja. Para ello tiene necesidad de las virtudes teologales, cardinales y de todos los dones del Espíritu Santo. El que no quiere aplicar todas sus fuerzas a la adquisición y práctica de estas virtudes, no debe encargarse de dirigir almas, porque asumiría una responsabilidad, de que no podría dar buena cuenta ante el tribunal divino.

Ciertas cosas, aun sin constituir un asesinato en el sentido riguroso de la palabra, son, no obstante, asesinatos del cuerpo y del alma. Tal es la costumbre de acostarse y levantarse tarde. «Al que madruga Dios le ayuda».

La pobreza material de muchas regiones ¿no se debe en parte al abandono y negligencia de sus habitantes? La vigilancia personal del padre y de la madre, de los amos

de casa, de los propietarios, su intervención directa en el trabajo son una condición esencial del buen resultado, y los primeros momentos del día en todo orden de cosas, deciden ordinariamente del trabajo siguiente.

Las horas de la mañana son de un valor excepcional para la oración, el estudio, el trabajo; tienen una importancia grandísima para la salud, la economía y el orden.

La Sagrada Escritura menciona muchas veces la oración de la mañana. La Iglesia manda celebrar por la mañana el santo sacrificio, y al ordenar a los fieles que se acerquen en ayunas a la Santa Mesa, los constriñe por lo mismo a hacerlo por la mañana.

Todos los que se entregan a serios trabajos científicos, les consagran las horas matinales. Si por la noche el espíritu encuentra mayor gusto en entregarse a la conversación, a los pasatiempos agradables, por la mañana es cuando se halla más abierto y preparado para los estudios serios y para el trabajo.

La noche, dice el proverbio, es buena consejera. En efecto, las disposiciones o acuerdos tomados inmediatamente después de las faenas del día, sin haber dejado a las facultades tiempo de reparar sus fuerzas, llevan consigo la impresión de la febril agitación que acompaña a las horas de labor. Al contrario, aquello en que se emplea la mañana después del reposo de la noche, se ejecuta más tranquilamente, con mayor prudencia y a la vez con mayor vigor.

Todos los arreglos, todos los trabajos caseros, todos los preparativos del trabajo que se ejecutan por la mañana, ¿cómo podrán ser inspeccionados por el que duerme, mientras sus subordinados trabajan para él?

Pero plugo al Creador colocarnos en tal dependencia

de la necesidad de dormir, que es preciso, a lo menos para conservar la salud y las fuerzas, conceder a la satisfacción de tal necesidad de siete a ocho horas diarias. De consiguiente, para levantarse temprano es esencial acostarse temprano. Muchas mujeres, y especialmente las jóvenes, pierden por falta de sueño su salud y sus fuerzas. Dignas son de toda alabanza, las que deseando cumplir por sí mismas con los deberes del gobierno de la casa y de la maternidad se sujetan, cueste lo que cueste, a levantarse de madrugada, pero en este caso, les es preciso acostarse temprano.

Si se levantan a las seis de la mañana, necesitan haber conciliado el sueño a las diez de la noche. Pero ocurre con demasiada frecuencia que los jóvenes no aciertan a privarse del encanto de las conversaciones sostenidas en las veladas nocturnas, o no tienen valor para resistir a las instancias de los que les rodean.

A veces, padres de familia, entrados ya en años, exentos de deberes positivos, libres, por tanto, para elegir las horas de descanso que crean convenientes, como sucede ordinariamente con las personas de edad avanzada, exigen de sus hijos que prolonguen por la noche sus conversaciones, divertimientos y lecturas. Los que así proceden, no caen en la cuenta de que al privar a sus hijos del reposo de la noche, los exponen a la pérdida de su salud o al abandono de los deberes más serios. Semejante exceso de trabajo, cuando se continúa durante muchos años, produce infaliblemente la anemia, neurastenia y debilidad, demandando tratamientos especiales, viajes, gastos que conducen muchas veces a la completa destrucción del hogar doméstico.

El que ni a sí mismo ni a los suyos desee exponer a

tales riesgos, debe tener fortaleza bastante para mortificarse sobre ese punto y acortar las tertulias de la noche, restaurando con el reposo las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los deberes que le esperan a la mañana siguiente.

El quinto mandamiento que prohíbe causar daño alguno al cuerpo y alma del prójimo, comprende también todo lo que moral o materialmente podría ocasionar perjuicios a la sociedad o a la nación. ¡Qué vasto campo de reflexiones y qué cuenta tan dolorosa en lo que se refiere al porvenir de la nación!

Cuando cedemos a la influencia de los que sólo aspiran a rebajar nuestro espíritu nacional, cuando les abandonamos las industrias, el comercio y todo trabajo remunerador, ¿podemos decir que observamos el quinto mandamiento según el designio y voluntad de Dios?

Cuando con plena deliberación ponemos a nuestros hijos en escuelas sin fe, o imbuídas de un espíritu de extranjerismo; cuando vendemos o arrendamos las tierras, las granjas, los monopolios, o cuando abandonamos su dirección entregándosela a los enemigos de nuestra fe y nacionalidad; cuando tomamos de entre ellos nuestros médicos, abogados, proveedores, obreros de todas las categorías y especies, dejando a un lado a nuestros compatriotas; ¿podemos decir con toda verdad y con la conciencia tranquila, que no herimos mortalmente a nuestra patria en su alma y en su cuerpo?

Sexto Mandamiento

«No fornicarás»

Los pecados prohibidos en este mandamiento constituyen la más espantosa plaga física, intelectual, moral y social del género humano. A la manera de verdaderos parásitos, se ceban en los organismos débiles para arruinar el temple del alma, matar la vivacidad y poder del espíritu, y extinguir todo vigor físico en los que a ellos se abandonan.

Si las personas de toda edad y condición se precaven tan poco del atractivo de estos ignominiosos pecados, ¿a qué atribuirlo? ¿Quién es responsable de ello sino los padres que no supieron preservar a sus hijos del peligro en los primeros años ni en la juventud, armándolos además contra él?

Algunos padres no ven el peligro o no quieren verlo. Otros, reconociéndolo y todo, no creen posible oponerse a él. ¿Qué remedio poner en tales circunstancias? Sin embargo, Dios no manda cosas imposibles bajo pena de condenación eterna. En vista, pues, de las prohibiciones y de las intimaciones de Dios, es preciso creer no sólo que es posible, sino necesario conformarse con ellas y buscar con todas las fuerzas del entendimiento y de la voluntad los medios de obedecer.

Los pecados prohibidos por el sexto mandamiento provienen de un estado físico o intelectual, debido a malas condiciones de vida o a perversas influencias. Así que para armar a los niños contra las tentaciones a que más tarde o más temprano han de verse expuestos, se requiere que

la educación produzca la formación de un «alma sana en un cuerpo sano».

Los médicos aseguran que el estado físico es a menudo la causa del desarrollo de las pasiones, y por lo tanto, de toda clase de aberraciones y de crímenes. Pero así como en cierta medida se explican, por la anormalidad del estado físico, la violencia, el robo, la mentira, la pereza y otros vicios, también cabe atribuir a la misma causa los pecados contra el sexto mandamiento. Esto impone de una manera más imperiosa a los padres el deber de preservar a sus hijos de un estado tan peligroso para su moralidad como para su salud, cosas ambas estrechamente ligadas entre sí.

Hay obligación de velar con gran cuidado por la salud de los niños, y para ello se necesita evitar la excesiva indulgencia en mimarlos, haciendo exactamente lo que indican la prudencia y la higiene. Conviene repetirlo aquí: nada contribuye más a la conservación de la salud que las habitaciones bien expuestas al sol, la abundancia de aire puro, la pureza y buena calidad de los alimentos, los vestidos apropiados, el sueño y el ejercicio en la medida conveniente, los deportes bien entendidos, el estudio y el buen empleo del tiempo.

El orden y la limpieza figuran entre los agentes más saludables de la educación: su acción es igualmente eficaz en la formación del carácter y en la conservación de la salud. Hay que habituar ante todo a los niños a ser ordenados y limpios. Aquellos a quienes desde la infancia se enseña a contraer tan excelente costumbre se connaturalizan mejor con ella; lo que les ahorra, así como a sus padres, una infinidad de disgustos para lo venidero.

La falta de limpieza produce por sí misma un males-

tar que conduce a otros malos hábitos. Los niños, lo mismo que las personas mayores, deben lavarse todos los días de la cabeza a los pies. A nadie le ocurre amueblar la mitad de una habitación, limpiar la mitad de un vestido. Y entonces ¿por qué condenar el propio cuerpo a una negligencia tan repugnante?

Los niños, a quienes se lava todas las mañanas con agua a la temperatura de la pieza donde duermen, con tal que reaccionen en seguida mediante un ejercicio apropiado, estarán mucho más alegres, y desplegarán mayor ardor en el estudio, el trabajo y el juego y sentirán más apetito.

Es bueno bañar frecuentemente a los niños, mudándoles a menudo la ropa interior, pero eso exige cierta holgura de recursos; mientras que para lavarse no se requiere disposición alguna especial, ni excepcionales medios de fortuna. Todos pueden y deben lavarse cada día de la cabeza a los pies. Pero si es útil enseñar a los niños ricos a lavarse bien, es cien veces más necesario todavía en la educación de los niños pobres, que disponiendo de menos ropa interior, deben al menos no privarse de lo que todo el mundo puede disfrutar.

Mientras se lavan, bañan, visten o desnudan, lo mismo que cuando están enfermos, es necesario habitar a los niños no sólo al orden, a la limpieza de sí propios y de lo que les rodea, sino también a la decencia y modestia cristianas. De ese modo se forma el sentimiento del respeto de sí mismo que si no es precisamente la misma virtud implícitamente recomendada en el sexto mandamiento, es con toda seguridad su verdadera salvaguardia.

Repetimos que los niños necesitan que se les enseñe todo, hasta la manera de prepararse al sueño; hay que enseñarles a quedarse dormidos, después de las oraciones

de la noche y de haberse santiguado, con las manos encima de la colcha, y mantenidas así durante toda la noche. Si hace frío, se puede poner a los niños un camisolín de abrigo, pero nunca cubrirles con la ropa de la cama el cuello y aun la boca, como se practica equivocadamente por algunas ayas.

Es más saludable que los niños duerman sobre el costado derecho que sobre el izquierdo, pero nunca deben hacerlo en posición supina. Conviene que la cama sea dura y no de pluma. Se evitará la demasiada ropa, y no ha de ponerse más que una sola almohada, lo más delgada que sea posible.

Por menudos que parezcan estos pormenores no carecen de importancia. Sobre ellos descansa la primera educación de los niños, y de ellos depende su futuro resultado.

Se evitará que los niños permanezcan despiertos en el lecho por la mañana, obligándoles a levantarse en el acto; y, si por una razón cualquiera no fuese posible, se les dará un juguete o cualquiera otra ocupación, a fin de que el aburrimiento no se convierta, como tantas veces sucede, en ocasión de cometer necesidades.

Al tratar de la educación de los niños hay que tener presente en todos los casos lo que dice la Sagrada Escritura: Dios lo ha hecho todo con orden, es decir, con «número, peso y medida». La conveniente alimentación de los niños reclama que se les den manjares apropiados y en cantidad suficiente, pero sin exceso, de modo que satisfagan su necesidad sin fomentar la glotonería.

También importa que los niños hagan bastante ejercicio y jueguen a su sabor, pero sin exceso. Los juegos demasiado violentos, aunque en sí nada tengan de malos, son dañosos para los niños, porque les apasionan. Claro

es que con mayor motivo se necesitará huir de los juegos que por su naturaleza misma despiertan las pasiones; otro tanto cabe decir de ciertos espectáculos. Las reuniones numerosas constituyen también un peligro en determinadas circunstancias.

No menos dañosas para los niños son todas las emociones demasiado vivas, el relato de historias terroríficas, las discusiones violentas sostenidas en su presencia, los altercados, los arrebatos de cólera, los juramentos, las amenazas, y con mayor razón las riñas. Al castigarlos hay que evitar la crueldad, y sobre todo los golpes: el sacudimiento que de ellos resulta, y la mera aprensión de los mismos, a veces produce en los niños efectos desastrosos. En una palabra, todo lo que sacude o sobreexcita sus nervios, abre el camino a las malas inclinaciones.

Las madres y las criadas perjudican demasiado a los niños, despertando en ellos con excesivas caricias una sensibilidad exagerada. Los niños, habituados a tales efusiones del cariño, sufren en seguida un verdadero tormento al hallarse entre personas con las que no pueden permitírselas. En este punto, como en muchos otros, los padres deben guardar cierta reserva y educar en la misma a sus hijos, si desean ahorrarles las tentaciones más peligrosas en lo venidero.

Importa en sumo grado preservar a los niños de las malas influencias y de los ejemplos perniciosos; se necesita evitar en su presencia todo lo que pudiera causarles una impresión malsana, como la familiaridad, o una indiferencia poco conveniente.

Prohíbaseles el permanecer ociosos, y el vagar de una parte a otra sin objeto; cosa que sucede cuando no se ha hecho lo preciso para tenerlos ocupados con algo que los

interese. La curiosidad hace un gran papel en la vida de los niños, y muchas cosas dependen del modo de satisfacer esa curiosidad. La curiosidad de los niños no se ceba con preferencia, como la de las personas mayores, en las hablillas y murmuraciones o en las noticias. Los niños quieren saber de dónde viene cada cosa, cómo está construída, cuál es la causa productora de los movimientos, sonidos, perfumes, etc. Arrastrado por su deseo de saber, el niño romperá un reloj de bolsillo, hará pedazos un juguete, arrancará las alas de una mosca y se entregará inconscientemente a todas las crueldades. Sabido es el caso ocurrido con un muchacho de diez años, que abrió con un cuchillo el vientre de un niño más joven y más débil, a fin de ver cómo era por dentro, según declaró en seguida en presencia del tribunal. Este hecho da la medida de lo que son capaces los niños, estimulados por la curiosidad, muy ordinaria en ellos y a veces apasionada.

Un muchachito a quien se preguntaba si no le maravillaba esto y aquello, respondió sin vacilar: «No, pero lo que sí me asombra es cómo existo yo.» Todo niño capaz de reflexionar seriamente, se propone a sí mismo esa enigmática cuestión, lo mismo que lo hacen los filósofos. Todos experimentan el mismo asombro y aspiran a comprender el misterio de la existencia.

Sería absurdo echar a mala parte el sentimiento de curiosidad de que venimos hablando. Lo mejor es satisfacerla con prudencia y dirigirla juiciosamente, partiendo de los principios siguientes:

1.º Que todo lo que Dios ha creado es sabio y perfecto en su género.

2.º Que la curiosidad tenga por objeto el conocimiento de la naturaleza y el de las leyes divinas y justas.

3.º Que la inocencia no depende de la ignorancia, ni ésta es la esencia o condición de aquélla. Al contrario, la ignorancia es una causa de peligro.

4.º Que no se debe eludir la contestación a las preguntas valiéndose de la mentira, del chiste o del silencio.

Los padres y maestros que no satisfacen con prudencia la curiosidad infantil, no tienen que culpar a nadie más que a sí mismos de que los niños vayan a buscar las explicaciones deseadas allí donde no se las podrán dar prudentes y juiciosas.

La cuestión se reduce a saber discernir en qué edad, en qué medida y de qué modo conviene explicar a los niños lo que es para ellos el gran enigma: «¿De dónde viene la vida?»—Todo depende del niño, de su desarrollo intelectual y de la curiosidad que en él se manifieste. Pero se podría admitir como principio general que el momento en que el niño pregunte es el que parece señalado por Dios para responderle.

Los niños educados en el campo oyen a menudo conversaciones de todas clases, ven toda suerte de manifestaciones de la vida animal: preferible es, entonces, familiarizarles con aquello cuyo conocimiento es inevitable, y esto mostrándoles en todas las ocasiones la sabiduría infinita de Dios.

A veces se necesita anticipar el momento en que se despierta la atención y curiosidad de los niños. Todos, al recitar la Salutación Angélica, repiten las palabras dichas por el Angel a la Madre de Dios:—«Y bendito es el fruto de tu vientre» (1).

Al niño más tierno puede darse alguna inteligencia de estas palabras, diciéndole que las madres antes de

(1) Luc. I, 42.

echar a sus hijos al mundo, los llevan en su seno, cerca de su corazón, a fin de identificarse con ellos de tal modo y de amarlos tan entrañablemente que sean capaces de sobrellevar después las fatigas anejas a la maternidad.

Si la ocasión se ofreciera para ello, se puede decir que sólo a costa de muchos sacrificios el cuerpo del niño se forma en el seno maternal y sale por fin a luz y es alimentado y educado, corriendo a veces gran riesgo la vida de la misma madre.

Estas cosas, dichas como conviene, abren en el corazón del niño fuentes inagotables de amor y reconocimiento, excitan en él un respeto más profundo hacia su madre, mayor confianza en ella, y le hacen comprender mejor los derechos naturales, así como sus propios deberes.

Estas mismas cosas, dichas sin circunspección y crudamente por los que carecen de tino y habilidad para instruir a los niños, producen un resultado enteramente contrario al anterior y acarrear los mayores males. No dejen, pues, las madres a nadie el cuidado de informar a sus hijos sobre lo que puede ejercer en ellos tan perniciosa influencia.

La instrucción que basta a los niños cuando son pequeños, mientras permanecen sometidos a una incesante vigilancia, no es suficiente al llegar el momento de abandonar la casa paterna. Es preciso, entonces, armarlos contra los peligros del porvenir. Hombre prevenido vale por dos.

Para que los jóvenes comprendan lo que les amenaza es preciso que comprendan lo que es el pecado. Este se define diciendo que consiste en una infracción de la ley divina. Antes que los jóvenes salgan de la vigilancia de sus

padres, deben ser instruídos a fondo en las leyes de Dios y principalmente en aquellas cuya transgresión constituyen los pecados más graves.

Los padres temen ordinariamente profanar la inocencia de sus hijos, revelándoles los abismos de la corrupción humana. El mejor medio de garantizarles de la corrupción y de instruirles acerca de la ley de Dios, consiste en inculcarles el respeto más profundo a esta ley antes que se hallen en contacto con el mal y particularmente con la tentación. Para resistir a ésta, como para toda lucha, es preciso armarse de antemano, so pena de hallarse desprevenido en el momento de la necesidad.

Según la palabra de San Pablo, «todo es puro para los puros» (1).

Hay una infinidad de cosas que suelen ocultarse a los hijos sin necesidad, y de las que deberían tener alguna noción. Los entendimientos imbuídos de prejuicios falsos y las conciencias erróneas hallan escándalo allí donde en realidad no existe y hasta en las cosas santas. Pero los entendimientos puros e inocentes no se escandalizan de las cosas ordenadas por el mismo Dios. Al dirigirse a los niños ha de procurarse tan sólo poner las cosas a la luz de la voluntad y sabiduría divinas, mostrándoles el pensamiento de Dios, el fin que se ha propuesto; despertando en ellos el respeto más profundo. Se necesita explicarles cómo las plantas crecen, florecen, dan frutos y semillas, y de qué modo renacen de esas semillas; cómo las plantas y árboles de hoy se relacionan por una serie no interrumpida de sucesiones a las que Dios ha creado en el principio del mundo; se debe hacerles ver que las plantas y los animales dependen igualmente de las circuns-

(1) Tit. I, 15.

tancias exteriores, según las cuales su número aumenta o disminuye, su especie se mejora o degenera y aun desaparece por completo.

El hombre que se gobierna a sí propio, no por el instinto, sino por la razón y libre albedrío, depende menos de las circunstancias exteriores y tiene dentro de sí la virtud suficiente para dignificarse o envilecerse a sí propio. Transmite a sus descendientes y a las generaciones futuras la vida que ha recibido de sus padres y que con su buen o mal uso él mismo ha ennoblecido o rebajado.

Es preciso que los muchachos, luego de haber adquirido algún discernimiento, hacia los doce años, comprendan la significación de la vida y la responsabilidad que les incumbe, desde que entran en la juventud. Importa explicarles con claridad que son responsables, no sólo de su propia vida, sino también de la que un día transmitirán probablemente a otros.

Así como Dios es padre, señor, juez y bienhechor del linaje humano; cada hombre, al llegar a padre, se constituye en juez, señor y providencia de los hijos a quienes da el sér. ¡Qué dignidad tan augusta, pero a la vez qué responsabilidad tan terrible! ¿Podrá pecarse nunca de empezar demasiado pronto, ni de excederse en la solicitud y cuidado que se requieren para tal misión? El hombre, criado a imagen de su Padre Celestial, dará a su hijo una existencia a imagen de la suya. Los jóvenes deberán saber que lo que hacen en realidad para asegurar la salud y las fuerzas físicas de las futuras generaciones, y que lo que trabajaren por instruirse, ennoblecerse y santificarse a sí mismos, contribuye a formar en lo venidero hombres que sean según los designios de Dios y como la patria los necesita.

Al niño que estuviere penetrado de estos pensamientos, se le puede hablar de todo lo que está en el orden divino, porque todo lo que Dios quiere será santo para él. Pero después de haberle hablado de la ley, es necesario instruirle sobre sus infracciones.

Dios ha sometido la naturaleza humana a ciertas leyes. Pero el hombre introduce el abuso en todo aquello en que interviene. El Señor ha dispuesto que, a las más imperiosas necesidades fisiológicas, correspondan poderosos estímulos de la sensibilidad que impelan a cumplir y satisfacer las primeras. Tales son, por ejemplo, el hambre y la sed. Pero el hombre no sabe contenerse dentro de los justos límites y así cae en la intemperancia.

Dios manda al hombre trabajar con el sudor de su frente y descansar el día séptimo; pero el hombre, aguijoneado por la avaricia, infringe la ley del descanso dominical.

Dios manda orar e invocar el auxilio de su nombre; pero las criaturas racionales se familiarizan con el nombre del Señor y le toman en vano.

Después de haber creado a Adán, dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo» (1), y le dió una compañera, una ayuda semejante a él, estableciendo así el vínculo del matrimonio que la Iglesia llama «gran sacramento» (2). Pero el hombre, no contentándose con lo que está santificado por el Sacramento, cae en todos los pecados prohibidos en el sexto mandamiento. Estas transgresiones son la plaga de todas las clases de la sociedad. Los hijos, niños o niñas, deben saber desde luego lo que hay sobre tales pecados, para no dejarse arrastrar a ellos por ignorancia.

(1) Gén. II, 18.

(2) Ephes. V, 32.

Así como ciertas personas, no obstante lo dispuesto en el quinto mandamiento, tratan de justificar el duelo y el suicidio, diciendo que son la única salida honrosa en muchas circunstancias, así también hay quien, despreciando el sexto mandamiento, se erige en defensor y aun mentor de la juventud respecto de todo lo prohibido en ese precepto, protestando que esas desviaciones son inevitables y aun higiénicas, abren el espíritu, comunican experiencia y de consiguiente no podrían ser consideradas como un mal.

Sin embargo, todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia, no sólo miran a la salud eterna, sino también al bien temporal en la más amplia acepción de la palabra. Es preciso que los niños sepan hasta qué punto son espantosos los efectos de este pecado tanto en el orden físico como en el moral; hay que darles a conocer qué padecimientos, qué dolencias, qué debilidad de la inteligencia y de todas las facultades son la consecuencia de tales pecados; qué pasiones desarrollan; qué envilecimiento producen. También deberán saber que, sin embargo de su repugnancia a cometer tales pecados y no obstante las mejores resoluciones, no lograrán librarse de la tentación.

Contra tales peligros no queda otro medio que armarlos de una fe sólida, del pensamiento de los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria, hacerles leer y oír la palabra de Dios. El uso frecuente de los sacramentos y una dirección firme les servirán de gran ayuda. Se deberá preservarlos de las malas compañías, de las malas conversaciones, de los malos libros, de todo lo que ofende la fe y las costumbres.

«Creced y multiplicaos» (1), dijo Dios a Eva lo mismo

(1) Gen. I, 28.

que a Adán. La mujer tiene la misma participación que el hombre en la generación del linaje humano y una responsabilidad no menos grande, mayor quizá; porque si el hijo recibe del padre los gérmenes de vida, en el seno de la madre es donde esos gérmenes se desarrollan, y la misma madre es la que le amamanta y educa.

Cual es el campo, tal es la cosecha. Cual es la madre que un hombre dé a su hijo, tal será éste, y tal será más tarde el hombre, el cristiano, el ciudadano.

Advirtamos, no obstante, que mientras a los muchachos el pensamiento de la futura paternidad les preserva de la corrupción y los estimula al estudio, al trabajo, al respeto de sí mismo; en cambio, en las jóvenes, la preocupación prematura del matrimonio y de la maternidad produce efectos contrarios, despertando la afición a entregarse a vanos ensueños y distrayendo su atención de los deberes del momento. Así como es inoportuno hablar a las jóvenes del matrimonio antes del tiempo y ocasión convenientes, así se puede con provecho hablarles de la educación y determinarlas a desarrollar sus aptitudes en ese sentido, sea respecto de los más jóvenes de la familia, sea respecto de otros niños a quienes puedan prodigar sus cuidados. Esta ocupación es para ellas el mejor estímulo para el trabajo, para el estudio, y aun para su propia formación y enmienda.

Los jóvenes encontrarán en la oración, en una seria ocupación intelectual y en el trabajo manual, otros tantos medios de resistir a las tentaciones y vencerlas. Pero el expediente más eficaz de todos es una confianza ilimitada con los padres o los que hacen sus veces. Es necesario, como en otro lugar dejamos dicho, acostumbrar y animar a los hijos a que hablen con el corazón en la mano de

todo lo que les interesa, de todo lo que vieren y oyeren.

Los padres deberán armarse de paciencia para oír con atención todo lo que sus hijos puedan tener que manifestarles. Si así no lo hacen, tarde o temprano, el silencio de sus hijos les dará mucho que sentir, y esto precisamente en el tiempo en que la única salvaguardia de los últimos pudiera ser la franqueza sin reservas y las frecuentes conversaciones con sus padres.

Pidan los hijos a Dios la sabiduría necesaria para evitar las tentaciones y la fuerza necesaria para vencer las que no pueden evitar. Busquen ayuda en los consejos de un buen confesor, en la lectura y meditación del catecismo, de la Sagrada Escritura, de la vida de los Santos, y aprendan que el hombre, por débil que sea, lo puede todo en Aquel que le sostiene y fortalece (1).

Acostúmbrense los niños a concentrar su atención en asuntos serios; y, terminados sus estudios, continúen instruyéndose, a fin de tener durante su vida entera alguna rama especial de conocimientos a que dedicarse con preferencia.

La ociosidad es el mayor de los peligros para la virtud; conduce a entregarse a imaginaciones y ensueños, tan funestos para el temple y vigor del carácter, como para el desarrollo de la inteligencia. A todo trance hay que evitar la falta de ocupación; y para ello nada tan eficaz como hacerse uno mismo sus cosas, concurrir a todos los trabajos útiles, y dedicarse a enriquecer la memoria con todo aquello que en los momentos perdidos puede ocupar útilmente el espíritu.

Por último, conviene desarrollar en sí mismo el gusto por las artes, cultivando todas las aptitudes que para ese

(1) Philip. IV, 13.

cultivo pudieran tenerse. La música, el dibujo, la pintura, aunque sólo se tengan medianas disposiciones, reportan una multitud de útiles distracciones. Pero sobre todo, el medio eficaz de preservarse del pecado, consiste en desenvolver en su corazón el amor de Dios, de la patria, la caridad con el prójimo, los pobres, enfermos y afligidos, practicando con ellos las obras de misericordia corporales y espirituales.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia» (1). Con la misericordia de Dios y la buena voluntad, se puede a menudo evitar las tentaciones y triunfar siempre.

Séptimo Mandamiento

«No hurtarás» (2).

El nivel moral de un país corresponde ordinariamente al respeto con que en él se mira la propiedad ajena.

El deber de insistir especialmente en la formación del criterio y de la conciencia en esta materia, es pues tanto más imperioso, cuanto más comunes son las infracciones del séptimo mandamiento en un país o en una sociedad.

El precepto divino de que hablamos no se aplica exclusivamente al respeto debido al dinero de nuestros prójimos, como algunos se figuran, sino que obliga al respeto de todo lo que pertenece a otro.

Créese a veces que, al tomar sin autorización una cosa de que el propietario «no tiene necesidad», o que «no tiene gran valor», o que «se toma prestada con intención de

(1) Matth. V, 7.

(2) Exod. XX, 15.

devolverla», no se causa ningún perjuicio, y de consiguiente no se infringe el mandamiento. Sin embargo, solamente el dueño tiene el derecho de autorizar a tomar lo que le pertenece y a servirse de ello o darlo prestado.

Acostúmbrense los hijos, no sólo a respetar la propiedad de sus padres, maestros y superiores, sino también la de sus compañeros e iguales; tanto en el seno del hogar, como en la escuela, procure cada uno respetar las cosas de los demás, llevando en este punto el escrúpulo hasta la exageración, si cabe expresarse así.

De igual modo deberán los niños respetar cualesquiera objetos de la pertenencia de sus padres, tales como muebles, libros, flores, frutos, árboles, plantaciones, etc. No deberán arrancar nada sin permiso, ni romper las ramas, ni pisotear el césped de las praderas, ni atravesar por los sembrados para abreviar el camino.

Se dirá quizá que los bienes de los padres no son bienes extraños; pero ¿dónde se acostumbrarán los niños a respetar lo que no les pertenece sino en casa de sus padres? Lo que no aprendan en su juventud en punto a delicadeza de conciencia, no lo aprenderán de ordinario jamás.

Es necesario respetar, no sólo la propiedad, sino también el trabajo del prójimo, y, por consiguiente, además de atender a lo que se debe a la persona del propietario, hay que mirar a las consideraciones que merecen los operarios que han sembrado, criado o fabricado, los que conservan, limpian, reparan, etc., absteniéndose de echar a perder neciamente su trabajo.

Sin permiso no se debe penetrar en domicilio ajeno, ni curiosear los muebles, los libros, y mucho menos los papeles. Ciertas personas se figuran que no hay mal alguno en servirse de los objetos menudos que pertenecen a

otros: plumas, lapiceros, pinceles, etc. Sin embargo, cuando tales cosas se han comprado es porque se ha tenido necesidad de ellas, y el que las toma y usa sin autorización, perjudica al dueño de las mismas.

Este perjuicio injusto, aunque mínimo, no deja de ser un perjuicio y ¡qué pérdida de tiempo, qué impaciencias y qué de altercados y disputas no suele llevar consigo!

Desde que los niños llegan a la edad en que esos diversos objetos les son necesarios, es preciso darles lo que necesitan y enseñarles a la vez a administrar lo que les pertenece, sin tocar a lo que es de la pertenencia de otros.

Acaso se crea que no vale la pena de conceder tanta importancia a cosas tan pequeñas. A lo que respondemos con las palabras de Jesucristo: «El que fuere fiel en lo poco también lo será en lo mucho, y el que fuere injusto en las cosas menudas, también lo será en las grandes» (1).

Si no se forman la conciencia y el juicio de los niños en las cosas pequeñas, ¿qué ocasiones habrá de ejercitarlas en las grandes, no hallándose éstas a su alcance? Nunca se concederá bastante interés a los hábitos adquiridos desde los primeros años. El hombre acostumbrado desde la infancia a respetar escrupulosamente la propiedad ajena, conservará durante su vida toda la misma delicadeza de conciencia.

Es preciso enseñar a los niños a no tomar nada fuera de las comidas. Algunos niños no aciertan a dejar la mesa sin llevarse consigo algún manjar, aun después de terminada la refección, satisficiendo así su glotonería y cometiendo una falta de delicadeza.

Una de las cosas en que conviene insistir, es en el principio de no pedir nunca dinero prestado. Verdad es que hay

(1) Luc. XVI, 10.

circunstancias en que no puede evitarse, pero conviene no tomarse esta licencia, sino en cuanto se tiene la seguridad de que se podrá satisfacer la deuda en un plazo determinado. Cuando tal certeza falte y sea preciso satisfacer una necesidad imperiosa, lo mejor es exponer francamente la situación, y no contraer compromisos que no se pueden cumplir.

Infríngese el séptimo mandamiento al tomar prestado sin tener intención o posibilidad de entregar a su tiempo la cantidad pedida, o cuando en las mismas condiciones se obtiene una fianza para hacer un empréstito, dejando luego el cuidado de pagar, a la persona que salió fiadora.

Pécase al apropiarse los objetos hallados, sin hacer la menor diligencia para buscar a su propietario; cuando se difiere pagar lo debido, a los criados o a los obreros que viven de su trabajo; cuando se explota la miseria ajena para comprar o hacer trabajar a precio vil. Pécase disponiendo de la propiedad de otros como de la suya propia.

Rara vez ocurre que un administrador o un ama de llaves fuercen las cerraduras de las cajas que contienen el dinero de sus señores; pero ¡cuán raros son los que, teniendo en su poder las llaves de los graneros, del guarda-muebles o del despacho, no entreguen nada sin autorización! Verdad es que necesitan valor para exponerse a las iras o burlas de sus parientes y conocidos, cuando les rehusan «cualquier bagatela». Pero si se dispone frecuentemente a su arbitrio, aunque sólo sea de esas «bagatelas», se acabará causando un daño más o menos considerable.

Es preciso considerar todo objeto prestado o fiado como «bien ajeno», y usar de él sólo en la forma y modo autorizados por el propietario. Por consiguiente, hay obli-

gación de no destruirlo ni dejar que se deteriore por falta de cuidado, ni darle o prestarle a los demás.

Infúndase a los niños horror a los préstamos. Todo uso del bien ajeno degenera ordinariamente en abuso. Pero como a veces es imposible evitar los préstamos, hay que penetrarse de los deberes que incumben a los que los contraen. Cuando se toma prestada cualquiera cosa, se debe cuidar de ella más que si fuera propia; hay que aplicarse a preservarla de cualquier deterioro, y si, no obstante, sobreviene algún accidente, antes de la devolución habrá que reparar el objeto prestado o indemnizar al propietario.

Leer las cartas de otro, cuando a ello no obliga un deber positivo; sorprender los secretos ajenos; escuchar las conversaciones íntimas donde se ventilan asuntos de la exclusiva incumbencia de los interlocutores; espiar las acciones de los demás, es una deslealtad y una infracción del séptimo mandamiento.

Al aprovecharse de todas las circunstancias para formar el juicio, la conciencia, la voluntad de los niños, para infundirles buenos hábitos, hay que conceder gran atención al modo como juegan y se divierten. Los juegos tienen de ordinario sus reglas y leyes, y es preciso velar para que los niños no las infrinjan. Es una excelente ocasión para formar su delicadeza de conciencia y su probidad.

Las rivalidades, las luchas que surgen entre los niños mientras juegan, tienen más de una analogía con las que más tarde les aguardan cuando sean hombres. Lo que se haga para formar la rectitud de juicio y la conciencia en el niño durante sus juegos, se encontrará después en los actos y conducta de la mayor edad.

No podemos pasar aquí en silencio los juegos de azar,

cultivados por los que aspiran a explotar a su adversario en provecho propio.

Otro tanto ocurre con los juegos de Bolsa, loterías, apuestas y demás medios de enriquecerse, no por el trabajo y la ganancia honrada, sino a costa de otro. Verdad es que las víctimas de tales especulaciones son culpables; pero la imprudencia de los unos no justifica la avaricia de los otros. Las fortunas así adquiridas honran poco a los que las poseen. Hágase comprender a los jóvenes la multitud de fullerías y peligros a que los exponen los juegos de azar; y procúrese hacerles cobrar repugnancia hacia tales pasatiempos siempre despreciables, ora se gane, ora se pierda en ellos. ¡Cuántos desgraciados, después de haber disipado su fortuna en el juego, se han dado la muerte, dejando como único legado a su familia la ruina y la deshonra!

Nunca será demasiado pronto para inculcar a los niños que aborrezcan el juego como uno de los vicios más perniciosos. Despertar esa aversión antes que la tentación halle lugar en sus almas, ha de ser uno de los cuidados del educador consciente de sus deberes.

Ciertas personas, al desempeñar los negocios de otros, al dirigir la explotación de una posesión o fortuna que no les pertenece, no se creen obligados a dar recibos, a presentar los documentos justificantes, a «rendir cuenta de su administración» (1), según la frase evangélica, antes bien consideran como una falta de confianza que por amor del orden se exijan de ellos esas formalidades. Debemos pedir cuentas perfectamente en regla a todos los que obran por nosotros y en nuestro nombre, y darlas también nosotros a aquellos por quienes y en cuyo

(1) Luc. XVI, 2.

nombre desempeñamos algún asunto. Nunca se debería prescindir de este principio, ni siquiera con sus parientes más próximos. Una rigurosa precisión en las cuentas, en el arreglo de los asuntos, es esencial en familia, si se desea conservar la buena inteligencia y amistad.

Con demasiada frecuencia no se tiene valor para pedir cuentas ni explicaciones, temiendo parecer desconfiados. Razonando de conformidad con lo expuesto, abunda la propensión a resentirse de que se exija comprobación.

Esta delicadeza mal entendida, o si se quiere, esta pereza y desorden, esta falta de exactitud y de valor, ocasiona diariamente en las familias penosos disgustos, y hasta desastres financieros y ruinas cuya deshonra recae sobre el país.

Un conocimiento más cabal, una observancia más fiel del séptimo mandamiento, pondría en salvo la paz de la conciencia, la dignidad personal, la armonía en las familias, aumentaría el bienestar y levantaría el nivel moral de la nación. Valgámonos, pues, de todos los medios para lograr que los niños comprendan bien los deberes que impone el séptimo mandamiento.

Octavo Mandamiento

«No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo» (1)

El Catecismo nos enseña que el octavo mandamiento prohíbe la mentira, la hipocresía, la impostura, la calumnia, la maledicencia, los juicios temerarios, y todo lo que dañe la buena fama del prójimo.

(1) Exod. XX, 16.

Para comprender bien la malicia de estos pecados, se necesita apreciar, amar y respetar la verdad. Los ciegos de nacimiento no alcanzan a comprender la gravedad de su desgracia. Algo parecido ocurre en el orden espiritual; «el que no ha sabido nunca lo que es la verdad, no puede entender la malicia y deformidad de la mentira».

Dios, para darse a conocer a Moisés, le dijo: «YO SOY EL QUE SOY» (1).

La Sagrada Escritura llama a Dios la Verdad eterna, la Luz. La verdad y la luz son, pues, «lo que es», y todo lo que les es contrario se reduce a tinieblas, ilusiones, engaño, corrupción, muerte.

Satanás, al rebelarse contra la verdad y la justicia, se convirtió en el príncipe de las tinieblas y de la mentira. A la luz de estos principios es fácil reconocer y discernir el espíritu que guía a los que respetan la verdad y a los que faltan a ella.

Podemos traer a consideración diversos fenómenos que darán idea de lo que es la mentira.

En el orden físico, todo lo que no está conforme con las leyes de la naturaleza es una monstruosidad. Lo deforme, lo débil e imperfecto, lo degenerado, nacen, como las enfermedades, de una falta de adaptación a las leyes naturales.

Cuando el artificio de la industria comunica a objetos sin valor la apariencia de objetos de valor real, metales, piedras o maderas preciosas, estas imitaciones reciben calificativos más o menos denigrantes.

Todo lo que en el dominio del arte se aparta de la verdad es repugnante, pervierte el gusto y mata el arte verdadero.

(1) Exod. III, 16.

En historia, la falsificación de los hechos extravía el juicio y la conciencia de una nación, privándola de la experiencia, cuyas luces deberían guiar al pueblo y a sus gobernantes.

En las cuestiones financieras, todo lo que contradice a la verdad mata el crédito; esta clase de mentiras rebaja el nivel moral de la sociedad y mina su situación económica.

En medicina, un tratamiento que no se apoya en datos ciertos, es tildado de charlatanismo o empirismo.

Por último, en punto a religión, la mentira engendra la falsa piedad, la herejía, el cisma, el paganismo y la idolatría.

En vista de lo que precede parece que la verdad había de ser generalmente apreciada y respetada, siendo lo raro y excepcional el faltar a ella; pero desgraciadamente lo contrario es lo que tiene lugar. Dícenos las Sagradas Letras que «todo hombre es mentiroso» (1). El catecismo no enumera entre los pecados capitales la mentira, porque no es origen sino consecuencia de otros pecados. La pereza, gula, envidia y otros vicios, dimanar del pecado original, es decir, de la naturaleza corrompida; al contrario de la mentira que resulta del deseo de satisfacer las pasiones, o de librarse de la deshonra y castigos que acarrear.

Si, pues, «todo hombre es mentiroso», no es porque todo hombre tenga disposición innata a mentir, sino porque todo ser humano lleva en su naturaleza una tendencia innata a dejarse arrastrar de alguna pasión que obliga a mentir. La mentira nace y se desarrolla con las pasiones, y deja de existir cuando las últimas se hallan sometidas a

(1) Ps. CXV, 11.

la razón. He ahí por qué, si se desea evitar la mentira o corregirse de ella, debe comenzarse combatiendo las pasiones que a ella conducen.

Ciertos padres no hacen apenas caso de las mentiras de sus hijos, sobre todo, si carecen de importancia; pero no echan de ver que toda mentira, por más ligera que sea en apariencia, es sintomática de un mal más grave, como lo es la fiebre en algunos enfermos.

Otros hay que se muestran vivamente indignados al oír una mentira; reprenden y castigan, dejando empero sin indagar la causa del mal. No se destruyen las malas yerbas arrancando las hojas o los tallos, sino extirpando las raíces. Para corregir la tendencia a la mentira, se necesita indagar la causa, examinando si es hija del temor, del deseo de salirse con la suya, de la jactancia o de un exceso de imaginación. En ocasiones, después de una falta cometida por aturdimiento, el niño que espera recibir un castigo, recurre para evitarlo al único medio que se presenta: la mentira. Evidentemente esta mentira deliberada es una falta mucho más grave que la ligera infracción que ha dado lugar a ella. Sin embargo, la sinceridad exige valor, y la severidad en tales casos, no sólo no ayuda a adquirir aquella virtud, sino que produce la timidez que es precisamente todo lo contrario.

Los niños severamente castigados por una mentira, aprenden, como consecuencia del mal paso dado por sus educadores, a mentir con mayor habilidad. La manera de corregir a un niño encogido y de carácter débil, no consiste en aumentar su meticulosidad, sino en infundirle ánimo, ganándose su confianza; y esto se logra por la bondad, la indulgencia y una prudente dirección.

Vale más no castigar a los niños por lo que ellos tienen

el valor de confesar. Si no lo confesasen, se debería castigarlos, haciéndoles observar que no es su primera falta la que se castiga sino la segunda, es decir, el silencio culpable con que se trató de ocultarla.

Difícil cosa es para niños de cierto carácter confesar las menores faltas; por lo que en tales casos conviene animarlos, haciéndoles ver la nobleza y el mérito de la confesión. Hay que moverles e inducirles a que reconozcan y declaren sus faltas, evitando todo lo que, al intimidarlos, podría ser ocasión de mentir.

Repitamos aquí que los padres ganosos de obtener la confianza de sus hijos, deben acostumbrarlos a que les hablen con entera franqueza de todo lo que les conviene e interesa. Esas confidencias no deberán jamás ser acogidas en son de broma, porque en la apreciación de los niños nada hay más serio en el mundo.

Si un niño miente por cálculo, para obtener lo que desea, es preciso demostrarle que se equivoca en sus planes, procurando convencerle de que la rectitud, la lealtad, son siempre, en definitiva, el mejor de todos los cálculos.

Cuando la mentira reconoce por causa la vanidad, deberá persuadirse a los niños de que los resultados son enteramente distintos de los que esperaban conseguir, no atrayéndoles sino el ridículo y el desprecio.

Si la mentira proviene de la pereza, esta pasión es la que debe ser combatida; y lo mismo decimos en el caso de dimanar de la gula o de otro pecado capital.

Sucede muchas veces que, dominados por la influencia de su imaginación, los niños refieren cosas o acontecimientos que jamás han tenido lugar, pero que ellos se representan con tanta viveza como si hubieran sido reales. Ocasiones hay en que, al parecer, los niños no saben

distinguir entre la realidad y las creaciones de su fantasía; en tales casos debe decirseles que se engañan; que hablan sin reflexionar; que exageran. Así sucede principalmente con los niños a quienes se ha entretenido largo tiempo con el relato de cosas extraordinarias.

Importa sobremanera instruir a los niños, interesarles, distraerles, valiéndose de la realidad más bien que de la ficción; al efecto, no se les refiera sino sucesos verdaderos, la Historia Sagrada, la Historia nacional, los fenómenos de la naturaleza, evitando los relatos que exalten la imaginación y en particular los que producen un terror, tan necio como peligroso; no se les recargue el espíritu con cuentos de aparecidos, magos, hechiceras, salteadores y lobos que arrebatan y devoran. Pero, si es cierto que nunca debe aterrárselos con peligros imaginarios, en cambio se necesita instruirlos sobre los daños reales que se les seguirán de cometer ciertos delitos, reprimidos por la policía y que merecen castigo ante los tribunales civiles.

Si los niños tienen ya la imaginación ocupada con vanos motivos de terror, el educador debe arrancarles esas preocupaciones, demostrándoles que carecen de todo fundamento. Ha de trabajarse con ahinco para que se persuadan de que la realidad es más interesante que todos los relatos imaginarios y la verdad más bella y más útil que todas las ilusiones.

Para inculcar a los niños el amor de la verdad, la primera condición es darles el ejemplo de no separarse de ella, guardándose, no sólo de la mentira positiva, sino de toda exageración. «Los labios mentirosos son abominables al Señor» (1). «Que vuestro modo de hablar sea:

(1) Prov. XII, 22.

sí, sí; no, no; porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene» (1).

¿Qué idea puede tener de la verdad el niño que oye a su criada faltar a ella ante su madre, a ésta ante el padre, el médico o los huéspedes, a su padre ante los acreedores, jefes o cualquiera autoridad?

Pero la manifestación clara y explícita de la verdad en algunas ocasiones podrá ofrecer muy serias dificultades y graves peligros, y en tales casos es permitido a veces ocultarla o disminuirla para librarse, por ejemplo, de la injusta opresión de un poder tiránico, de la cárcel, de la confiscación de bienes, del destierro y de otros males todavía peores. La ley de Dios prohíbe la mentira; pero la violencia tiránica de los hombres no siempre permite revelar la verdad. ¿Qué hacer entonces?

El general polaco Zamoyski, obligado en su juventud a sostener relaciones con las autoridades rusas en Polonia, comprendiendo lo difícil que había de serle conciliar el respeto a la verdad con la seguridad de sus compatriotas, pidió a Dios con toda su alma que le concediera la circunspección necesaria en sus palabras, preservándole de manchar sus labios con una mentira. En aquella época fué cuando compuso una oración que se complació en repetir hasta el fin de su vida y que nosotros transcribimos aquí:

«Dios mío, dadme la fortaleza y valor necesarios para decir en todas partes y siempre la verdad, y para usar de la palabra con circunspección, acordándome, oh Señor, de que Vos mismo sois el Verbo y la Verdad.»

Tenemos necesidad de pedir a Dios la sabiduría y la inteligencia para conocer en todas las circunstancias, cuándo, a quién y hasta qué punto se debe decir o callar

(1) Math. V, 37.

la verdad, porque nunca es lícito mentir y hay circunstancias en que la prudencia obliga a guardar silencio. «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas» (1).

En ciertos casos el que pregunta no tiene derecho a hacerlo, y entonces no hay obligación de responder. Mas para ello, se requiere una presencia de ánimo que conviene pedir a Dios, ejercitándose en ella de antemano.

Cuando San Atanasio y sus compañeros huían de Alejandría, perseguidos por Juliano el Apóstata, los satélites del Emperador les dieron alcance, y les preguntaron si alguno de ellos había visto al obispo Atanasio.—«Sí,—respondió uno de los que iban con el santo obispo,—acabamos de verle, está muy cerca de aquí.»—Animados por esta respuesta, los soldados continuaron la persecución con nuevo ardor y San Atanasio logró escapar con toda felicidad.

Si se ama y respeta la verdad, con tal de pedir a Dios de todo corazón la merced de poder decirla siempre, nunca falta el valor para manifestarla cuando es necesario, ni la prudencia para ocultarla cuando conviene.

Los niños deben, sin embargo, comprender que aun cuando nadie está obligado a franquearse con todo el mundo, hay circunstancias en las que decir la verdad equivale a un espionaje o a una traición, y otras en las que hallándose frente a un mal, imposible de prevenir sin revelar la verdad, no es lícito ocultarla o callarla sin incurrir en positiva complicidad con el pecado.

Entendemos aquí por pecado una infracción de la ley divina, y no una transgresión de los humanos convencionalismos, que de ningún modo se apoyan en la ley de Dios.

(1) Matth. X, 16.

Importa en gran manera acostumbrar a los niños desde su más tierna infancia, a distinguir entre las transgresiones de uno y otro género, a fin de que en sus mutuas relaciones aprendan ya la aplicación de los principios que más tarde habrán de dirigirles en la vida.

Hay reglamentos escolares, por cuya observancia la autoridad del maestro debe interesarse y velar cuidadosamente. También hay reglamentos de policía, de aduanas, a que están obligados a atenerse los empleados de esas administraciones. Pero tales reglamentos no se apoyan en los mandamientos de Dios, ni se refieren inmediatamente a ellos. A los autores de esas ordenanzas, establecidas para mirar por los intereses del comercio, es a quienes toca procurar el cumplimiento de las mismas. Al contrario, cuando estemos en el caso de desobedecer un mandamiento de la ley divina, o lo que es lo mismo, de cometer un pecado, todo el que deba impedir el mal, tiene también la obligación de intervenir, so pena de hacerse cómplice del mal del prójimo. Si así no lo hiciere, será del número de aquellos a quienes la Escritura compara a «perros mudos» (1) que no defienden la casa de su dueño.

Cabe proceder en este asunto de varios modos. Una mutua severidad entre los condiscípulos que asisten a la misma escuela, crea en ellos cierta nobleza corporativa, que cede toda en honra de la institución a que pertenecen.

Sin embargo, si a pesar de todo no se puede impedir el mal, es preciso avisar de ello a la autoridad competente. En caso de duda, lo más acertado es consultar sobre la conducta que debe observarse, bien sea a un con-

(1) Is. LVI, 10.

fesor ilustrado, o bien a superiores dignos de confianza.

Algunos creen que la afabilidad, usada con personas a quienes no se estima, constituye una falsedad y una hipocresía. Evidentemente, si tales demostraciones se fingen con miras puramente humanas, semejante conducta merecerá el calificativo de hipócrita. Pero si realmente se desea triunfar de una antipatía, no queda otro remedio que mostrar a la persona que nos es antipática la benevolencia que se desearía profesarla.

La Doctrina Cristiana explica también que ciertas expresiones generalmente recibidas y en apariencia contrarias a la verdad, no son, a pesar de todo, mentiras, siendo lícito emplearlas en el trato corriente y de sociedad.

Así, una persona ocupada con los quehaceres de su casa y familia, o con los asuntos de su personal incumbencia, no puede estar siempre a disposición de las personas que vayan a visitarla. En semejante caso, decir que ha salido significa que no puede recibir.

Respondiendo a quien pide dinero cedido o prestado, es lícito decir que no se cuenta con la cantidad deseada, aun cuando se tuviera en el bolsillo, porque ese dinero está destinado a otro fin por la voluntad de su legítimo dueño.

Otro tanto cabe decir de las preguntas a que no se quiere responder: puede decirse que se ignora la cosa, aun poseyendo abundante información sobre ella, porque el que pregunta no tiene derecho de hacerlo y el interrogado, de consiguiente, se halla exento de la obligación de instruir a su interlocutor.

Hay que explicar estos pormenores a los niños, a fin de que no vean pecado allí donde en realidad no existe.

Sin embargo, por amor y respeto a la verdad, conviene

enseñarles a no decir, en lo posible, sino lo que es estrictamente verdadero, antes que emplear esas fórmulas convencionales. Así, en vez de mandar decir que no se está en casa, puede pasarse el aviso de que ocupaciones urgentes e ineludibles impiden recibir a la persona que lo solicita ni a otra alguna. Para desentenderse de una petición importuna, en lugar de manifestar que no se tiene dinero, bastará con responder que no se puede disponer de él en su favor. Cuando se desee eludir la contestación a cualquier pregunta, en lugar de contestar con un «no lo sé», será preferible en muchos casos decir: «nada tengo que ver con ese asunto, no necesito conocerlo ni intervenir para nada en él».

El octavo mandamiento prohíbe la calumnia y la maledicencia. Un proverbio griego enseña que, entre los animales salvajes, el más peligroso es el calumniador, y el más nocivo de los domésticos el adulator. Los niños deberán ser preservados de esta doble tendencia, muy común entre ellos, y que se manifiesta por los apelativos y zalamerías con que se tratan. Si no se triunfa de esas inclinaciones en la niñez y adolescencia, más tarde conducen a la maledicencia, a la calumnia y a la adulación más vil y degradante.

La mayoría de los niños tratan instintivamente de hacerse agradables para salirse con lo que pretenden. Se hacen chismosos, ya para echar sobre otros sus propios defectos, ya sencillamente por el placer de charlar. No advierten que las adulaciones, lo mismo que las zalamerías, envilecen, y que, al andar con cuentos y denuncias a los otros, cometen una infamia.

Los padres no han de guiarse más que por la prudencia, la justicia y la bondad, sin dejarse influir poco ni mu-

cho por la adulación. Por consiguiente, no tolerarán nunca las delaciones, a no ser que tengan por objeto, como antes hemos dicho, prevenir un mal o un peligro.

Si los niños acusan a otros para echar sobre ellos la responsabilidad de sus propias faltas, hay que procurar persuadirlos de que el ejemplo o las instigaciones de los demás no les sirven de excusa, como tampoco sirvieron a Adán y Eva, cuando el primero echó la culpa a la segunda y ésta a Satanás.

Pero ¿será posible evitar que los niños murmuren de las faltas de los demás, si oyen constantemente a las personas que les rodean discutir los defectos ajenos y hablar mal del prójimo?

«¿Quién eres tú para juzgar al que es siervo de otro?» (1), dice San Pablo. Cuando Dios se ha reservado el juicio supremo y definitivo, prueba manifiesta es de que no nos ha puesto en las condiciones que se requieren para juzgar. Nosotros no podemos leer en el corazón de los demás hombres, ni apreciar las circunstancias todas en que se hallan. Indigno juez sería el que pronunciara una sentencia sin dejar al acusado el medio de defenderse. Pues bien, todo maldiciente es ese juez e inicuo acusador.

No se ponderará bastante el cuidado con que se debe evitar la murmuración delante de los niños; porque merced a tan mal ejemplo, no sólo aprenden a poner tachas a los demás, sino que pierden todo respeto a las personas desacreditadas en su presencia. Ocurre muchas veces que ciertos defectillos, sacados a plaza de ese modo, despojan a la persona que es objeto de la murmuración, de una influencia que sería muy de desear por todos con-

(1) Rom. XVI, 4.

ceptos. Los que hablan desfavorablemente de los padres en presencia de sus hijos, ocasionan a éstos un daño grave. De la misma falta se hacen culpables los padres que reprenden sin consideración o ridiculizan ante los niños a sus maestros, instructores y aun a los ministros de la Religión. ¿Qué respeto podrán tener los hijos a las personas, de tal modo descalificadas, y, de consiguiente, qué provecho podrán sacar de sus enseñanzas?

Sin duda, la prudencia no permite fiarse ciegamente de todo el mundo, y permite, al contrario, que sepamos formar juicio de aquellos con quienes tratamos.

Es preciso conocer las buenas y malas cualidades de un hombre para saber cómo hemos de conducirnos con él, qué empleo podremos darle y hasta qué punto nos será dable fiarnos de su adhesión y fidelidad. Por tal razón, las preguntas y conversaciones encaminadas a poner en claro lo que necesitamos saber, no deben ser calificadas de maledicencia.

Esta consiste en juzgar al prójimo sin necesidad, en hacer notar sus debilidades, en tomarle por blanco de chistes y bromas de mejor o peor gusto, en atacar su reputación.

No es fácil apreciar el daño causado por la maledicencia.

- 1.º, al que la profiera.
- 2.º, al que es objeto de ella.
- 3.º, a los que la oyen.

El hábito de fijar la atención en los defectos ajenos, se opone a la caridad. Ese hábito conduce al pecado, indispone con el prójimo, llena de acrimonia las conversaciones y el espíritu de amargura y de malicia.

San Felipe Neri impuso cierto día a un maldiciente la

penitencia de arrojar al viento cierta cantidad de plumas, y recogerlas después que estuvieran dispersas en todas direcciones; queriendo demostrarle así por la imposibilidad de ejecutar esta tarea, la no menos grande de reparar el daño causado al prójimo por medio de la maledicencia.

La misericordia se ha prometido a los misericordiosos. Nuestro Señor considera como hecho en su obsequio todo el bien que dispensáremos al prójimo. «El que amare al prójimo cumple la ley» (1). «La misma medida que hicieris servir para los demás, servirá para vosotros, y aun se os dará con creces» (2). «Al hombre que, valiéndose de la calumnia, derrama la sangre de una persona, aunque huyendo llegare hasta el borde de un abismo, nadie acudirá a detenerle» (3).

La maledicencia perjudica a la persona de quien se murmura; mancha su reputación, la despoja de la confianza, aprecio, amistad, relaciones, y la priva a veces hasta de pan. Por la maledicencia se puede desacreditar a un hombre y arruinar su porvenir.

La maledicencia daña a los que la escuchan, sobre todo si son jóvenes. Arrastrados por el ejemplo, caen en la misma falta; dando oídos a la maledicencia participan del pecado; y a proporción que se desarrolla en ellos la disposición a la crítica, se paralizan sus progresos intelectuales y morales. No viendo otra cosa que las ajenas flaquezas, ni pueden aprender nada de nadie, ni aprovecharse de cosa alguna.

La maledicencia llega a ser un pecado mucho más grave todavía, si se dirige contra los superiores.

(1) Rom. XIII, 8.

(2) Marc. IV, 24.

(3) Prov. XXVIII, 17.

Ninguna cosa finita es absolutamente perfecta; todo tiene sus limitaciones; la sabiduría no consiste en descubrir los defectos de todo lo que nos rodea, sino en discernir lo bueno para sacar de ello el mayor partido posible.

El octavo mandamiento prohíbe también los juicios temerarios. Hay que evitar ante los niños no sólo la manifestación de las sospechas que se tengan, sino la interpretación de las acciones ajenas de una manera desfavorable; es preciso tratar de explicar cualquier intención malévola, cualquier determinación aviesa de un superior, procurando atribuirle a una distracción, a un olvido, a una mala inteligencia.

¡Cuántas discusiones nacen de tales sospechas! Mientras no se tengan pruebas positivas de la mala voluntad de una persona, la caridad preceptúa no suponerla.

Dícenos la doctrina cristiana que no hay pecado, allí donde no consta con entera certeza que la acción se ha ejecutado con conocimiento y deliberación. Si la Iglesia nos permite juzgarnos a nosotros mismos con tanta indulgencia, ¿por qué no hemos de sacar de esa benignidad el deseo de juzgar misericordiosamente a nuestros prójimos?

Noveno Mandamiento

«No desearás la mujer de tu prójimo.»

El noveno mandamiento es considerado muchas veces como el complemento del sexto; por eso no suele insistirse mucho en explicarlo. Y, no obstante, su objeto y extensión merecen capítulo aparte.

Habéis oído—predicaba el Señor a la multitud que le

rodeaba en Galilea —que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo, ya adulteró en su corazón (1).

Por las cuales palabras vemos que, el noveno mandamiento, no se refiere sólo al hecho de usurpar la mujer de otro, sino también a los malos pensamientos y a las tentaciones a que se da entrada o que se suscitan en los demás.

San Francisco de Sales dice, que, en el matrimonio, es necesario fundarse, no sólo en el aprecio recíproco, sino también en una recíproca inclinación. Por consiguiente, el deseo de agradar, no es reprobable, cuando puede conducir a un matrimonio honrado. Pero tratar de atraer las miradas y despertar estimación y afecto cuando ni puede ni debe conducir al matrimonio, constituye una infracción del noveno mandamiento.

Hay mujeres que toman por entretenimiento el coquetear, pretendiendo a veces que no hacen mal alguno. Sin duda olvidan que se peca, no sólo con las acciones, pensamientos y palabras, sino también con las miradas, y escuchando lo que no se debe. No echan de ver que, si la ligereza no arrastra inmediatamente a pecados positivos, abre al menos en esa dirección un camino resbaladizo. Ignoran que, aun manteniéndose ellas inmunes de un daño considerable, lo causan a aquellos en cuyo corazón despiertan, sea una esperanza ilusoria, sean peligrosos ensueños o funestas pasiones.

No es fácil expiar sus propios pecados y reparar el mal que cada uno se ha hecho a sí mismo, y ¿lo será remediar los estragos causados en otras almas?

Desde la edad más tierna deben los niños ser preve-

(1) Matth, V, 27, 28.

nidos contra la familiaridad, contra la excesiva o indiferente indulgencia, las caricias exageradas, etc.; pero todavía hay que evitar con mayor cuidado y empeño las relaciones de las jóvenes con los jóvenes y de éstos con aquéllas.

El compañerismo y la familiaridad entre los jóvenes de ambos sexos ofrece de una parte y otra gravísimos inconvenientes. Asegúrase que en América esta libertad de trato anda muy generalizada sin que aparezca en ella el menor peligro. Lo cual supondría que la educación americana infunde a las jóvenes desde la cuna tal sentimiento de su dignidad personal, y a los muchachos tal respeto a las mujeres, que la libertad de relaciones entre ellos no ofrece peligro de ningún género; aunque, a decir verdad, esa pretendida ecuanimidad de la juventud americana de ambos sexos, creemos que es pura fábula, y que allí sucede lo propio que en todas partes.

Cuanto más ventajosas sean las relaciones, más honestas y dignas entre hombres y mujeres, tanta mayor circunspección se ha de poner en evitar toda familiaridad.

Las máquinas no funcionan cuando les faltan los engranajes correspondientes. Pero los infelices que se dejan por descuido prender en esos engranajes, aunque sólo sea por el borde de sus vestidos, pagan su imprudencia con la vida o con alguna enfermedad. Por eso los reglamentos de policía imponen una infinidad de precauciones para la seguridad de los obreros.

Pues de no menor previsión han menester los padres para preservar a sus hijos, cuando éstos hacen su entrada en el mundo. Una mirada, un apretón de manos, una palabra, son el borde del vestido que se enredó en el engranaje para ocasionar un daño imposible de reparar, dando

origen a una esclavitud moral, ofuscando la conciencia, extraviando el corazón, y dando al traste con la paz doméstica.

Las mujeres, como instrumentos de Dios, pueden adquirir una influencia tan considerable como santa; pero, cuando se convierten en instrumentos del espíritu del mundo, las consecuencias de su conducta son tan perniciosas, que bien puede decirse con razón donde quiera que se haya cometido un crimen misterioso: «¿Quién es ella?»

Por lo regular, los hombres reciben su primera educación de mano de las mujeres. Estas son, por lo general, mejores educadoras; tienen mayor indulgencia para las faltas de los niños, mayor dulzura, superior paciencia; saben cuidar mejor de los pequeños, aprovechar las ocasiones para dirigir en ellos el desarrollo del juicio y de la conciencia, para enseñarles a ser ordenados, decentes, bien criados, y para desenvolver en ellos muchas otras cualidades de gran valor.

Es erróneo creer que la formación del carácter de los muchachos requiera ponerlos con la mayor antelación posible bajo la dirección de hombres. Pero aquí hemos de advertir que, cuanto es de desear la tutela femenina, si las institutrices son prudentes, virtuosas, bien educadas e instruídas, otro tanto son de lamentar los efectos de la mencionada tutela e influencia, cuando las mujeres dedicadas a la educación carecen de las debidas cualidades.

Las mujeres, en especial aquellas cuyo nivel moral es poco elevado, son propensas a mimar a los niños, y en especial a los jovencitos, hasta el punto de permitir y aprobar todas las travesuras que cometen. Los niños habituados a la familiaridad que les ofrece el trato con tales personas se sienten desgraciados cuando se les provee de

una sociedad mejor, es decir, más elevada y más seria. Buscan de una manera instintiva el nivel intelectual y moral a que se han acostumbrado, prefiriendo pasar el tiempo entre mujeres, que, en vez de contrariar sus caprichos, les mimen y adulen en todo, con la mira de captarse así su confianza e imponerles su influencia.

Algunas criaturas, en especial los niños, huyen de las caricias exageradas, y por un saludable instinto, evitan la familiaridad; pero de ordinario las disposiciones de los niños dependen del medio en que han pasado su infancia, y los malos hábitos adquiridos en esa edad, por más inocentes que parezcan al principio, pueden tener para lo sucesivo grandes inconvenientes.

La familiaridad y lo que se llama cortejar o galantear son faltas tanto más graves, cuanto que, los que se atreven a cometerlas, tienen más experiencia del mundo y de sus costumbres que aquellos o aquellas con quienes se divierten. Podría decirse que lo que para unos es materia de solaz y divertimento, para otros es cuestión de vida o muerte. Lo que por un lado se considera como cosa de juego mundano e inocente, como sentimentalismo poético, como simple episodio novelesco, por otra parte puede ser tomado como indicio de afecto verdadero y de intenciones serias. De ahí tantas ansiosas esperanzas, exigencias, desengaños, odio, desprecio, deseos de venganza...

El verdadero cariño y las intenciones serias se manifiestan con entera formalidad, más bien por la timidez que por el trato excesivamente confiado. Las risas, bromas, confidencias y sensiblerías no denuncian ordinariamente sino el poco aprecio en que se tiene a las personas con quienes se usan.

Guárdense, pues, los jóvenes, de decir, oír, hacer o

autorizar lo que no pueda ser visto y sabido por todo el mundo.

El representarse vivamente que se está en la presencia de Dios basta para dar idea del modo como conviene portarse en todas las circunstancias. Desgraciadamente, esa consideración no es siempre y para todos bastante viva y poderosa para darles el triunfo de las tentaciones que se encuentran en medio del mundo. Acuérdense, pues, aquellos a quienes la presencia de Dios no basta para librarse del mal, de las palabras de Jesucristo: «Lo que dijisteis a obscuras, se dirá en la luz del día; y lo que hablasteis al oído en las alcobas, se pregona sobre los terrados» (1).

Es una locura esperar que, cómplices tan imprudentes, como el mismo que se propasa, han de guardar un secreto. Lo que sucede de ordinario es, que se vanaglorian públicamente de su «buena fortuna».

No hay cosa tan oculta que al cabo no llegue a saberse. ¡Cuántas confidencias no corren de boca en boca, siempre «a condición de guardar secreto», por salones, cafés y reuniones, hasta llegar a los mismos cuya estimación más temerían perder los interesados! ¡Cuántas cartas de que nadie debería tener noticia, y que se había dado palabra de destruir inmediatamente, llegan después de años a manos de la mujer o marido interesados en ellas, a sus hijos o nietos para echar sobre la familia la mancha de una deshonra!

La coquetería y sus funestos resultados provienen ordinariamente del deseo de agradar. Este deseo es innato en el corazón del hombre y más aún en el de la mujer; y como todas las tendencias innatas, se convierte en un

(1) Luc. XII, 3.

estímulo para el bien como para el mal. No conviene, por tanto, proscribirla en absoluto, sino dirigirla con prudencia, sabiendo con quiénes y en qué grado es legítimo el deseo de agradar; lo importante es conocer lo que está dentro de lo lícito y lo que no puede permitirse.

El deseo de agradar a Dios basta por sí solo para ennoblecere y santificar la vida. El deseo de agradar a los padres y superiores es una excitación a conformarse mejor con su voluntad. El deseo de agradar a los inferiores facilita a éstos el cumplimiento de sus obligaciones. El deseo de agradarse mutuamente sirve de salvaguardia a la virtud y felicidad del matrimonio.

El Evangelio nos dice del Niño Jesús que «crecía en gracia y sabiduría en presencia de Dios y de los hombres». He ahí el fin a que puede aspirarse, y entonces el deseo de agradar será bueno y legítimo.

A veces se cree que es lícito buscar la simpatía de los demás, si no por medio de la coquetería, al menos valiéndose de un lenguaje meloso y un tanto adulator. Por este medio se logra, en efecto, andar bien quisto entre las personas de entendimiento mediocre; pero agradar en la sana acepción de la palabra, y sobre todo agradar de veras y por mucho tiempo, sólo se logra haciéndose merecedor de la estimación de aquellos con quienes tratamos.

Pórtense los jóvenes de modo que se conquisten el aprecio de los demás, sin descender nunca a nocivas familiaridades; sean para las personas con quienes tratan lo que deben ser, guardándose de todo lo que pueda alterar su propia paz, o la ajena. Y, dirigiéndonos a las jóvenes, procuren apartarse de los miserables artificios a que recurren las mujeres con demasiada frecuencia para granjearse atenciones y obsequios o sentimientos, tan degradantes

por parte de quien los desea, como del que los concibe y alimenta.

Harto evidentemente se colige de lo que vamos diciendo, los graves peligros que amenazan a las jóvenes al hacer su entrada en el mundo, y, no obstante, aunque las relaciones mundanas causan a menudo graves perjuicios, fuerza es reconocer que también pueden prestar grandes servicios, dependiendo todo de las razones que hay para entrar en la vida del mundo y de la manera de portarse en él. Si es cierto que ocasionan frecuentes pérdidas de tiempo, gastos exagerados, exceso de trabajo, exaltación de la sensibilidad y de la imaginación, empero no lo es menos que las relaciones mundanas contribuyen hasta cierto punto a perfeccionar la educación. Es raro que ésta, por más perfecta que sea, pueda reemplazar lo que dan el trato del mundo y sus reglas de buen tono. El servicio militar endurece y capacita para las fatigas de la guerra, desbasta y habitúa a la disciplina a los jóvenes, imbuyéndoles espíritu de orden y puntualidad. Pero las jóvenes carecen de medios para adquirir ciertas cualidades a no ser por las relaciones mundanas que las acostumbran a velar sobre sí mismas y a dominarse, a no dejarse arrastrar de sus caprichos y a dar a cada uno lo que se le debe.

Conviene repetir aquí que la mejor salvaguardia para los jóvenes de ambos sexos se halla en las conversaciones íntimas y cotidianas con sus padres. Estas pláticas son la piedra de toque de la educación. No nos referimos sólo a lo que pueden decir los padres, sino a lo que los hijos se acostumbran a referirles, asociándolos a todo lo que les interesa, ocupa y asombra; a todo lo que oyen, ven, leen, piensan o dicen, así como a lo que les inquieta o desean.

Una confianza ilimitada para con sus padres es en los hijos la defensa más segura contra todos los peligros del mundo.

Décimo Mandamiento

«No codiciarás la casa de tu prójimo; ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.»

El décimo mandamiento completa el séptimo y el noveno; su objeto es proteger el hogar doméstico y afianzar el orden social. Defiende además los derechos materiales y morales de cada uno.

Reina por desgracia la misma relajación de principios, ora se trate del respeto de la propiedad ajena preceptuada en el último mandamiento, ora del juicio que debe hacerse de las transgresiones del noveno, o bien de las faltas contra el décimo, es decir, de las erróneas opiniones de toda especie que atentan a los derechos del prójimo.

Preciso es confesarlo: un gran número de personas no consideran pecado codiciar la servidumbre de los demás. Arrancar a un criado de casa de sus amos es entre nosotros cosa tan habitual, que nadie se atreve a elogiar las cualidades de un buen dependiente, ni a recibir a alguno nuevo por miedo de exponerse al disgusto consiguiente de perderle a los pocos días.

Si según las palabras de San Pablo, «todos somos miembros unos de otros» (1) ¿qué decir del vínculo que une a los criados con sus señores?

Las Sagradas Letras hablando del criado fiel, dicen que

(1) Rom. XII, 5.

«debe ser para su dueño como su alma» (1), es decir, como lo más precioso que se posee.

En Polonia, la mayoría de las veces, el criado recogido y sustentado, como la denominación misma de «criado» indica, desde su infancia en la familia del amo, viene a ser para éste un verdadero amigo, el testigo más íntimo de su vida, su confidente en las tristezas, su consejero en los apuros de cada día, hallándose tan estrechamente ligado a él, que todo les es común: hijos, casa, tierras, buena o mala fortuna. Amo y criado llaman «nuestras» todas las cosas y con justa razón, puesto que comparten el trabajo y las solicitudes.

El vínculo que une a señor y criado es algo más que el parentesco o vínculo de sangre, porque es un lazo que liga las almas, al menos según el espíritu de la religión cristiana. En las sociedades donde la fe disminuye, el retorno a las ideas paganas es causa de que se conceptúe el servicio como una suerte de esclavitud, y, por consiguiente, como un atentado a la dignidad e independencia humanas.

Dios nos ha creado para servirle; de modo que todos somos sus siervos. El mismo Jesucristo declara que no ha venido para ser servido sino para servir (2). La Madre de Dios se proclama sierva y esclava del Señor (3). El Papa se da a sí mismo el título de «siervo de los siervos de Dios» y encima del edificio donde habitan sus criados, se lee: «Familia del Papa». «Siervos de Dios» solemos llamar a los sacerdotes y religiosos; los funcionarios más altos del Estado se denominan «ministros», es decir, sirvientes.

(1) Eccl. XXXIII, 31.

(2) Matth. XX, 24.

(3) Luc. I, 38.

Servir en el ejército para la defensa del país es un honor; ¿por qué, pues, el servicio privado ha de ser tenido por degradante?

La razón de tal deshonra en todo caso no está en la condición de ser sirvientes, sino en la conducta que observan ciertos criados y ciertos amos. A los primeros toca conquistarse el aprecio de sus amos por el modo de prestar su servicio; y a los segundos, si saben hasta qué punto dependen de los criados el bienestar, la paz y la seguridad de la casa y de la familia, corresponde portarse con ellos como conviene, darles ejemplo de las virtudes que se les exigen, inculcar, en fin, a los hijos, la cordialidad en el trato con la servidumbre y las consideraciones debidas a los más ancianos.

Al inducir al criado del prójimo a que abandone la casa de su dueño se ocasiona un daño:

- 1.º Al amo, que sufre una penosa decepción.
- 2.º Al mismo criado que pierde así el derecho a la confianza.
- 3.º A sí mismo, tomando un sirviente con el que no se puede contar.

Si los que poseen y los que trabajan, los propietarios y los gañanes, los patronos y los obreros, observaran debidamente el décimo mandamiento, las contiendas y rivalidades que dividen a la sociedad en dos campos enemigos no tardarían en desaparecer, y la codicia del bien ajeno dejaría de ser el obstáculo insuperable para llegar a una inteligencia cordial. Por desgracia no sucede esto: y mientras los unos aspiran al acrecentamiento indefinido de su fortuna, los otros no piensan más que en despojar a los primeros.

La animadversión entre ambos campos crece de día en

día y el acuerdo entre ellos parece un enigma imposible de resolver. Sin embargo, el décimo mandamiento nos ofrece la solución del problema con estas sencillas palabras: «No codiciarás».

La busca del bienestar para sí o para los suyos y el deseo de aumentar lo que se posee, son en sí mismos legítimos, y en ellos se contiene el estímulo más poderoso para el trabajo y la industria. En la parábola del Evangelio, Jesucristo alaba al que habiendo recibido cinco talentos supo negociarlos. Pero el reino de los cielos se promete a los pobres de espíritu, es decir; no precisamente a los que no tienen mesa ni hogar, sino a los que carecen de orgullo; no a los desvalidos en particular, sino á los humildes de corazón (1).

Sin embargo, el divino Maestro nos advierte en otro lugar que es difícil a los ricos entrar en el reino de los cielos (2). Para que el bienestar y la riqueza no impidan la consecución del cielo, deben ser adquiridos, conservados y aumentados por el trabajo, la economía y la prudencia; no por el juego, las especulaciones y la explotación del prójimo.

Las riquezas, como todo lo que viene de Dios, deben servir para el desarrollo de la vida física, intelectual y moral. De otro modo el uso de las riquezas es, no sólo un despilfarro, sino también un abuso criminal, como lo fué el de los bienes espirituales que poseía Lucifer.

Los niños deben entender ante todo que el hombre no es el propietario, sino mero administrador de los bienes que Dios le ha otorgado. Estos bienes han de ser empleados para gloria y servicio del mismo Dios, su verdadero

(1) Matth. XI, 29.

(2) Matth. XIX, 23.

propietario, y concurrir a la propagación de su reino en este mundo. Todo lo que el hombre hace para instruirse, santificarse y aumentar su bienestar, debe servir para elevar el nivel intelectual, espiritual y material de la sociedad y de la nación. Si los ricos se guiaran por los dictámenes de la más elemental prudencia, tratarían de difundir las ventajas de su posición social haciéndolas sentir al mayor número posible, y sobre todo a los que con su trabajo contribuyen a sostenerlas y fomentarlas. Es necesario que, al mejorar su propia situación, mejoren también la de los que les rodean, y que mediante el desarrollo de su industria, comercio e intereses domésticos, contribuyan a la prosperidad de la industria, comercio y agricultura de su país.

Para que el próspero suceso de los negocios y el bienestar tengan carácter divino, se requiere que todo provecho personal contribuya al bien general; de esta manera se suprimirían las tentaciones ambiciosas de acrecentar sin término ni medida que suelen acosar a los ricos, y se apaciguarían las quejas de los pobres.

Los ricos pretenden justificar a veces su lujo, alegando que por medio de ese mismo lujo dan de comer a multitud de industriales, operarios y criados. Su parte de verdad hay en ello; pero si las personas que compran, por ejemplo, perlas y otras piedras preciosas, contribuyen al sostenimiento de los que las han buscado, pulido, montado, etc., ese beneficio es accidental y muy poca cosa relativamente al capital que tales joyas representan e inmovilizan. El mismo capital, empleado en introducir adelantos y perfeccionamientos en la agricultura, industria u otras empresas útiles, desarrollaría esas ramas del trabajo, con mayores ventajas para el país y para la sociedad. Así lo

vemos en muchos casos de honesta inversión de capitales; casos en que una sola persona o familia abre nuevas fuentes de riquezas para una comarca.

Al modo que el vapor de agua, que circula entre el cielo y la tierra, sirve para el sostenimiento y desarrollo de la vegetación y de la vida, así también el dinero que descende de las manos del capitalista a las del operario, sostiene y desenvuelve el bienestar económico de la sociedad.

Los poderosos que se sientan agujoneados por la codicia de poseer sin término, deben tener presente que el hombre no vive sólo de pan (1). Cuando se vive con la conciencia tranquila, cuando se consigue dejar a los hijos una buena reputación, un nombre respetado, buenos ejemplos y tradiciones de familia, ¿no se procura su felicidad de la mejor manera que es posible hacerlo? Mirado a la luz de la fe, es necio sacrificar su porvenir temporal y eterno a un puñado de oro más, conquistado por el robo.

La buena reputación y la paz de la conciencia suelen carecer de grandes palacios y de suculentos y exquisitos manjares; pero con ellas, aun el pan seco y la morada más humilde, valen más que la abundancia y el fausto de los que llevan un nombre deshonorado.

Por funesta que sea la avaricia en los ricos, en los que produce la dureza de corazón y la perversión de la conciencia, arrastrándolos a una infinidad de pecados, no es, sin embargo, tan terrible en sus efectos como la codicia de los pobres.

Cuando el ansia de poseer los bienes ajenos se apodera de los pobres, éstos no se ciñen a explotar al prójimo como los ricos, sino que se dejan llevar del furor de

(1) Luc. IV, 4.

destruirlo todo, tienen por buenos y lícitos cualesquiera medios que puedan ayudarles a ello, y no retroceden ante crimen o violencia de ningún género.

Sin duda es importante prevenir a los jóvenes ricos contra la avaricia y los excesos que de ella nacen; pero importa todavía más preservar a los pobres de la codicia y malos deseos prohibidos en el décimo mandamiento.

A menudo el deseo de lo ajeno no es tanto el afán de poseer, como el odio contra los poseedores y la falsa idea de que toda riqueza, toda posición, toda ventaja poseída por cualquiera individuo, cede en detrimento de los menos favorecidos por la fortuna.

Para preservar a los niños de la envidia, se necesita en lo posible destruir las causas, enseñándoles a juzgar con criterio recto y sano sobre las cuestiones de igualdad, propiedad, trabajo, ganancia, riqueza, etc. Con este objeto es preciso demostrarles hasta qué punto las ideas de igualdad, fortuna o posición social carecen de fundamento y son absurdas y peligrosas.

En la grandísima diversidad de criaturas de Dios, no se encuentran dos iguales entre sí. Lo mismo se observa entre los hombres, los cuales se diferencian de tal modo en cuanto a la salud, las fuerzas, aptitudes y virtud, que toda posibilidad de hallar dos enteramente iguales, puede considerarse como ilusoria.

Cuando se pretende fundar la justicia en igualar a los que por naturaleza son desiguales, se comete la mayor de todas las injusticias.

Es, pues, imposible crear o mantener condiciones de vida rigurosamente idénticas para seres dotados de libre albedrío y que poseen, en grados diversos, facultades y aptitudes del todo diferentes.

La idea de igualdad que no existe ni en el orden físico ni en el orden moral, es una utopía incompatible con el orden social y tiende a destruirlo por su base. En efecto, para llegar a la igualdad de bienes materiales, no habría otro camino que despojar a unos para enriquecer a otros; pero entonces, privando al individuo laborioso y hábil de la ganancia, fruto y recompensa de sus esfuerzos, le faltaría el estimulante para el trabajo, sin que por eso mejorase definitivamente la situación general; además de lo cual el equilibrio se hallaría todos los días amenazado por las envidias codiciosas de los holgazanes y el ahorro de los trabajadores.

Sábese que la existencia del mundo creado por Dios reposa como en su principio en las minúsculas partes o átomos que se reúnen para formar un todo; también sabemos que estos átomos se mantienen, sea en movimiento, sea en reposo, por el antagonismo de las fuerzas que los gobiernan; correspondiendo a cada átomo un papel distinto, previamente fijado en la ordenación general. De igual suerte, en el orden moral, cada individuo tiene una situación, una labor peculiar que llevar a cabo, y el conjunto de los individuos forma el cuerpo social, que, como todo cuerpo compuesto, no podría existir sin la diversidad de sus partes.

Por consiguiente, sin perder el tiempo y las fuerzas en buscar condiciones sociales irrealizables, sin quitar ni envidiar nada a nadie, sin destruir nada, es preciso sacar partido de las condiciones sociales, tomándolas como son para ver de establecer otras nuevas y mejores.

Si ciertos ricos abusan de los bienes de fortuna para perjudicar a los pobres, no es a la riqueza a quien hay que acusar de ello, sino a la manera de ver, al corazón, a

la conciencia de los que la poseen. Por consiguiente, no se trata de despojarlos de la fortuna, sino de enseñarles a usar de ella según el orden divino.

Cuanto mayores peligros se ofrezcan en el extravío del juicio y el predominio de una pasión en cualquier materia, tanto más importa en ese mismo punto preservar a la juventud y darle armas para defenderse.

Sobre todo en estos tiempos urge aperebirla contra la codicia y la envidia que de ella resulta. Esto exige gran vigilancia; porque la envidia es de ordinario tanto más profunda, cuanto más secreta, y causa innumerables estragos antes de manifestarse.

El catecismo enumera la gula, la pereza y la envidia como pecados capitales, porque son la fuente de muchos otros pecados.

Algunos creen que el mejor medio de preservar a los niños de la envidia es observar rigurosa justicia con ellos. Pero a menudo se forma un concepto equivocado de la justicia; tal sucede cuando se pretende establecer una igualdad estricta, es decir, imposible, entre los niños por lo que hace a los vestidos, alimentos, juguetes, etc., igualdad que no pudiendo subsistir más tarde, perjudica a la buena educación.

De modo que, al dirigirse por el principio de la igualdad, se cae en el escollo mismo que se desearía evitar. Los niños se hacen descontentadizos y exigentes sobre lo que a su entender se les debe; se acostumbran a pesar, a medir, a examinar, conforme a la noción que se han formado, todo lo que se les da. Considéranse lesionados en su derecho por la menor diferencia de color, forma o dimensiones. Toda desemejanza entre los regalos se convierte en un motivo de celos y de quejas. En vista de

lo cual, lo más práctico es abrazar el principio contrario, y repártase lo que se quiera a los niños, evitar en lo posible la igualdad, habituarlos a la idea de que sus padres tienen derecho de dar lo que les parezca, y no permitirles imaginar que, desde el momento en que cualquiera de ellos ha recibido alguna cosa, se les debe también a los demás.

Aprendan cuanto antes a contentarse con lo que tienen. El hábito de respetar la voluntad de sus padres les dispondrá para conformarse después con la voluntad de Dios y no murmurarán contra las determinaciones de la Providencia.

Un excelente medio de prevenir la envidia consiste en procurar que intervengan todos los hijos en el donativo que se hace a uno de ellos. Para ello puede, por ejemplo, pedirse parecer a uno de los hermanos sobre la elección de regalo destinado a otro, encargar la operación de empaquetar y remitir el objeto de que se trata. Los niños suelen gozar tanto en prestar estos pequeños servicios, que no piensan en dar cabida a la pasión de la envidia.

Para combatir los celos y cualquiera otra mala inclinación sirve poderosamente mover los sentimientos, disposiciones y actos contrarios. Así pues, conviene inducir a los niños a regocijarse con lo que alegra y divierte a los demás, a enseñarles desde muy temprano a ser generosos con lo que poseen, a prestar ayuda a los demás, a servirles; de suerte que lleguen a experimentar la verdad encerrada en las palabras de Cristo: «mayor dicha hay en dar que en recibir» (1).

Dios ha dotado desigualmente a los hombres conforme a la misión que les señala en este mundo; pero eso

(1) Act. XX, 35.

no quiere decir que deje de amarlos infinitamente a todos; a todos alcanza por igual su Providencia; todos pueden recurrir a Él con la misma confianza y contar con su misericordia.

He ahí una excelente enseñanza para los padres y maestros; deben éstos amar igualmente a los niños confiados a su solicitud, lo cual no significa que hayan de experimentar la misma simpatía por todos. Pero seguramente deben ejercer sobre todos la misma vigilancia, prodigarles los mismos cuidados, darles idéntica educación, de modo que ningún niño pueda considerarse privilegiado, ninguno pospuesto.

Hay que evitar la excesiva indulgencia con unos y la demasiada severidad con otros; el exceso de indulgencia desarrolla el egoísmo, y una severidad desmedida atormenta a los niños, los deprime y da lugar a los celos con todas sus perniciosas consecuencias.

Si los niños pertenecen a una familia rica, importa inculcarles que cuanto mayor fuere su fortuna, mayores serán también sus deberes y responsabilidad. Aprendan de San Juan Bautista a acordarse de los que tienen menos (1), y no olviden la sentencia del divino Maestro: «difícil le es a un rico entrar en el reino de los cielos» (2). No deberán consentir que se les apegue el corazón a los bienes temporales, si no quieren privarse de los bienes eternos; ni hacer alarde de su fortuna, de su condición, de su saber; semejante vanagloria es indigna de un hombre honrado, porque, despertando la envidia, puede ser para los demás causa de pecados graves.

Cuando los educandos sean pobres, ha de enseñárseles

(1) Luc. III, 11.

(2) Marc. X, 24.

siempre, según las palabras de San Juan Bautista, a contentarse con la situación en que Dios los ha colocado (1), hasta que con su trabajo hayan logrado crearse otra mejor; se deberá recordarles que el Salvador del mundo quiso tener padres pobres, apóstoles pobres, nacer en pobreza, vivir y morir en el mayor desamparo: finalmente, las exhortaciones que se les dirijan habrán de ir encaminadas a imitar las virtudes de Jesucristo, repitiendo desde el fondo de su corazón: «Mi herencia es excelente para mí» (2).

En efecto, si el hombre dotado, a imagen de Dios, de inteligencia y voluntad llegare a comprender su fin eterno y su misión temporal; si se hubiere acostumbrado desde la niñez a tender con todas sus fuerzas a ese objeto supremo, a cumplir fielmente con el destino que le haya cabido en suerte, sometiéndose con deliberado conocimiento a las leyes establecidas por Dios; si se hubiere fortalecido con la fe, la esperanza y el amor, podrá frente a todo y contra todo, en la fortuna próspera como en la adversa, decir que «el yugo de Cristo es dulce y su carga ligera» (3).

(1) Luc. III, 14.

(2) Ps. XV, 6.

(3) Matth. XI, 20.

Los mandamientos de amor

I

Del amor de Dios

«Dios es amor y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él».
Joan. Epis. I. IV, 16.

Como en cierta ocasión preguntaran a Jesús, cuál era el mayor de los mandamientos, respondió: «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste y dice: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas» (1).

Todos los mandamientos están, pues, comprendidos en el que nos ordena amar a Dios y al prójimo; todos se encaminan al mismo fin: el amor, la justicia, el respeto de los derechos ajenos y de los nuestros, es decir, el cumplimiento, por lo que toca a Dios, al prójimo y a nosotros mismos, de lo que a cada uno se le debe.

Estos tres linajes de amor, aunque diferentes en sus

(1) Matth. XXII, 36-40.

signos exteriores, son, no obstante, una sola e idéntica virtud, que dimana de la misma fuente y se dirige al mismo fin.

El que ama a Dios, usará de misericordia con el prójimo y consigo mismo. El que amare al prójimo y a sí propio en el verdadero sentido de la palabra, deseará para el prójimo como para sí la plenitud de la felicidad eterna, es decir, la posesión de Dios, y por lo mismo amará a Dios con mayor verdad y eficacia.

El amor de Dios es una virtud teologal, y de consiguiente, como el mismo Dios de donde emana, es a la vez el origen y el fin, el principio y término de toda virtud y de todo bien.

En el mundo físico, la diversidad infinita de los individuos está sometida a la diversidad infinita de las leyes propias de cada especie y al mismo tiempo a las leyes generales que rigen la naturaleza.

Lo propio sucede en el orden espiritual: los mandatos y las prohibiciones, intimadas por los mandamientos particulares, se preceptúan en nombre de una ley general, que es la ley del amor.

Dios, según nos enseña la Doctrina Cristiana, ha creado el mundo por amor y porque nos amaba; y puesto que Él nos lo da todo por amor, quiere que por amor y porque le amamos, cumplamos todo lo que Él espera de nosotros.

Aunque el amor de Dios conmueve a veces la imaginación y la sensibilidad, a pesar de la ayuda poderosa que estas facultades le prestan, sería erróneo creer que ellas constituyen la esencia del amor divino o que éste depende de ellas substancialmente.

Fácil es demostrar a los niños con ejemplos sacados

de la vida diaria la delicadeza de conciencia a que debe conducir el amor de Dios, inculcándoles el temor que han de tener a manchar su alma, es decir, el temor de ofender a Dios y el deseo de agradarle y glorificarle. Se debe habituarlos a cumplir todo lo que manda el amor de Dios, como si ya le poseyeran, aun cuando no se hallaren aún en condiciones de tener idea alguna respecto de esta virtud, reina de todas las demás.

El amor de Dios no es una virtud natural, y por eso requiere ciertas condiciones para prender y desarrollarse en el alma. Tales condiciones se adquieren excitando los deseos, los temores y los actos que en el orden espiritual emanan del amor y conducen a él.

Cuando se ama verdaderamente a Dios, se evitan, no solamente los pecados mortales por temor del castigo o de la muerte eterna, sino que se huye hasta de las más leves faltas y de todo lo que puede desagradar al Sér amado. Prefiérese entonces sufrir la muerte a pecar: sea contra la fe, sea contra la verdad, la justicia u otras perfecciones divinas. Así lo vemos en las vidas de los mártires, de los santos y de los héroes cristianos.

El horror al pecado y el deseo de la virtud guardan siempre proporción con el amor que se tiene a Dios.

Aun cuando todos los mandamientos se hallen inspirados en el amor divino, y aun cuando tengan por objeto tributarle un homenaje exterior e interior, los tres primeros mandamientos definen de un modo especial la substancia del culto inmediato y exterior debido al Autor de todo lo creado. Conformarse rigurosamente con las prescripciones de ese culto, es un deber que obliga a los niños que tienen uso de razón lo mismo que a las personas mayores.

II

Del amor del prójimo

Los siete últimos mandamientos de Dios nos trazan los deberes que tenemos para con el prójimo. Y además nos enseña el Catecismo lo que pide el amor del prójimo en las obras de misericordia espirituales y corporales.

Pero independientemente de los preceptos formales, debemos, por el hecho de haber sido creados a imagen de Dios, respetar esta imagen en nuestros prójimos.

El Señor considera, como cosa suya, el bien o el mal hecho al prójimo (1). Podemos, pues, y debemos tributar homenaje a Dios como a Padre en la persona de sus hijos, como a Señor en la persona de sus siervos, como a Rey en la persona de sus súbditos.

Todo padre siente, como sabemos, el daño causado a su hijo; todo amo considera como ofensa personal la injuria inferida a sus criados; todo monarca ve una lesión de sus propios derechos en los perjuicios ocasionados a sus súbditos. Necesario es tener presente en nuestras relaciones y trato con el prójimo, que éste es hijo, siervo y súbdito de Dios, y que, por tanto, al ofenderle o causarle algún daño, ofendemos a Dios como a Padre, Maestro y Rey. Si la fe sin las obras es cosa muerta, con mayor razón lo es el amor sin las obras que de él dimanar, puesto que el amor por su naturaleza mueve a obrar más todavía que la misma fe.

Para aprender a amar a nuestros hermanos, nada

(1) Matth. XXV, 40.

mejor que empaparnos en la vida y enseñanzas de Jesucristo no menos que en los ejemplos y doctrina de los Apóstoles. El celestial Maestro instruía, curaba, convertía, consolaba a los que acudían a impetrar sus auxilios. Y ¡qué admirable ejemplo de paciencia nos legó soportando la pusilanimidad, la grosería, la ingratitud, la obstinación en no creer, y por último, la traición de los que le rodeaban y se llamaban discípulos suyos!

«Aun cuando penetrase todos los misterios y poseyera todas las ciencias, aun cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una parte a otra los montes, faltándome la caridad nada soy.

»Y aunque distribuyera todos mis bienes para sustento de los pobres, aun cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si no tuviera la caridad, todo lo anterior de nada me serviría» (1).

Hay obras que parecen ser de misericordia y que, sin embargo, no dimanen en absoluto de la caridad. Tales obras, despojadas de este espíritu de caridad que viene de Dios, pueden responder a cierta ideal aspiración de belleza, a cierta ética filosófica, a la falsa concepción de la llamada «filantropía»; pero no serán jamás actos del amor cristiano al prójimo.

Un filósofo inglés decía, que «el hombre es un lobo para sus semejantes». Esta fiera conseguirá por algún tiempo en nombre del ideal, de la ética y de la filantropía, vestirse de la piel de oveja y remedar su balido, pero el lobo seguirá siendo siempre lobo, volverá a sus antiguos hábitos, y, no buscando más que su propia satisfacción por encima de todo, se volverá al bosque a la primera ocasión. Para que el hombre pueda transformar completamente

(1) I Cor. XIII, 2. 3.

su naturaleza de lobo; para que sus buenas obras sean pacientes, dulces; para que no sean hijas de la curiosidad y del orgullo, de la ambición o del propio interés; se necesita que el amor al prójimo, a la patria, al género humano, tenga su origen en Dios, en la caridad de Cristo que ha dado su vida por la salvación de las almas. Si el hombre no ha de ser un lobo para sus semejantes, ha de ver en ellos más que hermanos, ha de ver en ellos miembros de Jesucristo. Sólo así domará su innato egoísmo y será capaz de llevar a cabo actos informados por el amor.

«La caridad subsistirá siempre, durará por toda la eternidad... Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad: pero de las tres, la más excelente de todas es la caridad» (1).

III

Del amor cristiano de sí mismo

Dejamos dicho más arriba que el mandamiento de la caridad comprende, no sólo el amor de Dios y del prójimo, sino también el que, hablando cristianamente, se debe tener cada uno a sí mismo.

Es de la mayor importancia enseñar a los niños en qué consiste este amor y señalarles los obstáculos que se oponen a su recto ejercicio.

Entre todas las criaturas del universo físico, solamente el hombre ha sido formado a imagen de Dios. Esta imagen merece nuestro mayor respeto, así en el prójimo como en nosotros mismos, y debemos procurar que se perfeccione y resplandezca en el modo de conducirnos.

(1) I Cor. XIII. 8, 13.

El que ama verdaderamente a Dios, prefiere morir antes que ofenderle. De igual modo el hombre que se ama a sí mismo según el espíritu cristiano, prefiere morir, antes que manchar con el pecado la imagen de Dios en su alma.

A la manera que los defectos de un espejo deforman hasta la monstruosidad las imágenes de los objetos que se reflejan en él, así todo pecado, aunque sólo sea venial, y aun toda imperfección consentida, altera la imagen de Dios que debe reflejarse con limpidez y perfección en el alma del hombre.

Esta semejanza de Dios impresa en nuestro espíritu, nos muestra elocuentemente la alteza de nuestra vocación y de nuestro destino.

El amor cristiano de sí mismo se aprovecha de todos los dones, de todas las gracias de Dios, para responder a su vocación temporal y eterna.

Nuestro Señor Jesucristo nos dice, que debemos aprender de los hijos del mundo la prudencia con que se gobiernan en los negocios temporales.

Si en el orden temporal se considera bueno y acertado mirar por la conservación de la propia vida, y lo mismo se diga de la honra y bienes de fortuna, ¿qué locura no es la de aquellos que no muestran la misma solicitud en poner a salvo la pureza de sus almas y su herencia de la gloria?

¿Qué labrador se daría por satisfecho con una mezquina cosecha, si mediante su industria y diligencia pudiera obtener una abundante y espléndida recolección? ¿Qué fabricante despreciaría la ocasión de mejorar sus productos? ¿Quién, que conociera un medio de adquirir la salud, la belleza, no recurriría a él y le pondría en práctica con ardor? ¿Quién sería bastante insensato para con-

tentarse con lo más vil, teniendo el derecho de aspirar a lo que hay de más noble y elevado?

Y, por otra parte, en este miserable «valle de lágrimas» abundan las situaciones dolorosas imposibles de eludir o evitar; son muchas las cosas que nos faltan o que no son suficientes, y los trances penosos a que no tenemos más remedio que someternos a consecuencia de las dificultades de la existencia o de la injusticia humana.

¿Cómo sufrir todo esto, y sufrirlo como Dios exige que lo hagamos, si la educación no nos hubiere enseñado que, a pesar de las condiciones y circunstancias más desfavorables, a pesar de la miseria de la situación y de lo implacable de las persecuciones, el hombre puede siempre elevarse, ennoblecerse, fortalecerse en la virtud y conquistar la independencia del alma, propia de los que se aman a sí mismos y aman a Dios, como pide el espíritu cristiano?

El amor desordenado de nosotros mismos, es decir, el egoísmo, es el que nos impide amarnos cristianamente. El egoísmo hace que el hombre anteponga su propia voluntad a la de Dios, y anhele los bienes terrenos y perecederos con preferencia a los eternos, pisoteando para ello la justicia y despreciando los mandamientos de Dios.

De aquí que sea de grandísima importancia prevenir a los niños contra el desarrollo de esta peligrosa inclinación natural y que deba considerarse como parte esencialísima de la educación, inculcarles desde el principio que, según las palabras de Cristo, el hombre no viene al mundo para ser servido, sino para servir (1), que nuestro destino en la tierra, no se cifra en la busca y consecución de los placeres, sino en contribuir al bien de nuestros seme-

(1) Marc. X, 45.

jantes; que la felicidad huye de los que la pretenden para sí propios, mientras se ofrece espontáneamente a los que se la procuran a los demás; que la estimación, el amor, los homenajes, se deben a los que se hacen dignos de ellos y no a los que los exigen; y, por último, que el que sacrifica su vida por servir a Dios, defender la verdad y la justicia y cumplir estrictamente sus deberes, ése logra la salvación de su alma (1).

Los mandamientos de la Iglesia

Los preceptos de la Iglesia, lo mismo que los de Dios, son de importancia y trascendencia, no sólo espiritual y eterna, sino también temporal y social.

Existe, sin embargo, entre ellos, una diferencia; los mandamientos de Dios son la base y condición del orden moral y material de las sociedades y naciones; los mandamientos de la Iglesia son una regla que tiene por objeto mantener la disciplina entre los fieles. La autoridad que los ha promulgado tiene el derecho de dispensar de ellos según las circunstancias; pero nadie puede dispensarse jamás de obedecer a los dos preceptos fundamentales de amar y servir a Dios y al prójimo.

Mas a pesar de la dispensa que se puede obtener en circunstancias excepcionales con respecto a los mandamientos de la Iglesia, éstos no dejan de ser de capital importancia.

La Iglesia ha sido instituída por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor, de quien ha recibido las llaves de su

(1) Matth. X, 39.

reino. Por consiguiente toda desobediencia a la Iglesia implica una desobediencia a Dios. El que no respeta los mandamientos de la Iglesia, deja de ser miembro vivo de la misma, condena su alma a la muerte y se excluye por lo mismo del reino de los cielos.

Los mandamientos de la Iglesia dan testimonio de su autoridad sobre los fieles y del deber de obediencia que a estos incumbe, creando una afinidad mutua entre los fieles, así como una afinidad entre ellos y la Iglesia.

Las sectas disidentes cuentan con un considerable núcleo de fervorosos adeptos; tienen templos, pero no Iglesia en el sentido que los católicos damos a esta palabra, es decir, sociedad universal que no tiene en la tierra más que una primera Sede y una Cabeza.

Sólo la Iglesia Católica romana ha recibido de Dios el derecho y facultad de imponer preceptos en su nombre. Fuera de la Iglesia Católica nadie debe creerse obligado bajo pena de comprometer su salvación, a obedecer a sus jefes espirituales.

La obediencia a los mandamientos de la Iglesia es el santo y seña por donde se reconocen los católicos. Esos mandamientos son nuestra bandera. Santificamos los domingos y fiestas de guardar, guardamos la abstinencia los viernes con preferencia a cualquier otro día de la semana, confesamos y comulgamos por Pascua más bien que en otra festividad, porque la Iglesia así nos lo manda.

Obedecer a la Iglesia, es confesar la fe católica, despreciando el respeto humano, las ideas del supuesto progreso, las burlas, las presunciones, y, en fin, las sugestiones todas del demonio, el mundo y la carne.

Los mandamientos de Dios, como ley moral, tienen por sí mismos una importancia capitalísima, independiente del

mérito de la obediencia. Los mandamientos de la Iglesia se proponen, antes que nada, la afirmación de nuestra obediencia a su autoridad. No todos lo entienden así, y por eso se escandalizan de las dispensas concedidas por la Iglesia. Sin duda en la aplicación, como en todas las cosas, pueden existir abusos: pero teóricamente ¿cómo negar a la Iglesia el derecho de dispensar de lo que ella misma ha establecido?

Otros, dejándose llevar de su personal modo de ser, se creen obligados a extremar el respeto y obediencia debidos a los mandamientos de la Iglesia, sin echar de ver que no se debe ser más papista que el papa ni meterse a gobernar a la Iglesia, sino someter su propio juicio al de las autoridades competentes, sin apegarse demasiado a sus propias opiniones, sujetando de ese modo la razón humana a la Sabiduría eterna, cuya expresión suprema en este mundo es la Iglesia Católica.

CUARTA PARTE

Los obstáculos

El pecado, como obstáculo de la buena educación

El Catecismo no se ciñe a enunciar lo que la Iglesia nos manda creer, ni a indicarnos lo que debemos evitar para cumplir nuestra misión temporal y alcanzar nuestro destino eterno, sino que nos instruye además sobre lo que nos impide la realización de ambas cosas, y sobre las virtudes y medios de conseguirla.

En la educación, el estudio de las dificultades no es menos necesario que el de los principios y normas de bien obrar.

Entendemos por obstáculo todo lo que es contrario a la sabiduría y voluntad de Dios: la incredulidad, la desobediencia, el abuso del entendimiento, de la voluntad y demás facultades.

Por razón de estas facultades hemos sido creados a imagen de Dios, a fin de dirigirnos conforme a su sabiduría y voluntad. Si usamos de ellas para contrariar la realización de nuestro destino, y si a imitación de Lucifer,

no queremos obedecer ni servir como él, en lugar de extender el reino de Dios en nosotros y a nuestro alrededor, trastornamos el orden establecido por Dios. Entonces, de siervos del Señor, nos convertimos en esclavos de Satanás, del mundo y de los sentidos; en vez de propagar la luz, la verdad, la justicia, el orden y la misericordia, difundimos el odio, las obras del ángel de maldad, es decir, el pecado, fuente de todos los males temporales y eternos.

Para apreciar la gravedad del pecado y su importancia, es preciso comprender la excelsa dignidad del Sér a quien ofende, y, por tanto, debemos aprender a conocer a Dios conforme nos enseña la doctrina cristiana al tratar del fin del hombre. Constantemente necesitamos volver los ojos a este conocimiento fundamental, a fin de comprender en lo posible nuestras relaciones con el Creador y sus derechos ilimitados sobre nosotros.

Los derechos de los padres sobre los hijos, los de un rey sobre sus súbditos sólo pueden darnos una idea imperfectísima de lo que son los derechos del Creador sobre la criatura. Recordemos que el hombre no goza de su vida, sino en cuanto Dios se la conserva en cada instante, porque toda vitalidad, toda fuerza, todo sér dimana de Dios, subsiste merced a la acción divina, y debe servir para dar gloria al Autor del Universo y volver a Él.

El pecado es una rebelión de la voluntad humana contra la voluntad del Creador, una rebeldía del hombre salido del polvo y de la nada contra el que le ha dado el sér.

Podemos colegir la gravedad y trascendencia del pecado, reflexionando sobre sus consecuencias. El hombre creado para la unión con Dios, es decir, para la luz, la

verdad y la bienaventuranza eterna, se aparta mediante el pecado de tan elevado destino, y se condena a sí mismo por toda la eternidad a los padecimientos y a la desgracia.

Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios.

Si en vez de aplicarnos a conocerle, no anhelamos sino lo que se opone a los designios de Dios, lo que debilita la fe, mancha el corazón y corrompe las costumbres, nos condenamos por nuestra culpa a la imposibilidad de conocer a Dios. No hay unión posible entre la luz y la obscuridad, entre la verdad y la mentira. Cuando, menospreciando el amor de Dios y el cumplimiento de su voluntad, caemos en las redes del amor propio y del egoísmo, ¿tiene nada de extraño que seamos incapaces de aspirar al amor eterno?

Si en vez de servir a Dios, empleamos sus dones en beneficio del mundo, cae de su peso que deberemos esperar nuestra recompensa del amo a quien hemos servido; podremos ser remunerados en el tiempo, pero de seguro no lo seremos en la eternidad.

Si en lugar de aspirar a la felicidad eterna, no atendemos más que a las satisfacciones temporales, es evidente que, al ser despojados por la muerte de lo que es temporal, no conseguiremos lo que dura eternamente.

La gravedad y trascendencia del pecado no quedan bastantemente expuestos diciendo que ofende a Dios y conduce a la reprobación.

En efecto, Dios no deja de ser misericordioso porque el hombre le sea infiel. Pero por muy misericordioso que sea el Señor, es también al mismo tiempo justo, y reúne las dos condiciones de Padre y Juez. El hombre no habría

podido conciliar estos dos caracteres; pero Dios lo ha realizado de una manera admirable con el hombre. Para que la misericordia de Dios no fuera obstáculo a su justicia, ni ésta a su misericordia, el Señor ha querido satisfacer a la justicia por medio de la misericordia. Y al efecto, tomó sobre sí con la naturaleza humana los pecados del linaje humano, y con su muerte temporal lo salvó de la muerte eterna.

De esta suerte el pecado fué causa de la pasión y muerte de Jesucristo, y este pensamiento debería bastar por sí solo para excitar en nuestros corazones el odio al pecado.

En el orden material podemos hallar comparaciones que nos ayuden a comprender los resultados de la insubordinación del hombre a las leyes de Dios. Sabemos que la basílica de San Pedro de Roma, por su inmensidad, por la armonía de sus proporciones, la perfección de su arquitectura y la riqueza de su ornamentación, es uno de los más célebres monumentos del arte humano.

Miguel Ángel, después de haber concebido este magnífico edificio en su conjunto y en sus menores detalles, después de haber dibujado los planos y reunido los materiales, debió evidentemente confiar la ejecución de la obra a los artistas, artesanos y obreros elegidos a este efecto. ¿Qué habría ocurrido, si al comenzar unos y otros la obra no hubieran hecho caso de los planos y órdenes del maestro, siguiendo cada cual sus propias ideas y atendiendo únicamente a su propia conveniencia y ventaja personal? En lugar de una obra maestra, el resultado habría sido un monumento hijo de la confusión y de la locura humanas.

Representémonos lo que resultaría, si al tocar la mejor sinfonía del compositor más afamado, los músicos que

compusieran la orquesta, en vez de ejecutar cada uno su parte en el momento debido, en el tono, medida y ritmo indicado, cada uno siguiera las inspiraciones de su propia fantasía, y tocara lo primero que le ocurriera y en la forma que mejor le pareciese.

¿Qué sería, por último, de un ejército, si en lo más rudo de la batalla, los soldados, en lugar de conformarse con los planes y órdenes del general en jefe, combatieran cada uno por cuenta propia, yendo al asalto o abandonando su puesto, según creyeran conveniente? Semejante ejército, en vez de reportar la victoria, sólo conseguiría precipitarse en la más vergonzosa derrota.

Lo mismo sucede en todo orden de cosas cuando falta la disciplina, y muy especialmente en el orden moral, cuando los hombres, despreciando la voluntad de su Creador, no observan sus mandamientos y se gobiernan por la propia voluntad.

Si el pecado se opone al cumplimiento de nuestro destino en la tierra y a la consecución del último fin, claro está que el principal objeto de la educación ha de consistir en reprimir las malas inclinaciones, evitando que se desarrollen, y en preservar a los niños de todo pecado. Tal es la manera de pensar de todos los que fundan la educación en el anterior principio. Sin embargo, el hombre no es un sér pasivo. Creado para la felicidad, para la unión con Dios, busca sin cesar el modo de ser feliz y de elevarse. Ninguna fuerza humana sería capaz de apartarle de esa innata tendencia. La educación no consiste en romper o dificultar ese natural deseo de felicidad y de gloria, sino en transformarlo en una fuerza que nos ayude a cumplir la voluntad de Dios.

Es necesario enseñar a los niños a buscar la felicidad

y el engrandecimiento, no dejándose arrastrar de sus apetitos como lo hicieron Luzbel y Eva, y como hasta hoy lo vienen haciendo todos los pecadores, sino sirviendo a Dios, al prójimo y a la patria en la verdad y la justicia.

En una palabra, la educación debe enseñar a vencer las consecuencias del pecado original, a no dejarse dominar de los malos instintos y a vencer el mal con el bien (1).

El catecismo establece una distinción entre los diversos pecados; los unos más graves se llaman pecados mortales, los otros, de gravedad menor, pecados veniales.

Estas denominaciones son harto fundadas, porque el pecado que recibe el nombre de mortal, siendo una transgresión voluntaria de los mandamientos divinos en materia grave, nos despoja de todos los derechos a la vida eterna y nos separa de Dios, que es la fuente de la vida sobrenatural.

Por lo que hace a los pecados veniales, el catecismo enseña que incurrimos en ellos siempre que infringimos los mandamientos de Dios en materia leve, o bien en materia grave si falta en el que lo infringe el conocimiento y la deliberación necesarios.

La distinción entre el pecado mortal y el venial es importante; de consiguiente, es preciso no caer en el error de los que, sea por falta de nobleza de alma, sea por escasez de conocimiento, se figuran que, desde el momento en que no caen en pecado mortal, importa poco que se dejen arrastrar al pecado venial, puesto que éste no les priva de la recompensa eterna. En semejante modo

(1) Rom. XII, 21.

de ver no se sabe qué es lo más deplorable; si la necesidad o la cobardía.

¿Quién osaría excusarse de haber faltado al respeto a su padre diciendo: «no es una piedra lo que le arrojé sino sólo un puñado de barro?» Pues eso mismo es lo que nosotros hacemos respecto de Dios, al mirar como cosa ligera y despreciable el pecado venial. Además de esto, teniendo que mirar por nuestra salvación, ¿podemos hacer poco caso de las gracias de Dios que el pecado nos hace perder, al par que nos priva de la fuerza, de la virtud, de la salud y de la belleza del alma?

Considerar de otra manera este asunto sería exponerse a una terrible equivocación; conocemos las palabras del Salvador: «El que es infiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes» (1).

Las faltas leves preparan el camino a las graves. Por eso hemos de procurar preservarnos de todo pecado, por despreciable que pueda parecernos, animándonos a ello con pensar lo que debemos a Dios y a nuestra alma, y por consideración al buen ejemplo que debemos dar a nuestros prójimos.

Pero si por una parte hay personas que se dejan arrastrar a diversas faltas, so pretexto de que «son solamente pecados veniales», en cambio hay otras que experimentan verdaderas torturas de conciencia por considerar las menores faltas como pecados mortales; los que así proceden, caen a veces en el desaliento y la duda, abandonan los medios necesarios a su enmienda y llegan a desesperar de su salvación. Debe explicarse a los niños que, aun evitando las menores faltas, hay sin embargo una gran diferencia entre una infracción voluntaria y pre-

(1) Lucas, XVI, 10.

meditada de los mandamientos divinos y aquellas faltas ligeras que se cometen, no tanto por malicia, cuanto por humana fragilidad.

La doctrina cristiana establece además otra distinción entre los pecados y enumera:

7 clases de pecados capitales.

6 clases de pecados contra el Espíritu Santo.

4 clases de pecados que claman al cielo pidiendo venganza.

9 clases de pecados de cooperación.

Estas divisiones ayudan a formar el juicio y la conciencia.

Hase dicho, con razón, que lo que se concibe bien se expresa con claridad; y recíprocamente, una definición clara da también clara idea de las cosas; ahora bien, ¿qué cosa puede ser más importante que comprender bien lo que es el pecado, en qué consiste y cuáles son sus consecuencias temporales y eternas?

La concupiscencia es la inmundicia fuente de todo padecimiento y de todo pecado; y no obstante, la concupiscencia no es más que la corrupción o degeneración de una de las facultades más nobles del corazón humano, facultad destinada a estimular al hombre a merecer el reino eterno de la gloria, a gozar de la contemplación de las perfecciones divinas mediante la eterna unión con Dios. El deseo es una fuerza vivificante. La Escritura Santa, elogiando al profeta Daniel, le llama un varón de deseos «*vir desideriorum*» (1).

Dios es la vida y el único autor de todo lo que de ella participa; todo lo que vive recibe de Él su vida y en Él la alimenta. La vida en Dios es un acto; en la creación es

(1) Dan. X, 11.

un incesante deseo, una aspiración interminable; y cuanto más encumbrada se halla una criatura en la escala de la vida, tanto más alto y más lejos apuntan sus deseos.

Allí donde no hay aspiraciones, no hay vida. El pecado original ha herido mortalmente a las almas por el hecho de haber destruído las aspiraciones puestas por Dios en el corazón humano, o más bien las ha desviado de su objeto; ha transformado el deseo de los bienes espirituales y eternos en concupiscencia de ventajas temporales; y hubiera cambiado la vida eterna en muerte perdurable, si Nuestro Señor Jesucristo no nos hubiera rescatado, triunfando de la muerte por su pasión y abriéndonos por segunda vez el reino de los cielos. El objeto de la educación consiste en reparar el daño causado a las almas, en disponerlas a cumplir los designios de Dios sobre ellas, en despertar en ellas el deseo de las perfecciones divinas, venciendo la codicia miserable de las ventajas terrenas.

Hay tres clases de concupiscencias:

La concupiscencia del espíritu, es decir, el deseo de sobresalir; de ella nacen el orgullo y la cólera.

La concupiscencia de los ojos, es decir, el deseo de poseer; de donde provienen la avaricia o la envidia.

La concupiscencia de la carne o la sensualidad, es decir, el deseo de placeres sensuales, que engendra la gula, la pereza y la lujuria.

I

Pecados capitales ⁽¹⁾

I.—El Orgullo

Los pecados capitales reciben este nombre, porque de ellos dimanar todos los demás.

Vemos que en esta lastimosa lista el catecismo coloca el orgullo en primer lugar. Esta pasión, en efecto, desempeña en la historia de la decadencia humana un papel importantísimo y excepcional.

El orgullo tiene tanta mayor importancia y es tanto más difícil de vencer, cuanto que se halla secundado por tres enemigos de nuestra salvación: el demonio, el mundo y la carne.

La carne inspira el orgullo de la salud, de la fuerza, de la hermosura, y ¡cosa extraña! hasta el de la enfermedad con el fin de atraerse miradas, homenajes, satisfacciones de amor propio y vanidad, y para justificar la solicitud por las comodidades materiales y el lujo en el tocador, el alimento o la vivienda.

El mundo y el demonio explotan igualmente el orgullo. Ninguno de los dos podría extender su imperio, si el orgullo no se pusiera a su servicio. Sin embargo, el mundo y el demonio explotan al orgullo en formas absolutamente distintas.

El espíritu del mundo impone siempre las mismas tiránicas exacciones a sus vasallos. Para vivir en buena armonía con el mundo, es preciso sacrificarlo todo: la salud, a

(1) Marc. VII, 21, 22.

fin de habituarse a la moda; las relaciones y los deberes de familia, a fin de estar día y noche allí donde prescribe el buen tono; la fortuna, a fin de amoldar a sus pretensiones todos los actos de la vida. En las relaciones con el mundo no cabe medio. Es necesario marchar con él y seguirle, es decir, dirigirse por las solas consideraciones humanas, o romper con él.

No ocurre lo mismo con el demonio; es un engañador, y, como tal, está pronto a servir por largo tiempo y con humildad, con tal de salirse con la suya. Poco le importa que cualquiera de sus víctimas aspire a ocupar el trono o a retirarse al claustro, con tal que en una u otra condición logre mantener vivo en su alma el sentimiento del orgullo. Nada se le da de que el vestido sea de satén o de jerga, mientras logre que el orgullo se abrigue bajo el uno o el otro.

El demonio no se opone ni a los ayunos, ni a las mortificaciones, siempre que el hambre y las privaciones se alimenten del orgullo, como sucede no pocas veces.

El mundo y la carne son tan invariables en su acción para la pérdida del alma, como variadas son las vías y trazas del demonio para mejor amoldarse a la diversidad de las disposiciones y temperamentos. Durante largo tiempo deja al alma en completa libertad y se contenta con atisbar el punto por donde el orgullo podrá penetrar más fácilmente. Sabe que con tal de meter la punta de la hebra, el ovillo entero pasará después sin dificultad alguna; bástale sorprender una mirada o sonrisa de desprecio, o bien escuchar cualquier palabra presuntuosa, para sentirse en su casa, para saber al momento por dónde ha de llegar al alma y lo que podrá sugerirle un próspero suceso. En lugar de contrariar los movi-

mientos del orgullo los fomenta y dirige por donde mejor se desenvuelvan. Poco le importa que humanamente hablando tengamos o no motivos para enorgullecernos. Hasta de la misma necedad sacará partido para fundar en ella la vanidad y la presunción. En hecho de verdad, la tontería y el orgullo caminan siempre a la par; y en ocasiones es difícil saber cuál de los dos defectos precede al otro, pero al demonio no se le da un camino del origen que pueda tener el orgullo con tal de poder infundirle en el alma; sabe por experiencia hasta donde puede conducir y con eso tiene bastante. A él le arrojó del cielo, y de ángel de luz le trocó en ángel de tinieblas. El orgullo le sirvió para seducir a Eva. Si Satanás es el padre de la mentira y el príncipe de las tinieblas, el orgullo entrega el alma a las tinieblas y a la mentira. De todas las malas inclinaciones transmitidas por el pecado original, ninguna es tan difícil de desarraigar como el orgullo.

San Francisco de Sales, queriendo significar la tenacidad extrema con que el orgullo se pega al alma, decía que no muere en ella sino algún tiempo después de la muerte.

Nunca se concederá bastante atención a los peligros que resultan del orgullo, ni a la tarea de preservar de él a los niños desde la edad más tierna; mas para salir airoso en la empresa se requiere que los padres sepan bien lo que es el orgullo y conozcan los síntomas o indicios por los cuales se manifiesta, y la manera de combatirlo.

El orgullo es un concepto exagerado del propio valer así como de las aptitudes y derechos que le acompañan. Los orgullosos no quieren reconocer los derechos de los demás, ni sus opiniones, y menos aún someterse a ellas; al contrario, desean imponer a todos su modo de ver, juzgan

y critican todo lo que a él se opone, y no creyéndose obligados a obedecer a nadie, exigen en cambio absoluta sumisión a sus particulares juicios y deseos. Y si en ocasiones dan oídos a alguno, no lo hacen porque a ello se crean obligados, sino únicamente porque les conviene.

Semejante disposición, aunque nociva a todas las edades, es absolutamente fatal en la juventud, tanto para el desarrollo de la inteligencia y conocimiento de la verdad, como para la vida y adelantamiento espiritual. Plugo a la Providencia dar a los jóvenes aptitudes precisamente contrarias a las que poseen las personas de edad proveccta. El hombre maduro, merced a los recuerdos y nociones que debe a su propia experiencia, se forma opiniones que, comprobadas y aquilatadas por el tiempo, pueden ejercer una influencia saludable.

La juventud, al contrario, posee escasos conocimientos y carece de experiencia, pero en cambio sus sentidos están más dispuestos y prontos a recoger de fuera lo que puede contribuir a formar su sér moral. Cuando, yendo en contra de este orden providencial, el hombre deja para la vejez la adquisición de los conocimientos que le son necesarios, se expone a que ni la vista, ni el oído, ni la memoria puedan ser entonces bastante vigorosos, y a que una instrucción tan tardía no le reporte casi ningún beneficio. De igual suerte, cuando los jóvenes se ponen a juzgar y criticar antes de poseer los conocimientos y experiencia necesarios, lo hacen sin provecho para nada ni para nadie; no sólo malgastan en vanas críticas el tiempo destinado a su formación intelectual, sino que se incapacitan para instruirse por propia experiencia.

El hombre que sabe discernir lo justo, bello y útil, se

lo asimila en cierto grado y aumenta en proporción su propio valor. Si, en lugar de observar lo que puede serle útil, la juventud no aprende más que lo defectuoso o reprehensible ¿qué provecho podrá sacar de ninguna cosa?

Ciertos padres se figuran que, al emitir dictamen sobre cosas y personas, enseñan a sus hijos la manera de juzgar, y encastillados en semejante convicción no se percatan de fallar sobre todo y sobre todos, sin perdonar censura ni crítica en presencia de los individuos de su familia. Comienzan por donde deberían terminar, sin tener en cuenta que, procediendo así, lo que enseñan a sus hijos es, la maledicencia y la desconfianza, habituándolos a la murmuración femenil.

La crítica es fruta de otoño; el que la recoge en primavera, cosechará fruto verde y mal sazonado.

No faltan personas que consideran el orgullo como un sentimiento de dignidad hijo de la conciencia del propio valer; pero en semejante consideración se contiene una idea errónea de la dignidad y del orgullo.

No exageramos el sentimiento de nuestra propia dignidad, si procuramos fundarla en Dios, en el hecho de haber sido criados a su imagen, destinados a servirle de morada y a gozarle por toda la eternidad. Cuando el alma lo siente así, ese sentimiento le da el respeto a la verdad, a la justicia, a la misericordia y a otros atributos de Dios; en una palabra, la orienta de continuo hacia la perfección porque «Dios es perfecto» (1).

Al contrario, el orgullo se apoya en la mentira; y por eso no consiste tanto en tener un concepto exagerado de sí mismo, como en juzgarse falsamente, es decir, en atri-

(1) Matth. V, 38.

buirse a sí mismo los dones de Dios y en jactarse de su propio mérito.

Los orgullosos se irritan siempre que no se ven suficientemente honrados; pero con la mayor tranquilidad de conciencia no hacen caso alguno de los demás. No quieren servir a nadie, y al mismo tiempo experimentan la constante necesidad de ser servidos. Avaros para con los demás, son pródigos para sí mismos, y tan ocupados andan con lo que creen merecer, que se olvidan de lo que merecen los demás.

El orgulloso no tiene otra mira en todas sus cosas que su propia persona, lo refiere todo a sí y de todo juzga según su propia manera de ver; es el eje sobre que giran todos sus pensamientos, y lo que hace para sí mismo, lo exige también de los demás.

El orgulloso no es capaz de servir ni a Dios, ni a su patria, ni a otra buena causa. Teniendo siempre el «Yo» por único objeto, en vez de dignificar, mejorar, santificar las obras que emprende, las envilece y denigra, echando sobre ellas la mancha de su repugnante egoísmo.

El orgullo puede ser personal; y entonces se fundará acaso en consideraciones de familia o casta, siendo una pasión tanto más difícil de curar cuanto que se debe a una particular estrechez de miras.

El orgullo puede tener por base la colectividad, escuela, industria, ejército o nación a que se pertenece; y aunque en tales casos parece menos irracional, pero no es menos dañoso, porque tiene siempre por principio la mentira.

Todo orgullo ofusca el entendimiento, falsea la conciencia y destruye toda posibilidad de servir de algo a la obra que se trate de ejecutar.

Del orgullo nacen la vanidad, la presunción, la hipocresía, la desobediencia, la terquedad, la dureza para con los inferiores, la aspiración a dominar, las discordias, la ingratitud, la incredulidad y el odio a Dios.

Si tales son los síntomas del orgullo, el mejor medio de vencerle es domar las malas inclinaciones, ejercitándose en las virtudes contrarias y sobre todo en la humildad.

Esta virtud se funda en el conocimiento y amor de la verdad, la cual exige un desarrollo intelectual que el niño no puede tener todavía; pero si los educadores poseen esta noción y amor, hallarán en las circunstancias ordinarias de la vida, numerosas ocasiones de inculcar a los niños que, el hombre por sí mismo, no puede nada, ni es nada (1).

La humildad no consiste en juzgar falsamente de sí propio, ni en calumniarse, ni en adular bajamente a los demás, sino sencillamente en reconocer la verdad y dar testimonio de ella; en comprender que todos los dones que nos hubiesen cabido en suerte se deben a la gracia de Dios, que sigue siendo el dueño de sus dones, y que de ellos tendremos que rendir cuenta algún día y probar que hemos usado de ellos para su gloria y no para satisfacer nuestros propios deseos.

Para mantener a los niños en la verdad, necesitamos evitar todo lo que pueda fomentar el amor propio, la vanidad, el egoísmo, no elogiando sus dotes físicas, trajes, ingenio, etc., y obrando en una palabra de modo que nunca se vean inducidos a pensar ni hablar de sí mismos.

Al celebrar, como por desgracia suele hacerse, las travesuras de los niños, se olvida que sus insolencias, obsti-

(1) Gal. VI, 3.

naciones y trastadas nacen del mismo orgullo que desterró a Lucifer del cielo y al hombre del paraíso.

Es preciso hacer ver a los niños la ridiculez de su vanidad y presunción, y convencerles de que el orgullo, que arrastra a la hipocresía, les vale, no la estimación, sino el desprecio.

Por desgracia, los padres alientan y favorecen demasiado lo que deberían combatir. Permiten a sus hijos que se mezclen en todo, que lo estropeen todo, que se apropien cuanto les venga en talante, que aturdan y molesten a todo el mundo, haciendo de sus hijos una especie de divinidades malignas a quienes nada les está vedado. ¿Cómo es posible que niños educados de ese modo no se forjen un concepto erróneo de su importancia, de sus cualidades, de sus derechos y de todo, en beneficio de su orgullo?

Sin duda los padres deben amar entrañablemente a sus hijos; pero ese amor ha de ser fuerte, prudente, justo y moderado en sus demostraciones.

Rodéese enhorabuena a los hijos de los cuidados más solícitos, pero no se les convierta en ídolos, trastornando el orden de Dios, teniendo presentes los derechos de Dios sobre ellos y los deberes que ellos tienen para con Dios y el prójimo, en especial para con sus padres, superiores, maestros, etc., acostumbrándoles a dar a cada uno lo que se le debe.

Aprendan, desde luego, los niños a pedir y agradecer, como piden y agradecen los que no tienen derecho para exigir nada. El orgullo seca en los niños, lo mismo que en las personas mayores, las fuentes de la gratitud. Armado de una lógica peculiar, el orgulloso rehusa agradecer ningún beneficio, y se comprende: agradecer una

dáviva o una limosna es reconocer que se tiene necesidad del objeto recibido; agradecer un aviso o una instrucción, implica confesar imprudencia o ignorancia. He aquí por qué uno de los remedios más eficaces contra el orgullo consiste en aprovechar todas las ocasiones de mostrarse agradecido, procurando sentirlo interiormente.

No se debe conceder a los niños lo que piden encolezados o de una manera imperiosa. Se les acostumbrará a pedir perdón por cada falta que cometieren, sin contentarse con cualquier zalamería o con la vaga confesión de la imprudencia o irreflexión cometidas, sino que se les obligará a manifestar precisa y categóricamente la falta o desobediencia en que hubieren incurrido. Cuando rompan, pierdan o echen a perder algún objeto, no se les permitirá decir que la cosa «se ha roto, perdido o estropeado», sino que deberán confesarse autores del daño; y si no saben decirlo como conviene, se les sugerirán las palabras necesarias.

La obligación de reparar de una manera precisa sus faltas, obliga a los niños a reflexionar, lo cual es ya de capital importancia; porque ese ejercicio desenvuelve su juicio, forma su conciencia, les da el valor necesario para confesar la verdad. Algunas veces es difícil obtener de los niños que confiesen sus faltas y pidan perdón por ellas, si no se les ha acostumbrado a hacerlo desde el principio, pero importa tanto esa práctica, que para llegar a conseguirla se debe usar de toda la paciencia y perseverancia que fueren necesarias.

También hay que habituarlos a respetar sin excepción a todo el mundo, inculcándoles sin cesar que el Señor considera como hecho a Sí mismo cuanto hiciéremos por el prójimo.

El error en que se apoya el orgullo es una verdadera locura. Una de las fases de ésta es lo que se llama el delirio por las grandezas. Da lástima ver en las casas de alienados, a los infelices que se imaginan ser reyes, grandes sabios y aun dioses; el trastorno de su fantasía no reconoce límites en las ilusiones que es capaz de forjar. ¡Quién sabe si muchos de estos desgraciados hubieran evitado el caer en tales extravíos, reprimiendo y sofocando a tiempo sus tendencias orgullosas por medio de una educación sabiamente dirigida!

Creer algunos que las recompensas y los castigos son indispensables en la educación; sin embargo, si no se aplican juiciosamente, pueden contribuir al desarrollo del orgullo. Es necesario elogiar con moderación, reprender con benignidad, aplaudir los esfuerzos realizados, censurar la negligencia, cuidando siempre de alabar o censurar la buena o mala voluntad del niño y no la perfección o imperfección de sus actos. De otra suerte se podría despertar la presunción o dar origen a sentimientos de rebeldía.

Pero en todo caso, no perdamos de vista que la previsión de los padres, por sagaz y atenta que sea, no basta para preservar al niño de las consecuencias del pecado original. Sólo la gracia de Dios puede llegar a conseguirlo. Padres e hijos deben pedir a Dios esa gracia, recabarla mediante la oración, y prevenirla con el estudio inteligente del catecismo, la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, y en particular de la vida y enseñanzas del Salvador. Ahí podrán aprender y penetrarse de la imponderable insensatez del orgullo humano comparado con la humildad profundísima de Jesucristo, y lo descabellado de nuestras pretensiones frente a su abnegación y

desasimiento. Una de las cosas en que el divino Maestro se nos propone por modelo de una manera especial es en huir del orgullo, cuando nos dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (1).

II.—La Avaricia

Consiste este pecado capital en un deseo inmoderado de poseer riquezas, y en la demasiada solicitud por conservarlas y aumentarlas. La avaricia mata la sensibilidad que nos inclina a condolernos de la miseria ajena, conduce a la codicia, a la mentira, al perjurio, a los litigios, con todo su cortejo de disputas y de odios, y, a veces, hasta al asesinato. Pecado es el de la avaricia para el que los niños parece que ni siquiera han de tener capacidad; y, sin embargo, aunque algunos de ellos se muestren inclinados a distribuir todo lo que poseen ¡cuántos otros tienen el hábito de reclamar imperiosamente todo lo que ven, y tan pronto como lo poseen no quieren desasirse de ello! Es necesario preservar a los niños de ser dominados por tan innoble inclinación, combatiendo sin tregua la tendencia a apoderarse de todo y enseñándoles a repartir de buen grado lo que tienen, a dar a los demás lo mejor de lo que distribuyen y a no volver a tomar lo que una vez hubiesen dado.

Las personas mayores harán mal en rehusar los donativos de los niños: antes han de aceptarlos y guardarlos a fin de acostumar a los niños a los sacrificios de hecho y no a las apariencias de la generosidad. El mejor medio de prevenir a los niños contra la indiferencia a vista de

(1) Matth. XI, 29.

los padecimientos de otros, consiste en desarrollar en ellos la generosidad.

A medida que los niños adquieren el discernimiento necesario, es preciso enseñarles: 1.º, que los bienes de la tierra no son deseables más que en cuanto nos ayudan a conseguir un fin legítimo. 2.º El afán moderado de conservar y aumentar la fortuna está de acuerdo con la prudencia cristiana y no constituye por sí mismo pecado.

En el Evangelio vemos a nuestro Salvador elogiar al que negoció con los talentos que le habían sido confiados.

Las condiciones de la vida material se hacen cada vez más difíciles y el valor del dinero disminuye considerablemente; el que no procura aumentar su fortuna, prepara a sus hijos una situación mucho menos favorable que la recibida por él de sus padres. El acrecentamiento del bienestar individual, suponiendo que se deba al trabajo y a medios honrados, contribuye siempre, en cierto grado, a la prosperidad de la sociedad y del país. El que honradamente aumenta su haber merece bien de la patria.

Comienza a ser inmoderado el apego a las riquezas, cuando la solicitud que se toma por conservarlas y adquirirlas absorbe todas las facultades del alma; cuando saltando por encima de los preceptos de Dios y de la Iglesia, se sacrifica al afán de pensar en el incremento de lo que se posee, la santificación de los domingos y días festivos, sin conceder un momento al reposo y a la oración; cuando esa solicitud induce a despreciar los deberes para con Dios, con la patria, la familia y el prójimo; en fin, cuando el que debiera ser amo y señor de sus bienes se constituye en esclavo de ellos.

La avaricia, considerada en su aspecto más repugnante, no es muy frecuente, pero a su vez también son muy

raros los hábitos de economía, así como son pocos los que sepan discernir entre ésta y la avaricia.

Consiste la economía en usar de los bienes con prudencia, procurando conservarlos y aumentarlos. El hombre económico regula sus gastos por los ingresos, independientemente de toda consideración humana, de la vanidad y del capricho; no se olvida de economizar para los días malos, se esfuerza en lo posible para asegurar el porvenir, sin despreciar no obstante los deberes anejos a su posición.

El que ama y practica la economía, usa de su dinero, como de todo lo demás, con discernimiento, no deteriora nada, no disipa nada de lo que no necesita por el momento, sino que lo reserva para más tarde, lleva al mismo tiempo cuenta con lo que exigen la salud, la caridad, la prudencia, da a cada uno lo que le corresponde, sin ostentosos alardes de generosidad.

El avaro ama el dinero, y en su avidez de acumularlo rehusa, no sólo a los otros, sino también a sí mismo, lo necesario en materia de habitación, alimento y vestido; siempre pronto a llevar la mezquindad hasta un punto, no sólo ridículo, sino repugnante.

La avaricia es un pecado; la economía una virtud: sin embargo, sucede que la exageración de esa virtud conduce al pecado. Es preciso velar para que los niños inclinados a la economía no caigan en la exageración, que puede fácilmente degenerar en excentricidad, en manía, y aun en pasión.

La línea que separa la avaricia de la economía es a menudo difícil de trazar. Si sucede que las personas económicas dan muchas veces en avaras, los pródigos, en cambio, califican de avaricia todo linaje de economía.

A las personas económicas les toca velar porque su economía no adquiera las apariencias de codicia, haciéndolas despreciables.

Así como la economía es una virtud del orden natural, el amor de la pobreza es del orden sobrenatural. Consiste en abstenerse de ciertas cosas convenientes a fin de dar limosna a los necesitados, imitando a Nuestro Señor en las privaciones y desasimiento. Importa mucho preservar a los niños de la avaricia, habituarlos a la economía y excitar en su corazón el amor a la pobreza.

El catecismo nos enseña que la avaricia conduce a la mentira y al perjurio. La avaricia, como pasión, endurece la conciencia y nubla la luz del entendimiento para no ver las miserias del prójimo. Además ¡qué de odios no se desarrollan en las familias, causados únicamente por una avaricia miserable! Vense a menudo familias numerosas que viven en la mejor armonía, mientras no se trata de distribuir bienes de fortuna; pero apenas la necesidad sobreviene sobre todo con ocasión de los matrimonios, o porque se despierta en algunos individuos la codicia, cuando al punto comienzan las discusiones, las discordias y los litigios, que muchas veces no acaban ni con la muerte de los que las iniciaron, perpetuándose de generación en generación, con grave detrimento de las almas y escándalo de todos.

El avaro se persuade siempre a sí mismo y se esfuerza por persuadir a los demás que tiene derecho a mayor cantidad de lo que se le concede, y que debe menos de lo que se le exige. Usa dos pesos y dos medidas diferentes, según que se trate de sus deberes o de sus exigencias; y lo que hace para satisfacer su codicia, trata de ocultarlo por la mentira o busca la manera de justificarlo.

El robo, el asesinato y todas las guerras de invasión, han sido generalmente inspiradas por la codicia.

Por desgracia, ciertos padres, sin quererlo ni saberlo, excitan la codicia de sus hijos por la manera con que les prodigan sus regalos. Cada vez que entran en un almacén, para cualquier negocio, compran algo a los hijos; cada vez que regresan de un viaje, les traen un recuerdo, creando de esta suerte en los niños cierta afición a importunar con molestas peticiones. De esta suerte los hijos no piensan en recibir a sus padres, dando sólo importancia a los regalos que aguardan. Los padres tienen derecho para hacer regalos a sus hijos, pero cuanto menos habituados a contar con ellos están los hijos, mejor lo pasan por todos conceptos.

El hábito de codiciar regalos, de aguardarlos con ansia, de ocasionar gastos para tenerlos, envilece el carácter, es uno de esos vicios morales que, en vez de corregirse con los años, se arraigan más y más; los que han crecido en la atmósfera de tales hábitos, apreciarán después las obras y los hombres, no según su valor real, sino conforme a lo que pueden esperar de ellos o en el grado en que puedan explotarlos. Cuando el número de tales individuos aumenta, la sociedad se vuelve codiciosa, vil, venal, «pueblo de esqueletos sin corazón y sin alma».

III.—La Lujuria

Se comete este pecado por pensamiento, palabra y obra, por deseo y por todo lo que es contrario al sexto y noveno mandamientos.

Al enumerar las consecuencias de estos pecados la

doctrina cristiana cita: «el fastidio por la oración y por todo lo que es virtuoso, la negligencia en el cumplimiento de los deberes, la inmodestia, la ruina de la inocencia, las promesas engañosas, los falsos juramentos, los robos, la ruina de la salud y de la felicidad doméstica, los odios, los duelos, los suicidios y los sacrilegios».

Esto basta para hacer comprender el horror debido a un pecado que acarrea tales consecuencias; no hay hospital en que el mayor número de enfermos no haya sido causado por excesos en materia de lujuria. En las curas de alienados, en las prisiones, en todos los asilos de la miseria, de la enfermedad y del crimen, ese vicio es el factor habitual de la degeneración humana.

El deber de los padres, y, por consiguiente, la misión de los educadores, no consiste en hacer ver las consecuencias de las malas inclinaciones y de los vicios, sino en evitar que se desarrollen. Muchas veces la falta de fe, un juicio erróneo, la ceguera de la conciencia, la ligereza, el descuido, a veces la ignorancia y la falta de conocimiento de la vida, son causa de que los padres no tomen a tiempo las precauciones necesarias para preservar a sus hijos del pecado, viéndose después obligados a llorar tardíamente el pecado y sus nefastas consecuencias.

La responsabilidad de los padres es tanto más grave, cuanto que, mirada por este lado, la educación tiene una importancia excepcional. Todas las otras malas inclinaciones que provienen del pecado original, son, por decirlo así, innatas, se desarrollan por sí mismas, aun cuando los niños no reciban ningún mal ejemplo, ningún consejo criminal. La educación más vigilante no puede impedir estas manifestaciones, así que debe ceñirse a combatir las en los niños y a impedir su desarrollo.

La lujuria, por el contrario, aunque pueda dimanar de una inclinación innata, no puede, sin embargo, en el orden ordinario de las cosas, desenvolverse por sí misma. Los vicios que engendra son las consecuencias ordinarias de las malas conversaciones, de las malas lecturas, de los espectáculos peligrosos y de todo lo que una buena educación ha de alejar de los niños. Cábenos el consuelo de poder afirmar que este pecado no es un mal inevitable y que, desplegando la debida vigilancia, los padres pueden preservar de ella a sus hijos; pero causa espanto pensar los males que pueden venir de la menor negligencia. Para evitarse la molestia de pasear a los niños y acallarlos, las nodrizas, criadas y personas encargadas de cuidarlos, suelen enseñarles a divertirse de la peor manera. Los criados perversos, los compañeros, los parientes más próximos, los maestros y maestras, en una palabra, todos aquellos que de algún modo tienen que tratar con los niños, si son personas sin fe ni conciencia, se divierten a menudo y siempre a escondidas, en iniciar a los niños en el pecado.

Síguese de aquí que el deber de los padres lleva justamente consigo una solicitud incesante. Los padres son respecto de los hijos los representantes de la Providencia de Dios, y, como ella, deberán velar sin descanso.

Al tratar del VI y IX mandamiento, hemos hablado de los medios de preservar a los niños de cometer las faltas del tercer pecado capital. Recordemos solamente aquí lo que nunca repetiremos demasiado, es a saber, que los buenos hábitos lo mismo que los malos, dependen de las condiciones morales y físicas de la vida.

Con respecto a las condiciones morales, se necesita ante todo preservar a los niños de todo lo que puede, de

cerca o de lejos, conducir al pecado, y, por consiguiente, de todo lo que podría suscitar malos pensamientos, de todo lo que pudiera ser nocivo e indigno de ser visto u oído. Hasta tanto que no se haya desarrollado en los niños el juicio, la conciencia, la fuerza de voluntad necesaria para resistir al mal, no se les debe perder de vista ni por un solo instante.

Es preciso inculcar a los niños las excelencias de la modestia y habituarlos a ella, despertar en ellos el amor a todo lo que es verdaderamente bello, bueno y noble, a los actos de caridad, a todo lo que puede, con provecho para ellos o para los otros, ocupar su espíritu, su corazón y su tiempo.

Por lo que hace a las condiciones físicas, teniendo presente que éstas ayudan poderosamente a la castidad moral, se debe procurar una limpieza minuciosa del cuerpo, de la ropa interior, de los vestidos, de la habitación, dar a los niños el alimento que les conviene, evitando el abuso de los dulces y el uso de bebidas excitantes que son dañosas a la salud y ocasión de contraer malos hábitos.

El estado de salud es de tal importancia, que las madres deben consultar a médicos experimentados sobre todo lo necesario para conservar el bienestar físico de sus hijos.

La fidelidad en observar las precauciones más minuciosas atraerá sobre los niños la magnífica bienaventuranza prometida por nuestro divino Salvador en aquellas palabras: «Dichosos los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios» (1).

(1) Matth. V, 8.

IV.—La Envidia

La envidia se halla en general tan oculta y sus síntomas son tan múltiples y complicados, que de todas las pasiones es quizá la más difícil de definir. Hemos dicho que los pecados capitales se denominan así, porque son la fuente y origen de todos los demás. En este caso se halla la envidia, que figura entre ellos, pero tiene de particular, que es al mismo tiempo causa y efecto. Proviene de la ambición del espíritu, es decir, del orgullo y de la codicia de los ojos, es decir, de la avaricia.

La envidia es producida por el deseo de dominar y de poseer.

Los objetos en que se ceba la envidia pueden ser las riquezas, así como las cualidades y beneficios morales. Las apariencias de que se rodea la envidia son tan variadas, que los sometidos a su imperio no saben ordinariamente ellos mismos a qué señor obedecen. Según la definición del catecismo, la envidia es la tristeza causada por el bien ajeno y la alegría del mal que aflige al prógimo.

Esta tristeza proviene de que los demás, al ocupar una posición más elevada que la nuestra o igual a ella, nos privan del primer puesto; de que, al obtener los demás un éxito más feliz que el nuestro o igual al logrado por nosotros, resulta de tal circunstancia que a nuestro parecer, nos vemos privados de aquellos derechos y privilegios particulares y excepcionales que nos darían con entera seguridad el triunfo sobre los demás.

La envidia, de igual suerte que el orgullo, puede no ser personal y referirse a instituciones, asociaciones, castas o clases de la sociedad. Este género de envidia es

tanto más funesto en sus consecuencias, cuanto que no refiriéndose a un bien material, se ceba en el mérito o en las cualidades ajenas.

¡Cuántas generosas empresas han fracasado por causa de la envidia de los que no consienten elogios, aprobaciones y popularidad dedicados a otras personalidades que la suya propia, o a la obra en que trabajan, o al grupo de que forman parte! ¡Cuántos proyectos útiles y bien concebidos no han podido llevarse al cabo, porque la actividad, el desprendimiento y la abnegación de sus autores les atraen el odio de los que no pueden soportar el esplendor de la virtud, de los talentos, y aun del suceso próspero de los demás!

La envidia inculca con frecuencia el veneno de la sospecha en la conducta de los hombres de acción más íntegros; descubre en cada uno de sus actos los móviles más ruines: en su generosidad, designios secretos de medro personal; en sus sacrificios, el instrumento de grandes especulaciones; en su economía, la avaricia; en su justicia, la crueldad; en sus obras caritativas, los cálculos más rastreros.

Parte el corazón ver en la historia cómo las luchas emprendidas por las causas más nobles y que pudieron ser coronadas con la victoria, acabaron en espantosos desastres a causa de las celosas rivalidades de sus jefes. Las heridas más crueles inferidas a la patria no siempre han procedido de la traición o de la venalidad. La envidia es la que, obscureciendo el espíritu y extraviando la conciencia, ahogando los sentimientos de patria y de justicia, ha conducido el país a la ruina.

Esta disposición se manifiesta también en los niños. Parece que todo elogio dirigido a sus compañeros les mo-

lesta y que todo fracaso ajeno redunda en su provecho. La expresión «¡ya lo decía yo!» que se les escapa siempre que a alguno de sus discípulos y compañeros de juego le ocurre cualquier contratiempo, denota una satisfacción que proviene de la envidia ya fuertemente arraigada y hasta consciente quizá.

La doctrina cristiana nos enseña que la envidia engendra la ingratitud, el descontento, la blasfemia, la calumnia, la ofuscación del entendimiento, las difamaciones, el odio, la venganza, el fraude, la traición, las persecuciones y el homicidio.

Vemos, pues, que la avaricia y la envidia producen efectos análogos, sin otra diferencia que la de que la avaricia se ceba en los bienes materiales, en la fortuna, en todo lo que el dinero puede procurar; mientras que la envidia se ceba con preferencia en las ventajas de orden espiritual y moral, en la estimación, el respeto, el amor, las aptitudes, el talento y la virtud.

El avaro se esfuerza en adquirir para sí mismo las ventajas codiciadas, aunque sea con daño del prójimo, pero sin tenerlo por objeto directo de sus gestiones; al contrario, el envidioso piensa menos en adquirir algo para sí mismo que en privar a los demás de los bienes que gozan y de que se muestran orgullosos.

El que se halla roído por el diente de la envidia cree siempre que el feliz resultado de los ajenos trabajos cede en daño propio; que el respeto, la estimación, y en especial el afecto atestiguado a los demás, le despojan a él de algo que se le debe; y entonces, en vez de hacer lo conveniente para merecer aquello mismo que ve con malos ojos en otro cualquiera, se deja llevar de la tristeza, perdiendo así la fortaleza y aumentando sus tentaciones y sus trabajos.

La envidia engendra la ingratitude. El envidioso, en lugar de estimar lo que posee, sólo piensa en lo que reciben los demás; y, como en los progresos y beneficios ajenos ve otros tantos daños y males propios, siempre tiene motivos para maldecir de Dios y de los hombres, para hablar mal, tanto de los que hacen el bien como de los que lo reciben.

La envidia es un incentivo del odio y se siguen de ella las mismas lamentables consecuencias; hace padecer a los que son objeto de ella, tanto como a los que la tienen; además de los pecados y crímenes a que arrastra, roba la tranquilidad, destruye la confianza, mata la felicidad doméstica; si no se la doma en la infancia, de mera inclinación que puede ser entonces, se convierte en una de las pasiones más difíciles de desarraigar.

Para combatir la envidia que tiene por objeto la prosperidad material, es preciso, como cuando se trata de la avaricia, habituar a los niños a la generosidad. Hay que valerse de ellos para dar limosna, procurar su intervención en los regalos y donativos que los padres crean conveniente hacer. Luego que por este medio se hayan convencido los niños de la dulce satisfacción que produce el dar, lo harán en seguida con gusto por su propia cuenta.

Los niños reciben a veces regalos en las épocas de estrenas y en otras ocasiones. Conviene enseñarles a sacrificar una parte de esos regalos en beneficio de otros niños menos favorecidos, y acostumarles a distribuir las golosinas y juguetes, a regocijarse en la alegría ajena y contribuir a ella.

Los pequeñuelos no comprenden ni saben distinguir las cosas de que deben alegrarse o entristecerse y se necesita instruirles en ese punto, como en todo lo demás.

Los medios para conseguirlo son las palabras y expresión del semblante de los que les rodean, la alegría manifestada en su presencia por el feliz éxito alcanzado por el prójimo, y en especial por otros niños compañeros suyos, porque eso es para ellos lo más comprensible.

Por lo que respecta a las habilidades y talentos del prójimo, que a veces son causa de hondísima pena para los menos favorecidos por la naturaleza, la fe es el único remedio que cabe aplicar, a fin de atenuar la celosa tristeza de los individuos. La fe muestra que Dios, infinitamente sabio, omnipotente, Padre misericordioso y dispensador de todos los dones, sabe mejor que nadie lo que conviene a cada uno, y da a cada cual lo que más le conviene. «No es oro todo lo que reluce»; el bocado más sabroso no es siempre el que mejor alimenta al hambriento; muchas veces la medicina más amarga es la más provechosa para el enfermo.

Recibamos con alegre reconocimiento lo que nos diere nuestro Padre celestial; no apeguemos el corazón a lo que nos rehusare; muchas veces al correr en pos de lo que a Dios no le plugo darnos, perdemos los dones que nos tenía destinados.

En cuanto a la envidia que proviene de verse postergado a otros en el amor y aprecio de los demás, es conveniente recordar que el testimonio de tales sentimientos sólo tiene valor, cuando uno los ha merecido; y como todos tienen en su mano merecerlos, no hay motivo para envidiar nada a nadie.

Es preciso, como dice San Pablo, correr de tal modo que se gane el premio (1); y éste no consiste en la aprobación de los demás, sino en la de la propia conciencia.

(1) I Cor. IX, 24.

El que exigiere de los demás testimonios incesantes de afecto, se inspira en el amor inmoderado de sí mismo. El verdadero amor excluye todo cálculo interesado; sólo mira a la satisfacción de las personas amadas y no a la suya propia; a ellas, y no a sí propio, lo refiere todo, y goza menos con lo que recibe que con lo que da. El soldado que en medio del mayor aislamiento y en las tinieblas de la noche arriesga su vida por el servicio de su patria, no da importancia a la honra que puede sobrevenirle; piensa en su país y no en sí mismo.

Sin embargo, la tristeza experimentada al contemplar la ajena prosperidad, no siempre dimana de la envidia, ni en todos los casos denota el pesar de ver a los demás salir airoso en sus empresas; a veces se reduce a una especie de remordimiento, que procede del sentimiento de no haber sabido merecer los elogios tributados a los demás, ni la estimación y el afecto que ellos han logrado conquistarse. Esta tristeza es legítima y útil; mas los padres tienen obligación de velar porque sea para los niños un estímulo que les mueva a trabajar con mayor ahinco. Y de esta suerte la tristeza, que mal dirigida pudiera degenerar en envidia criminal, se convierte en una fuerza saludable y útil.

Incúlquese a los niños que más tarde o más temprano el hombre cosecha lo que ha sembrado; si no hoy, quizá mañana; si no en estas circunstancias, en otras. He ahí lo que todo cristiano debe creer y con lo que debe contentarse.

V.—La Gula

Según el catecismo: «la gula es un apetito desordenado de comer y beber». De la precedente definición se desprende que la gula constituye un abuso menos animal que humano. Los animales guiados por el instinto, es decir, por una necesidad no pervertida, sino legítima e innata, no traspasan de ordinario los límites señalados por la naturaleza. Mientras que los hombres, dotados de razón y de libre albedrío, incurren a menudo en un abuso, que, siendo en apariencia sensual y de consiguiente animal, tiene de hecho raíces más profundas.

Para entender bien en qué consiste el abuso, de dónde proviene y las consecuencias que acarrea, se requiere ante todo penetrarse bien de la ley misma, establecida por la Sabiduría eterna. Así, el hambre y la sed son un aguijón para combatir la pereza, estimular al trabajo, al estudio, a la industria, al comercio y a toda suerte de adelantos en el orden material. Fácil es convencerse de ello, viendo el descuido y dejadez característicos de los habitantes de climas en que basta cualquier cosa para satisfacer el hambre.

Hay que comer para nutrirse y fortalecerse, para conservar la vida y las fuerzas necesarias para el trabajo. Traspasar la medida señalada por la necesidad es dañar a la salud, no menos que al trabajo físico, intelectual y moral.

Esta repugnante inclinación, en las personas que han recibido educación, rara vez se desarrolla hasta el punto de convertirse en infame pasión por las bebidas alcohólicas y glotonería insaciable; pero suele hallarse bastante difun-

dida en forma de afición desapoderada a las golosinas, como de ello es fácil convencerse por la cantidad enorme de confituras, fiambres y conservas que se consumen en todas las clases de la sociedad; y esto, no para atender al sustento necesario, sino para satisfacer el deseo inmoderado de comer y beber a cualquier hora sin orden ni método.

Quizá parezca extraño que este pecado, naciendo directamente de la «concupiscencia de la carne», provenga también de la «concupiscencia del espíritu», es decir, del orgullo de la vida y «concupiscencia de los ojos», en una palabra, del desenfreno de los apetitos inferiores y superiores; pero es muy cierto que la gula resulta en general del predominio de la sensualidad sobre la razón y del orgullo; y cuando comienza a manifestarse en los niños, no se reduce a mero extravío de la sensualidad, sino a cierto desorden hijo de la concupiscencia y del orgullo.

Los niños de teta, de igual suerte que los animales y los hombres en el estado salvaje, como se gobiernan por el instinto o los estímulos de las necesidades naturales, rara vez se exceden en comer y beber, ni sienten esa clase de tentaciones; comen de la mejor gana lo que tienen costumbre pero sin exceso, rehusando de ordinario tomar más de lo que sea necesario para satisfacer su necesidad.

Cuando los pequeñuelos llegan a crecer y desarrollarse algún tanto, codician el alimento como las demás cosas que ven, deseando apropiárselo todo, no porque tengan hambre o necesidad de ello, sino porque se imaginan que se les debe; alentados además por el ejemplo de las personas mayores, invitados a comer más de lo que necesitan, se aficionan a los excesos, y de ahí los caprichos, la codicia y la glotonería. Ésta es, por consiguiente, fruto de una mala educación

Al enumerar las consecuencias de este pecado, la doctrina cristiana cita: la afición a las golosinas, el desarreglo en los gastos, la pereza, la embriaguez, la ruina de la paz y felicidad domésticas, las bromas inconvenientes, la incontinencia de palabra, el desorden de la vida, el adulterio, la lujuria, el abandono de la penitencia, los juramentos, las injurias, las reyertas y homicidios; a lo cual se puede añadir la pérdida de la salud, los males de todas clases, el abotagamiento del cuerpo y el torpor del espíritu y del alma, la fealdad, la decrepitud prematura y una degeneración miserable, en fin, todo lo que San Pablo resume en una frase terrible, cuando dice de los intemperantes que «son idólatras de su vientre, al que rinden culto como a su Dios» (1).

Lo cual nos parece bastante para hacer comprender a los padres el peligro que delata la manifestación de la tendencia indicada en sus hijos y la necesidad de destruir en germen el orgullo y la ambición que son su origen.

Las madres y nodrizas pueden reconocer con facilidad cuándo los niños están suficientemente alimentados. Tan luego como lo echen de ver, no deben permitirles que coman más, aunque lo pidan; porque el exceso de alimento conduce a la glotonería.

No debe darse nuevamente de comer a los niños, antes que hayan tenido tiempo de digerir la comida anterior; y de no hacerlo así, se incurre precisamente en la falta antes citada de comer sin tasa y fuera de las horas establecidas.

Hase observado que todos los pequeñuelos necesitan dos horas para digerir el alimento, de modo que sólo cada dos horas debe dárseles, a no ser que la falta de leche

(1) Philip. III, 19.

en la madre o el ama de cría, o bien que alguna indisposición de las criaturas no permita darles cada vez la cantidad suficiente. En cuanto a los niños algo crecidos, que necesitan tomar alimentos más fuertes, se deben contar tres horas entre comida y comida.

No ateniéndose estrictamente a las horas marcadas, si se acostumbra a los niños a comer más de lo que necesitan, se les dilata el estómago y cobran hábitos que con el tiempo llegarán a ser causa de molestias y padecimientos, creándoles necesidades que no les es posible satisfacer, sin dañar al cuerpo y al alma.

Hay que enseñar a los niños a comer a la mesa de todo lo que se les presente, en la medida que su salud lo permite, sin consideración a sus preferencias, y sin consentir que dejen restos en los platos o que tomen de un segundo o de un tercero, cuando no han querido tomar nada del primero. La moderación, así en la comida como en la bebida, es otra de las cosas en que es preciso insistir. También se necesita cuidar de que se abstengan de comer, no sólo cuando están completamente hartos, sino también cuando, fuera de las horas reglamentarias, desean comer y beber.

Los momentos de espera a la mesa deben servir para fortificar no sólo el cuerpo sino también el alma, dándole ocasión de ejercitarse en la templanza, en vencer los estímulos de la gula, en superar las repugnancias. San Francisco de Sales aconseja no levantarse jamás de la mesa sin haberse impuesto alguna pequeña mortificación.

Consiste ésta, no precisamente en privarse de lo necesario para alimentarse, sino de lo que es dañoso y hasta superfluo. Cabe muy bien mortificarse, ora privándose de

lo que agrada, ora violentándose en tomar de lo que desagrada.

Acostúmbrense los niños a la mortificación, privándose de satisfacer sus antojos y habituándose a mirar impasibles las golosinas que les tientan; así aprenderán a dominear sus sentidos. La voluntad, con el ejercicio de vencer esas pequeñas tentaciones, adquirirá la fortaleza y vigor que más adelante ha de necesitar para hacer frente a las grandes.

Puede formarse la conciencia y voluntad de los niños, confiándoles por algunos momentos la guarda de frutos o golosinas; el hecho de saber que se podrá contarlos, ayuda al niño a vencer la tentación y a desenvolver la fuerza de resistencia, pero si las golosinas no estuvieran contadas de antemano, sería imposible comprender si el niño ha sucumbido o no a la tentación y se le expondría a faltar a la probidad y a mentir; ahora bien, toda caída abre el camino a otras y cada flaqueza aminora la fuerza y vigor de la voluntad.

Es preciso no consentir a los niños que inviertan sus ahorros en golosinas; antes bien, se les enseñará desde los primeros años a ver en el dinero un talento que debe emplearse en servicio de Dios y de la patria y no en satisfacer los instintos más bajos. Aparte de esto, un niño acostumbrado a tomar pastas y fiambres a cualquier hora, pierde el gusto de los manjares más sencillos y sanos, se deja dominar por la sensualidad y se incapacita para resistir más adelante a la tentación. El ama de casa debe cuidar con empeño de que la comida sea sana, variada, agradable, y al mismo tiempo sencilla y económica. Importa mucho que las jóvenes se ejerciten en la clase de cocina que entra en el programa de sus deberes futu-

ros; pero no conviene darles esas instrucciones en presencia de los niños, y menos delante de los muchachos algo crecidos, para no despertar en ellos la repugnante afición a criticar todo lo que se sirve a la mesa. Los jóvenes sienten gran inclinación a juzgar de las familias, y de las reuniones que frecuentan, tomando la cocina por base de su juicio. La delicadeza del gusto, desarrollado en la juventud, puede ser útil a una mujer inteligente, para el mejor gobierno de su casa, en la misma proporción que llega a hacer de los muchachos una calamidad para cuantos les rodean.

En cuanto a la gula, aunque sea para todos un pecado capital, pero en el caso de que los educandos sean pobres hay que concederle una atención muy especial, porque, no pudiendo satisfacer su apetito ni con su propio dinero ni con el de sus padres, se ven expuestos a muchísimas otras tentaciones.

¡Cuántas muchachas pobres, arrastradas por la gula y la vanidad, se han dejado seducir a expensas de su virtud y de su buena reputación!

Los niños, ricos o pobres, deben comprender que el alimento es la recompensa del trabajo y por consiguiente que ha de guardar cierta proporción con él. San Pablo dice: «quien no quiere trabajar, tampoco coma» (1). Sin duda no es posible acomodar con todo rigor el alimento de los niños a su trabajo; sin embargo, cuanto antes pueda aplicárseles ese principio, tanto mejor irá.

Si el alimento es necesario para el trabajo, se puede legítimamente recompensar el trabajo con el alimento; el mejor trabajo, la lección mejor estudiada, merecen la mejor clase de alimento. Pero es deplorable costumbre

(1) II Thes. III, 10.

la de recompensar la buena conducta de los niños con pasteles y dulces que desarrollan su glotonería; aunque, por otra parte, sea bueno premiar el trabajo, incluyendo en esta denominación el estudio, con algún extraordinario de alimentos sanos y nutritivos, como frutas, mantequilla o confituras, explicándoles que el que trabaja más, necesita nutrirse mejor. De este modo pueden los niños experimentar la noble satisfacción de haber ganado alguna cosa con su trabajo.

Pero, si es bueno añadir a la comida ordinaria algo especial por vía de recompensa, y esto aunque sea todos los días, sólo con prudencia y discreción puede permitirse el suprimir alguna parte del alimento necesario para castigar la negligencia u otra falta cualquiera.

La tendencia a abusar de la comida es sin disputa peligrosa; pero lo es aún en mayor grado la afición a la bebida, vicio a que los padres mismos arrastran a veces a sus hijos, habituándolos a tomar café, te, cerveza, vino, licores, etc., en la creencia de que les conviene para su salud. Solamente el médico tiene derecho de juzgar de esta necesidad, que, por otra parte, ha de ser transitoria; pero importa en ese caso velar para que no sea causa de contraer algún hábito pernicioso.

El vino, aguardiente, cerveza, y en general todas las bebidas alcohólicas, al excitar momentáneamente los nervios parecen dar fuerzas, circunstancia que nos permite discernir hasta qué punto envenenan el organismo. El uso, pues, de dichas bebidas es tanto más peligroso, cuanto que la afición a las mismas se desarrolla cada vez más. Cuando vemos a muchachas y muchachos que tienen costumbre de tomar en las comidas su vaso de vino o de cerveza, no podemos menos de pensar interiormente que

dentro de algunos años beberán dos o tres veces más, ingiriendo cantidades de alcohol en proporciones nada favorables para la salud ni para la moralidad.

El alcohol, al igual que la morfina, desarrolla enfermedades hereditarias. ¡Cuántos niños padecen perturbaciones mentales, accidentes nerviosos, y multitud de aviesas inclinaciones por el alcoholismo no sólo de sus padres, sino también de sus madres!

Fácil es convencerse de cuánto más fuertes, sanos y resistentes son los abstemios. Una de las cosas perfectamente demostradas es, que toda clase de heridas y enfermedades son más fáciles de curar en las personas morigeradas; y que en las habituadas a tomar alcohol, aunque sea en corta dosis, las enfermedades ligeras y las heridas terminan muchas veces con la muerte.

En general, la glotonería y la embriaguez tienen escasísimos defensores, por el terror que inspiran sus funestas consecuencias; mas ¿por qué ese terror no ha de ser producido por los primeros pasos, que se dieron en la senda de tales vicios? ¿Quién estará seguro de poder detenerse o detener a los demás después de haber comenzado a descender por tan resbaladiza pendiente? En esta materia nada se debe tratar con ligereza.

VI.—La Ira

La ira, según la definición del Catecismo, es un apetito desordenado de venganza.

El orgullo nos da una idea exagerada de las muestras de estimación que los demás nos deben; todo lo que de algún modo contraría o se opone a los derechos que nos-

otros nos atribuimos, nos irrita. La ira se despierta en muchas ocasiones ante la imposibilidad de dominar a los hombres y a las circunstancias; los arrebatos de ira provienen de la falta de dominio de sí mismo.

Muchos creen que el alboroto, los gritos, las vociferaciones, los juramentos, son pruebas de fuerza y de vigor; también hay quienes se complacen en dejarse llevar de la ira, y, en vez de dominar sus impulsos, se glorían del terror que infunden a su alrededor, a manera de leones embravecidos, que vagan de una parte a otra en busca de presa que devorar (1).

Verdad es que en ocasiones se consigue más por medio de la violencia que por la dulzura; que todos procuran evitar la presencia del hombre de mal genio, como se huye de la de un loco, un borracho o un animal feroz, pero ¿qué diría el que se jacta de obtener una obediencia de ese género, si supiera la despectiva lástima encerrada en la aparente sumisión con que se reciben sus mandatos?

Las personas de carácter violento ignoran siempre lo que pasa a su alrededor, porque todos se recelan de ellos, dándoles con eso nuevas ocasiones de ira.

Un antiguo proverbio da con justicia a la cólera el nombre de locura momentánea. Es muy cierto que los que se hallan bajo el imperio de la cólera, desconocen de tal modo lo que dicen y hacen, que podría considerárseles como irresponsables. El hombre es, en efecto, irresponsable de sus actos en estado de embriaguez; pero ¡cuán culpables son los que se dejan arrastrar a los arrebatos de la ira o de la borrachera, despojándose de su presencia de ánimo y del dominio de sí propios!

(1) I Petr. V, 8.

El verdadero humilde nunca encuentra motivo para encolerizarse, y aun cuando experimente la tentación, tiene siempre la fuerza necesaria para vencerla. Creyéndose sin derecho a nada, no se maravilla de ninguna injusticia; ninguna decepción, ninguna falta de respeto le mueve a encolerizarse.

Para corregir y curar la tendencia a la cólera hay que valerse a la vez de la higiene moral y de la física; una salud quebrantada predispone en gran manera a la destemplanza y a la ira.

Lo primero que necesita el educador que desee preservar de la ira a los niños que tiene a su cargo es adquirir el completo dominio de sí mismo. «Querer es poder» en esta materia como en tantas otras.

Hay innumerables medios para dominar la cólera; el procedimiento constituye una táctica que, fielmente seguida, facilita el triunfo sobre esa pasión. No se debe nunca reprender, reñir, ni dar órdenes, cuando se está bajo el imperio de la ira. Cuando el que corrige o reprende advierta en sí los primeros síntomas de la ira, lo mejor es diferir su tarea para otra ocasión en que se hayan restablecido la paz y el equilibrio.

Si no se tiene el ánimo sereno y tranquilo, deberá evitarse el entrar en ninguna discusión. Casos hay, sin embargo, en que no puede hacerse, y en que el guardar un silencio obstinado o retirarse, sería indicio de enfado que pudiera ofender a los unos y ser motivo de indignación para los otros. Queda, entonces, un medio eficaz. Todo jinete sabe que es imposible detener un caballo desbocado, pero se puede conseguir que cambie de dirección; pues bien, un expediente análogo es el que han de aplicar las personas de genio violento, cuando la cólera las arrebatara.

Así por ejemplo, al hablar de cierto comportamiento que les ponga fuera de sí, descarguen su rabia contra los actos en sí mismos y no contra la persona culpable de ellos. Todos sufren más fácilmente las censuras dirigidas a sus actos, que las que atacan a su persona, país, familia y empleo. Más fácilmente se acepta la observación de que tal o cual acto es imprudente o injusto que el oírse llamar imprudente o injusto. Cuando los actos pecan de afrentosos por sí mismos, se admite de buen grado la corrección y se olvidan con facilidad las molestias que pudieran acompañarla; mientras que una injuria personal o nacional deja en el corazón del ofendido un fermento de nuevas discusiones, de amargura y de dolor.

En toda contienda hay de ordinario más o menos irritación por ambas partes contendientes, debido al empeño que por desgracia suelen éstas poner en decir cosas desagradables e inútiles. Pero si en las luchas materiales la victoria corresponde al que da el último golpe, en las disputas y reyertas vence el primero que se hace dueño de su lengua.

Hábil táctica para dominar la cólera es la de distraerse ocupándose en ordenar o examinar alguna cosa; a veces basta sencillamente dejar caer algún objeto y recogerlo después. Al interrumpir de este modo un arrebató de cólera, se gana tiempo para recobrar el dominio de sí propio, y esto es ya bastante.

Bajo el imperio de la ira, del enfado o de la impaciencia, suele declararse todo lo que se piensa, y aun lo que en el fondo no se piensa ni se diría estando sereno; y al mismo tiempo no se quiere dar oídos a las razones del adversario. Así pues, lo más acertado para detener la corriente de la ira y evitar sus consecuencias, es cambiar

el orden anterior esforzándose por escuchar con gran atención y hablar lo menos posible.

Para llegar a entenderse hay que comenzar por tratar, no las cuestiones más odiosas acerca de las que es más difícil ponerse de acuerdo, sino las más fáciles de arreglar. De esta suerte se da el primer paso hacia la conciliación. El mero hecho de dar la razón al adversario en algún particular, facilita la buena inteligencia: «La respuesta sabia y humilde quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor» (1).

Cada individuo tiene una doble responsabilidad respecto de sí mismo, y por lo que a los otros concierne. No basta dominar la cólera; se requiere además no excitar la de los demás, entablando una conversación que les sea desagradable, cuando se sabe que están mal dispuestos.

Si la prudencia ordena evitar las conversaciones que excitan la ira, cuando se está bajo el imperio de ésta, con mayor razón aconseja abstenerse de escribir, porque «las palabras vuelan, pero lo escrito permanece».

Lo que se escribe bajo la influencia de la cólera tiene consecuencias aún más tristes que las palabras, porque éstas pueden considerarse proferidas en un momento de arrebato. Un escrito se supone fruto de la reflexión. Las cuestiones delicadas no deben tratarse por escrito, sino con extrema circunspección, sin apresurarse a expedir cartas o documentos de esta naturaleza, antes de haberlos releído atentamente, o lo que sería mejor, sin someterlos a la consulta de una persona de buen consejo.

Los que tienen que vivir en intimidad saben ordinariamente, o al menos deberían saber, lo que necesitan hacer o evitar para no mortificarse mutuamente ni exponerse a

(1) Prov. XV, 1.

la ira. Con ciertas personas es más fácil entenderse a solas que en presencia de testigos; unas son más accesibles por la mañana, otras por la tarde; a éstas es prudente no acercarse cuando están fatigadas, hambrientas o inquietas con la solicitud de atender a algún negocio urgente; con las de más allá es más fácil explicarse en la mesa, sea al principio sea al fin de la comida. Teniendo en cuenta estos pormenores, se puede a menudo facilitar las relaciones o cuando menos no dificultarlas.

Cuando sea preciso decir algo útil no conviene callarlo, sino que es preciso buscar el momento y manera oportunos, de modo que en lugar de causar ofensa se logre la aceptación de la verdad.

En el caso de tener que arreglar con el prójimo algún asunto difícil, se necesita pedir a Dios, que mueve las almas, la gracia necesaria, tanto para sí mismo como para la persona con quien se va a tratar.

Las buenas condiciones de vida contribuyen de una manera eficaz a dominar la ira. «La medida, número y peso» (1), con que Dios ha creado el mundo son también las condiciones esenciales de la existencia del hombre sobre la tierra. Esas condiciones aseguran un trabajo sin exceso, un reposo sin pereza, una alimentación con medida, distracciones sin licencia, un sustento, vestido y habitación convenientes, una contabilidad concienzuda, una prudente proporción entre los gastos y los ingresos. Si se agrega a todas estas condiciones el espíritu de penitencia, el valor y la templanza, se consigue la paz del alma, el equilibrio del espíritu y del cuerpo, el dominio de sí propio, la paciencia y la indulgencia para con los demás.

Las condiciones morales y materiales necesarias a las

(1) Sap. XI, 21.

personas maduras no son menos indispensables a los niños para preservarles de la irascibilidad.

Conforme queda dicho, se necesita procurar que los niños duerman suficientemente, hacerlos acostar temprano y a una hora fija, después de una refección ligera y fácil de digerir. Los niños nerviosos, como los de otro temperamento cualquiera, deben ser lavados de la cabeza a los pies, pero con agua que no esté demasiado fría para no excitar sus nervios. Los baños tibios son algo calmantes.

Los juegos en libertad y al aire libre son generalmente más higiénicos que los paseos largos y fatigosos, a que los niños muestran repugnancia. Por lo demás conviene aconsejarse de un médico experimentado respecto de todo lo que concierne a la higiene y seguir fielmente sus indicaciones.

Nunca se confiará el cuidado de los niños a personas de carácter violento, amigas de gritar, y que tienen la costumbre de usar expresiones vulgares y aun de jurar, ejemplo que puede tener las peores consecuencias; los niños tímidos y sobre todo las niñas, cuando tropiezan con la violencia, recurren a la mentira o a los subterfugios; mientras que los niños, de ordinario más intrépidos, y sobre todo los jovencitos, se figuran que la violencia es una prueba de valor viril; de modo que, cuando más adelante quieren darse importancia, creen que el mejor medio de conseguirlo es enfadarse y alborotar.

Al contrario, es preciso convencerles de que la irascibilidad es siempre una prueba de debilidad física o moral, y hacerles comprender que la ira ofende a Dios, nos daña a nosotros mismos, escandaliza a los otros y les emponzoña la vida.

Ciertas personas gozan en excitar la ira de los niños, haciéndoles rabiarse, como vulgarmente se dice; es difícil imaginar un entretenimiento más pernicioso. Así como las virtudes se adquieren por la repetición de actos, así las pasiones se desarrollan excitándolas. La práctica de hacer rabiarse a los niños perjudica su salud, despierta en ellos la obstinación, la grosería, la falta de respeto, y más tarde les incita al odio y a todos los pecados contra el quinto mandamiento.

Si no se debe excitar la ira de los niños, no menos cuidado debe ponerse en no ceder a las exigencias de su cólera. Cuando los niños echan de ver que por medio de la cólera obtienen lo que desean, se vuelven insupportables.

Tampoco se ha de permitir a los niños que irriten a sus superiores, molestándolos cuando estén ocupados, enfermos, fatigados o incomodados.

No obstante lo dicho, conviene tener presente y enseñar a los niños, al paso que adquieren el discernimiento necesario, que toda ira no es reprehensible, que no toda indignación es pecado. «Enojaos pero guardaos de pecar» (1) dice el Salmista.

La ira puede ser «un santo enojo» como el de que Jesucristo nos dió ejemplo arrojando con un látigo a los vendedores del templo de Jerusalén, increpando duramente a San Pedro, denominándole Satanás, y a los fariseos, raza de víboras. Esta ira de Cristo no fué provocada por injurias personales, sino por la falta de respeto debido al templo, por una oposición a la voluntad de Dios y por la doblez de los fariseos. Cuando intervienen injurias personales, el divino Maestro guarda silencio o bien ruega a su Padre

(1) Ps. IV, 5. Eph. IV, 26.

que perdone a los que le ultrajan, «porque,—son sus palabras—no saben lo que hacen» (1).

Así nosotros, cuando tengamos legítima razón para enojarnos, debemos procurar que no sea con ofensa de Dios, sino al contrario, para evitar o repeler una mala obra. No será buena la ira que nace de no poder salirnos con lo que pretendemos, o de las cosas que lastiman nuestro orgullo, vanidad, amor propio o egoísmo.

En ocasiones cuesta trabajo discernir la ira injusta de la justa, porque esa pasión, como todas las demás, ofusca el entendimiento. Así es como a las veces nos figuramos que el celo de la gloria de Dios nos consume, cuando en realidad somos juguete de nuestro orgullo.

Se necesita percatarse bien de si la cólera tiene por objeto un hecho o una persona, es decir, si nos proponemos antes que nada la reforma de un mal, o más bien tomar venganza de la persona que lo ha causado. En el primer caso la cólera es casi siempre legítima; en el segundo es siempre culpable.

Si la ira no es siempre pecado, la disposición contraria tampoco puede calificarse de virtud en todos los casos. Con frecuencia la razón de no encolerizarse está en un temperamento flemático, o en una indiferencia llamada filosófica, llena de desprecio hacia las personas y circunstancias. Pero semejante apatía dista mucho de merecer el nombre de virtud, y proviene ordinariamente de la falta de celo por la gloria de Dios y el bien de los prójimos; también nace de la insensibilidad a vista de los padecimientos y pecados ajenos, de la dejadez y de un cierto desequilibrio moral.

La dulzura que el Señor nos recomienda es fruto,

(1) Luc. XXIII, 34.

no de la insensibilidad e indiferencia natural, sino de virtudes sobrenaturales. El que creyere que sin permiso de Dios no caerá un cabello de nuestra cabeza (1) y que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios (2), podrá soportar con facilidad los desengaños, las pesadumbres, los padecimientos inherentes a la vida.

El que ama a Dios, ama también su voluntad, y sufre de buen grado lo que de esa voluntad procede. El que ama a su prójimo no se enoja contra él, por grandes motivos que para ello tenga; antes bien ora por los que le persiguen.

El que ama a su patria no desmaya jamás en su servicio, aguanta valerosamente lo que por ella y para ella se viere obligado a sufrir, esforzándose por esperar la hora señalada por Dios, no con espíritu de cólera y de venganza, sino con el trabajo, la virtud y la oración.

El que amare la salvación de su alma no se irritará contra los trabajos que le permiten imitar mejor a nuestro Salvador, dándole pruebas de su amor para reinar eternamente con Él en la gloria.

Todo el que desee conseguir esta dulzura la conseguirá. De ello tenemos magníficos ejemplos en la historia y en las vidas de los santos; Moisés en el Antiguo Testamento, San Francisco de Sales en los tiempos modernos, conocidos ambos por la violencia de su carácter, llegaron a ser por la fe y la caridad modelos de dulzura, el uno como figura de Jesucristo, el otro como su perfecto imitador.

(1) Luc. XXI, 18.

(2) Rom. VIII, 28.

VII.—La pereza

Consiste la pereza en un amor desordenado al reposo, una ociosidad habitual de la que nos dice la Sagrada Escritura que «es maestra de muchos vicios» (1).

Hay tres clases de pereza:

1) Pereza espiritual, especie de negligencia o descuido para trabajar en lo que concierne a la propia salvación.

2) Pereza intelectual, holgazanería en el estudio y en todo lo que pide reflexión, atención, vigilancia.

3) Pereza física, o negligencia en procurar el orden y la limpieza de la propia persona y de todo lo que la rodea; repugnancia para el trabajo manual, para toda molestia y esfuerzo.

Si todos los pecados dimanaran de la concupiscencia, del apego a lo que es contrario a Dios, a su voluntad y a sus perfecciones, la pereza tiene este carácter común a todos los pecados, con la diferencia de que, el amor desordenado al reposo, la falta de reflexión y la indolencia, excluyen más aún que los otros pecados, no sólo el amor de Dios, sino también todo otro amor.

En efecto, el que ama a Dios, no se deja dominar de la pereza espiritual. El que ama la ciencia o el arte, o se dedica con cariño a una ocupación cualquiera, no sucumbe a la pereza intelectual. El que ama a su patria, a su prójimo, a su familia, y aun a una sola persona, no cae en la pereza física, porque está siempre dispuesto a responder al llamamiento del objeto amado.

El amor es una fuerza que excluye la pereza. Allí

(1) Eccl. XXXIII, 29.

donde reina dicho vicio, no hay amor. La pereza es la causa del escaso empeño con que se trabaja en el servicio de Dios; el perezoso no vive según el espíritu de la fe, no lee ni medita la palabra divina, por el temor de sentirse constreñido a sacudir su pereza, y de este modo se priva de las luces necesarias para dirigir su vida; no reza ni se acerca a los sacramentos, y de esta suerte le faltan las gracias necesarias para practicar la virtud; miembro de la Iglesia militante, no combate al servicio de la sociedad a que pertenece, ni participa de sus trabajos y de sus triunfos; no lleva nada a la colectividad ni recibe nada de la misma; no dilata el reino de Dios sobre la tierra; halla todas las cosas en el mejor estado y espera que las dificultades se resuelvan por sí mismas; mantiene constantemente en torno de sí un nivel espiritual, intelectual, social, moral y material más o menos bajo.

El infeliz que se hallare en tan lamentable estado, no conoce el celo por el servicio de su Señor y merece, en la plena acepción de la palabra, el dictado de siervo inútil.

De la pereza intelectual dimana la falta de entusiasmo y aplicación al estudio. Un perezoso no aprende ni sabe jamás nada a fondo, ni se halla nunca en condiciones de hacer nada como es debido. Incapaz de reflexión seria, no sabe formarse los principios a que debe atenerse, ni dispone de la fortaleza necesaria para ajustarse a ellos; falto de armas para vencer las dificultades de la vida, y de la instrucción y vigor de carácter que reclama la dirección de sí mismo, es juguete de las influencias exteriores, y no se halla en condiciones de discernir hasta qué punto le son útiles o perjudiciales. El perezoso no puede tener orden en ninguna cosa, tropieza en con-

tinuas dificultades y apuros; vive en una constante sobreexcitación para atender a lo que no cuidó de hacer a tiempo. Se le explota, se le roba, se le engaña en todos los asuntos. Pierde su fortuna, deja la ruina en pos de sí, siendo su pereza la causa de todo.

La pereza física es la causa del poco cuidado que se pone en mantener el orden, la limpieza, las conveniencias; ocasiona un gran número de enfermedades, aumenta la mortalidad, disminuye el bienestar social, rebaja el sentimiento de la dignidad personal y nacional.

La pereza inhabilita para toda especie de trabajo, de donde resulta una especie de círculo vicioso que entorpece el progreso de la civilización y perpetúa la miseria material. Así es como los que han disfrutado las ventajas de una civilización superior y no pueden pasarse sin ellas, que no poseen fuerza de voluntad ni las debidas aptitudes para rodearse de condiciones adecuadas, van a llevar al extranjero el dinero de su país, o hacen traer de fuera todo lo que necesitan.

De esta suerte la pereza es causa de que se hagan venir de lejos y con grandes gastos, objetos que se deterioran pronto y hay que retirar al rincón de los trastos inútiles.

La pereza aumenta los gastos, porque todo lo que no se cuida de conservar, limpiar y reparar a tiempo, pronto se deteriora y hay necesidad de que sea reemplazado. El desorden producido por la pereza ocasiona continuas pérdidas de tiempo.

Objetos, libros que se pidieron prestados y no se devolvieron a tiempo, utensilios usados y no restituídos a su lugar, son otros tantos motivos de molestia, impaciencia o cólera para los demás.

El catecismo nos dice que la virtud opuesta a la pereza es el amor al trabajo, es decir, la perseverancia, la exactitud y la precisión, y si así puede expresarse, la conciencia profesional, la que obliga a cumplir rigurosamente los deberes de su estado, en cualquier situación.

Un trabajo asiduo contribuye al bienestar individual, a la prosperidad de la familia y del país; desarrolla el sentimiento de la dignidad personal y de esta suerte eleva el nivel de las sociedades.

La pereza es la ruina del hogar doméstico. ¡Cuántos hombres se hastían de la vida de familia y pasan sus horas libres en tertulias fuera de casa, sencillamente porque no pueden soportar el desorden, la falta de limpieza, los malos olores que se advierten en su casa, gracias a la pereza del ama de ella!

Crean a veces las mujeres que con perfumarse y componerse esmeradamente suplen lo que les falta en punto a orden y limpieza. Este es un gran error. ¡Cuántas invencibles repugnancias en las familias tienen por causa, no la falta de esmero en el tocado, sino la falta de orden y limpieza!

La mujer perezosa anda con pesadez y desgarmo, arrastrando los pies y ni sabe sentarse convenientemente, ni mantenerse en pie: no cierra las puertas detrás de sí, no vuelve a poner las cosas en su sitio, no se toma la molestia de agacharse a recoger lo que se hubiere caído, tiene siempre el cabello en desorden, viste negligentemente y su traje presenta aquí un desgarrón, allí una mancha, cuando no es un botón el que falta.

Para vencer en sí mismo o en los demás la inclinación a la pereza, hay que despertar el amor al orden y la limpieza, ejercitándose en estas virtudes en todos los porme-

nores de la vida. Las personas que se sienten solicitadas por las delicias del *dolce far niente*, deberían tomar la resolución de no permanecer nunca desocupadas.

La pereza en los niños puede ser causada por un estado morboso; en este caso el primer modo de remediarla es cuidar de la salud. La pereza y la ira, aunque diferentes en sus indicios exteriores, tienen a menudo las mismas causas; condiciones de existencia contrarias a la higiene y una dirección moral errónea.

Es preciso acostumar cuanto antes a los niños a que concilien el sueño sin arrullarlos, y a entretenerse solos cuando no están dormidos. Hay en esto una doble ventaja: la de utilizar la actividad y tiempo de la persona ocupada con ese quehacer y la de formar el carácter del niño. Una criatura que sabe divertirse sola, pondrá más tarde en sus trabajos de hombre el sello de la iniciativa personal. El hábito de arrullar a los niños para que se queden dormidos y el de entretenerlos, crea en ellos una especie de despotismo egoísta y a la vez una dependencia cerril. El niño que no sabe dormirse sin arrullos y cánticos, que para todo necesita la ayuda de la nodriza, que no se habitúa al menor esfuerzo, llega a ser de ordinario indolente y perezoso por todo el resto de su vida.

La pereza no se manifiesta generalmente en los niños bien criados y que gozan de buena salud; pero si alguna vez llega a manifestarse es preciso combatirla con inteligencia y perseverancia.

Dios ha creado al hombre para el trabajo, y, de consiguiente, el hombre debe trabajar para vivir. Hay que advertir a los niños que independientemente de su patrimonio, deberán trabajar para ganarse la vida, y que, mientras llega la hora de hacerlo, han de procurar no ser-

vir de estorbo al trabajo de los demás. Es preciso habitar a los niños desde sus primeros años a poner en su lugar todos los juguetes y objetos de que se sirvieren, sin dejar a otros el cuidado de colocar cada cosa en su sitio, después del estudio y el juego.

Los niños acostumbrados a que se les preste ese servicio, no sólo se hacen perezosos, sino también orgullosos y egoístas, no adquieren la noción del deber y pierden todo respeto a los que les atienden en tales menesteres.

Urge también despertar desde luego en los niños el deseo de servir a los demás y de reemplazarles en las cosas que pudieren, habituándoles a ejecutar con método y perseverancia toda especie de trabajo. La jardinería, los quehaceres domésticos, el cosido y bordado, dibujo, encuadernación y otras ocupaciones análogas pueden ofrecer respectivamente a los niños y a las niñas un empleo útil de sus horas libres. En el campo es fácil hallar una ocupación útil aun para los niños pequeños, encargándoles de ciertos trabajos útiles, tales como recoger flores o plantas medicinales, u objetos curiosos de los que podrá dárseles noticia e instrucción previa. En la ciudad los niños deberán aprender a cumplir los encargos que sus padres les confiaren y a conservar todas las cosas ordenadas en la casa.

Conviene despertar desde luego en los educandos el amor a las lecturas instructivas. Cuando éstas han sido convenientemente elegidas podrá lograrse de los niños que las repasen con gusto varias veces hasta penetrarse bien de ellas, lo cual les es más provechoso que devorar un considerable número de libros insubstanciales.

No menos útil les es el gusto por el dibujo, porque su aprendizaje ejercita la reflexión y atención, afina y per-

fecciona la percepción ocular y el pulso, ofreciéndoles además un medio de emplear útilmente los instantes consagrados a la distracción y al reposo; aun cuando el dibujo no tuviera un fin práctico, siempre sería una distracción mejor que la disfrutada en la ociosidad o jugando a las cartas.

¡Cuántos dibujos que será preciso pagar bien caros, tales como planos de jardines y habitaciones, modelos para bordados y encajes, patrones de todas clases, podrían ser ejecutados en casa teniendo alguna práctica del arte de representar gráficamente los objetos! El dibujo es además un excelente auxiliar nemotécnico, porque basta calcar una o dos veces un modelo cualquiera y copiarle en seguida para reproducirle al cabo de memoria.

Conviene habituar a los niños a dibujar del natural en las horas libres cualesquiera objetos, animales, plantas, casas, paisajes, en una palabra, todo lo que vean.

Los que tengan mal carácter de letra, podrán emplear con gran provecho sus ratos de ocio en mejorarla. Es admirable lo mucho que se puede corregir, con un esfuerzo relativamente mínimo, escrituras casi ilegibles.

Ciertos padres exigen que desde cierta edad los niños se laven, peinen y vistan por sí mismos. Práctica es ésta que ofrece sus ventajas, pero también sus graves inconvenientes. Los niños, entregados a sí mismos son negligentes, distraídos y se acostumbran a gandulear, siendo difícil más tarde corregir tales hábitos. Hasta que los niños no se hallen en estado de vestirse por sí mismos con esmero y rapidez, vale más ayudarles, porque esta primera tarea, enérgica y concienzudamente ejecutada, ejerce una influencia bienhechora para el resto del día.

Por mucho que importe acostumbrar a las criaturas a

lavarse y vestirse con puntualidad, no importa menos que desplieguen en sus estudios esfuerzo y aplicación. Mas para ello se requiere un plan de estudios bien ideado, profesores competentes y un horario riguroso en el que nada quede abandonado a la fantasía y que deberá observarse con todo rigor.

Una persona incapaz de sujetarse a un horario, no debería dedicarse a instruir niños, porque correría riesgo, no sólo de esterilizar todos sus esfuerzos, sino de extraviarlos y desmoralizarlos, por decirlo así. El tiempo que debe consagrarse al estudio, cuidadosamente regulado según la edad, fuerza, capacidad y disposiciones de los alumnos, debe ser respetado por todos.

Es cosa hacedera lograr de ciertos niños que trabajen durante una hora entera y a veces más; con otros, diez minutos de atención son difíciles de obtener. El estudio debe ser interrumpido por intervalos regulares de recreación, no imponiendo a los niños mayor trabajo seguido del que permiten sus fuerzas.

Para que el estudio sea interesante, es preciso que los niños comprendan perfectamente lo que se les enseña y puedan sin dificultad desempeñar sus tareas. De este modo se consigue difundir y conservar el amor al estudio y al trabajo. Por el contrario, si las materias son superiores a su edad y aptitudes, los niños se desaniman, cobran aversión al trabajo y se vuelven perezosos.

Mientras sea posible, conviene que la enseñanza sea objetiva, poniéndoles a la vista los objetos de que se les habla, para lo que servirán eficazmente las cartas geográficas, globos terrestres, pinturas y modelos de todas clases, relativos a sus estudios.

Las madres e institutrices jóvenes deben instruirse

continuamente, a fin de poder infundir a los niños, con sus conversaciones, el deseo de aprender.

Hemos dicho que toda clase de pereza arguye indiferencia o falta de amor. El mejor medio de vencer la pereza es despertar el amor o por lo menos el gusto de aquello mismo que antes se consideraba como cosa indigna de aprecio. Al paso que los niños crecen, se puede vencer su pereza, haciéndoles comprender y amar mejor a Dios, inspirándoles deseo de servirle, de difundir su reino sobre la tierra, despertando en sus corazones el amor del prójimo, de la familia, de la patria, así como también generosos deseos y nobles aspiraciones.

La afición particular a una ciencia o a un arte cualquiera, engendra el deseo de aplicarse a él durante la vida y se convierte así en un arma contra la pereza.

En fin, el hecho de interesar a los niños en los quehaceres de sus padres y en todo lo que a ellos se refiere, es también un excelente medio de vencer la pereza intelectual.

En cuanto a la pereza física, los medios de combatirla son la gimnasia y todas las ocupaciones y juegos que exigen actividad y destreza.

Hay que enseñar a los niños el orden y la limpieza en los menores detalles de la vida; pero sólo una persona que posea estas cualidades es capaz de inculcarlas a los niños. En esta materia, es preciso reconocer que los niños pobres, o a lo menos los menos acomodados, si sus madres tienen amor al orden, están de ordinario mejor educados que los niños ricos, cuyas madres, fiándose por completo de las personas que las reemplazan en la educación, no descienden a los pormenores prácticos de la vida, ni se toman el trabajo de vigilarlos.

Los hábitos de desorden contraídos en la infancia, persisten de ordinario toda la vida, por la sencilla razón de que si los niños no tuvieron en sus primeros años quien les llamara la atención sobre sus defectos, no es fácil que encuentren más tarde correctores o personas que se interesen seriamente por su bienestar. La mayoría de las censuras que motiven con su conducta serán hechas a espaldas de ellos con ironía y desprecio, pero sin provecho alguno para ellos.

Los padres se complacen a veces en ver en el mundo a sus hijas en traje de baile y a sus hijos vestidos de etiqueta. ¡Qué penosa desilusión recibirían si pudieran escuchar lo que se murmura en la antecámara y en el salón de tertulia, sobre el desorden e indolencia de toda esa juventud que ha aprendido a perfumarse, a exhibirse, a saludar y a danzar con gracia, ignorando lo más esencial y necesario para la vida!

La Sagrada Escritura dice que la mujer fuerte «consideró los senderos de su casa» (1), para velar por el orden hasta en los menores detalles.

¡Cuán de desear sería que las madres y sobre todo las que cuentan con numerosas ayas e institutrices, no abandonasen el deber de velar por sus hijos hasta en los pormenores de menor importancia! Si verdaderamente estiman en algo la dignidad personal de sus hijos e hijas, si desean de corazón su futura felicidad y la estimación en que han de tener a sus parientes y prójimos, no deben despreciar ni omitir nada de lo concerniente a su educación. La vigilancia ha de extenderse a todo lo que se refiere a sus hijos, a sus vestidos y ropa interior, inspeccionando por sí mismas la forma en que están hechas

(1) Proverb. XXXI, 27.

las camas, limpias y arregladas las habitaciones, el estado de los peines, toallas, etc., la condición de los alimentos, la clase de juegos y entretenimientos a que se entregan, sus conversaciones, sus lecciones y rezos; no deben omitir el examen de sus libros, cuadernos, cartas escritas o recibidas; en una palabra, deben dirigir su vida en todos sus detalles; y de este modo, evitando ellas mismas la pereza, prevendrán eficazmente que se desarrolle en sus hijos.

II

Pecados contra el Espíritu Santo ⁽¹⁾

I.—Excesiva confianza en la misericordia divina

La fe impone a todos, y en especial a los pecadores arrepentidos, la confianza en la misericordia de Dios. La Sagrada Escritura enseña que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (2).

El Evangelio está lleno de relatos y parábolas cuyo objeto es inspirar fe y confianza en la misericordia divina. Y, sin embargo, el Señor nos previene que el que pecare contra el Espíritu Santo, no obtendrá jamás el perdón, y llevará sobre sí el peso de un pecado eterno (3), si persiste hasta el fin de su vida endureciéndose contra la gracia del Espíritu Santo.

El hombre que peca por presunción, abusando de la

(1) Matth. XII, 32.

(2) Ezech. XXXIII, 11.

(3) Marc. III, 29

misericordia de Dios, rechaza las condiciones indispensables al perdón: la confesión, el arrepentimiento y la enmienda.

En la confesión, el sacerdote pregunta al penitente, antes de darle la absolución, si tiene sincero deseo de corregirse, porque, faltando este deseo, la absolución no sería válida. Por deseo sincero de corregirse debe entenderse la firme resolución de evitar el pecado y todas las ocasiones de incurrir en él, sin pagarse de veleidades sin consistencia.

Podría creerse que el pecado de presunción ha de ser muy raro entre los cristianos, y, sin embargo, todo pecado llega a ser presuntuoso, cuando no nos esforzamos por combatir las inclinaciones que a él nos arrastran.

¡Cuántos persisten en sus culpables hábitos de todo género, excusándose con decir que «es efecto de su carácter y temperamento», «que no se tienen por santos», y otras disculpas análogas, sin caer en la cuenta de que, al expresarse de este modo, pecan contra el Espíritu Santo!

A menudo suele castigarse a los niños por faltas que en realidad sólo merecen una advertencia; mientras por otra parte se dejan impunes fechorías que, careciendo al parecer de verdadera importancia, demuestran, sin embargo, en el fondo del alma inclinaciones aviesas, que pueden finalmente conducir a pecados, sumamente peligrosos para su salvación.

Todo síntoma de orgullo, de codicia, de egoísmo, de envidia, de espíritu de venganza o gula; toda tendencia a echar sobre otro la responsabilidad de sus propias faltas, debe despertar la atención de los padres y ponerlos en guardia, si desean evitar que esas tendencias degeneren en pasiones.

El hábito de leer malos libros, sostener amistades, correspondencias y conversaciones peligrosas, de ocupar el espíritu con malos pensamientos, de permitirse maledicencias, coquetería; el uso de bebidas excitantes, los arrebatos de ira, las violencias de lenguaje, el abandono de sus deberes, y multitud de otros excesos; llegan a ser causa de pecados contra el Espíritu Santo, precisamente porque los niños no los consideran como pecados graves ni se esfuerzan en evitarlos. Así, las faltas más ligeras en apariencia, pueden tener las consecuencias más dolorosas si no van seguidas del arrepentimiento y de la enmienda.

A veces los padres mismos desprecian sus deberes e incurren en el pecado de presunción contra el Espíritu Santo, cuando confían sus hijos a personas desconocidas y faltas de experiencia, como si estuvieran seguros de hallar en las personas que hacen sus veces, la ciencia, la abnegación, la fortaleza y constancia, de que ellos mismos carecen para la educación de sus hijos, puesto que vacilan en consagrar a esa empresa el tiempo, trabajo, dinero y vigilancia que se requieren, contando con que la Providencia suplirá lo que ellos omitieren por negligencia.

El Espíritu Santo no rehusa a los padres la gracia necesaria para educar a sus hijos, pero tampoco les exime de los trabajos inherentes a sus deberes de educadores.

Califícase de imprudencia el esperar grandes favores y beneficios de personas con quienes no se han cumplido los deberes de consideración a que se estaba obligado.

Pues de igual modo constituye una culpable presunción el contar con la misericordia divina, cuando se le escatiman al Señor los honores y servicios que le son debidos.

Pécase también por presunción contra el Espíritu Santo, cuando se deja uno arrastrar por un celo imprudente o un erróneo concepto de su suficiencia para todo género de empresas que no le incumben directamente y son superiores a sus fuerzas, medios y aptitudes; o cuando se toman ocupaciones que absorben el tiempo y la actividad, en perjuicio de sus verdaderas obligaciones.

Se necesita velar para que la atención de los niños no divague de unas cosas en otras, enseñándoles a concentrarla en lo que constituye su deber personal o jurídico.

II.—Dejarse arrastrar a la desesperación o dudar de la gracia divina

Fácil es comprender que Dios no puede ni perdonar, ni manifestar su misericordia a los que se niegan a reconocer la posibilidad de esos dones. Trabajo cuesta comprender cómo se puede llegar a dudar de la misericordia divina para con los pecadores que quieren convertirse e imploran su perdón. Y tampoco se explica fácilmente que un cristiano pueda caer en la desesperación, sea a causa de sus faltas, sea por otras razones.

Suele hablarse de arrepentimiento de los pecados, del deseo de corregirse de ellos, pero no se cumplen los buenos propósitos, y se incurre constantemente en las mismas faltas. Semejante disposición se halla en individuos, en quienes la educación y las condiciones de la vida han formado el juicio y la conciencia sin desenvolver el espíritu de fe y la fuerza de voluntad. Las caídas, las tentaciones de duda llevadas hasta la desesperación, deberían convencer a los padres del deber de inculcar desde muy

temprano a los hijos una fe ilustrada, formando en ellos la fuerza de voluntad y el valor.

Ni la voluntad, sin la luz de la fe para guiarla, ni la fe sin una voluntad decidida y valerosa capaz de ejecutar lo que la primera prescribe, pueden bastar para esta empresa.

El principal enemigo de la fe, el mayor obstáculo para una voluntad animosa y eficaz es el orgullo, que ahuyenta la gracia de Dios; y como sin ella somos incapaces de llevar a cabo ningún género de bien, comenzamos por dudar de nosotros mismos para caer en seguida en la desesperación.

El orgulloso, habituado a no contar más que con sus fuerzas, a referirlo todo a sí mismo, no experimenta la necesidad de recurrir a la misericordia de Dios; ¿cómo, pues, al sentir su propia debilidad e insuficiencia, al verse defraudado en las esperanzas que cifraba en sus esfuerzos, al sentir, por decirlo así, hundírsele el suelo debajo de los pies, no ha de caer en la desesperación?

Sólo la fe y la humildad pueden preservar de precipitarse en ese abismo de miseria. La fe, haciendo comprender al hombre su nada y la grandeza sin límites de la misericordia divina, somete la voluntad humana a la de Dios. Un hombre creyente y humilde no se apoya sólo en sus propias fuerzas, sino también, y sobre todo, en la gracia divina; comprende la necesidad de la penitencia y acepta con este espíritu todas las pruebas. Aunque sufra, no caerá en la desesperación; para él, en el verdadero sentido de la palabra, no hay decépciones.

Los niños que son desgraciados por cualquier concepto, enfermizos, débiles, torpes, tercos u obstinados, son a menudo causa de disgustos y de tristeza para sus padres.

Si éstos no tienen una fe sólida, la pena que sienten por la desgracia de sus hijos los arroja en el desaliento y aun en la desesperación. Para librarse de ella no queda más remedio que reforzar la fe y considerar que la Providencia no les concede los hijos para halagar su orgullo y servirles de consuelo, sino para que los eduquen a la mayor gloria de Dios, que quiere ser servido y glorificado por nuestra voluntad y no por el próspero suceso de nuestras obras.

La sumisión y el valor en el sufrimiento son una prueba de fe y confianza; el resultado feliz es un don de Dios, pero no un mérito.

El hombre, creado para amar a Dios y servirle fielmente, no responderá verdaderamente a este fin, más que cumpliendo lo que depende de él y abandonando lo demás a la voluntad de Dios. El Señor es omnipotente y misericordioso; sin su permiso no caerá un cabello de nuestra cabeza (1).

Cualesquiera que sean las dificultades y desengaños sufridos en la educación de los hijos, nunca es lícito desesperar; la oración perseverante, aunque no siempre sea atendida de una manera visible, nunca se pierde ante Dios.

No basta que los padres se guarden de la desesperación; deben además preservar de ella a sus hijos, que tarde o temprano han de hallarse expuestos a parecidas tentaciones. Padres e hijos no hallarán consuelo en sus tribulaciones sino mediante la confianza en Dios, que dimana de la fe.

Santa Mónica oró por espacio de veinte años a fin de lograr la conversión de su hijo Agustín; Dios tardó largo

(1) Luc. XXI, 18.

tiempo en dar oídos a sus ruegos, pero, en cambio, la concesión fué tan generosa, que excedió en mucho a lo que la Santa se habría atrevido a pedir.

III.—Rechazar la verdad conocida

Difícilmente se concibe que un hombre razonable, y que esté en sus cabales, pueda combatir la verdad sin motivo alguno. Este motivo existe siempre, y es la influencia de alguna pasión, sea obscureciendo el entendimiento, sea incapacitándole para admitir la verdad.

Así, los que para aumentar su fortuna intentan procesos injustos, los que trabajan por anular sus matrimonios, o los contraen con desprecio de las leyes de la Iglesia, los que amparan y disculpan los desafíos; los que se prevalen de la falta de pruebas para negar una deuda o quebrantar una palabra dada; los que por su ligereza se entretienen en destruir la felicidad doméstica de los demás; todos éstos y otros infinitos que podríamos citar, pueden tener el espíritu y la conciencia obscurecidos por sus pasiones, hasta el punto de perder el sentido de la verdad o de no tener el valor de reconocerla.

Sucede a menudo con las personas que quieren persistir en el pecado, que se persuaden y tratan de persuadir a los demás de que no es pecado lo que hacen, o de que en todo caso es un pecado inevitable. Negar de este modo la verdad constituye un pecado contra el Espíritu Santo.

A veces también el orgullo por sí mismo se convierte en causa generadora de este linaje de mentira. El hombre que no quiere reconocer ante Dios y los hombres su ignorancia, su torpeza o su incapacidad, prefiere decir que

no admite, que no cree. Frecuentemente, a trueque de no confesar su error, se obstina en sostener una asección cuya falsedad le consta con entera certeza.

No trate, pues, el que hubiere pecado, de justificarse proclamando en su defensa principios contrarios a la sabiduría y voluntad de Dios.

IV.—No desear para su prójimo la gracia de Dios o envidiársela

La doctrina cristiana insiste de una manera especial sobre la malignidad de la envidia, que es el vicio opuesto a la caridad; demuestra desde luego que es un pecado prohibido por el décimo mandamiento, la cuenta en seguida entre los pecados capitales, y, por fin, entre los pecados cometidos contra el Espíritu Santo. Envidiar al prójimo la gracia divina conduce a envidiarle todo lo que puede servir para adquirirla.

¡Cosa extraña! Este pecado se da con frecuencia entre las personas piadosas, o que tienen apariencia de tales. En efecto, las personas que no tienen fe, se cuidan poco de la gracia divina. Por el contrario las que andan ocupadas en buenas obras, se sienten especialmente inducidas a envidiar a las que las adelantan o igualan en ese camino. Así se explica en parte quizá la esterilidad de un gran número de esfuerzos que, heridos de muerte por el veneno de la envidia, es decir, inutilizados para el bien por un pecado contra el Espíritu Santo, no pueden extender el reino de Dios sobre la tierra.

He aquí por qué vemos a ciertas personas que, no sólo no ayudan a las demás en el bien que éstas hacen, sino

que las desacreditan, poniendo trabas y obstáculos de todo género en su camino, y esto, no porque reprendan el acto en sí mismo, sino porque son otros y no ellos mismos los que lo ejecutan.

El envidioso no se rebajará a pedir cooperación en un trabajo común; al contrario, se opondrá a que se realice, so pretexto de que es inútil emprenderlo, o bien imposible de llevar a cabo, de que el iniciador del mismo carece de condiciones para dirigirle bien y llevarle a buen término; de que le faltan los conocimientos, la salud, el tiempo y las fuerzas necesarias; ocultando así la envidia debajo de la apariencia del interés que pone en la obra, aprovecha todas las ocasiones de restar a su rival méritos y elogios. Poco le importa al envidioso que la empresa triunfe; lo que le atormenta es no ser él quien la dirige. Así lo vemos en todas las circunstancias de la vida. En el caso de alguna obra de caridad o misericordia, como la de cuidar a los enfermos, los hay que se desvivirán por atenderlos, pero sólo con la condición de que nadie más que ellos intervenga en el servicio; al conducirse así, creen sinceramente estar inspirados por la caridad pura y no ven que no es la caridad, sino la envidia la que les anima, y que en el fondo obran con la mira de atraerse las alabanzas y el reconocimiento.

Si es asunto de enseñanza, y el que da las lecciones padece de achaques de envidia, no aceptará la más leve indicación, porque el mérito de los progresos de su discípulo no debe pertenecerle más que a él; y por nada del mundo reconocerá las ventajas de la enseñanza de otro cualquiera.

En los niños, los gérmenes de la envidia de la gracia, se manifiestan por la envidia de las caricias y regalos de

los padres y superiores, por la envidia, no sólo de la recompensa, sino del mérito que se necesita para merecerla.

Los padres, guiándose por los indicios exteriores, aun los más ligeros, aunque sólo sea por la expresión del rostro, deben aplicarse a descubrir lo que pasa en el fondo del corazón de sus hijos, sin permitir en ellos el desenvolvimiento de tan peligrosa disposición. Lo cual es tanto más necesario, cuanto que la envidia se reviste del mayor disimulo y se disfraza con tan variadas apariencias, que es difícil descubrirla y corregirla tanto en sí mismo, como en los demás.

La pasión de la envidia, como todas las demás, se vence mediante la repetición de actos pertenecientes a la virtud opuesta, o lo que es lo mismo: por las acciones que resultan de esta virtud cuando se la posee, o con las que ayudan a adquirirla cuando aún no se ha conseguido.

Es preciso enseñar a los niños que, cuantas veces ejecutan cualquier acción que pueda redundar en su alabanza, duplicarán la alegría que dicha acción les cause, procurando que los otros participen de ella. Y cuando se ofrezca el caso de dar una alegría a los padres, de ofrecer a cualquiera una satisfacción inesperada, pónganse los hijos de acuerdo para hacerlo en común.

A este propósito conviene recordarles aquellas palabras de nuestro Salvador: «donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos...» (1), y que, por consiguiente, toda acción hecha en común tiene más valor, mayor importancia, y atrae más la bendición divina, que la que cada uno cumple por separado.

¡Ojalá que los lectores de este libro se penetraran de

(1) Matth. XVIII, 20.

la importancia y trascendencia de los documentos anteriormente expuestos para toda obra social y nacional, así como de lo necesario que es ejercitarse desde la edad más tierna en sacrificar las consideraciones personales y el amor propio, en aras del bien público! Meditarlos y cumplirlos es el único medio de llegar a ser un buen ciudadano, un verdadero servidor de Dios y de la patria.

V.—La obstinación en el pecado

Es otro de los pecados contra el Espíritu Santo, precisamente porque todas las buenas aspiraciones, todos los pensamientos generosos, todos los nobles deseos provienen siempre y únicamente de la acción del Espíritu Santo en el alma. Por nosotros mismos somos incapaces de ningún buen pensamiento, de ninguna buena acción, incapaces de invocar a Dios.

Todo bien dimana de Dios y solamente en Él tiene su principio; por consiguiente, el que se obstina en el pecado rechaza un don divino, y, ahogando la voz de la conciencia, peca contra el Espíritu Santo. ¿Qué es, en efecto, la voz de la conciencia, sino la palabra del Paráclito dejándose oír en el alma donde mora? Y esa palabra se nos manifiesta de diferentes modos.

Las vacilaciones que preceden al pecado, el misterio en que se le envuelve, el cuidado que se pone en evitar las miradas de los demás por miedo de que alguien pueda leer en los ojos lo que sucede en el interior del alma, la timidez que produce toda falta en presencia de las personas de intachable conducta, la inquietud, la tristeza, el remordimiento, la vergüenza que acompaña a toda infrac-

ción de la ley divina, todas estas manifestaciones son la voz de la conciencia. El sentimiento vivo y clarísimo que tenemos de que no se debería escuchar, decir, ni hacer lo que de cerca o de lejos se relaciona con la comisión del pecado, son señales de la acción del Espíritu Santo en el alma, que denominamos comúnmente la voz de la conciencia. Esa acción tiene por objeto avisarnos, ponernos en guardia contra las asechanzas del pecado y ayudarnos a arrepentirnos, a confesar nuestra falta y a enmendarnos después de la caída.

Esta voz de la conciencia es la mayor de las gracias que el Señor nos dispensa. Los santos no se santifican más que dando oídos a esta voz; los pecadores sólo se convierten cuando se someten a las insinuaciones de su llamamiento por encima de todas las consideraciones. Cuando ahogamos el sonido de esta voz, somos víctimas de las pasiones, y los pecados a que nos arrastran, oscureciendo el espíritu y privándonos de la gracia de Dios, extravían el juicio y extinguen el valor necesario para enmendar la vida y las condiciones que se requieren para el perdón.

La resistencia a la gracia se manifiesta desde luego en los pequeñuelos; por eso es preciso enseñarles con esmero a oír la voz de su conciencia. Alguien imaginará tal vez que, siendo el Espíritu Santo la voz que habla en el fondo de la conciencia, ni la educación ni las disposiciones personales han de poder nada contra ella. Es indudable que las disposiciones humanas no tienen acción alguna sobre el poder que Dios tiene de obrar en el alma, pero Dios no usa de ese poder sino en la medida en que el hombre puede y desea aprovecharse de él.

Los padres, y sobre todo ciertas sirvientas, tienen la

mala costumbre de celebrar con risas y bromas las faltas de los niños, como si fueran bagatelas que no se pueden considerar como pecados. Pero si en sus actos no hay por el momento pecados positivos, indican, sin embargo, inclinaciones que podrían, a causa de la negligencia de los padres, conducir al pecado.

La mirada de los padres debe ser un aviso para el hijo que sepa aprender en esa mirada la manera de apreciar las cosas como conviene, y de conducirse bien en cada caso particular. Una mirada alegre y satisfecha del padre debería ser la recompensa más preciada para el hijo, por el cumplimiento de un deber, por la ejecución de una buena obra, por la victoria obtenida sobre la tentación; y de igual suerte una mirada triste, severa, de reprobación, les enseña lo que ocasiona disgusto, desprecio, pena. Las reprobaciones y palabras duras no forman la conciencia de los niños; los castigos leves y las pequeñas recompensas son las más eficaces; pero lo que principalmente influye en la formación del juicio y de la conciencia de los niños, es la conducta de los padres en vista de las acciones de sus hijos.

Los padres deben suplir en cierto modo la conciencia de sus hijos, hasta que el juicio, la voluntad y la conciencia de los mismos hijos, haya adquirido el desenvolvimiento necesario para poder discernir por sí mismos la voz de la conciencia propia y seguir sus dictados con fidelidad. Si el niño toca sin permiso cualquier objeto, se le puede detener con la mirada, y, si no lo echase de ver, un gesto podrá ser bastante elocuente para hacer que se haga cargo de la indicación. En muchas ocasiones la mirada es más eficaz que la palabra. Ante una reprimenda severa, los niños permanecen con frecuencia indiferentes y a veces se endure-

cen y obstinan en su mal propósito, mientras que ante una mirada que envuelva una censura, se ven obligados a preguntarse a sí mismos la causa que motiva aquella muestra de descontento y desaprobación, viéndose así constreñidos a reflexionar y consultar su conciencia, ejercicios ambos de grandísima eficacia para la formación del juicio.

La conciencia se forma además por un examen cotidiano de las faltas cometidas; mas para que tal examen sea provechoso, deberá ser corto, referirse a uno o dos defectos principales y engendrar el arrepentimiento.

El examen de conciencia no ha de ser en ningún caso ocasión de reprensiones o castigos. Los padres, a quienes el niño da cuenta de las acciones del día, deben testificarle la alegría o tristeza que les causa la relación; y en el caso de que deban mostrarse apesadumbrados, cuidarán de hacer de modo que se trasluzca la esperanza de la corrección mediante la acción de Dios en el alma.

Al enseñar a los niños a prestar atención y obediencia a esas inspiraciones bienhechoras, se les preserva eficazmente del endurecimiento del corazón.

VI.—La impenitencia final

Este pecado proviene de la ligereza, de la pereza, o bien de la estrechez y bajeza de alma y de corazón. A veces concurrirán a él todas las causas apuntadas, y entonces es mucho más peligroso para la salvación.

La ligereza proviene de una falta de equilibrio intelectual, y a ella se debe que no juzguemos de las cosas según lo que en realidad son; que no las apreciemos en su justo valor, que no les atribuyamos la importancia que les corres-

ponde, que no les dediquemos el tiempo y consideración debidos. Cáese, entonces, según la expresión bíblica, en el hechizo de la vanidad que oscurece al bien verdadero, y en el inconstante ímpetu de la concupiscencia, que perverte el ánimo inocente (1).

Las personas de carácter ligero se dejan guiar por consideraciones humanas; hacen poco caso de los mandamientos de Dios y de la Iglesia y ni siquiera hallan tiempo para pensar en lo que Dios exige de ellas. Se inquietan y acongojan desmedidamente pensando en los deleites de la mesa, en el atavío de las habitaciones, en el lujo de los vestidos, y no se les da nada de los intereses de su alma y de la de sus hijos, ni de la educación de éstos y de las virtudes necesarias para el cumplimiento de sus deberes.

Otras, llevadas de la pereza y dejadez, difieren de un día para otro el cumplimiento de sus deberes; unas veces pretextan fatiga, otras falta de tiempo o de condiciones y circunstancias favorables. Estos tales hallan demasiado penoso cualquier esfuerzo físico encaminado a levantarse de su postración (2), como nos dice el Evangelio, y ejecutar lo que deben; y de igual suerte les parece insoportable todo trabajo intelectual, capaz de instruirles sobre la manera de conseguir la salvación. Van aplazando la realización de sus propósitos de día en día y de año en año y cuando la muerte les sobreviene de una manera inesperada, hallan que no han hecho nada, ni corregido nada, habiendo pasado la vida sin provecho para los demás, y con detrimento de su propia salud eterna.

Otros, en fin, no queriendo por una parte negarse a sí mismos nada de lo que satisface sus pasiones, y temiendo

(1) Sap. IV, 12.

(2) Marc. II, 9.

por otro lado poner en peligro su eterna felicidad, esperan que después de haber gozado cuanto pudieren y hasta el último momento de todos los placeres del mundo, tendrán todavía tiempo, en la última hora, de cumplir con lo que prescribe la Iglesia. Cálculo es éste que muchas veces suele salir fallido, y que bajo todos conceptos es indigno de un alma noble. La muerte puede ocurrir de repente, y aunque de ordinario se anuncie por una enfermedad, ¿quién saldrá fiador de que subsista la claridad del juicio, para suplir las omisiones cometidas en el transcurso de la vida, cuando durante la misma nunca se la empleó en el servicio de Dios?

Nadie negará la indignidad que se encierra en semejante modo de pensar. ¿Qué diríamos de aquél que se entregara libremente a todo género de excesos, fundado en la esperanza de eludir, al fin y al cabo, la acción de la justicia? Despreciable sería quien así obrara a los ojos de los demás. Pues ¿qué castigo no merecerá ante Dios, el que no teme ofenderle, con tal de no correr riesgo alguno?

Entre los buenos hábitos que los padres han de procurar que adquieran sus hijos, uno de los más nobles y provechosos es el de confesar sus faltas, pedir perdón de ellas, y reparar el daño que hayan podido causar, tan luego como la voz de la conciencia les avise de la transgresión.

«Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis», nos dice el Salvador. Una parte de esta penitencia temporal consiste en confesar sus faltas, en pedir perdón a Dios y también a los hombres, a quienes se ha ofendido o escandalizado y desde luego a los padres y superiores.

Cosa difícil es obtener de ciertos niños, sobre todo si no se les ha acostumbrado a ello desde la edad más

tierna, el que confiesen sus faltas y pidan perdón por ellas; por esto es necesario ayudarles a vencer la repugnancia que sienten hacia esa práctica. Cuando la falta cometida se dirigiere contra el padre, intervenga la madre para procurar la debida satisfacción; si la ofendida fuere la madre, acudan a remediar el daño, la institutriz, la criada, un hermano o hermana mayor. Y en este punto recomendamos eficazmente utilizar el concurso de los niños mayorcitos para ayudar a los pequeños en la confesión de sus faltas.

Cuando a consecuencia de cualquier discusión ocurrida entre hermanos y hermanas, se les escapan a unos o a otros palabras mortificantes, no se debe consentir que tales incidentes se conviertan en germen y fermento de antipatía mutua, de rencor o de ira.

Los hermanos, hermanas, parientes y amigos, olvidarán fácilmente sus resentimientos, aun sin pedirse perdón por ellos con toda formalidad, con tal de haberse convenido de antemano en que todos los incidentes desagradables, posibles entre ellos, sean considerados después de un cuarto de hora u otro espacio de tiempo análogo, como no sucedidos y perdonados.

Obsérvese como máxima de educación cristiana, el que los niños que incurren en alguna falta no se sienten a la mesa, ni se entreguen a sus juegos o paseos, antes de haber solicitado el perdón.

Nunca deberá dilatarse el conceder a los niños el perdón que pidieren. Cuando un niño se hubiere hecho acreedor a alguna reprensión, es preciso no dejar que se pase sin ella; si ha merecido un castigo debe imponérsele, pero no permanecer inflexible, ni despedirle repetidas veces sin el perdón solicitado. Si el niño pidiera perdón por al-

guna falta mostrando sincero arrepentimiento, no hay que abrumarle trayéndole a cuento otras faltas, porque semejante proceder engendraría en su corazón el desaliento, le familiarizaría con las reprimendas y acabaría por hacerle insensible a ellas.

No hay que aterrorizar a los niños con la idea de la muerte; pero sí conviene inculcarles que la muerte puede sobrevenir inesperadamente en cada instante.

Muchas veces se pone especial empeño en alejar a los niños de la vista de la muerte y de las conversaciones que a ella se refieren; prohíbeseles acercarse a los muertos, asistir a los entierros, visitar los cementerios. De este modo se consigue presentarles la muerte rodeada de un misterio terrorífico. Todo esto es imprudente y aun peligroso; porque no estando en nuestra mano evitarles ni a ellos ni a nosotros la realidad del fin que más tarde o más temprano ha de llegar, lo práctico es familiarizarse con él para mejor prepararse a recibirlo. Lo mismo que las personas de mayor edad, los niños deben saber que la muerte puede sorprenderles en cualquier momento y que toda la eternidad depende de la disposición en que se halla entonces el alma con respeto a la voluntad de Dios. Por consiguiente, no se debe nunca omitir lo que pudiera poner en peligro los supremos intereses de la eternidad. Antes de conciliar el sueño, antes de emprender un viaje, deberán esforzarse por obtener el perdón de las personas a quienes hubieren ofendido.

III

Pecados que claman al cielo pidiendo venganza

I.—El homicidio voluntario (1)

Los pecados que claman al cielo venganza provienen, como los demás, de alguna de las tres concupiscencias; pero el homicidio voluntario puede dimanar de cualquiera de ellas, lo que demuestra la necesidad de dominarlas todas.

La concupiscencia del espíritu, es decir, el orgullo, engendra la sensibilidad exagerada para mostrarse resentido por las cosas más insignificantes, el odio, los deseos de venganza, las contiendas, los desafíos y en ciertas ocasiones el asesinato.

La concupiscencia de la carne conduce a relaciones culpables, a promesas engañosas, a la seducción, a las enemistades, a las reyertas, asesinatos y suicidios. La concupiscencia de los ojos, es decir, la ambición y codicia, da lugar a las marrullerías, fraudes, perjurios, robos y arrastra al criminal a desear y aun causar la muerte de su víctima.

Los padres verdaderamente solícitos de la educación de sus hijos, no deberán entregarse a la confianza de que éstos no están expuestos a cometer crímenes parecidos. San Agustín decía que cualquier pecado cometido por un hombre, era un crimen en que él mismo podía incurrir sin el auxilio de la divina gracia.

(1) Genes. IV, 10.

Los padres han de tener bien presente que toda concupiscencia no domada abre un camino resbaladizo, por el que es fácil precipitarse en cualquier momento. Enseñen, pues, a sus hijos a combatir los menores síntomas de esas concupiscencias; y de este modo les preservarán, no sólo de los pecados graves, sino de un considerable número de faltas; que aunque leves en apariencia, denigran, sin embargo, a quien las comete, y rebajan el nivel moral de las sociedades donde quedan impunes.

El homicidio está prohibido por el quinto mandamiento y al explicar éste, enseña la doctrina cristiana que se refiere no sólo al homicidio efectivo, sino a todo lo que daña al prójimo en el alma o en el cuerpo. Los malos ejemplos, las conversaciones escandalosas, todo lo que combate la fe o corrompe las costumbres, todo lo que amina el respeto de los preceptos y deberes, participa más o menos del homicidio espiritual. La falta de vigilancia respecto de los criados jóvenes, el dejarlos expuestos a las tentaciones, a los peligros, a condiciones insalubres de habitación y alimento, a las malas lecturas, a la falta de buenos libros, son otras tantas faltas graves que cometen los dueños.

En el orden físico, exigir de los subordinados y dependientes un trabajo superior a sus fuerzas, o en condiciones que sean nocivas para su salud, darles habitaciones malas, alimento insuficiente y averiado, no concederles bastantes horas de sueño, como lo hacen inconscientemente tantas señoras de la alta sociedad, en una palabra, todo lo que, perjudicando a la salud, abrevia la vida, debe ser considerado como un pecado que clama venganza al cielo. Trabajo cuesta concebir que haya mujeres cristianas, que levantándose tarde, después de pasar la noche

en el baile, en el teatro, en la tertulia o en el sarao, pueden con la conciencia tranquila exigir a sus servidores que velen por la noche esperando su regreso y se levanten temprano para dedicarse al trabajo, so pretexto de que los criados necesitan dormir poco.

Sería de lamentar que los padres creyesen que lo dicho anteriormente nada tiene que ver con la educación. Lo que los padres hacen y dicen delante de sus hijos es considerado por éstos como norma a que atenerse en parecidas circunstancias, y aquello a que llegan a habituarse les parece justo. Así es como, después, la conducta de la edad madura es copia de lo visto y oído durante la infancia.

No debe permitirse que los niños maltraten a los animales. Las criaturas no parecen echar de ver los padecimientos de las bestias como no sea para divertirse, y por eso los atormentan muchas veces, tirándoles de las orejas o del pelo, golpeándolos o pinchándoles con palos, encerrándoles en la obscuridad, etc. El mejor castigo, la mejor lección en casos parecidos, es procurar, como si no supiesen lo que hacen, que se inflijan unos a otros el mismo tormento.

Si se logra que el niño se tire a sí mismo del pelo o de las orejas o se pique hasta hacerse sangre, no será preciso reprenderle de nuevo por los crueles tratamientos que hubiere dado a las bestias.

Más difícil es hallar un castigo conveniente aplicable a los niños que atormentan a las moscas, mariposas, insectos, aves; no obstante, ha de procurarse no dejar impune ninguna crueldad.

Es preciso enseñar a los niños que si se quiere destruir a los animales nocivos, o matar los que son necesarios para el alimento del hombre, hay que hacerlo de modo que padezcan lo menos posible.

Las crueldades que los niños se toman la licencia de cometer, inconscientemente, con los animales, endurecen sus corazones con respecto al prójimo. Por eso conviene acostumbrarles a que sean buenos con los animales, les protejan y cuiden; pero sin que tales cuidados degeneren en caricias exageradas y adhesión excesiva, y para ello lo más acertado es no tener a los animales en sus habitaciones.

Si la crueldad con las bestias dispone a la crueldad para con el prójimo, una afición excesiva a los perros, gatos o aves no forma en manera alguna el corazón en el amor del prójimo; y la experiencia diaria demuestra que las personas animadas de excesiva ternura para con las bestias, son incapaces de amar al prójimo ni siquiera a Dios. Repugna ver hasta qué punto ciertas personas llevan su cariño a los animales que toman por favoritos; les rodean de todo género de comodidades, les atiborran de toda clase de golosinas, soportan sus gastos y enojosos inconvenientes y les prodigan atenciones que no dispensarían al prójimo, que rehusarían a los pobres; les acarician, les abrazan y besan, les arrullan y llevan en brazos y les muestran más cariño que a sus propios hijos. ¡Qué celosa envidia no debe despertar semejante espectáculo en el corazón de los que lo presencian y a quienes nunca se han dado quizá semejantes pruebas de afecto!

Estas advertencias parece que nada tienen que ver con el homicidio y sin embargo no son ajenas a la cuestión. Acordémonos de que la vida es el don más precioso de Dios, y no ya la vida humana, la vida animal, sino también la vida vegetal; es preciso, por tanto, respetarla. La Providencia, al dar al hombre la soberanía sobre toda criatura, le ha concedido el derecho de servirse

de los seres inferiores, vegetales y animales, de modo que los utilice de todas las maneras posibles, pero sin maltratarlos, atormentarlos ni mutilarlos.

Hay que inculcar a los niños el respeto a todas las criaturas de Dios y no permitirles estropear inútilmente los árboles, las flores, las plantas más ínfimas; inspirarles amor a la naturaleza y el gusto por los árboles y las plantas. Si las caricias exageradas que se prodigan a los animales se oponen al amor de Dios, del prójimo y de todo lo que es digno de amor, el gusto por las plantas conserva la inocencia del corazón, desenvuelve las cualidades más delicadas y preserva, además, de la ociosidad y de muchas otras faltas.

II.—La sodomía

Este vicio nefando que recibe su nombre de la ciudad de Sodoma, sobre la que atrajo la cólera divina y cuya destrucción completa causó, es un pecado antinatural, contrario a las leyes morales y físicas. Aberración reprobable que demuestra cómo el hombre, cuando no vive según las leyes de Dios y conforme al espíritu de la fe, puede llevar su envilecimiento y degradación hasta hacerse inferior a los animales. Los padres no deberían olvidarse de esto jamás.

El mejor medio de preservar a los niños del pecado de Sodoma, así como de los demás pecados contra el sexto mandamiento, es despertar en ellos el amor al estudio, al trabajo, a todo lo que es noble y santo, apasionándolos por el servicio de Dios y de la patria.

Fuera de las horas de estudio, es preciso ejercitar a los niños en trabajos manuales, en la gimnasia y en todo

lo que favorece el desenvolvimiento de la destreza, habilidad, prontitud en el desempeño de cualquier asunto, sin dejar lugar al aburrimiento y al vagar de la imaginación.

Es preciso no tolerar la ociosidad, el trato demasiado familiar, las confianzas inmotivadas, la grosería, las bromas vulgares, las risas estrepitosas, los juegos inconvenientes y los gritos salvajes que envilecen el espíritu y rebajan el carácter.

Los padres deberán proceder con la más exquisita prudencia en la elección de amigos y compañeros de sus hijos, dando por sistema la preferencia a niños más jóvenes que los suyos antes que a los que sean de más edad. Estos de ordinario influyen mucho en los más jóvenes, los cuales se dejan llevar fácilmente por los que los aventajan en edad.

El pecado de Sodoma no nace de inclinaciones heredadas, sino que es consecuencia de la depravación, de los malos ejemplos, de los malos consejos, de las influencias peligrosas; proviene de las circunstancias exteriores. ¡Con qué solicitud, pues, los padres deben vigilar la elección del medio ambiente en que han de desarrollarse sus hijos, y muy en especial de las personas a quienes confían su educación! La falta de vigilancia y de inspección en esta materia, puede causar tanto daño como la misma perversidad.

III.—La opresión de los pobres, de las viudas y de los huérfanos (1)

He aquí otro de los crímenes que pertenecen al número de los que claman venganza al cielo. Los huérfanos y

(1) Eccl. XXXV, 18, 19.

desvalidos son más fácilmente auxiliados que otros menesterosos, por la caridad, sea pública o privada, y las viudas necesitadas hallan el modo de ganarse la vida más fácilmente que las otras mujeres.

Las viudas y los huérfanos, expuestos a una de las peores opresiones, son siempre los más dignos de lástima. Estos son los que, no poseyendo ningún bien, o no sabiendo defender ni administrar lo que poseen, llegan a ser las víctimas de toda clase de explotadores sin conciencia, de parientes, vecinos, amigos, empleados, abogados e intermediarios. Así, pues, los que cometen este género de abuso deben acordarse de que Dios dice de sí mismo en la Escritura, que es el vengador de toda extorsión causada a las viudas y a los huérfanos.

Se deberá, pues, inculcar a los niños el respeto a los deberes que toda persona honrada debe guardar respecto de las viudas y de los huérfanos, y en particular de aquellos a quienes su situación personal con relación a unas u otras, impone el deber de protegerlos. No basta abstenerse de causarles ningún daño en beneficio propio; toda negligencia, todo descuido, toda ligereza en la administración de sus negocios, puede causarles un perjuicio equivalente a una opresión.

Los niños no están en manera alguna expuestos a oprimir a las viudas y huérfanos; pero se ve muy a menudo manifestarse en ellos cierta disposición a despreciar a los débiles, a abusar de sus fuerzas para atormentar a los niños más tiernos, golpearles, arrebatárles violentamente lo que les agrada o entretiene.

Para preservar a los niños de semejante disposición, se necesita inculcarles el sentimiento y la convicción de que la fuerza no se le da al hombre, sino para la defensa

del derecho y de la justicia, para la protección de los que no pueden defenderse a sí mismos, y no para cometer violencias, crueldades e injusticias, o para aplicar el principio, hoy tan en boga, según el cual «la fuerza debe prevalecer sobre el derecho».

En los niños algo crecidos, robustos y bien desarrollados intelectualmente, deberá despertarse el noble y caballeresco deseo de defender a los débiles, más torpes o menos provistos de recursos, aunque sea a costa de sacrificios personales.

Sucede a veces que ciertos niños, viendo a sus madres y criadas cuidar preferentemente de los más pequeños y servirles los primeros, mientras a ellos los hacen esperar, tratan de desquitarse de la injusticia que a su entender se les hace, atormentando a los más jóvenes.

Para prevenir estos malos sentimientos, hay que estimular a los mayores a que protejan a los más jóvenes, a que les ayuden a vestirse para el paseo, a que les sirvan la comida y jueguen con ellos.

Todos estos pormenores son otros tantos menudos expedientes, por medio de los cuales se logra desenvolver en los niños cierta nobleza de carácter, que más adelante les impulsará a ponerse al lado de la justicia, para la defensa de los débiles y de los oprimidos.

Incúlquense, pues, a los niños con la palabra y con el ejemplo esos saludables principios, porque si bien es verdad que no son para ellos de inmediata aplicación, los preservarán más adelante de los pecados que claman venganza al cielo.

IV.—Retención del salario debido a los criados y jornaleros (1)

El pecado que se comete al retener el salario de los criados y jornaleros, exige que se fije la consideración sobre él, tanto más cuanto que no se puede decir como de otros, por ejemplo, del homicidio, que son poco numerosos los expuestos a cometerlo. Las ocasiones de retrasar el pago de dependientes y obreros se presentan cada día; y aunque este pecado revista suma gravedad, vésele cometer casi inconscientemente por ciertas personas que al parecer no querrían ocasionar mal a nadie ni atraer sobre sí la venganza del cielo. Pero en el tribunal divino esa especie de inconsciencia no les excusará de la injusticia cometida contra otro.

Dios nos ha dado la razón precisamente para que reflexionemos sobre nuestras acciones. Y ¿puede pretenderse que reflexione un hombre honrado, cuando no paga sin dilación su salario a los empleados y obreros de su casa?

El trabajo es el capital del trabajador; mediante él puede mantener a su familia y mantenerse a sí mismo, pagando no solamente lo que es necesario para la vida, sino también los materiales indispensables al mismo trabajo y al ejercicio de su profesión. Cuanto más pobres son los obreros, tanto más obligados se ven a recibir su paga al contado. Faltándoles el dinero disponible que procede de su trabajo, se hallan expuestos en todo momento a sufrir hambre y frío, a ser arrojados del piso que tienen alquilado, a ver acaso que les embarguen lo poco que tienen.

(1) Lev. XIX, 13.

La responsabilidad de tales padecimientos y apuros incumbe a los que les hacen encargos sin poder pagarlos en la fecha convenida; a los que compran, arriendan, contratan o toman prestado en las mismas condiciones; a los que sostienen mayor número de criados de los que pueden pagar convenientemente. ¡Cuántas personas gastan en objetos de lujo, placeres, regalos, y aun limosnas a que no están obligadas, lo que deben al criado, al artesano, a la modista, al tendero, al médico, al profesor, que se ven obligados a esperar indefinidamente su salario, cuyo retraso les causa un gravísimo perjuicio!

Caen en ese pecado los que, explotando la miseria ajena, se procuran servicio y obligan a instruir a sus hijos a medio precio, los que roban el tiempo a los obreros, haciéndolos aguardar durante horas el pago de sus cuentas o forzándoles a volver muchas veces a reclamar lo que se les debe. Esas horas de espera, así como el trabajo que durante ellas hubieran podido ejecutar, tienen no obstante valor para el obrero que vive de su trabajo; porque al impedirle aprovechar el tiempo se le causa una verdadera injusticia.

Por un extraño error de juicio y de conciencia, más de un hombre de natural bueno y generoso no sabe ser honrado. Si la liberalidad es una cualidad nobilísima, la justicia debe sobreponerse siempre a ella, porque es una virtud moral necesaria para la salvación. La Sagrada Escritura nos recomienda el ejercicio de la misericordia, pero nos manda observar ante todo la justicia.

Ciertas personas hacen de buen grado grandes limosnas, dan a todo el que les pide, aunque se halle tal vez en estado de ganarse la vida; pero cuando se trata de pagar el salario a los dependientes y obreros, discuten hasta el

último maravedí, como si fuera cuestión de vida o muerte, no para el que ha ganado aquel salario con su trabajo, sino para el mismo que se aprovecha del resultado de él.

Esta injusticia constituye una falta personal, y además un pecado social, un pecado de lesa patria, porque favorece la mendicidad y deprime el entusiasmo por el trabajo.

Si todos los que se avergüenzan de no dar limosna o de limitarse a un pequeño donativo, se avergonzaran de no remunerar debidamente a los empleados y obreros, la situación de nuestro país y la de la sociedad en general, sería bien distinta de la presente. Por desgracia, en vez de avergonzarse de ello, lo más corriente es tropezar con gentes que se jactan de haber explotado el trabajo ajeno, pagando por él la mitad de su valor.

Es preciso enseñar a los niños a calcular estrictamente, antes de comprar o encargar cualquier cosa, aunque sea con un fin caritativo, si los recursos podrán bastarles, y hasta qué punto pueden comprometerse. Y nunca deberán propasarse contando con ingresos eventuales, siquiera lo hagan con la mejor intención, a gastar más de lo que les permiten sus recursos.

Por carecer de esta prudencia se crean muchas veces en la clase obrera rencores y odios provocados por el sentimiento de injusticia que con ellos se comete, y se fomenta una sed de venganza, capaz de arrastrar a los más espantosos excesos.

«Sembrará vientos y cosechará tempestades» (1).

(1) Os. VIII, 7.

IV

Los pecados de cooperación

Resulta de la doctrina enseñada por el apóstol San Pablo, que la responsabilidad de unos alcanza también a los otros en determinadas circunstancias. Esta responsabilidad nos crea deberes precisos para con el prójimo. Los diversos modos de contraerla pueden enumerarse como sigue:

1. Aconsejar el pecado.
2. Ordenar el pecado.
3. Permitir el pecado.
4. Incitar al pecado.
5. Elogiar el pecado.
6. Guardar silencio a vista del pecado.
7. No castigar el pecado.
8. Ayudar al pecado.
9. Excusar el pecado ajeno.

Al enseñar a los niños lo que se entiende por el pecado de cooperación, es preciso grabar en su espíritu y conciencia, que el más culpable no es siempre el que por sí mismo comete una mala acción.

Cuando entre los niños se ha cometido alguna fechoría, suelen defenderse diciendo: «no he sido yo». Y, sin embargo, los que han aconsejado el mal, los que han sido testigos del mismo y cooperado de cualquier modo a su ejecución, son a veces tan culpables y en algunas ocasiones más que los que lo han cometido.

Los niños deben saber que los pecados de cooperación son tanto más graves, cuanto que el mal causado es mu-

chas veces difícil y aun imposible de reparar. Se pueden borrar los propios extravíos mediante la confesión y el arrepentimiento; en ocasiones también cabe repararlos y expiarlos, pero ¿quién reparará el mal causado a otras almas?

Es preciso hacer comprender bien a los niños, que pecan al consentir en los malos pensamientos; que cometen un pecado más grave aún al comunicarlos a sus compañeros; que obran mal atentando contra el bien del prójimo, y peor todavía arrastrando a los otros a imitar su conducta; que si obran mal, mostrándose desobedientes, testarudos, groseros, agravan su falta con la responsabilidad de la ajena, cuando inducen a sus iguales a imitarles.

Niños hay, que aprovechando la ausencia de sus padres, obligan a los criados y a los niños más pequeños a ejecutar cosas que no se habrían atrevido a ordenar en presencia de aquellos. A veces, en la escuela, se valen de amenazas para constreñir a los más jóvenes y débiles a que hagan cosas contrarias a su conciencia y a los reglamentos de la escuela, o bien les imponen silencio sobre lo que deberían revelar. Es preciso inculcar a los niños algo crecidos, una profunda repugnancia a cometer tales abusos, y desenvolver en los más jóvenes el valor y la fuerza necesarias para no ceder en lo que contradiga a los dictámenes de su conciencia.

Limitado es el poder de los niños, pero nunca deben abusar de él. Todo poder viene de Dios; de consiguiente hay que usar de él según la mente del eterno Dador de todos los bienes, sin que sea obstáculo el que tal poder sea pequeño. Los niños influyen de tal modo, unos sobre otros, que así como se inducen mutuamente al pecado, así

pueden también preservarse de él mediante su recíproca influencia, si tienen conciencia clara de ese deber.

En muchos casos, con sólo avisar a los padres y superiores de las cosas que ven y oyen, evitarían seguramente innumerables faltas. Preséntase aquí, no obstante, una dificultad. Por una parte no se debe permitir que los niños se acusen unos a otros o a los sirvientes, ni que recojan chismes y se conviertan en correveidiles de todas las faltillas que descubren con el fin de atraer reprimendas a los denunciados, ni menos conviene consentir que provoquen odios y fomenten murmuraciones que fácilmente degeneran en calumnias. Mas al mismo tiempo, es cierto que los niños, lo propio que las personas mayores, tienen la obligación de impedir el mal cuando puedan. ¿Cómo conciliar estos dos principios al parecer contradictorios? Lo que a menudo es difícil por falta de discreción y prudencia llega a ser relativamente fácil allí donde la educación es como debe ser.

Si los padres acostumbran a sus hijos a hablarles francamente de todo, se hallarán al corriente de todo lo que ellos hayan visto u oído, sin que por parte de los mismos hijos haya murmuraciones y denuncias. A los padres toca dirigir la conversación de manera que los hijos no se percaten de la impresión causada por sus palabras.

Ocurren, sin embargo, cosas que los hijos saben que están prohibidas por sus padres; ven que los autores de ellas engañan a alguno, le perjudican, le exponen a un peligro o a un escándalo. En este caso, guardando silencio sobre los hechos de que han sido testigos, los hijos permiten el pecado del prójimo.

Pero es achaque común en los débiles el temor de atraerse las iras y malevolencia de los más fuertes, reve-

lando sus defectos y mala conducta. Los superiores deben conducirse de modo que el denunciante no quede expuesto a la venganza; o si esto no fuese posible, obren de suerte que no llegue a sentir los efectos de la misma.

Por otra parte, conviene sobremanera armar desde luego a los niños del valor que han de necesitar en el transcurso de la vida, para soportar valerosamente todos los trabajos y contratiempos que se les ofrecieren por servir a la verdad y a la justicia.

Hay, sin embargo, casos en que, a pesar del deber de denunciar el mal, se comete una indignidad divulgando sin motivo las debilidades y defectos ajenos y repitiendo lo que a alguien pudo escapársele involuntariamente en un momento de cólera. Semejante proceder, aparte de no ser útil a nadie, da ocasión al prójimo para nuevos pecados sembrando discusiones, discordias y odios.

Los niños caen en la misma falta, cuando se hacen rabiar unos a otros, cuando con su ligereza y desobediencia provocan la indignación de sus superiores, cuando ocasionan destrozos, o se exponen inútilmente a accidentes o enfermedades que son para los demás una fuente de gastos, de trabajo y de angustias, en fin, cuando con su conducta arrastran a otros niños a extravíos semejantes.

Se deberá infundir a los educandos el hábito de respetar el trabajo de los demás, a fijarse en lo que puede ocasionar al prójimo pena, fatiga, dolor u ofensa, a guardarse de gritar, armar alborotos, cerrar las puertas con violencia, interrumpir el reposo de los que tienen necesidad de él; en una palabra, de todo lo que puede ser para los otros motivo de indignación o enfado.

No es propio de los niños meterse a elogiar o repre-

der; parece, por tanto, que no han de hallarse expuestos a «elogiar el pecado ajeno», y sin embargo cuando muestran interés y satisfacción allí donde deberían manifestar repugnancia, por ejemplo, cuando se recrean en atormentar o dar muerte a los animales, cuando ríen al ver insultar a los enfermos o a los pobres, cuando se divierten en espectáculos inconvenientes, en todos esos casos alaban el pecado ajeno y lo fomentan.

Lo que es nocivo y penoso para los demás, lo cruel o moralmente feo, no debe provocar la risa de las personas honradas, sino su repulsión. En tales circunstancias, como en muchas otras, el ejemplo es la mejor enseñanza. Los niños no experimentarán repulsión hacia todo aquello que los padres miran con indiferencia y quizá hasta con placer; no considerarán malo aquello que excita la hilaridad de sus superiores.

La formación del juicio y de la conciencia en cuanto a la responsabilidad que incumbe a cada uno, no ya de sus propios pecados, sino de los pecados ajenos, es tanto más importante cuanto que crea la conciencia social y el valor cívico indispensables para elevar y mantener el nivel moral de la sociedad y de la nación.

Al ver el número considerable de personas de carácter débil que, guiándose únicamente por consideraciones humanas, buscan en la mirada de otras, indicaciones para su propia conducta; es fácil comprender que la responsabilidad de sus actos, públicos o privados, incumbe en gran parte a los que no les detuvieron a tiempo en el mal camino o no les alentaron en el bueno.

Mas para abstenerse de aprobar las faltas del prójimo, especialmente, cuando son cometidas por personas de más edad, más fuertes y superiores por su posición e instruc-

ción, se requiere valor, porque los hombres se vengan de la injuria que descubren en la censura.

Recuerden los jóvenes que las creencias y principios que les fueron inculcados mediante una buena educación no deben aprovecharles a solos ellos, sino también a otros privilegiados, y que muchas veces sólo con la mirada o la expresión del semblante pueden retraer del pecado a muchos de sus iguales. La expresión del rostro de un hombre honrado es como una antorcha que ilumina las conciencias de los demás.

Es preciso, no obstante, enseñar a los niños que, si por su propia conducta y el aire de agrado o disgusto, deben disuadir o alentar a los demás en sus malas o buenas acciones; en cambio, por lo que a ellos mismos se refiere, no en el semblante y en la mirada ajena, sino en su propia conciencia, es donde deben buscar el aguijón y el freno.

Verdad es que mientras son pequeños, mientras su juicio y conciencia no se hallen formados, los niños hacen bien en buscar en los ojos de sus superiores las indicaciones necesarias. Pero con el tiempo llegarán a convenirse de que no siempre se lee en la mirada del prójimo el aliento para obrar el bien o la censura del mal. He aquí por qué importa tanto sacudir desde luego el yugo de toda consideración humana, formándose un juicio sano y principios sólidos.

El catecismo, apoyándose en la Sagrada Escritura, enseña que los padres y superiores, si no castigan las faltas de sus subordinados, se harán culpables del pecado ajeno. De todo lo concerniente a la educación, no hay cosa que pida mayor prudencia que la manera de aplicar los castigos. Para esto se requiere justicia, valor, prudencia y

dulzura, junto con un cierto tino para no empeorar al culpable al corregir su falta.

No basta, sin embargo, que los padres comprendan sus propios deberes; se necesita además que los niños lleguen a persuadirse de que, al no castigarlos, sus padres se harían responsables de sus faltas.

¡Dichosos los padres que han formado en sus hijos una conciencia y sentimiento del deber tales, que no les sea preciso recurrir a los castigos! Pero mientras esto no suceda, los niños deben comprender que ellos mismos ponen a sus padres en la necesidad de castigarles, desde el momento en que no se puede llegar de otro modo «al fin». Hay que persuadirles que deben aceptar los castigos con respeto y reconocimiento, teniendo en cuenta que los padres cumplen de ese modo el más penoso de sus deberes.

La participación en el pecado ajeno, consiste también en la parte activa que en él se toma, o en el beneficio que de él se reporta, por ejemplo, al apropiarse objetos robados y servirse de ellos, al ayudar a la venganza o a la mentira. En este punto se necesita ilustrar de una manera especialísima la conciencia de los niños, porque éstos se figuran que la responsabilidad de toda falta cae sobre el que concibió el pensamiento de cometerla, o sobre el que en el hecho se mostró más atrevido. Desde el punto en que ellos no son los principales autores, se creen exentos de toda responsabilidad e inocentes. Hay que recordarles, pues, que la parte que les puede caber en el pecado del prójimo, varía según sea su importancia; que la responsabilidad, de consiguiente, admite diversos grados; pero que en todos los casos les hace más o menos culpables del «pecado ajeno».

Los niños preguntan muchas veces cómo han de conciliar la prohibición de murmurar con la de excusar el pecado del prójimo. Esta dificultad es sólo aparente, porque la maledicencia se refiere a la persona del prójimo, mientras que la excusa del pecado recae en los actos.

La fe prohíbe expresamente juzgar la conducta del prójimo. «No juzguéis a fin de que no seáis juzgados» (1), dice el Evangelio; y San Pablo añade: «¿por qué juzgas a tu hermano?» (2)

Nadie puede leer en el corazón de su prójimo, de modo que sepa lo que le hace culpable o le excusa delante de Dios; y así, en cuanto sea posible, hay que concederle el beneficio de las circunstancias atenuantes. ¡Cuántas veces, en efecto, se puede decir de él aquello del Salvador: «¡No saben lo que se hacen!» (3). La falta de educación e instrucción, las malas influencias y peores ejemplos, pueden realmente crear cierta especie de inconsciencia. Es inicuo sospechar del prójimo sin pruebas suficientes, atribuirle malas intenciones, revelar sus debilidades, y, en una palabra, murmurar de él, y lo que sería peor, calumniarle, extremo a que al fin llega todo murmurador; porque para causar daño al prójimo todos los medios le parecen buenos. Ahora bien, si se trata de actos, es fácil reconocer si están o no conformes con los mandamientos y de consiguiente juzgarlos.

Se podría objetar que al juzgar los actos, y sobre todo al condenarlos, no son ellos sino a sus autores a quienes en definitiva se condena. Y, no obstante, si es difícil, y a veces imposible, juzgar acertadamente al pró-

(1) Matth. VII. 1.

(2) Rom. XIV, 10.

(3) Luc. XXIII, 34.

jimo, y está siempre prohibido el hacerlo cuando esto no forma parte de los deberes del propio estado; en cambio es un deber primordial de todo hombre honrado manifestar su opinión sobre los actos y llamarlos por sus nombres, calificando de ilícitos los hechos que lo sean y de pecados los que verdaderamente fueren pecados. El que justificara lo injusto, o disculpara las transgresiones manifiestas de la ley, se haría culpable de ellas.

Sin duda hay que compadecerse del pecador; ¿quién más digno de lástima que él? Es preciso hasta donde sea posible, ayudarle a que se convierta y corrija, pero esta misericordia no debe ir hasta justificar sus actos o fingir que se ignoran, cuando son de pública notoriedad. Si el culpable persiste francamente en su pecado, se debe cortar con él todo género de relaciones que pudieran inducirle a él o a otros a pensar que se aprueba lo que es reprehensible.

San Juan, el apóstol de la caridad, dice: «Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le saludéis» (1).

Hay ejércitos en que los oficiales se ponen de acuerdo para no dirigir la palabra a un camarada, reo de una acción infame; al ponerle de este modo en cuarentena le obligan a dejar el servicio, donde la existencia se le hace imposible de soportar. Esta solidaridad de los unos obliga a reflexionar a los otros. De ser posible evitarlo, no conviene tolerar el trato de gente que por su falta de honradez, malas costumbres y conducta relajada, llegan a ser para los otros motivo de escándalo o estímulo para obrar mal.

(1) II Ep. S. Joan. 10.

Si el que obligado por razón de su cargo a castigar los pecados ajenos, es culpable al no hacerlo, el que los justifica es más culpable todavía. Excusando el pecado, se extravía el juicio y la conciencia de la gente, y se perjudica al culpable dificultándole la posibilidad de convertirse y enmendarse.

Una reprensión sensata y prudente puede conducir al pecador al arrepentimiento y la enmienda, mientras que una culpable indulgencia le aparta de ello.

Luchemos contra la relajación de principios, contra la indiferencia y flojedad respecto del pecado; porque él destruye el sentimiento de la verdad y del deber, sin el cual, ni las sociedades, ni las naciones pueden subsistir.

QUINTA PARTE

Los frutos

La virtud, fruto de la educación

«No obedeceré, no serviré», tal es la divisa de Satán, del mundo y de la carne. De aquí la rebelión de la criatura contra el Criador, esto es, el pecado que nos impide cumplir nuestros deberes temporales, y alcanzar nuestro fin eterno. La educación debe formar principios y hábitos radicalmente contrarios, o sea las virtudes.

La virtud proviene de una acción común de la voluntad humana y de la gracia divina. Ni ésta sin la voluntad humana, ni la voluntad sin la gracia, pueden producir las virtudes sobrenaturales. «Sin mí», sin la gracia, «nada podéis hacer» (1), dice el Señor.

La doctrina cristiana coloca en primer lugar la fe, esperanza y caridad, virtudes «infusas» sobrenaturales, llamadas también teologales, porque se refieren inmedia-

(1) Joann. XV, 5.

tamente a Dios, y porque sin mérito alguno de nuestra parte obtenemos de Él la gracia que necesitamos para practicar sus actos. Tengamos, no obstante, presente que, aunque la gracia necesaria para la práctica de estas virtudes nos sea dada de ordinario gratuitamente; la podemos perder por infidelidad, abandono en resistir a nuestras malas inclinaciones y flojedad para contrarrestar las malas influencias.

Después de las virtudes sobrenaturales, el catecismo enumera las virtudes morales que llama virtudes adquiridas, porque, a pesar de que no podemos pasarnos sin la gracia divina, tenemos en nuestra mano el adquirirlas por nuestros propios esfuerzos. Llámase las también virtudes naturales, porque, aun sin dar fe a las verdades reveladas, se las puede apreciar y adquirir por motivos humanos y naturales. Muchas son las virtudes y cualidades del orden moral; pero el catecismo pone en primera línea como virtudes cardinales, es decir, primarias: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Así como las virtudes sobrenaturales son la base de nuestras relaciones con Dios, las virtudes naturales o morales son el fundamento de nuestras relaciones con la familia, la sociedad y la nación.

Pero las virtudes morales, aunque la doctrina las coloque entre las del orden natural, se hallan tan ahogadas por las malas inclinaciones nacidas de la corrupción de la naturaleza por el pecado original, que no pueden desenvolverse por sí mismas y es preciso cultivarlas en el alma de los niños.

Toda virtud natural o sobrenatural, en el hombre, es un reflejo débil y lejano, pero real de las perfecciones divinas. La gracia indispensable para practicar las vir-

tudes sobrenaturales, la fe, esperanza y caridad, es conferida por el bautismo a los niños que no poseen todavía virtudes morales; pero esta gracia no es por sí misma una virtud. La fe, esperanza y caridad sólo pueden desenvolverse sobre la base moral de las virtudes naturales. Si la fe ejerce a menudo tan poca influencia en la vida, es precisamente porque falta esta base. Por otra parte, las virtudes morales, por preciosas que sean, miradas de un modo puramente humano, no conducen a la salvación, sino en cuanto son practicadas por motivos sobrenaturales.

Estas virtudes son tan indispensables para alcanzar la vida eterna, como para llenar los fines que el Señor se propone al colocarnos en el mundo; ellas pueblan el cielo de santos, la patria de héroes, la sociedad de hombres sanos de cuerpo y alma, asegurándoles condiciones de progreso, bienestar y prosperidad. Sin ellas no existe ni felicidad eterna ni temporal. La vida terrena es un don de Dios lo mismo que la del cielo; si a veces la una sirve de obstáculo a la otra, esto se debe, no a la voluntad divina, sino a la imprudencia y malicia humanas.

Para cumplir los designios de la Providencia divina, las cuatro virtudes cardinales son absolutamente necesarias. Toda acción de la vida privada o social, por caritativa, patriótica y noble que sea en su objeto, si no va acompañada de las debidas condiciones, si le faltan la prudencia, justicia, templanza y fortaleza, no podrá durar, o permanecerá estéril, cuando no llegue a causar daño.

Conviene instruir a los niños en las virtudes teológicas, enseñándoles las verdades de la fe, haciéndoles notar los ejemplos que de ellas nos ofrecen las Sagradas Escrituras y las vidas de los santos; pero procu-

rando hacerlo con la debida discreción para no causarles fastidio.

Mientras los niños son de poca edad hay que inculcarles decencia, fidelidad a la palabra dada, amor y respeto a la verdad, no apoyando esta enseñanza en motivos sobrenaturales, sino exigiendo de ellos dichas virtudes, porque así deben portarse los que se respetan a sí mismos, respetan a los demás y quieren tener derecho a la estimación ajena.

San Pablo dice que la fe es un escudo, con que los soldados de Cristo se cubren en el combate, pero tal escudo es demasiado pesado para los niños. Al imponerles esta carga y obligarles a practicar todas las obras con espíritu de fe, antes que su fuerza de voluntad se halle suficientemente desarrollada, se les daña más que se les ayuda. El resultado puede ser fatigarles, desanimarles, hacerles cobrar disgusto a esta virtud, habituarles a la timidez o a la falsedad, y aun ponerles escrúpulos que podrían conducirles a la locura. Lo mismo cabe decir de la esperanza y caridad sobrenaturales.

Para preparar a los niños a la práctica de las virtudes sobrenaturales, débeseles ejercitar primero en las naturales, en las virtudes morales a que se siente inclinado todo hombre solícito de su dignidad personal, y a las que tantos paganos de la antigüedad debieron el respeto de las generaciones posteriores y con las que hoy día se honran personas que carecen de fe en las virtudes sobrenaturales.

Si es necesario usar de circunspección al hablar a los niños de las virtudes sobrenaturales, nunca haciéndolo demasiado pronto; no lo es menos el hacerles ejercitar lo antes posible en las naturales o morales. Se ennoblece a

los niños y se les afianza en la moral, cuando se les preserva tempranamente de la animalidad innata y se forma en ellos el sentimiento de la dignidad personal.

De este modo se logrará poco a poco que los niños se acostumbren a examinar, antes de tomar cualquier determinación seria, si lo que tienen intención de hacer lleva el sello de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

I

Las Virtudes Teologales

Fe, Esperanza y Caridad

Podría pensarse que no es ocasión de hablar aquí de un modo especial, de la fe, de la esperanza y de la caridad, puesto que todo este tratado tiene por objeto demostrar que estas tres virtudes son la base indivisible e ineluctable de todo principio moral y de todo orden social; y, sin embargo, ¿cómo hablar de los frutos de la educación sin mencionar de nuevo esas tres virtudes poderosas, que se hallan, no sólo en la base, sino en el coronamiento de toda formación moral?

La fe da la luz necesaria para conocer la verdad, instruye al hombre sobre las razones de su existencia y del fin temporal y eterno para que ha sido creado, sírvele para tener conocimiento exacto de sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, despierta en su alma el sentimiento de la dignidad personal y el horror al pecado, destruye el orgullo y orienta la vida según el orden establecido por Dios.

Pero ¿de qué serviría la fe sin la esperanza? Y ¿qué podríamos esperar nosotros, pobres pecadores, si Jesucristo no nos hubiera rescatado con su sangre? Mediante ella, borra nuestros pecados, nos asegura la gracia necesaria para triunfar en los combates de la vida; nos hace renacer a la vida eterna, y nos abre de nuevo las puertas del cielo, dejando vencida a la muerte. Y de este modo, no solamente nos reintegra en nuestros derechos a la esperanza, sino que nos la señala como un deber, como una virtud indispensable para la salvación.

¿Qué decir, en fin, de la caridad, que según las palabras de San Pablo «es la mayor de las tres virtudes»? (1) ¿Qué decir del amor de Dios y del prójimo en que el Espíritu Santo inflama las almas? A la caridad perfecta está prometido que no acabará jamás (2), que sobrevivirá a la fe y a la esperanza y que obtendrá la remisión de muchos pecados (3). El amor es un estímulo para el trabajo y da la fortaleza necesaria para la perseverancia.

El símbolo de la fe, de la esperanza y de la caridad es la cruz: «*In hoc signo vinces*». *Por virtud de esta señal vencerás*. Merced a este signo, a pesar de todas las influencias contrarias, los padres saldrán a su vez vencedores en las dificultades y luchas que se les ofrecerán, para llevar a buen término la educación de sus hijos; gracias a la cruz, los niños reportarán victoria en el continuo combate que constituye la vida del cristiano.

La carencia absoluta de fe, esperanza y caridad, es de ordinario bastante rara, pero no es menos raro el perfecto desarrollo de las mismas. De ahí la debilidad de los

(1) I Cor. XIII, 13.

(2) Ibid.

(3) Luc. VII, 47.

caracteres con todas sus consecuencias; la miseria material y espiritual, el descenso del nivel moral en las sociedades, la decadencia de las naciones. Importa, pues, que los que tratan de educación estén bien convencidos de que, sin esta triple base, sus esfuerzos serán estériles.

Tengan presente esto los padres y las personas que se ocupan en la educación de los niños, como los maestros y maestras; la eficacia de su trabajo y esfuerzos, los socorros de la luz y de la virtud que les son necesarios para el cumplimiento de sus deberes, dimanan de las tres virtudes teologales; procuren, pues, desenvolverlas cuidadosamente en sí mismos y en los niños.

Puesto que este libro tiene por objeto propagar el reino de Dios en las almas, educando, para la patria eterna y temporal, siervos fieles, no será fuera de propósito citar aquí las palabras de un hombre que ha dedicado su vida al servicio de ambas causas. Preguntado muchas veces por sus compatriotas el general Zamoysky, a quien antes hemos aludido, acerca de sus esperanzas respecto al porvenir de Polonia, tenía la costumbre de responder que, allí donde haya fe y amor, debe haber también siempre esperanza.

II

Las Virtudes Cardinales

I.—La Prudencia

La prudencia consiste en elegir los medios convenientes, legítimos y aptos para alcanzar el fin propuesto, y al propio tiempo prever y evitar los peligros eventuales.

Los padres tienen obligación de desenvolver en sus

hijos la virtud de la prudencia, exponiéndoles con toda claridad los frutos preciosos de esta virtud y los desastres que su ausencia ocasiona en las familias y sociedades.

Deben aprovechar todas las ocasiones que se presentan, para demostrar a la juventud, que la utilidad de la vida, la estimación pública, la salud y el bienestar, son generalmente el fruto de una conducta prudente, mientras, por el contrario, las discusiones y el odio nacen a menudo de una imprudencia, de palabras dichas a la ligera; y las mismas enfermedades son con frecuencia el resultado de una imprudencia o de un exceso cualquiera, y los gastos inconsiderados, la mala administración de los negocios, la afición desordenada a los placeres, ocasionan ruinas que producen a la patria un daño irreparable.

Se necesita habituar a los niños a gobernarse con prudencia, y a no exponerse sin necesidad a enfermedades y accidentes fáciles de prevenir. Enséñeseles las precauciones que han de tomar con el agua, el fuego, las armas, instrumentos y máquinas que, si bien son útiles a los que saben servirse de ellos, pueden ocasionar, a los que carecen de prudencia, la enfermedad o la muerte.

Infúndaseles el hábito de servirse de cada cosa con discernimiento, es decir, para el uso a que está destinada; enséñeseles a respetar los libros, los vestidos, los objetos de todas clases, a no deteriorar nada por negligencia, a no estropear ningún objeto, ni ser por su imprudencia, causa de gastos inútiles.

Incúlqueseles la prudencia acostumbrándoles a disponer juiciosamente de su dinero, a emplearlo de una manera útil y razonable, a hacer economías, en fin, a servirse de lo que les pertenece en provecho de su país.

Acostúmbreseles a resistir a la tentación de comprar todo lo que vieren, so pretexto de que es «bonito» o «barato». Lo «barato», cuando no es indispensable, siempre es demasiado caro. Que no se rodeen de cosas inútiles, que no han de emplear, ni de cuyo cuidado pueden encargarse.

Habítuseles a la prudencia en las palabras, de modo que sepan, no solamente lo que deben decir, a quién y cómo deben decirlo, sino cuándo y ante quién es preciso hablar o guardar silencio (1).

Enséñeseles a emplear bien el tiempo y sobre todo a usar sabiamente de sus horas de ocio. Más de una vez hemos tratado aquí de la necesidad de vigilar cuidadosamente a los niños, hasta tanto que su juicio, conciencia o voluntad, se hallen bastante desenvueltos para permitirles guiarse por sí propios. Sin embargo, no queremos decir que se les deba rodear de condiciones de vida tiránicas; antes bien, nos parece que lo más conveniente es una moderada independencia. Al efecto hay que prevenirles a tiempo de los peligros y tentaciones que les amenazarán, enseñarles a discernirlos y despertar en ellos la disposición decidida a resistir a las tentaciones, antes que se vean expuestos a ellas. Es el único medio de armarlos para las luchas que nos esperan a todos en la vida.

Al paso que los niños crecen, se les debe conceder cierta libertad, darles prueba de confianza y rodearlos de vigilantes solicitudes. La prudencia enseñará a los padres la manera de conciliarlo todo.

Condúzcanse los jóvenes con gran prudencia en la elección de sus relaciones, no abran su corazón ni concedan su

(1) Eccl. III, 7.

confianza a personas a quienes no conozcan suficientemente. Un amigo fiel es un don inestimable de Dios. Pero ¡qué consecuencias tan desastrosas e incalculables puede acarrear la mala influencia de los compañeros y camaradas, con quienes se ha trabado relación sin haberlo pensado maduramente! El que anduviere en compañía del sabio será sabio; y el amigo de los estultos se les asemejará» (1).

Y si tanta prudencia se requiere para adquirir relaciones de sociedad o de amistad, ¡cuánta más se necesitará para el acto de contraer matrimonio! Si al concertar esos enlaces se diera oídos a los dictados de la prudencia, habría en los matrimonios menos motivos de discusiones y de lágrimas.

La prudencia no es igualmente asequible a todos. La reflexión que exige esta virtud se da más bien en las personas tímidas, egoístas y apáticas, que en las dotadas de iniciativas, generosidad y ardor. Los caracteres de esta última clase manifiestan a menudo las ideas antes de haberse detenido a reflexionar sobre ellas, y en ocasiones las ponen en ejecución antes de haberlas enunciado. Pero no se vanagloríen de su prudencia los egoístas y apáticos porque la prudencia que dimana de esos defectos de carácter no es virtud; por otra parte, tampoco deberán desmayar aquellos otros para quienes la prudencia es cosa difícil, porque con buena voluntad y diligencia podrán alcanzarla. El que no sepa discernir si tal acto, tal gesto o tal palabra están conformes con la prudencia, pregúntese a sí mismo lo que ocurriría, si todos se permitiesen un acto, gesto o palabra semejante. En la Sagrada Escritura

(1) Prov. XIII, 20.

leemos que es más fácil ver una paja en el ojo del vecino que una viga en el propio (1).

La prudencia nació en parte de la experiencia de la vida; por eso nada tiene de extraño que suela faltar en la juventud. Conviene añadir que es una virtud particularmente difícil. Nos lanzamos con excesiva facilidad a toda suerte de empresas, muchas veces sin reflexionar sobre las dificultades que encierran y que quizá nos obliguen a detenernos a medio camino.

Para servir eficazmente a Dios y a la Patria, es preciso que la prudencia y el celo vayan de acuerdo. El ardor en el trabajo y el espíritu de sacrificio tienen un valor capital, y sin embargo no producen buenos frutos más que bajo la dirección de la prudencia. Los jóvenes no deberán tomar sobre sí nuevas cargas y compromisos, antes de haber satisfecho a los que ya pesan sobre ellos. La prudencia exige ante todo, tanto por lo que atañe a nuestra propia salvación, como por lo que mira a nuestros deberes para con la familia y la patria, el cumplimiento inteligente y concienzudo de los deberes de nuestro estado.

Un proverbio vulgar dice: «guárdate y te guardaré»; es decir, que Dios no nos preservará de las funestas consecuencias de nuestras acciones contrarias a su voluntad; y claramente se ve que las obras imprudentes no pueden estar conformes con la voluntad de Dios.

La prudencia es también necesaria para la práctica de las demás virtudes; facilita su adquisición y hasta casi podría suplirlas a todas. La prudencia perfecciona el ejercicio de la razón, que es el más excelente de los dones divinos; a dicha virtud le corresponde regular los dictámenes

(1) Matth. VII, 3,4.

de la razón práctica; el hombre y su vida no serán en último término sino lo que de ellos haga la razón, o más bien la prudencia que informe los actos de aquella facultad.

Aun las personas de conducta más arreglada no siempre saben guiarse por los rectos dictámenes de la razón; con frecuencia se sienten perplejos y encuentran dificultades extraordinarias respecto de asuntos en que la simple razón bastaría para indicarles lo que deben hacer.

Todos desean instruirse y todos tratan de hacerlo, pagando a veces bastante dinero para llegar a conseguirlo. A pesar de lo cual, la excesiva delicadeza para sentirse de las censuras ajenas, es un defecto generalísimo. Bastaría un momento de reflexión y un sencillo razonamiento para convencerse de que, las observaciones, la crítica, las reprensiones, nos proveen de una luz que, en muchos casos, no podríamos obtener de otra manera; de modo que, en vez de irritarnos, deberíamos más bien mostrarnos reconocidos por ello. Las observaciones pueden ser a veces exageradas e injustas; pero una persona razonable halla medio de aprovecharse de ellas, se muestra reconocida a quien se las hace, y muy satisfecha de que se le hagan manifiestamente y cara a cara en vez de murmurar a sus espaldas. Tales advertencias ponen a menudo en condiciones de obrar mejor, o a lo menos de corregir las apariencias, las cuales no han de ser tenidas en poco por toda persona que se precia de prudente. «Absteneos, dice San Pablo, de todo lo que tiene alguna apariencia de mal» (1).

La sensibilidad extremada proviene del orgullo. Muchas personas se figuran que se les falta al respeto, a las consideraciones y al afecto debido. El remedio en este

(1) I Tess. V, 22.

caso podría ser la humildad; esta virtud se posee tanto más fácilmente, cuanto mayores son el juicio y la discreción. La humildad y la razón son compañeras inseparables; ambas facilitan el conocimiento de la verdad, ayudando a ver las cosas tales como son y a su verdadera luz. Una persona razonable no concede importancia a cosas fútiles, indignas de que se les conceda atención; espera poco de los demás, se contenta con poco y se aplica las palabras de San Pablo: «Si alguno se tiene por algo, se engaña a sí mismo, porque no es nada» (1). Semejante sentimiento de la verdad, pacifica el espíritu del que lo posee y no turba el de los demás.

Ciertas personas necesitan moderarse y mortificarse mucho para no traspasar los justos límites en materia de gastos; un poco de prudencia seríales suficiente para portarse como deben.

¡Cuántas tentaciones penosas deben su origen a malas lecturas, a conversaciones y espectáculos que con un poco de prudencia y valor pudieran haberse evitado!

No es siempre fácil amar al prójimo, pero la prudencia nos recuerda que «con la misma medida que midiéremos, seremos medidos» (2), que todos necesitamos ser compadecidos, y que sólo a los misericordiosos se les ha prometido misericordia (3).

La templanza es difícil para los que tienen el medio de satisfacer sus menores deseos; pero la prudencia enseña que la medida, la templanza y la moderación, son las condiciones esenciales de la salud, del bienestar, de la paz; que el sentimiento de la propia dignidad y santifica-

(1) Gal. VI, 3.

(2) Luc. VI, 38.

(3) Matth. V, 7.

ción, la prosperidad de la familia y el mayor bien de la patria exigen de todos un perfecto dominio de sí mismos.

Los sufrimientos físicos y morales piden a veces una paciencia heroica; pero la prudencia nos ayuda, sea a prevenir el mal, si es posible, sea a sobrellevarlo con espíritu de penitencia cuando no hay manera de remediarlo; y además nos ofrece ocasión de adquirir méritos y mantener la paz en nosotros mismos y en las personas que nos rodean.

Si se considera que la prudencia es una virtud de imprescindible necesidad, así por lo que mira a la salvación como por lo que se refiere a los negocios temporales; si se tiene en cuenta que sin ella nada puede durar ni prosperar, será fácil convencerse de que es preciso esforzarse doblemente por adquirirla para sí mismo, y por ejercitar en ella a los niños.

II.—La justicia

La justicia consiste en cumplir estrictamente nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, y para con nosotros mismos, dando a cada cual lo que le corresponde.

Todas nuestras aptitudes espirituales, intelectuales y físicas, nos vienen de Dios. La justicia respecto del Sumo Hacedor de todas las cosas, consiste en darle lo que se le debe y en emplear todas nuestras facultades en su servicio y gloria divina.

San Pablo define la justicia para con el prójimo diciendo: «Pagad a todos lo que se les debe; al que se debe tributo, el tributo; al que impuesto, el impuesto; al que temor, temor; al que honra, honra. No tengáis con nadie

otra deuda que la del amor que os debéis siempre unos a otros» (1). No es posible cumplir todo esto más que observando el mandamiento del amor del prójimo.

La justicia para consigo mismo consiste en realizar todo lo que Dios se propuso al crear al hombre a su imagen, dotándole de razón y voluntad libre y destinándole al reino de los cielos.

La justicia y la prudencia guardan entre sí una relación tal de mutua dependencia, que lo que se aplica a la una se aplica también a la otra, con la diferencia, sin embargo, de que la prudencia sirve principalmente para apreciar toda causa y toda acción en sí misma, mientras que la justicia sirve para apreciarlas relativamente a otras causas, a otras acciones, a otras circunstancias. Así la prudencia juzga si una acción determinada vale la pena de ser hecha, si es conveniente y útil, mientras que el oficio de la justicia consiste en apreciar si puede ejecutarse con respecto a los derechos del prójimo, a los propios deberes y a los medios con que se cuenta.

De todas las virtudes morales la justicia es quizá la más rara y difícil, y esto no tanto por mala voluntad, como por errónea comprensión de las cosas. Para discernir entre lo justo y lo injusto, hay que considerar si el asunto o negocio que se considera está conforme con la voluntad de Dios, expresada en los mandamientos, en los deberes del propio estado, en las circunstancias que nos rodean y en los medios de que podemos disponer. Estos principios son tan claros, que nadie debería padecer error respecto de ellos; sin embargo, las equivocaciones en que se incurre son numerosas, y no solamente los malvados que según la expresión bíblica, «beben la iniquidad como

(1) Rom. XIII, 7, 8.

el agua» (1), sino también los que desean servir a Dios y a la sociedad, los que quieren salvarse y santificarse, olvidan con sobrada frecuencia, en qué consiste la justicia y cometen a menudo contra ella las faltas más graves.

Ciertas personas se figuran que la justicia exige para todo el mundo las mismas condiciones de existencia, el mismo trabajo, idéntico salario. Si el linaje humano se compusiera de individuos incapaces de pensar o trabajar por su cuenta o de disponer juiciosamente de lo que ganan, sería indudablemente preciso que una autoridad protectora distribuyera equitativamente entre ellos todo lo necesario. Pero los hombres dotados de razón y de voluntad, deben pensar y trabajar por sí mismos sin tender a la igualdad en la dependencia y medianía, sino buscando en la condición que les está señalada por los mandamientos, los deberes de su estado, las circunstancias y medios de que disponen, el logro de las mejores condiciones posibles de existencia, fortuna, consideración y categoría social.

El hecho mismo de la vida, que implica un desenvolvimiento, excluye la igualdad. Una estricta igualdad no es posible más que en ciertas manufacturas y artículos fabricados a máquina; pero a los hombres no puede reducirseles a esa proporción exacta y uniforme. Es, de consiguiente, absurdo, abogar por una igualdad contraria a la naturaleza, antes al contrario todos tienen derecho de aspirar al primer puesto por sus merecimientos y laboriosidad.

Sea cual fuere la condición en que un individuo se encuentra, siempre podrá mejorarla, empeorarla o perderla, según el empleo que haga de sus aptitudes, y la manera

(1) Job. XV, 16.

como cumpla con sus deberes. Las circunstancias pueden ser favorables o adversas, pero por sí mismas no deciden del resultado final. ¡Cuántos hombres, nacidos en la indigencia, se han labrado con su inteligencia e industria las mayores fortunas! Y ¡cuántos otros han conquistado puestos políticos y militares a que ninguna protección hubiera sido capaz de elevarlos! Innumerables son los que, desde el más humilde origen, se elevaron por sus virtudes y talentos a la más alta dignidad del mundo, al solio pontificio. La influencia más extrema y durable se ejerce aquí abajo por los pensadores y los santos, que muchas veces, después de haber pasado su vida en la pobreza y en la obscuridad, se han convertido en bienhechores de la humanidad, por haber descubierto fuentes de riquezas espirituales o materiales anteriormente desconocidas.

Es de tanta mayor importancia instruir bien a los niños sobre los principios fundamentales de la justicia, cuanto que abundan los que se forman de esta virtud una idea extraña, creyendo que en cierto modo se opone a la misericordia. Puesto que todas las virtudes vienen de Dios, no pueden estar en oposición las unas con las otras. Evidentemente una justicia rigurosa, ejercida sin misericordia, puede llegar a ser una injusticia: «*Summum jus, summa injuria.*» Pero, por otra parte, la misericordia que no se apoya en la justicia no es verdadera misericordia, y se convierte en la causa de un daño individual o general.

Cuando para librar a los jóvenes del apuro y afrenta en que se han colocado por una imprudencia, se pagan ciertas deudas que no tenían derecho a contraer, es cierto que se practica con ellos un acto de misericordia material, pero se les irroga el mayor perjuicio moral con-

firmándolos en la injusticia. Cuando en nombre de una supuesta misericordia, se manifiesta excesiva indulgencia para con las faltas de un individuo determinado, se perjudica a la sociedad esparciendo en ella la idea de que se puede con entera impunidad permitir esas faltas. Una misericordia que trastorna los sentimientos de justicia, deja de ser misericordia para convertirse en iniquidad, si no en el acto, al menos en sus consecuencias ulteriores.

Al contribuir al extravío de lo que se llama opinión pública, se comete una falta grave, no sólo contra la justicia sino contra la caridad y en nombre de la misma caridad. La opinión pública es la voz de la conciencia pública y tiene capital importancia. Cuando se apoya en los principios de la fe, en los mandamientos de la ley divina, en los deberes del cristiano, del ciudadano, y en los de la familia bien comprendidos, constituye para la nación una fuerza que ningún poder enemigo sería capaz de contrarrestar. Es preciso recurrir a la misericordia cuando quepa alguna esperanza de lograr la conversión de un pecador, lo mismo que cuando está ya convertido, renunciando a su mala vida y haciendo penitencia de ella; pero respecto de las personas que persisten abiertamente en el pecado, la verdadera misericordia consiste en juzgar severamente sus acciones, porque es el único medio de llamarles la atención sobre ellas, apartarlas de la mala vida y preservar a los demás de seguir sus huellas.

De igual modo que la prudencia, la justicia exige que cada uno cumpla ante todo sus propios deberes. Verdad es que en algunos momentos hay que sacrificar el bien individual al bien y a la salvación generales, sobre todo en épocas de calamidad pública, pero éstas son circunstancias excepcionales, raras y de corta duración. En

condiciones normales, los individuos no pueden contribuir al bien general sino en cuanto cada uno cumple con su deber en el puesto que se le ha asignado.

A menudo, ciertos padres celosos, pero imprudentes, ingresan en toda clase de asociaciones, tales como comités, obras caritativas o sociales, abandonando el cuidado y educación de sus hijos, como si estos últimos no fuesen miembros de la sociedad en cuyo beneficio pretenden trabajar, y como si el primero y más riguroso deber de los padres no fuera el de pensar en la educación de sus propios hijos.

Ocurre también que jóvenes hijos de padres pobres, enfermos y sin recursos, en vez de servirles y de trabajar para ellos, los abandonan a la caridad ajena para consagrarse a toda clase de obras de beneficencia, como si los padres no ocuparan el primer lugar entre los prójimos y no estuvieran ellos obligados por justicia a asistirlos de un modo especial.

Sucede con harta demasiada frecuencia que, con la mejor intención se recomienda a personas inmorales y destituidas de probidad, sin más que, porque siendo pobres, solicitan recomendaciones e importunan con instancias hasta el fastidio. No quieren comprender quienes tal hacen que semejante servicio prestado a quien no lo merece, es un perjuicio causado a las personas engañadas con sus recomendaciones.

Otros, so pretexto de un bien social, se engolfan en todo género de empresas, para las que carecen de capacidad y de medios; explotan la confianza ajena contrayendo deudas sin pensar en el modo cómo podrán satisfacerlas, compran propiedades, se lanzan a la industria y al comercio y acaban por hacer bancarrota y arrastrar en

su ruina a todos los que se fiaron de ellos. Los hay también que aceptan la presidencia y dirección de sociedades, que no se hallan en condiciones de inspeccionar y dirigir, viniendo a ser, de este modo, causa de desastres para sí mismos y para los demás. Este modo de entender la caridad y de obrar en contra de toda justicia, no puede en manera alguna merecer la bendición de Dios. La sabiduría manda que se ejecuten las cosas de la mejor manera posible; el mundo, la vanidad, y aun el celo imprudente, impelen a abarcar más de lo que se puede.

Las cosas no van en realidad bien, más que en las familias, instituciones y pueblos, donde, dirigiéndose cada cual según los principios de la justicia, cumple a conciencia con sus propios deberes, y sólo en ellas, es donde en las épocas de calamidades o desastres, se hallan las reservas de fuerzas vitales necesarias a la regeneración de los individuos y de las sociedades. «La justicia eleva las naciones» (1).

III.—La templanza

La doctrina cristiana enseña que la virtud de la templanza consiste en poner un freno a las exigencias de los sentidos, en contener la triple concupiscencia, de los ojos, del espíritu y de la carne, raíz de todos los pecados. De lo dicho se puede colegir la importancia y valor de esta virtud a la que se concede, de ordinario, poquísima atención, tanto en los primeros años como en el curso de la vida. Consiste la templanza en usar de todas las cosas,

(1) Prov. XIV, 34.

sólo en la medida necesaria, sin pecar por exceso ni por defecto, según las palabras de San Ignacio de Loyola.

No es posible enseñar prudencia y justicia a los niños más que cuando han alcanzado cierto desarrollo intelectual, pero es preciso inculcarles la templanza y el orden, desde la edad más tierna.

La templanza, es decir, la moderación, la justa medida en todas las acciones de la vida, crea el imperio de la razón y de la voluntad, y por consiguiente, el imperio de lo que es espiritual y divino; sobre la sensibilidad y los apetitos inferiores, esto es, sobre lo que tienen de animal y opuesto al espíritu. La templanza no solamente preserva nuestros actos y palabras del efecto de las inclinaciones naturales y nocivas, sino que enfrena la imaginación y preserva de la exageración que a menudo desvía las mejores intenciones y produce a veces males sin cuento.

La templanza se forma con la mortificación de todo lo que impide al alma entregarse al amor y servicio de Dios uniéndose íntimamente a Él. Por la templanza el alma se espiritualiza, disponiéndose así a recibir la presencia divina junto con la luz, las gracias y virtudes sobrenaturales necesarias para la dirección de su vida, tanto privada como pública.

Más arriba, a propósito de los pecados capitales, hemos hablado de la intemperancia en la comida y la bebida. Recordemos aquí que este género de intemperancia debilita las facultades espirituales, intelectuales y físicas, siendo causa de innumerables desastres, así en las familias como en las sociedades. Por el contrario, la templanza en la alimentación y, sobre todo, la abstención de toda clase de bebidas alcohólicas, contribuye a guardar la energía moral, la lucidez del espíritu y el vigor del cuerpo;

evita grandes gastos, tanto por lo que se refiere a las bebidas, como porque éstas llevan a otros desórdenes.

En cuanto a la intemperancia en el lenguaje, es oportuno recordar lo que dice un antiguo proverbio: «El arte por excelencia consiste en saber guardar la lengua detrás de los dientes»; que semejante arte encierra grandes dificultades, lo prueba el escaso número de los que pueden gloriarse de poseerlo. Hay personas que, desde la primera entrevista, se confían sus penas, congojas y asuntos más íntimos, como si tuvieran la convicción de que los demás han de guardarles el secreto de las confidencias que ellas mismas no supieron reservarse.

La charlatanería ocasiona pérdidas de tiempo incalculables. Muy pocos se toman la molestia de resumir en pocas palabras su pensamiento; la generalidad parece poner empeño en fatigarse mutuamente, dificultando con grandes rodeos y circunloquios la inteligencia de asuntos que pudieran arreglarse en un abrir y cerrar de ojos.

Lo mismo sucede cuando se hace necesario dirigir una reprimenda. En vez de exponerla brevemente, se prolongan sin término las reconvenciones, olvidando que una palabra prudente y categórica es de mayor efecto que largos discursos, indefinidamente repetidos.

Con frecuencia olvidamos al conversar con el médico, el abogado y el profesor, que «el tiempo es oro» para estos funcionarios, y que perdemos el tiempo y el de los demás en digresiones ajenas al asunto que hemos ido a tratar.

La palabra es como el agua, cuanto más reprimida, mayor fuerza tiene; cuando se derrama sin trabas, el agua forma pantanos y la palabra habladurías estériles.

La intemperancia en los placeres produce estragos de otro género; pero no menos sensibles; tales son la pér-

dida de la salud y los reveses de fortuna. ¡Cuántos ignoran lo que significa prácticamente la asiduidad en el trabajo, porque todas las ocasiones de placer, junto con las visitas que se ven obligados a hacer o recibir, se les presentan como obligaciones sociales, como deberes de familia, ante los que es preciso sacrificar los deberes del propio estado!

¡Cuántas señoras se lamentan de no poder dedicar tiempo alguno a la educación e instrucción de sus hijos, ni levantarse temprano para inspeccionar el arreglo de la casa, y todo porque necesitan satisfacer las exigencias del mundo, asistiendo a tertulias que se prolongan hasta altas horas de la noche!

Fáltales así el tiempo para instruirse, para ordenar sus cuentas, y hasta para practicar sus devociones, porque lo primero de todo es atender a sus visitantes, procurándoles pasatiempos y distracciones.

Cuando las visitas han terminado, se les impone una nueva obligación, la de cumplimentarlas, emprendiendo una gira de casa en casa, que servirá de estorbo a los visitados para cumplir con sus deberes.

Esta intemperancia, no sólo es un obstáculo para atender debidamente a las obligaciones del propio estado, sino que priva en absoluto de las aptitudes necesarias a tal fin, porque todo deber, lo mismo que todo trabajo, llega a ser tanto más difícil de ejecutar, cuanto menor es el empeño y diligencia que se ponen en su cumplimiento.

La preeminencia concedida a los deberes sociales en perjuicio de las verdaderas obligaciones del propio estado, es una plaga a la vez moral y material. Por esto hay que enseñar a los niños la moderación en sus juegos, habituándolos a interrumpirlos a la primera señal, sin vaci-

laciones, no permitiéndoles gritos, alborotos, risas estrepitosas y movimientos desordenados, ejercitándolos en el dominio de sí mismos y en la templanza, fijando con prudencia las reglas y duración de los entretenimientos.

La templanza es necesaria en el trabajo. Dios lo ha creado todo con medida y exige de nosotros que la tengamos también en nuestros actos. Por falta de esa condición, las mejores acciones no serán del agrado de Dios ni obtendrán sus bendiciones. De consiguiente, hasta donde sea posible debe limitarse el trabajo a las horas que le están asignadas, y no prolongarlo a costa del tiempo que es preciso consagrar al sueño y a la alimentación. Sin grave daño temporal y eterno no puede permitirse este trastorno del orden divino, ni semejante contradicción de su voluntad.

La templanza es necesaria en la generosidad, a fin de que no degenera en despilfarro; lo es en la economía para que no se convierta en avaricia; en la severidad de los principios, evitando que llegue a los excesos de la crueldad; en la misericordia si no ha de transformarse en patrocinadora de abusos.

Únicamente del amor de Dios, del prójimo y de la patria, es del que se puede decir con San Francisco de Sales, que «su medida es no tenerla», y con San Bernardo, que «la manera de amar a Dios es amarle sin medida». Y, no obstante, el amor mismo, sólo es una virtud y no una pasión, mientras se mantiene dentro de los límites de la honestidad y de la templanza.

IV.—La fortaleza

Manifiéstase esta virtud cardinal en vencer las dificultades anejas al cumplimiento de los deberes, y en soportar con inalterable entereza las penas de la vida.

Pero no se ciñe a eso la fortaleza; exige además perseverancia, indiferencia a las consideraciones humanas, y a veces, hasta el sacrificio del amor propio y de la popularidad. Para salir a la defensa de la verdad, de la fe, de la justicia, de los principios, de las convicciones, la fortaleza expone a la calumnia, a las persecuciones; no sólo de parte de los opresores, sino lo que es cien veces más penoso, de parte de los mismos allegados y aun de los parientes más próximos. Esa es la fortaleza que necesitamos adquirir.

La fortaleza, lo mismo que todas las virtudes naturales, y más todavía que ellas, tiene especiales atractivos así para los incrédulos como para los creyentes, tanto para los paganos como para los discípulos de Cristo. Nadie confiesa de buen grado, ni siquiera a sí mismo, que le falta valor, que se deja dominar del miedo.

De consiguiente, se deberá enseñar a los niños que el valor físico, necesario cuando es preciso exponer la salud o la vida, por noble que sea, no constituye la virtud de la fortaleza. Esta virtud exige, además del valor físico, el valor moral, el pasivo y el activo, el militar y el cívico.

El valor físico depende en gran parte de las disposiciones innatas; pero es preciso desarrollarlo en los niños mediante adecuados ejercicios gimnásticos, con el des-

envolvimiento inteligente de las fuerzas, de la destreza, de la salud, familiarizándolos con todo lo que pide osadía, se opone al egoísmo, despierta el sentimiento de la dignidad, y conduce a la adquisición del dominio de sí mismo.

Por lo que hace al valor moral, se inspira siempre en el amor a la verdad y a la justicia; a menudo se le necesita y grande para no sacrificar los principios y convicciones propios, para no tener en cuenta consideraciones humanas, para exponerse a la censura, a las burlas, a la persecución en defensa de lo verdadero y de lo justo.

¡Cuántos desastres registra la historia de nuestras guerras e insurrecciones los cuales se han debido a la falta de esta clase de valor! ¡Cuántas veces se ha visto a personas que, por temor de parecer pusilánimes, egoístas y avaras, se han dejado arrastrar a empresas inconsideradas, imprudentes e insensatas! ¡Cuántos otros, lanzados a la ventura, se han visto detenidos a la mitad del camino, desconcertados por las dificultades y los peligros que no supieron prever, y han vuelto atrás cuando sólo la perseverancia hubiera podido asegurarles la salvación!

Con los ejemplos de la historia nacional y la universal es preciso hacer ver a la juventud a qué desastres conduce la inestabilidad de los principios, la falta de valor para afirmar sus convicciones, para ejecutar los propósitos concebidos: en una palabra, se necesita exponerle con entera claridad los resultados de la falta de perseverancia.

El que aprenda desde sus primeros años a comparar la importancia de las maledicencias y elogios de los hombres con la que tienen las ofensas hechas a Dios y lo que procura su gloria; los honores terrenos con la recompensa eterna; la aprobación del mundo con el testimonio

de la propia conciencia; este tal, permanecerá indiferente a las remuneraciones y trabajos de este mundo, y podrá decir con David: «Dios es mi defensor y mi refugio... ¿a quién he de temer?» (1). El valor y significación de una independencia de ese género, son incalculables, tanto para el individuo, como para la nación.

Se requiere valor para rechazar las tentaciones de toda clase, para ser moderado y justo, para servir a Dios y a la patria. Los padres que sepan inculcar a sus hijos un valor que se funde en la verdad y la fe, adquirirán incalculables merecimientos ante Dios, ante su patria y ante sus mismos hijos.

Un país carecerá siempre de varones, dignos de este nombre, de estadistas, de hombres de acción, de consejo, de lucha, si faltan en él el valor y la virtud. Esforcémonos, pues, por adquirirlos para mejor servir a Dios y dotar a nuestra patria de las condiciones de un porvenir mejor.

III

Las Bienaventuranzas

La Sagrada Escritura nos repite a menudo, así en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, que debemos ser perfectos: «Sed santos, porque yo, el Señor Vuestro Dios, lo soy» (2). «Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es» (3). El mismo Dios nos enseña en qué consiste esta

(1) Ps. XXVI, 1.

(2) Lev. XIX, 2.

(3) Matth. V, 48.

perfección y Él solo puede enseñárnoslo, porque si es dable con ayuda de la razón y de la buena voluntad, adquirir las virtudes naturales, en cambio, con medios puramente naturales, no se puede alcanzar las virtudes sobrenaturales. «Si quieres ser perfecto, sígueme» (1), dijo el Salvador al joven que le preguntaba cómo había de conseguir la salvación.

Ahora bien, no se puede seguir a Jesucristo más que imitando sus virtudes. En el sermón de la montaña, el Salvador enumera las perfecciones a que promete bendiciones particulares.

*I. Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el reino
de los cielos (2)*

El Señor pone en primer término, como base de toda perfección en la tierra y de toda felicidad en el cielo, la pobreza de espíritu a la cual promete el reino de los cielos. Cuando se recuerda aquel dicho del divino Maestro, tan terrible para los ricos: «Más fácil le es a un camello entrar por el ojo de una aguja, que a un rico en el reino de los cielos» (3), queda, no obstante, para aquellos a quienes Dios ha concedido bienes temporales, algún consuelo en saber que por la pobreza de espíritu pueden ganar el reino de los cielos. Y, por otra parte, ¡qué importantísima advertencia para los pobres, a quienes la pobreza material no bastará para ganar el cielo, si no tienen además la pobreza de espíritu!

(1) Matth. XIX, 21.

(2) Matth. V, 3.

(3) Matth. XIX, 24.

Esta virtud excluye todos los pecados inspirados por la concupiscencia del espíritu, es decir, por el orgullo, y por la concupiscencia de los ojos, o sea, por la ambición. La pobreza de espíritu, libre de las influencias mundanas y de las sugerencias del demonio, nos impide apegarnos a ninguna ventaja material o moral y conceder a las criaturas otra estimación que la que merecen en cuanto pueden contribuir a la gloria y servicio de Dios, sin consideración a nuestra personal complacencia. Esta virtud hace que no nos atribuyamos a nosotros mismos tales ventajas, que permanezcamos indiferentes a las aprobaciones humanas, a las calumnias y a las injurias personales.

Salomón, en el libro de la Sabiduría, demuestra la vanidad de las ventajas temporales y llama a la inmoderada afición a las mismas *hechizo de la vanidad* (1). Esta fascinación hace que, tomando las ilusiones por realidades, se pase la vida en correr tras lo que carece de substancia, despreciando lo único «necesario» (2). Los pobres de espíritu no padecen esta fascinación, porque no apegan sus corazones a los bienes de la tierra. La pobreza de espíritu es independiente de la pobreza material, y así vemos que un gran número de reyes santos la han tenido; en cambio hay muchísimos pobres materiales, tan distantes de la pobreza espiritual, que la miseria en que están, no sólo no los santifica, sino que se les convierte en ocasión de los más deplorables extravíos. Es, sin embargo, cierto, que las riquezas materiales fascinan tan fácilmente la razón y los sentimientos, que dificultan no poco la práctica de la pobreza de espíritu.

Por esta causa, según todas las probabilidades, Jesu-

(1) Sap. IV, 12.

(2) Luc. X, 42.

cristo quiso, para nuestra enseñanza, nacer pobre y vivir en medio de todo género de privaciones. Y, no obstante, es preciso notar, que al escoger la pobreza, no condenó las riquezas, como si fuesen malas en sí mismas; no rechazó el oro, el incienso y la mirra ofrecidos por los Magos; no rehusó la invitación a las bodas de Caná, ni el sentarse a la mesa de los ricos; no se opuso a que alfombraran de ropas y flores el camino por donde había de pasar su cabalgadura, al entrar en Jerusalén; ni reprendió a la Magdalena por haberle ungido los pies con un precioso perfume. De modo que no son las riquezas en sí mismas, sino la afición y deseo inmoderado de poseerlas, los verdaderos obstáculos que se oponen a la pobreza de espíritu.

Esta pobreza espiritual tiene una importancia de primer orden, porque, al prometerle el reino de los cielos, indica el divino Maestro que sin ella no se puede conseguir la eterna felicidad, y además, porque en el hecho de ponerla en primer término entre las virtudes que aseguran la salvación, demuestra que es como la condición y la base de todas las demás; finalmente, porque, aun a pesar de haber sido dotado por Dios de una voluntad libre, el hombre no puede hacer ninguna obra buena, ni se halla en estado de servirse de su voluntad para el bien, sino en cuanto permanece bajo la influencia de la acción divina; cuando lleno de sí mismo y seguro de sus propias fuerzas, rechaza de su alma la acción de Dios, queda solo y reducido a sus propios recursos frente a los deberes de la vida.

La pobreza material, a que obligan los votos religiosos, se diferencia de la pobreza espiritual, en que ordena la renuncia de los bienes materiales, circunstancia

en que estriba en parte la perfección religiosa. Por lo que hace a la pobreza espiritual, no consiste sólo en el abandono material de las riquezas, sino en evitar además que se apegue el corazón a cualquiera clase de criaturas con detrimento de lo que se debe al Criador: entendiéndolo por criatura, todo lo que no es Dios, es decir, la vida, la salud, la belleza, las aptitudes, las facultades intelectuales, espirituales o físicas, la amistad, el amor, el próspero suceso en los negocios, la posición, el aplauso de los hombres: en una palabra, todo lo que aquí abajo se considera como un bien.

Lucifer fué arrojado del cielo, no por las riquezas materiales ni por el ansia de apoderarse de ellas, sino por la falta de pobreza espiritual, por el apego a sí mismo, a su propia perfección, a sus propios derechos, y por el deseo de elevarse por encima del Creador: en una palabra, por la egolatría que coloca el *Yo* en primer término y sobre la misma divina voluntad.

Si se desea infundir en los niños el amor a la pobreza espiritual, hay que aplicarse con todo ahinco a impedir en ellos el desenvolvimiento del egoísmo, del amor propio, de la presunción y de la ambición. Aunque en el orden de la vida cristiana la pobreza espiritual sea una condición necesaria para alcanzar el último fin, y la pobreza material voluntaria sólo una de las condiciones requeridas para la perfección de la vida religiosa; es necesario, sin embargo, comenzar habituando a los niños a una cierta pobreza material, antes de poder pensar en ejercitarlos en la pobreza espiritual, porque lo que cae debajo de la acción de los sentidos, es más fácil de comprender que las cosas puramente especulativas. Por tanto, se debe desarrollar en los niños la generosidad, ejercitándolos en practi-

car algunos sacrificios, aunque sean de los menos sensibles para ellos; hay que enseñarles a no desear más de lo verdaderamente indispensable, y a que huyan de acumular en torno de sí considerable número de juguetes; y al efecto se les habituará a contentarse con pocos, aplicando más tarde el mismo principio al alimento y vestido. Es también muy importante acostumbrarles a ceder a los otros lo que les pertenece, siempre que puedan hacerlo sin faltar a su deber, no tolerarles la jactancia y fanfarronería y mucho menos desenvolverla y fomentarla con elogios exagerados. Procúrese despertar en ellos el amor a la verdad, haciendo que se acostumbren a aceptar las reprensiones con deseo de enmendarse y reconozcan sin dificultad su justicia. Se les deberá inculcar el amar la verdad por sí misma, aunque el reconocerla en ocasiones les sea penoso; éste es el mejor medio de preservarlos de la excesiva sensibilidad y delicadeza, y de cualquiera resentimiento del amor propio, causa habitual de odios, quejas y disgustos de todas clases.

Habítúese a los niños a que cuando no sepan o no entiendan una cosa, lo confiesen llanamente; ejercíteseles asimismo en reconocer sus errores y faltas sin tratar de justificarlos ni echar sobre otro la responsabilidad de sus propias torpezas, infundiéndoles la convicción de que no son infalibles, y que de consiguiente no deben aferrarse obstinadamente a su propio juicio cuando su conciencia les haga entender que se han equivocado.

Convendría, además, habitar a los niños a no presentar como obra personal, lo que hubieren hecho con ayuda ajena; a no atribuirse exclusivamente el mérito de la obra, cuando deban compartirlo con otro; a no creerse con derecho a los primeros puestos ni a particulares preferencias.

Enséñeseles a hablar con respeto a las personas de edad y a los extraños, a que no se tomen licencia para usar familiaridades inmotivadas, ni para entregarse a ociosas habladurías, que favorecen el orgullo y no están conformes con la pobreza espiritual. Una educación sabiamente dirigida, debe enseñar a los niños a considerarse a sí mismos, como el artífice considera su obra, cuando ganoso de perfeccionarla, se aprovecha con alegría de cuantas indicaciones y advertencias puedan servirle para el mejor logro de su objeto.

*II. Bienaventurados los mansos
porque ellos poseerán la tierra (1)*

Estas palabras de Cristo se hallan en tan manifiesta oposición con las ideas generalmente recibidas, que es útil reflexionar sobre ellas de una manera especial. Los padres celosos de la educación de sus hijos, han de esforzarse por inculcarles el conocimiento y dominio de sí mismos, y de este modo les asegurarán la bendición que el Señor promete a los mansos.

La mansedumbre acompaña a la humildad en la vida cristiana, y podemos colegir su gran importancia de la insistencia especial con que el divino Maestro nos la recomienda por estas palabras: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (2).

Consiste la mansedumbre, no sólo en ser dueño de su voz y de sus gestos, sino en ejercer un completo dominio sobre sí mismo, lo cual asegura ordinariamente la influen-

(1) Matth. V, 4

(2) Matth. XI, 29.

cia sobre los inferiores, el respeto a los superiores, la eficacia del trabajo y del recogimiento necesario para la acción divina en el alma. De ordinario, no se ejercita bastante a los niños en moderar su voz, en trabajar y recrearse sin ruido, y si por ventura se exige de ellos algo de esto, no se hace en la forma debida ni por justos motivos. Tampoco se les impone silencio, más que cuando el alboroto que arman llega a ser insoportable para las personas mayores.

La represión de la tendencia a vocear desafortadamente si se hace como es debido, enseña a los niños el respeto a las personas de edad; pero el desacato inferido a los superiores, no ha de ser el único y principal motivo de exigir la apacibilidad recomendada por el Señor, porque entonces no habría razón de hacerla observar cuando los educandos estuvieren solos.

La facultad de hablar es un don precioso de nuestra naturaleza, pero hay que usar de él, como de todo lo demás, con peso y medida. Se debe hablar clara y distintamente, evitando, no obstante, el levantar demasiado la voz y con mayor razón los gritos. El cuchicheo es un hábito fatigoso para las personas con quienes se habla y una falta de cortesía para las que están presentes.

El que no es dueño de la palabra, no lo es, generalmente, de sí mismo; es de la mayor importancia habituarse a reprimir la voz, porque este dominio lleva consigo el de muchos movimientos de ira que se levantan en el corazón.

En Inglaterra, donde se estudian con el mayor esmero los pormenores todos de la educación en lo que se refiere a la formación del valor y de la fortaleza, la moderación

de la voz forma de tal suerte parte integrante de las buenas maneras, que, estando un salón lleno de gente, se podría creer, desde las habitaciones inmediatas, que no hay nadie en él. Lo mismo ocurre en las calles y en los parques donde no circulan los carruajes; la calma más completa reina en ellos, a pesar de la inmensa multitud que por dichos lugares transita o se pasea. Esta raza, tan poco amiga de ruidos, es dueña de la tercera parte del globo terrestre, sin hablar de los mares, donde impera como señora casi absoluta.

Monseñor Dupanloup en las casas de educación, fundadas y dirigidas por él, condenaba a cinco minutos de silencio a los niños que se entregaban a gritos y risas estrepitosas en sus juegos.

La mansedumbre exterior tiene una importancia muy grande, puesto que, no sólo es una prueba de la interior, y de la paz del alma, sino que ayuda a adquirir esas dos preciosas cualidades. Esta mansedumbre interior, a que verosímilmente se refería el divino Maestro, consiste en el dominio interno de sí mismo, y se logra imbuirla a los niños, reprimiendo en ellos el miedo, la cólera, los excesos de desesperación, los deseos inmoderados, enseñándoles, en una palabra, la paciencia, y combatiendo en ellos todos los indicios de las pasiones nacientes. Así por ejemplo, cuando los niños manifiestan un deseo excesivo de entregarse a cualquier juego, de hacer alguna visita, de dedicarse a un trabajo de su gusto, es preciso habituarlos a no ceder a su inclinación, antes de haber cumplido con los deberes que entonces les incumben, tales como el volver a colocar las cosas en su sitio, el vestirse convenientemente, el despachar las tareas escolares, el obtener la autorización necesaria, el aguardar paciente-

mente el momento indicado por sus superiores. Enséñeseles a dominarse en sus enfados, inculcándoles que nada sucede sin el permiso divino, y que todo redunde en mayor provecho de los que aman a Dios (1). Que se habitúen a sacar partido de todo trabajo, decepción o padecimiento que les sobreviniere; porque todo ello puede servirles de alguna experiencia y mérito y al propio tiempo ofrecerles el medio de corregirse de algún defecto, y el hacer penitencia por alguna falta.

Cuando están enfermos, de viaje o en otras circunstancias, en que no les sea dado saciar el hambre o la sed, podrá aprovecharse la ocasión de hacer comprender a los niños que eso debe servir para formar la templanza y para expiar los abusos contraídos. Cuando una circunstancia cualquiera obligue a guardar silencio, cabrá utilizarla para ejercitarles en la moderación en el lenguaje y para expiar las palabras inútiles y mentiras maliciosas en que hubieren incurrido.

Cuando por falta de salud o por otras causas no les sea permitido el trabajo, el estudio y el juego; se debe procurar que este descanso forzoso les enseñe a emplear mejor el tiempo, y a no malograr cualquiera ocasión de instruirse y trabajar cuando se hallan en disposición de poder hacerlo. De este modo, soportando con igual calma las privaciones y la abundancia, los fracasos y los éxitos felices, vamos adquiriendo el dominio de nuestros actos y la mansedumbre necesaria para poseer la tierra.

(1) Rom. VIII, 28.

*III.—Bienaventurados los que lloran,
porque ellos serán consolados (1).*

Esta promesa no se refiere a todos los que lloran y a todo género de lágrimas, las cuales pueden proceder de causas tan diversas como las manifestaciones que las acompañan. Pueden provenir del capricho no reprimido por la educación, de una sensibilidad exaltada, de una ternura excesiva, del amor propio herido, de celos o humillaciones del orgullo; se puede llorar por cualquier motivo y con cualquier pretexto. Semejantes lágrimas son reprobables y no merecen consuelo.

A veces se llora por pura nerviosidad, o a consecuencia de un mal estado físico o moral. Esas lágrimas deben ser tratadas por una higiene conveniente, así física como moral.

A la misma clase pertenecen las lágrimas motivadas con harta frecuencia por la vida y el temperamento de la mujer. Las madres deben armar a sus hijas del valor necesario para dominar esa inclinación. No hay que ocultar a las jóvenes, que dejándose arrastrar fácilmente a tales lloriqueos, se atraen sobre sí el desprecio, que las expone a trances de abatimiento y tristeza tanto o más serios, que los que producen esas crisis nerviosas. La voluntad puede mucho; aplicándola enérgicamente, logrará dominar los nervios.

Las madres tienen el deber de enseñar a sus hijas, que muchas veces no hay consuelo posible para ciertas lágrimas, que, con prudencia, previsión y ánimo, pudieran haberse evitado. ¡Cuántos disgustos y sinsabores, causados

(1) Matth. V, 5.

por la ligereza, vanidad e inconsecuencia, podrían ahorrarse las mujeres amantes de su dignidad de cristianas y de mujeres! Una carta imprudente, un gasto inconsiderado, y con mayor razón una deuda, una negligencia en el cumplimiento de los deberes del propio estado, una falta de vigilancia, de cuidadosa inspección, llegan en ocasiones a labrar la desdicha de toda la vida.

Las lágrimas ocasionadas por resentimientos de amor propio, por los celos, la ira, la envidia y otros motivos semejantes, no son más que una prenda temporal del castigo eterno merecido por las pasiones. La bienaventuranza de que tratamos al presente, no se refiere a esas lágrimas. Las que en ella se ensalzan han de ser conforme al espíritu de Jesucristo, es decir, han de tener por causa las ofensas hechas a Dios, los pecados, así propios como ajenos, las desgracias personales y del prójimo, la muerte de personas queridas, como el Señor lloró la muerte de Lázaro, no obstante saber que le resucitaría, mostrando así, que la fe y la esperanza no excluyen el dolor. El mismo Señor no reprendió las lágrimas de María y de Marta; quería solamente que no llorasen como quien ha perdido toda esperanza.

Se puede llorar por un daño, una calumnia, una traición, un engaño de que se haya sido víctima y cuyas consecuencias sufren las personas que merecen nuestra estimación y afecto. Pero esos pesares aceptados con sumisión a la divina voluntad y espíritu de penitencia, de fe, de esperanza y de amor, llevan en sí mismos el consuelo. La esperanza que se funda en Dios no puede quedar defraudada, porque «el Señor es fiel a todas sus palabras» (1).

(1) Ps. CXLIV, 13.

Acordémonos, sin embargo, de que, si el Señor promete el consuelo a las lágrimas, es sólo a las que son un estímulo para el trabajo, la penitencia, la conversión, la reforma de la vida y la regeneración. Las lágrimas por sí solas no pueden suplir el cumplimiento de los deberes. No se trata, pues, de llorar ni de deshacerse en generosos deseos, hasta perder las fuerzas, la salud, los sentidos y los ojos; lo importante es, que cada uno cumpla sus obligaciones, teniendo presente que Dios conoce la causa de nuestros padecimientos, la injusticia que se nos hace, el dolor de nuestro corazón y puede enviarnos, cuando llegue la hora, el socorro y el consuelo.

*IV.—Bienaventurados los que padecen
hambre y sed de justicia,
porque ellos serán hartos (1).*

El hambre de la justicia puede ser natural o sobrenatural. Se puede tener hambre de justicia para su familia, para su país, únicamente para sí, mirando a reportar algún beneficio. Tales deseos, aunque legítimos, si se refieren sólo a ventajas temporales, no salen del orden natural, y no es a ellos a los que se aplica la promesa de Cristo, porque «su reino no es de este mundo» (2), y aquí no hará justicia plena y cumplida.

Por consiguiente, el hambre de justicia que Dios ha prometido saciar, debe ser sobrenatural, y referirse, no únicamente a beneficios personales y temporales, sino a la gloria de Dios, a todo lo que la procura y de la que resulta.

La sed de justicia debe provenir del puro amor de la

(1) Matth. V, 6.

(2) Joan. XVIII, 36.

verdad y de la misma justicia antes que de las ventajas que de ella puedan resultarnos. Al amar la justicia, amamos a Dios mismo; teniendo sed de la justicia, tenemos sed de Dios.

Cuán importante sea en los años de la juventud, cuando las aspiraciones son más ardientes y las decepciones más sensibles, guardarse de la adhesión a las cosas que no la merecen, y no encolerizarse ni desesperar por causa de contratiempos personales y pasajeros; apenas hay necesidad de demostrarlo. Acostúmbrese a los niños a preguntarse, cuando les tiene alguna cosa, o se levante algún deseo en su corazón, si aquello a que aspiran es conforme a la justicia, si es digno de ser deseado, y si el deseo que de ello tienen merece ser satisfecho conforme a la promesa del divino Maestro. Pues conviene ejercitar a los niños de cuando en cuando en examinarse y preguntarse por qué desean particularmente tal o cual cosa, por qué tal o cual decepción les es tan sensible. A los padres corresponde educar a sus hijos de modo que encuentren la respuesta necesaria.

Hay ciertas regiones y aun países enteros, como acontece ahora a Polonia y aconteció a España cuando la invasión francesa, que ansían se les haga justicia y tienen derecho a ello; por manera que todos los buenos ciudadanos pueden y deben desear la restauración de su patria; pero estos deseos no deben ceñirse a librarla del yugo extranjero, sino que han de mirar además al restablecimiento del reino de Dios sobre ella, y al mejor cumplimiento de la voluntad divina; porque sólo esta clase de hambre y sed de justicia es la que Dios promete saciar; es preciso, en una palabra, que la sed de justicia para la patria temporal ayude a conseguir la eterna.

Créese a menudo que el hambre de justicia tiene sólo por objeto lograr aquello a que se tiene derecho para sí o para los suyos. Pero no hemos de olvidar que esta hambre se refiere de una manera especial, no tanto a los derechos, cuanto a los deberes, y que ha de consistir en el deseo ardiente de hacer lo que es justo, sin cuidarse de humanas consideraciones, aunque sea a costa de lo que nos es más grato, a costa de nuestra sangre y de nuestra vida.

*V.—Bienaventurados los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia (1).*

El Antiguo y Nuevo Testamento, la Iglesia en el Catecismo y las vidas de los santos, nos enseñan cuál es la naturaleza y necesidad, y al propio tiempo las condiciones interiores y señales exteriores de la misericordia; sin embargo todas esas enseñanzas quedan resumidas en estas palabras de nuestro Redentor: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» De aquí podemos deducir que, el que no es misericordioso, no obtendrá misericordia. Todas las virtudes dimanar de las perfecciones divinas y tienen en ellas su principio y su fin; lo mismo diremos, por tanto, de la misericordia. Con todo la misericordia es, por decirlo así, tan soberanamente divina, que para dar idea de ella deberíamos valernos de palabras divinas.

La misericordia nace del amor de Dios y del prójimo. Se puede dar a los niños una excelente idea del mandamiento del amor por los ejemplos de la Historia Sagrada,

(1) Matth. V, 7.

comenzando por el Antiguo Testamento; llámeseles la atención sobre la misericordia de David para con sus enemigos, sobre los compasivos sentimientos de la pobre viuda de Sarepta, que no teniendo más que una sola medida de harina y aceite, la dió a Elías tan luego como éste se la pidió; sobre la misericordia de Eliseo para con la Sunamitis, cuando le resucitó a su hijo; sobre la misericordia de los criados de Naamán, que tantas molestias se tomaron por la curación de su amo; sobre los actos de misericordia de Tobías, etc.

Recórranse luego los pasajes del Nuevo Testamento en que se nos pone de manifiesto la misericordia de Jesús para con los enfermos y pecadores, y léaseles la parábola del buen Samaritano; la relación de los actos de caridad verificados por aquellos que, a pesar de mil dificultades, llevaban al Señor los enfermos y paralíticos para que los curase; la historia del centurión del ejército romano, soldado de noble y compasivo corazón que, reconociéndose indigno de que Jesucristo traspasara los umbrales de su casa, le suplicaba que curara a su criado con sólo decir una palabra (1); el relato de la misericordia de Jesús para con la viuda de Nafn.

Es preciso que los niños aprendan de memoria las palabras de Nuestro Señor sobre la misericordia: «Misericordia quiero y no sacrificio» (2). «Sed misericordiosos, como vuestro Padre Celestial lo es» (3). «Sed buenos unos con otros y misericordiosos, perdonándoos mutuamente» (4). «El que ama a su prójimo, cumple la ley» (5). Con-

(1) Luc. VII, 6.

(2) Os. VI, 6.

(3) Luc. VI, 36.

(4) Eph. IV, 32.

(5) Rom. XIII, 8.

viene que los niños aprendan también aquellos pasajes de la Sagrada Escritura, en que se habla de la misericordia de Jesús para con los enfermos y los pobres, para con los amigos y enemigos, para con el prójimo en general. Este enriquecer la memoria con esas palabras y ejemplos los prevendrá más tarde contra el odio que puede tan fácilmente apoderarse del corazón a vista de todo lo que hay que sufrir de parte del prójimo. Debemos evitar que se nos apliquen las palabras de Nuestro Señor acerca del modo cómo los paganos practican la misericordia, no usándola sino con aquellos que les hacen bien.

En las vidas de los santos se debe hacer ver a los niños cómo los siervos de Dios han puesto en práctica los principios de la misericordia, por ejemplo, en la historia de San Vicente de Paúl, haciéndoles notar cómo el Santo se entregó a los piratas a cambio de un prisionero, el cual de esta suerte recobró su libertad, y cómo durante una horrible epidemia de peste, buscó asilos donde recoger a millares de huérfanos abandonados, y mendigó recursos para sostenerlos; cómo San Camilo de Lelis estableció hospitales para los pobres, San Juan de Dios llevaba a cuestras los enfermos y San Juan Bautista de la Salle consagró su vida a la instrucción de los niños, y el bienaventurado Colombini cedió su lecho a un leproso, y San Francisco de Sales dedicaba horas enteras a conversar con una pobre vieja ciega; ejemplos todos de misericordia a cual más edificantes, y comentario vivo de las enseñanzas de Nuestro divino Salvador.

La misericordia con el prójimo, no es sólo una prenda de la misericordia que el Señor usará con nosotros en el último juicio, sino que nos recaba, aun en esta vida, gracias particularísimas: la paz del alma, el consuelo en

nuestras aflicciones, una alegría a la que nada iguala ni puede sobrepasar. La alegría es uno de los frutos del Espíritu Santo, del Espíritu de amor, del Espíritu santificador. Quien quiera que haya practicado las obras de misericordia ha tenido ocasión de experimentarlo; es preciso, pues, inculcar a los niños, que no hay mayor alegría en la vida que la producida por la misericordia que se ejerce con el prójimo.

Bueno y santo es cuidar a los enfermos y socorrer a los pobres, pero estas obras exigen condiciones, que no dependen siempre de nuestra voluntad. Hay otra clase de misericordia accesible a todos, aunque no menos difícil de practicar, dada la corrupción de nuestra naturaleza, y es la misericordia e indulgencia con las miserias intelectuales y espirituales del prójimo: la misericordia que consiste en perdonar las injurias, en abstenerse de juzgar la conducta ajena, cuando no se está obligado a ello, en evitar las maledicencias que a veces sirven de entretenimiento inconsciente a expensas de la caridad, en defender la reputación del prójimo cuando se la combate en nuestra presencia, en tomar en consideración las circunstancias que atenúan las faltas de otros, en hacer resaltar en los hombres y en sus actos lo que es digno de alabanza más bien que lo merecedor de censura; en una palabra, en hacer por los otros lo que nos sería agradable se hiciera con nosotros mismos, y absteniéndonos de aquello que a nosotros nos sería penoso. Aquel a quien todo esto pareciere difícil, hallará un gran alivio y motivo de aliento en recordar que el Señor considera como hecho a sí mismo, todo lo bueno o malo que hiciéremos a nuestro prójimo, y que Él mismo se encargará de recompensar los pensamientos caritativos, las acciones, palabras, silen-

cios, y todos los actos de paciencia inspirados por la misericordia.

*VI. Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios (1).*

La pureza entendida en sentido material, es decir, tal como se aplica a las substancias corpóreas, vale tanto como exención de mezcla de otras substancias.

De una manera análoga, la pureza del corazón exige que el hombre, consciente de su origen divino y de su destino eterno, se halle exento de todo deseo, de todo pensamiento, de todo afecto contrario al espíritu de Dios. Por consiguiente, toda ocupación, trabajo, estudio, reposo o recreación, no es «puro» sino en cuanto proviene de una fuente pura. Dios no derrama sus gracias en las almas esclavas del mundo, de Satanás, y de los sentidos; no se les manifiesta, ni les da a entender sus perfecciones, la verdad, la sabiduría, la misericordia. Semejantes almas no pueden ver a Dios.

La pureza del corazón une al alma con Dios, dando de este modo al hombre una participación activa en las perfecciones divinas, como se ve en la vida de los Santos; éste ha sido el mayor de los beneficios, no sólo para los Santos mismos, sino para la época en que han vivido y llevado a cabo sus trabajos en bien de las sociedades que experimentaron los beneficios de su influencia. «¡Qué hermoso era tener Santos! decía el Padre Kaysiewicz; pidamos a Dios Santos.» Pidámoslos, sí, al Señor, y que nos santifique a toda costa a nosotros y a nuestros hijos.

(1) Matth. V, 8.

El profeta Ezequiel, al explicar las causas de los crímenes de Sodoma, enumera el orgullo, el exceso de alimento, la abundancia, la ociosidad y la falta de caridad para con los pobres (1). Cuando se reflexiona sobre las causas del pecado, con facilidad se concluye la necesidad de ser humildes, mortificados, sencillos en nuestro modo de vivir, trabajadores y caritativos. Es preciso amar las perfecciones divinas y procurar imitarlas; rechazar la doblez de pensamiento, de palabra y de acción; al cumplir un deber o ejecutar una acción cualquiera, hacerlo con intención pura, mirando a que la cosa sea buena en sí misma y deseable, y no a que pueda ser vista, admirada y alabada; hacer uso de la palabra para expresar lo que se debe decir y no para excitar la admiración de los oyentes: en fin y sobre todo, preservarse y preservar a los hijos de todo lo que mancha el cuerpo, el alma y el corazón.

Al hablar de la necesidad de poner en salvo la pureza del corazón y preservarla de todo riesgo, no es posible pasar en silencio las relaciones puramente mundanas; los bailes, los espectáculos que de tal modo se han introducido en las costumbres, que para no exponerse a la indignación general, apenas se atreve nadie a decir lo que sobre el particular podría y debería decirse.

¿Cómo no llamar la atención de los padres sobre la costumbre enteramente moderna, que permite a los jóvenes de ambos sexos pasar juntos veladas y tertulias enteras lejos de toda vigilancia? Suelen tomarse las madres la molestia de acompañar a sus hijas cuando hacen su entrada en el mundo, mas para dejarlas luego en él, entregadas a sí mismas, perdiéndolas de vista

(1) Ezech. XVI, 49.

durante la noche en medio de una sociedad que conocen muy superficialmente, o no conocen de ninguna manera. Dícese, para justificar semejante modo de proceder, que es preciso dejar en libertad a los jóvenes y no imponerles el encogimiento que les causaríá la presencia de los padres o de las personas mayores; pero esa libertad ¿puede ser favorable a la pureza del corazón?

Difícil es comprender cómo las madres, por poco solícitas y cuidadosas que sean de la dignidad de sus hijas, les permiten cantar cosas que no les consentirían decir en la conversación. ¿Es esa la manera de poner a salvo la pureza del corazón? Idénticas observaciones cabe aplicar a los espectáculos, a que los padres con tanta ligereza conducen a sus hijas, como si ignorasen que en ellos pierden la pureza del alma, a pesar de que, al oír propósitos o bromas indecorosas, pongan cara de inocentes, como ellas mismas dicen. Tengan presente los padres que Dios los ha puesto por guardianes de la inocencia de sus hijos.

Y ¿qué diremos de los bailes que, en algunos países sobre todo, llegan a ser una verdadera pasión? Naciones hay, en cambio, donde ya sea a consecuencia de cierto instinto de preservación, ya debido a la influencia de las costumbres, o por voluntad de los padres, o por el hecho de pertenecer a asociaciones que prohíben dichos espectáculos, son numerosas las jóvenes, que por principio, aun yendo a ellos, se abstienen de valsar, a no ser en circunstancias especialísimas en que, el no hacerlo, fuera una falta contra las prescripciones de la etiqueta. Costumbre digna de ser imitada en otros países, donde se prodigan los bailes y la participación de las jóvenes en los mismos, de un modo que dice muy poco en favor de su decoro, y menos de la guarda de su corazón.

Hay quien cree que, con tal de no faltar a las conveniencias de una manera positiva, no se debe exagerar la idea de la pureza de corazón, ni tomarse tantos cuidados para preservarla. «Tales temores—dicen—proviene de criterios estrechos y cursis, de una falsa y mal entendida piedad.» Por nuestra parte nos limitaremos a invitar a nuestros lectores a reflexionar sobre lo que opinan en la materia, personas que la consideran sólo por la parte que mira a la dignidad humana. Vamos a citar únicamente dos nombres, dos autoridades que nadie se atreverá a tachar de rigoristas.

En una sátira sangrienta, Byron maldice a los alemanes por haber introducido en Inglaterra, a cambio de las libras esterlinas que ésta les ha facilitado para sostener sus luchas en favor de la independencia, la costumbre de valsar, que rebaja el nivel moral de la sociedad y es atentatorio a la dignidad humana.

No menos elocuente es el grito de dolor que arranca al incrédulo y corrompido Musset, el rebajamiento que lleva consigo la pérdida de la pureza, mal gravísimo, e irremediable.

*Le cœur d'un homme vierge est un vase profond;
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure,
La mer y passerait, sans laver la souillure,
Car l'abîme est immense et la tache est au fond (1).*

Los cristianos sabemos bien que no hay caída de la que no sea posible levantarse con la ayuda de la gracia divina, ni mancha que no pueda lavarse con lágrimas de arrepentimiento.

(1) «El corazón de un hombre inocente es un vaso profundo.—Cuando el primer líquido que en él se vierte es impuro,—Toda el agua del mar pasaría por el interior, sin lavar la mancha.—Porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo.»

timiento. ¡Cuán grande sería el mérito de los padres que supieran preservar a sus hijos de tales pecados y manchas, dando a la patria y a la religión hombres de corazón puro!

*VII. Bienaventurados los pacíficos,
porque ellos serán llamados hijos de Dios (1).*

Esta bienaventuranza es tanto más necesaria y tanto más difícil de comprender, cuanto que hay dos clases de paz, tan diferentes por su origen como lo son en sus frutos; la una es verdadera, la otra falsa.

La paz prometida por Jesucristo a los hombres de buena voluntad (2) es la paz interior que se conserva en el alma a pesar de las circunstancias exteriores, a pesar de las decepciones, fracasos, persecuciones y aun del martirio, como lo vemos en la vida de los mártires, de los que se decía que iban gozosos a la muerte. Pero hay otra paz, enteramente falsa, que se halla en los pecadores endurecidos, cuando su conciencia ha quedado tan oscurecida por el pecado que no están en condiciones de juzgar con exactitud, ni acerca de su propia condición, ni sobre sus actos. Semejante paz, siempre muy relativa, resulta ordinariamente de la satisfacción de las necesidades materiales y de los apetitos sensuales, cosa que a ciertas personas, cuyas facultades intelectuales están debilitadas, puede a veces bastarles, como basta a los animales. Semejante estado de ánimo no merece el calificativo de pacífico. Jesucristo, al prometer a los pacíficos el título

(1) Matth. V, 9.

(2) Luc. II, 14,

de hijos de Dios, lo hace suponiendo que poseen la paz verdadera y real, difundiéndola a su alrededor. Esta paz no es la que nos da el mundo (1), cuando para lograrla nos exige el sacrificio de la verdad y de la justicia.

La paz interior, la paz que viene de Dios, reclama a veces el sacrificio de la paz exterior, de las comodidades materiales, del reposo y de la libertad.

Sólo es posible conseguir la paz, en el sentido cristiano de la palabra, respetando las perfecciones divinas, la verdad, la justicia, la sabiduría, la misericordia; para defenderlas se requiere siempre hacerse violencia y a veces hacer violencia a los demás. Jesucristo, aun llamándose a sí mismo manso y humilde de corazón, no por eso dejó de salir a la defensa del orden y del respeto debido a Dios, arrojando del templo a los vendedores y cambistas, esparciendo por el suelo su dinero y derribando las mesas (2).

Precisamente en este sentido dijo Cristo Nuestro Señor: «¿Pensáis acaso que he venido a traer la paz a la tierra? No, sino desunión, así os lo declaro» (3). Al hablar de división, el Salvador nos quiere significar que «nadie puede servir a dos señores» (4), y por consiguiente los que desean servir a Jesucristo, deben separarse de los que siguen el espíritu del mundo, aunque éstos últimos fuesen sus allegados más queridos.

El hombre puede labrarse una paz egoísta, no tomándose molestias sino cuando se trata de evitar algo que podría causarle daño personal. Con todo, cerrar los ojos y taparse los oídos ante lo que se podría hacer, corregir y mejorar, únicamente por el temor de exponerse a algún

(1) Joan. XIV, 27.

(2) Joan II, 14, 15.

(3) Luc. XII, 51.

(4) Matth. VI, 24.

disgusto, sería faltar al más sagrado de los deberes para con la familia y la sociedad. Si en el mundo llegara a extenderse una cobardía de tal índole, se rebajaría el nivel moral; y entre los que buscan este género de paz, todo progreso, toda obra, que tenga por objeto el bien común, resulta imposible.

No es raro hallar personas honradas, que al verse rodeadas de obstáculos para ejecutar lo que desearían hacer por el bien general, a trueque de conservar la paz, de evitar la persecución, o a lo menos las molestias, renuncian a todo aquello de que pueden eximirse sin riesgo de recibir daño personal, y, no hallándose en condiciones de hacer con seguridad todo lo que quisieran, se abstienen de hacer aun lo que les sería fácil realizar. Otros, si bien no están dotados de disposiciones relevantes ni se sienten animados de un generoso deseo de servir al prójimo, podrían, no obstante, ocuparse con provecho, en trabajos de orden inferior, pero no hallando campo de actividad conforme a sus gustos, se aprovechan de toda circunstancia para llamar la atención y poner de relieve su actividad de una manera cualquiera, aunque sea entorpeciendo la acción de los demás.

La envidia, más aún que el egoísmo, es el gran enemigo de la paz. Siendo esta pasión un vicio bastante general, hay que valerse de todos los medios posibles, para inculcar a la juventud que «todo reino dividido en facciones contrarias será desolado, y toda casa dividida en bandos no subsistirá» (1).

Debe, pues, enseñarse a los niños que la paz descansa en la justicia y la prudencia, y que el egoísmo y la envidia son sus perturbadores naturales. Enséñeseles también

(1) Matth. XII, 25.

cuán grande y sagrado es el deber de ser pacíficos y hábitúeseles a cumplir con él.

Los niños no pueden ser «pacíficos» más que absteiniéndose de lo que turba la paz; pero pueden fácilmente contribuir a quebrantarla. Por esto la educación debe tender a formar el espíritu de pacificación, así como todas las demás virtudes, antes que los vicios contrarios se desarrollen en ellos.

Estos vicios toman a menudo incremento a causa de la falta de vigilancia de los superiores. Los padres, las institutrices, las personas que vigilan a los niños y les rehusan los permisos que podrían concederles sin inconveniente, para ceder en seguida a sus antojos, crean en ellos esa importunidad, a menudo insoportable, que priva de toda tranquilidad a los que les rodean. «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti.» ¿Por qué, pues, sin motivo serio, rehusar a los niños lo que desean? ¿A qué tenerlos de la mano y sujetos, cuando tienen necesidad de movimiento y de juego? ¿Por qué prohibirles un trabajo útil, cuando ellos mismos lo desean y se hallan en estado de ejecutarlo? Las órdenes y prohibiciones injustificadas no pueden ser mantenidas, y al retirarlas después de una reflexión tardía, se debilita el respeto a la autoridad y se destruye la disciplina indispensable para la tranquilidad de todos.

Los niños acostumbrados a oír a las personas mayores maldecir y murmurar, aprenden ordinariamente por espíritu de imitación a ser chismosos, a quejarse, a calumniar. Y lo que es más, así como las personas mayores buscan emociones en las novelas y en los espectáculos, dejando vagar la imaginación en dramas, tragedias y aventuras fantásticas, así también los niños, ávidos de impresiones,

aprovechan toda ocasión para crear en torno suyo dramas en miniatura. De esta suerte motivan entre las personas mayores la cólera, el asombro, el terror o el disgusto, para gozar del efecto que todo esto produce.

Los niños no comprenden ciertamente la gravedad de un entretenimiento tan nocivo y a veces tan malvado, pero no es menos cierto que de esa manera turban la paz; por consiguiente, es de suma importancia mostrarles el daño que pueden hacer y cuáles pueden ser las consecuencias de tal falta. ¡Cuántas enemistades, arrebatos de cólera e injusticias resultan de lo que se repite imprudentemente, de las habladurías inconsideradas, sin objeto ni motivo legítimo y sin atender a quién y en presencia de quién se habla! La noticia, al correr de boca en boca, sufre ordinariamente transformaciones bastante notables; las circunstancias en que una cosa ha sido hecha o dicha pueden cambiar completamente su significación; palabras proferidas en broma o en un arrebato de cólera momentánea, pueden, repetidas fuera de sazón, producir un efecto desastroso.

Los niños se muestran extraordinariamente inclinados a explotar la credulidad ajena; sucede, por ejemplo, que dicen de un camarada o criado que no ha cumplido con su tarea o que no quiere cumplirla, en lugar de decir, ajustándose a la verdad, que no le ha sido posible hacerlo. Unas veces refieren los estropicios sin importancia que han hecho por algún accidente involuntario, de tal manera, que les acarreen excesivas reprimendas. Otras, exageran sus propias enfermedades y padecimientos ocultando que ellos mismos han sido la causa de ellas. Se quejan a sus padres de la severidad de sus profesores y viceversa, sin decir por qué la han merecido; o bien, para eludir una

prohibición que no les conviene, se esfuerzan por obtener de una persona lo que no han obtenido de otra, prevaleciéndose de la autoridad de la primera para burlarse de la autoridad de la segunda. Estos manejos son a veces causa de resentimientos entre los superiores.

Los niños usan todavía otra manera de turbar la paz. A veces diríase que experimentan un placer particular en poner a prueba la paciencia de sus superiores, ora por sí mismos si se les ofrece ocasión de hacerlo impunemente, ora con el concurso de otros; en medio de las más graves ocupaciones estorban, interrumpen, alborotan, destrozan, manchan o rompen lo que hallan a su alcance, quebrantan las órdenes recibidas, y de todos estos modos turban la paz. Es más fácil atajar en los comienzos estos defectos, que corregirlos cuando se han desarrollado. Si los niños tienen edad para comprenderlo, es preciso hacerles ver cuánto egoísmo y cuánta falta de honradez se manifiesta en semejante conducta.

*VIII. Bienaventurados los que sufren
persecución por la justicia
porque de ellos es el reino de los cielos (1).*

La justicia tiene su principio en Dios, en Él solo se encuentra en toda su plenitud, y su voluntad es la única expresión de la misma. El hombre no puede ser justo sino en cuanto elige como norma de sus actos esta voluntad divina. Todos los que inspiran su conducta en el espíritu del mundo y en el orgullo, los que se dejan llevar de la pereza y de la concupiscencia de la carne, aborrecen, no sólo a los que les sirven de algún obstáculo para sus inicuos

(1) Matth. V, 10.

fines, sino también a los que, guiándose por espíritu de fe, son para ellos como una reprensión viviente.

Este odio se nos presenta en el origen de todas las persecuciones, y puede manifestarse por injurias, burlas, calumnias, ruptura de relaciones, destitución de empleos y desastres materiales. Y este género de persecución es tanto más sensible, cuanto que no da gloria alguna ante los hombres; al contrario, despoja de ella, priva de su aprobación y benevolencia, arruina la reputación y la influencia, dejando reducidos a los que la padecen a la impotencia en lo que querrían hacer por el servicio de Dios y de la patria.

Frente a semejantes persecuciones, hay que avivar el espíritu de fe recordando la bendición prometida a los que sufren persecución por la justicia. ¡Cuánto más fácil es sufrir pacientemente, con sumisión y aun con alegría, cuando se recuerda que todo lo temporal es de corta duración, mientras que la recompensa de tales sufrimientos es eterna! ¡Qué alientos no infunde el pensar que a la pasión de Cristo sucedió la resurrección y más tarde la ascensión, y que los mártires, mediante el sacrificio de su vida, aseguran la victoria de la causa por que se sacrifican!

Sin embargo, para que los padecimientos merezcan la bendición prometida a los que sufren persecución por la justicia, es necesario que la persecución tenga realmente este carácter. Ahora bien, no deja de ser frecuente que incurramos en ilusiones engañosas y consideremos las menores, aunque penosas consecuencias de nuestra negligencia o de nuestras faltas, como persecuciones por la justicia. Es preciso aceptar este género de pruebas con espíritu de penitencia; pero no podemos considerarlas como persecuciones por la justicia, aunque nos

sobrevengan mientras estamos disponiéndonos a defenderla. A veces con la más generosa intención de servir a Dios y al prójimo, nos entregamos imprudentemente a ese servicio, olvidándonos de que, en la defensa de las causas más sagradas, hemos de ser «prudentes como las serpientes, a la vez que sencillos como las palomas» (1).

A falta de esas cualidades provocamos nosotros mismos la cólera y malquerencia de personas, a quienes con mayor prudencia por nuestra parte habríamos conseguido tener propicias. Los disgustos, causados por la venganza de personas a quienes hemos ofendido, no son persecuciones por la justicia.

Verdad es que no hay que guiarse por consideraciones humanas, pero no se debe exasperar a los perseguidores con intransigencias y bravatas. El Señor mandó a sus Apóstoles que, «si se vieren perseguidos en una ciudad, se refugiasen en otra» (2); por consiguiente, cuando se puede con la conciencia enteramente segura abstenerse de provocar inútilmente la persecución, la prudencia más elemental aconseja hacerlo así. Ofrécense casos en que, para no llegar a ser apóstatas, debemos aceptar la persecución, y aun el martirio. Debemos, por tanto, prepararnos con la lectura de nuestra historia nacional, de las vidas de los Santos y las biografías de tantos hombres de bien, a afrontar las persecuciones que nos esperan en el servicio de Dios y de la patria.

(1) Matth. X, 16.

(2) Matth. X, 23.

SEXTA PARTE

Los Medios

Hemos dicho ya que la base de la educación es el catecismo; que los principios de la educación los recibimos de la fe; que los mandamientos son sus leyes, el pecado su obstáculo, y la virtud el fin y resultado a que debemos aspirar. Examinemos en esta última parte algunos de los medios naturales y también los sobrenaturales que Dios nos concede para conseguir nuestro objeto de educar a los niños, conforme a su pensamiento y voluntad.

La Meditación

Uno de los medios que más eficazmente contribuyen a informar la vida en los principios de la fe, y que recomiendan encarecidamente todos los maestros de la vida espiritual, es la meditación, por la que nos penetramos a fondo de la divina palabra, y de la cual debemos salir con el propósito bien decidido de aplicar en la práctica los consejos y preceptos que de ella dimanar.

La meditación es un trabajo a la vez intelectual y espiritual, que fortalece e ilustra la inteligencia, forma el

juicio y la conciencia e impulsa a imitar a Jesús que vino al mundo, no sólo para instruirnos, sino también para servirnos de modelo.

Está muy extendida la creencia de que la meditación es cosa que atañe exclusivamente a los religiosos y religiosas. De modo que las personas de mundo no se conceptúan obligadas a semejante práctica, y mucho menos conciben que sea preciso enseñarla a los niños. Y, sin embargo, meditar es sencillamente concentrar su pensamiento sobre un asunto dado. No hay disciplina ni ciencia en la que no sea preciso expresar claramente su pensamiento y resolver ciertos problemas. ¿En virtud de qué principio el estudio de la vida cristiana podría eximirse de esta necesidad? Es imposible penetrar el alma, el corazón y la inteligencia del espíritu de fe, si el estudio de ésta descansa únicamente en ejercicios piadosos rutinariamente practicados. Mediante la meditación, el hombre vuelve sus pensamientos hacia las verdades y los principios que dimanen de la sabiduría y voluntad de Dios, a fin de ilustrar con ellos su inteligencia, vigorizar su voluntad, y regirse por esas normas supremas, hasta en los pormenores más insignificantes de la vida. ¿Quién, pues, podrá considerarse dispensado del deber de meditar, y omitirlo impunemente?

Suele oponerse que se requieren aptitudes especiales para la meditación, las cuales no son patrimonio de todos; de donde se pretende deducir que no todos tienen capacidad para dicho ejercicio. A la educación corresponde desenvolver las pocas o muchas aptitudes que posea el educando; la facultad de concentrar el pensamiento sobre un asunto dado, se forma, como todas las demás, por medio de un ejercicio inteligente y metódico. Tan luego como los

niños se hallan en estado de reflexionar sobre la elección de un juego, de un libro, de un vestido, de un manjar y son capaces de decir por qué prefieren uno u otro; son evidentemente capaces de pensar y, por consiguiente, de meditar, de una manera, es verdad, acomodada a su edad y desarrollo intelectual, pero que no responde menos a su objeto. Los niños, cuando aprenden historia, gramática y aritmética, cuando comienzan a resolver problemas y escribir ejercicios, se van haciendo cada vez más capaces de meditar, pues no conseguirían salir adelante en sus tareas sin un esfuerzo de inteligencia y voluntad.

La meditación tiene la particularidad de que es asequible aun a las aptitudes mediocres y a las inteligencias poco desarrolladas; y no sólo tiene para el alma y el corazón ventajas serias, sino que contribuye singularmente a vigorizar el carácter y desenvolver las facultades intelectuales.

Generalmente entre los niños los escasos progresos en los estudios provienen de falta de atención; se pueden atribuir a ligereza una infinidad de faltas infantiles.

Los niños, lo mismo que los mayores, obran frecuentemente sin reflexionar, y a veces, aun cuando parezca que reflexionan, se entregan a vanos y estériles ensueños. El mejor remedio contra el aturdimiento, la irreflexión, la ligereza y las tendencias a divagar, puede ser la práctica de la meditación diaria perseverante, hecha según el espíritu de Dios, que enseña a deducir una conclusión práctica, transformando el pensamiento en obras o al menos incitando a la acción.

Es fácil habituar a los niños a la meditación, procediendo del siguiente modo: Léase con ellos un capítulo de la Historia y Escritura Sagrada, comenzando por

el Antiguo Testamento, en el que se omitirán ciertos capítulos relativos a las prevaricaciones de los Judíos, e impropios para el ejercicio de que venimos hablando. Conviene que cada niño tenga un ejemplar propio del libro que ha de servir para la meditación y que a medida que sigue con los ojos en dicho ejemplar lo que oye leer, marque ligeramente con lápiz al margen los pasajes y frases que más llamen su atención. En seguida deben releerse los pasajes marcados y conversar sobre ellos con los niños, preguntándoles por qué han marcado tal o cual pasaje y cómo lo entienden, e induciendo a cada niño a que escoja uno de ellos por asunto de la meditación del día siguiente.

Este pasaje no debe contener más de dos o tres líneas, las cuales se procurará trasladar cuidadosamente a un cuaderno especial, indicando el libro de donde se han tomado, y lo propio se hará con el capítulo, versículo o pasaje sacado de la Sagrada Escritura. De desear sería, que los niños al desnudarse y quedarse dormidos, se esforzasen por aprender de memoria el pasaje de referencia. A la mañana siguiente, en el primer momento libre antes del desayuno, si fuere posible, o al menos a una hora fija, se deberá reunir a los niños en un lugar tranquilo y que no ofrezca ocasiones de distraerse, con objeto de tener en él la meditación. Desde luego es necesario que se pongan en la presencia de Dios, recordando que la meditación tiene por objeto aproximar el alma a su Criador, para pedirle la gracia de conocer su voluntad, que es el asunto de mayor importancia para cada uno y al que por lo mismo conviene aplicarse de todo corazón. Aconseja San Ignacio que este acto de ponerse en la presencia de Dios se ejecute momentos antes de llegar al sitio en que uno ha de arrodillarse. Este procedimiento, tan sencillo,

ayuda admirablemente a concentrar sus pensamientos y a recogerse.

También es de resultados excelentes hacer la meditación por escrito en el cuaderno, a continuación del pasaje elegido y copiado en el mismo. En la meditación escrita se fija más fácilmente la atención, porque la operación de escribir impide perder el tiempo en divagaciones, obligando a un trabajo determinado. San Juan Crisóstomo dice que la pluma puede ser un excelente maestro, y hasta una fuente de inspiración. Basta, en efecto, a veces tomar la pluma, para que comiencen a afluir los pensamientos.

Mas para permanecer dueño de sus ideas y sacar mayor provecho de la meditación, se debe habituar a los niños a proponerse preguntas precisas y a responder a ellas con la mayor exactitud posible. Se preguntarán a sí mismos por ejemplo:

1. ¿Qué significan esas palabras?
2. ¿De qué modo pueden aplicarse a mí, a mi situación, a mis deberes?
3. ¿Está mi conducta de acuerdo con las enseñanzas que encierran esas palabras?
4. ¿Qué es lo que me impide ponerlas en ejecución? ¿Es la pereza, el orgullo, la ligereza, o algún otro defecto?

Los niños tienen de ordinario disposiciones y gusto para ese género de ejercicios, porque su espíritu no se halla todavía imbuído con los errores de una falsa ciencia, ni bastardeado por las pasiones. Basta, por tanto, mostrarles la fealdad y consecuencias de todo defecto, así como la belleza de la virtud, para que comprendan que la meditación da la fuerza necesaria para corregirse, comunicando fortaleza y aliento.

La meditación debe concluir con una resolución o propósito que determine de una manera precisa lo que ha de hacerse el mismo día, lo que ha de evitarse, lo que ha de sobrellevarse con paciencia, en qué momento y cuántas veces. Para que mejor se fije en el ánimo, conviene poner por escrito esa resolución. La meditación que no termina en una resolución precisa, como todo pensamiento que no produce un acto, pervierte la conciencia, y malgasta el tiempo y las fuerzas.

Sin embargo las mejores resoluciones, si no se pide a Dios la gracia necesaria para cumplirlas, no pueden ser de provecho alguno. Dios nos ha dotado de razón y voluntad libre; por consiguiente, todos nos hallamos en estado de comprender la necesidad de las buenas resoluciones, pero sólo Dios puede darnos el valor y la perseverancia necesarias para ello.

Los padres deberán hacer entender a sus hijos que la oración necesita ir acompañada de esfuerzos perseverantes, los cuales son imposibles sin la gracia. De ese modo se fortalecerá su fe y el espíritu de esta virtud informará los actos todos de su vida. Así como Dios no nos salvará sin nuestra cooperación, así sin la gracia de Dios no podemos hacer nada por la salvación de nuestra alma.

La oración mental, según la edad y desarrollo de los niños, durará de diez a veinte minutos.

Cuando se consagran cada día algunos instantes a la meditación, a concebir santos propósitos y a orar, se descubren imperfecciones, de que no se tenía la menor sospecha. A veces nos parecerá que empeoramos, cuando en realidad el conocimiento de nosotros mismos es el principio y condición primera de todo progreso en la virtud.

Citemos aquí dos modelos de meditación, fundados

uno sobre el Antiguo y otro sobre el Nuevo Testamento.

Supongamos que se haya elegido por tema de meditación el tercer capítulo del primer libro de Moisés, el Génesis, en que se refiere la caída de nuestros primeros padres. La meditación pondrá en claro que el pecado de Adán y Eva consistió en una desobediencia; que en la primera mujer la desobediencia ha sido causada por su conversación con el tentador, y estimulada por la curiosidad, la gula, y el deseo de engrandecerse; mientras en Adán la desobediencia tuvo por causa su debilidad en acceder a los deseos de Eva. En seguida se verá con entera claridad, prosiguiendo el examen del asunto, que, por faltarles el temor de Dios, Adán y Eva fueron temerarios en hacer frente al pecado, mientras que cuando llegó el momento de confesar la desobediencia cometida, su terror fué tal, que Adán echó la culpa a Eva y en cierto modo a Dios mismo que se la había dado por compañera, y Eva a su vez culpó del hecho a la serpiente. De esta suerte, resulta de la meditación sobre la historia de la transgresión primera, que donde no hay bastante temor de Dios para rechazar la tentación, no hay tampoco fuerza bastante para evitar el pecado, ni valor para confesar las propias faltas.

Una meditación, hecha de este modo, lleva naturalmente al niño a preguntarse si es siempre obediente, y en caso negativo, cuál es la causa de ello.

Si es la pereza, tomará la resolución de cumplir mejor aquel día con sus deberes, o bien de volver a poner cada objeto en su sitio, después de haberlo usado, y de hacer cada cosa, o una a lo menos, a la hora marcada. Si el niño advierte que la terquedad es la causa de su desobedien-

cia, formará el propósito de anticiparse a los deseos de sus superiores y de acudir a recibir sus órdenes muchas veces en el discurso del día.

Si el asunto de la meditación se toma del Nuevo Testamento, por ejemplo, del segundo capítulo de San Lucas donde se refiere el nacimiento de Jesucristo, los niños deberán preguntarse lo que significa este nacimiento del Señor, por qué razón y para qué fin quiso Dios tomar sobre sí las miserias humanas. Desde el momento en que la causa de él ha sido, por nuestra parte el pecado, y por parte de Dios el amor y deseo de salvarnos del castigo eterno, es preciso reflexionar sobre las circunstancias que acompañaron al nacimiento de Jesús: su pobreza, abnegación, humildad, mortificación, obediencia, y las demás virtudes con que quiso el Señor expiar el pecado original y satisfacer por nuestros pecados individuales. La meditación aclarará la indignidad del pecado, ya que tan grande expiación exige. Al ver en la desobediencia la causa de tantos padecimientos de Jesús, el niño se resolverá a ejercitarse en obedecer especialmente aquel día; determinará el momento preciso de practicar la referida virtud, bien al vestirse, o durante sus lecciones, a la mesa o en el paseo; formará el propósito de mostrarse obediente con tal o cual persona, con su padre, madre, profesor o institutriz.

La meditación, así practicada, ejercerá muy saludable influencia, no sólo sobre los niños, sino también sobre todos los que deseen aplicarse a ella y serle fieles.

Verdad es que hay personas, para quienes la meditación ofrece dificultades especialísimas; mas esto proviene de que tienen una imaginación exaltada, que en vez de emplearse en ayudar a comprender la palabra divina, se

derrama en representaciones ociosas, o de que se hallan tan llenas de sí mismas, que en vez de buscar en la meditación una enseñanza, no piensan más que en sus impresiones, sentimientos, y cuidados, privándose así voluntariamente de la luz divina, y entregándose a lo que hallan en el círculo estrecho de sus propias preocupaciones. De aquí el desaliento y la negligencia en la lectura de los Sagrados Libros y en la meditación.

Muy de otro modo es preciso conducirse. En la Sagrada Escritura es necesario buscar, no el eco de sus propios sentimientos y ensueños, sino la verdad, la justicia, la sabiduría, la misericordia, y todas las perfecciones divinas. Al hacerlo así, poco a poco, se toma gusto en leer y meditar los Libros santos. Al ver perlas y diamantes, las mujeres sueñan con adornarse con ellas; de igual modo, al considerar las perfecciones divinas, el alma no tarda en desear gobernarse conforme a la sabiduría de Dios y revestirse de las virtudes de Cristo. He ahí el objeto y el fruto principal de la meditación.

El Examen de Conciencia

Así como la meditación es indispensable para el estudio de la fe, así también el examen de conciencia lo es para el conocimiento de sí mismo y para el adelantamiento espiritual. Sin embargo, para que el examen de conciencia produzca positivas ventajas y dé por resultado una enmienda seria, conviene tener presente que no debe referirse a las inclinaciones sino a los hechos. Muchos creen que el trabajo espiritual, el buen combate de que habla el Apóstol (1), consiste en transformarse con

(1) II Tim. VI. 7.

solas sus fuerzas. Semejante idea del trabajo espiritual es errónea y aun nociva. El hombre no se ha creado a sí mismo, y de consiguiente no está en condiciones de transformarse a sí mismo; sólo Dios puede hacerlo con su gracia. El hombre debe disponerse a recibir esa acción divina, no pensando en corregirse con sus propios esfuerzos exclusivamente, sino procurando cumplir con número, peso y medida, a su tiempo, y como conviene, el deber que le incumbe. Es inútil reprender a los niños por su inclinación a la gula, a la impaciencia y pereza. Todos, con el pecado original, hemos heredado esas deplorables inclinaciones. Pero las inclinaciones y estímulos a pecar no constituyen por sí mismos pecados; de lo que tendremos que dar cuenta es de haber cedido voluntariamente a las malas inclinaciones, de habernos expuesto a las tentaciones, de no haber evitado las ocasiones que conducen a ellas.

Se peca no sólo por pensamiento, palabra y obra, sino también por omisión, dejando de hacer, decir o pensar lo que se debería. El examen de conciencia debe servir para poner de manifiesto estos dos linajes de faltas y conducirnos con la gracia de Dios a dolernos de ellas, a exponerlas en la confesión y a repararlas en lo posible.

Es preciso examinarse de lo que se ha hecho para vencer los defectos y las malas inclinaciones. En vano deploraríamos esas perversas tendencias, faltas y defectos, si no hiciéramos lo necesario para dominarlos. Si llevamos cuenta de las caídas, es preciso que la llevemos también de las victorias; esto hará resaltar las ganancias y las pérdidas, y nos hará ver si crece nuestro *Haber* o nuestro *Debe* con respecto a Dios.

Muchos hacen el examen de conciencia sólo mentalmente. Grandes Santos, como San Ignacio, y hombres ilustres, como Franklin, recomendaban hacerlo por escrito. Puede hacerse el examen de conciencia al fin del día o a medida que se tropieza con alguna cosa digna de ser notada. Este último medio es ordinariamente el más provechoso. En el examen de conciencia, conviene marcar, por medio de signos diferentes, las victorias o bien las derrotas, es decir las faltas. El examen de conciencia puede ser general o particular. En el examen de conciencia general se consideran todos los principales deberes de cada día y sobre todo las virtudes que se echen de menos. En el examen de conciencia particular no se considera más que una sola virtud o un solo defecto con el fin de adquirir aquélla y desarraigar éste.

El examen de conciencia debe estar en relación estricta con la meditación; de modo que, si mediante ésta, hemos descubierto en la pereza la causa habitual de nuestras caídas, es preciso tomar dicho pecado capital por objeto del examen particular, hasta que hayamos conseguido vencerlo. Si es el amor propio, el egoísmo, o cualquier otro defecto la causa de los pecados cometidos, hay que aplicarse especialmente a combatir dicho defecto.

Personas hay que creen hallar vanidad en el hecho de anotar las victorias conseguidas sobre sí mismos y sobre sus pasiones. La habría, en efecto, si nos atribuyéramos a nosotros mismos el mérito del triunfo; pero el niño que haya llegado a persuadirse de que debe la victoria, no a sí mismo, sino a la gracia de Dios, sentirá, en vez de orgullo de la propia suficiencia, el reconocimiento hacia Dios y una confianza creciente a medida que se corrija de sus defectos. De esta suerte logrará, además, dos de los más

poderosos agentes para todo progreso en la virtud: la humildad y la confianza.

El deber del educador no consiste tanto en luchar contra las malas inclinaciones, o contra las faltas que de ellas dimanen, como en sentar los fundamentos de las virtudes que se han echado de menos y en desenvolverlas. Ocupar el pensamiento con la idea de la virtud, despierta el deseo de adquirirla, eleva y ennoblece el espíritu y fortalece la voluntad. Al contrario, pensar continuamente en los defectos y faltas, entristece, desalienta y a menudo expone a sofocar el bien, deseando combatir el mal.

Dios nos ha concedido las diversas facultades para que las empleemos todas en su servicio y gloria, no para que las aniquilemos.

Si el niño es vivo, impetuoso y ardiente, el Señor nos veda reprimir esa vivacidad, matar esos generosos impulsos, y extinguir ese ardor; en todas las ocasiones conviene tener presente que cualidades tan preciosas lo son únicamente cuando van dirigidas por la justicia.

Importa, pues, durante el examen de conciencia, fijar la atención en lo que acabamos de decir, no echar en cara al niño su vivacidad, porque él no tiene la culpa de sentir que le hierve la sangre, antes bien, es preciso hacerle comprender que sus extravíos son siempre el resultado de una falta de respeto para con los derechos ajenos o de una idea exagerada de los suyos propios. Examínense de ese modo los niños en la sinceridad de su propia conciencia, sacando todo el partido posible de las facultades que el Señor les haya concedido; esfuércense por usar de ellas con discernimiento y en mantenerlas bajo el yugo de la disciplina, de suerte que les ayuden y sirvan para el cum-

plimiento concienzudo de sus deberes, en vez de serles un estorbo.

Si el niño codicia lo ajeno, si está sujeto a ciertos sufrimientos físicos y morales procedentes de sentirse menos favorablemente dotado que otros, no hay que anotar en su alma el deseo de mejorar y elevarse. No se debe habituar a los niños a someterse fatalmente a un sufrimiento que puede remediarse; al contrario, se ha de procurar hacerles ver qué es lo que, según la prudencia y el recto juicio, vale o no vale la pena de ser deseado, y sobre esta base de justicia, imprimir en su juicio y conciencia la manera conveniente de aspirar a lo que conviene que constituya el blanco de sus aspiraciones.

Este deseo de poseer puede llegar a ser para el niño un estímulo que le incite al trabajo y al estudio con perseverancia, a fin de lograr y merecer aquello mismo que desea. La afición a adquirir, puesta al servicio de las más nobles aspiraciones del alma, puede convertirse en una palanca para adquirir todo lo que favorece el desarrollo de los intereses morales y materiales, ora se los considere individualmente, ora en cuanto pertenecen a una región, a toda una institución, a una sociedad o a todo un pueblo.

Huelga decir que, para lograr sus deseos, el hombre debe trabajar con el sudor de su frente, merecer y en muchos casos perseverar durante larguísimo tiempo en el trabajo, y que las mejores cosas adquiridas por medios deshonorosos se convierten en malas, suscitan más tarde o más temprano remordimientos y llevan consigo la pérdida de la bendición de Dios y de la estimación de los hombres.

La Lectura

La lectura, al facilitarnos el medio de aprovecharnos de la experiencia ajena, es uno de los medios más eficaces para elevar nuestro nivel intelectual y moral. Todo libro que contenga nociones verdaderas y útiles, si se adapta al desenvolvimiento intelectual y a las necesidades del lector, merece leerse. El oficio del libro es dar a conocer la verdad; el deber del lector consiste en sacar partido de los principios en que el libro le ha iniciado.

Las ciencias físicas y naturales, por medio de los conocimientos que suministran sobre la naturaleza y las leyes que la gobiernan, ilustran al mismo tiempo sobre todo lo que puede proteger y mejorar las condiciones de la vida material; enseñan la prudencia, la previsión y desenvuelven el espíritu de empresa. El estudio de la historia ilustra el ánimo con la experiencia de lo pasado, mostrándonos las virtudes que engendran la prosperidad y grandeza de las naciones y las faltas que ocasionan su decadencia. Ella nos muestra cómo en un momento dado, la virtud y el valor de un hombre pueden salvar una nación y de qué modo la falta de prudencia y virtud de uno solo puede acarrear la ruina de todos.

Sin duda los hechos históricos ofrecen por desgracia más motivos de escándalo que de edificación, pero el escándalo mismo que resulta de un hecho histórico, lleva consigo una lección y contribuye a formar el juicio (1).

(1) En el siglo pasado, el Canciller y Presidente de la Cámara inglesa Lord Brougham, pronunció en la Cámara de los Lores, a propósito de la enseñanza de la Historia en Polonia, unas palabras que son todavía de actualidad. «Hay naciones, donde no se permite enseñar a los niños la historia de su patria.» Este libro «de la sabiduría» se halla cerrado para ellos. No se permite a la juventud adquirir los cono-

De la verdad deben dimanar las leyes, y toda ley lleva consigo deberes. Estas leyes y deberes son la base de la justicia. La verdad y la justicia dan la clara y exacta visión de la realidad, enseñan a distinguir el mal del bien, forman el juicio, la conciencia y la voluntad. Es preciso, por lo demás, juzgar de los libros, como de los árboles, por sus frutos, según las palabras de Nuestro Señor. Se puede juzgar de si un libro es bueno para aquel que lo lee por la acción que ejerce en su alma. Si disipa los ensueños, inspira amor a la verdad, despierta el gusto por el estudio y ayuda a comprender y a cumplir mejor con sus deberes; si deja el espíritu fortalecido y el corazón pacificado, es ciertamente un buen libro. Si, al contrario, un libro produce vanas imaginaciones, acompañadas de una vaga melancolía; si altera los nervios e infunde hastío de la vida, el libro es malo y hay que evitar su lectura.

El número de los *analfabetos* disminuye cada día, pero esto no significa que la verdadera instrucción aumente a medida que crecen los que saben leer. Es necesario aprender en la juventud a elegir los libros y a leerlos

cimientos necesarios a los miembros de una nación inteligente y civilizada. ¿Por qué razón?—Porque conviene a los gobernantes impedir que la juventud aprenda los capítulos últimos de esta historia. Por ella, indudablemente llegarían a su noticia las leyes brutales, las medidas arbitrarias, los perjuicios de estos últimos tiempos; por ella se enteraría de que un pueblo, cuya existencia se remonta a muchos siglos, que jamás había estado sometido, que nunca había hecho daño a nadie, ha sido despojado de su independencia, privado de sus bienes, asesinado, enviado al destierro. La historia nacional enseñaría a sus lectores que muchos reyes han vivido de rapiñas en el exterior y de persecuciones en el interior, los cuales tiemblan de miedo ante los pueblos libres; reyes que, teniendo la semejanza de hombres, carecen, no obstante, de todo sentimiento humanitario. ¿Qué hay, pues, de extraño que el estudio de la historia se halle prohibido bajo tal gobierno ya que no puede borrar sus crímenes? Demos gracias, sin embargo, a la Providencia de que, a pesar de todo, esa historia sea leída, y de que su conocimiento contribuya a que esa raza de tiranos desaparezca, tarde o temprano, de la sobrehaz de la tierra. »

(Discurso pronunciado el 23 de Mayo de 1838.)

cual conviene. No hay que leer al azar, sino trazarse de antemano cierto plan de lectura, con un orden y fin determinado.

Aparte de las lecciones diarias, es preciso en cuanto sea posible, dar cada día a los niños un tiempo determinado, al menos media hora, para la lectura de libros instructivos y exigir luego un resumen oral de lo leído, bien todos los días, bien de tiempo en tiempo. El resumen no debe ser un simple ejercicio de memoria. Conviene guiar poco a poco a los niños en la tarea de formar juicio sobre lo que leen, sobre las tendencias y criterio del autor; se les obligará también a exponer los pensamientos que la lectura les haya comunicado y la influencia que en ellos haya ejercido.

Esta manera de leer es tan provechosa para las jóvenes, como para los jóvenes; es, sin embargo, menos necesaria a los últimos a quienes sus estudios imponen mayor concentración de espíritu. Las jóvenes, al contrario, si no se acostumbran desde luego a la lectura atenta de libros serios, quedarán por lo general incapacitadas para esa tarea por toda la vida.

El hábito de leer libros serios y útiles es tan saludable, porque preserva de la lectura de libros mediocres. Bajo la denominación de libros serios entendemos las obras que ensanchan el horizonte intelectual, que ennoblecen el corazón, infunden el valor y la virtud, perfeccionan el conocimiento de la vida, de su fin, de sus deberes. Así como el hombre habituado al aire puro, a la limpieza y al orden, no puede soportar la suciedad, el desorden y la falta de aire; así también cualquier persona acostumbrada a leer libros serios, no se enfrascará en la lectura de libros malos o sin valor con el pretexto de que es preciso conocerlo todo.

Nuestros labradores, cuando limpian los estanques y lagunas para fertilizar sus campos con el lodo que de allí sacan, procuran indagar la composición de aquellos abonos, valiéndose para ello de las personas peritas en la química y no se meten todos los días en el cieno para mejor reconocer su naturaleza. De igual modo los jóvenes, si creen absolutamente necesario saber ciertas cosas con un fin serio y no por pura curiosidad, deberán buscar sus conocimientos en las fuentes respectivas, en los libros científicos, concienzudos, escritos con criterio sano y competente, no en autores sin fe, apasionados e indecentes. Guárdense, pues, de formar su juicio y su conciencia en obras corruptoras que llevan su espíritu a fijarse, no en lo elevado y útil, sino en lo que es vil y frívolo.

Los padres que sepan desenvolver en sus hijos el amor a las lecturas sanas e inspirarles horror a los malos libros, les harán un servicio inmenso para toda la vida.

La fidelidad en las cosas pequeñas

Nuestro Señor dice que el que es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes (1). La fidelidad en el cumplimiento de los más modestos deberes, caracteriza de ordinario a las personas humildes. Las personas orgullosas y llenas de presunción, que desprecian los deberes más menudos, pierden las múltiples ocasiones que se les ofrecen de instruirse intelectual, espiritual o materialmente como si fuesen indignas de su atención: creyéndose llamadas a cosas importantes y elevadas, aguardan las ocasiones favorables pasándoseles muchas veces

(1) Luc. XVI, 10.

la vida sin hacer nada útil, porque lo que esperan puede no llegar jamás. Olvidan que el hombre que no ejercita ni desenvuelve sus facultades, mediante el cumplimiento de sus más humildes deberes, se inhabilita en su estado gradualmente, y así acontece de ordinario que cuando se le ofrece ocasión de llevar a cabo algo importante, halla que la empresa es muy superior a sus fuerzas. Al convertirse entonces en miembro inútil de la sociedad, resulta una carga para la misma y más todavía para sí mismo. Es preciso hacer comprender cuanto antes a los niños la trascendencia de ciertos actos, que por despreciables que parezcan, adquieren, por razón de su número, una importancia considerable. Podrían compararse esos actos, a los ladrillos, cada uno de los cuales vale apenas algunos céntimos, pero que sirven para construir sólidas fortalezas y magníficos templos.

El Salvador, no solamente ha dicho que el que fuere fiel en lo poco lo será también en lo mucho, sino que ha prometido además al que haya dado pruebas de esta fidelidad, que le serán confiadas grandes cosas (1). ¡Qué estímulo tan poderoso para el cumplimiento concienzudo de nuestros menores deberes! ¡qué elocuente exhortación a aprovecharnos de las cosas menos importantes, con la esperanza de que, por esos mismos méritos, obtendremos de Dios la gracia de participar en la nobilísima y muy grata empresa de restaurar nuestra patria!

Aprendan, pues, los niños a sacar partido de todas las ocasiones para desenvolver su inteligencia, aprender algo útil, aumentar sus fuerzas físicas y su destreza, y ejercitarse en las virtudes cristianas y cívicas. Las ocasiones cotidianas y vulgares que se les ofrecen son las más apro-

(1) Matth. XXV, 21.

piadas para este efecto, porque se presentan constantemente y pueden ser por lo mismo las más eficaces.

Habítúeseles a observar todo lo útil que se ejecute a su alrededor. ¡Cuántas cosas pueden aprender de todos los obreros hábiles en su oficio! No dejen pasar la ocasión de ayudar, consolar y servir, a los que trabajan. Hay juegos que contribuyen a desenvolver la fuerza y la destreza, y ofrecen para el fin de que vamos hablando especiales ventajas; pero conviene saber limitar el tiempo que se les concede, recordando que el que se consagra a un trabajo útil cualquiera, se emplea mejor y más noblemente que las horas y aun los días dedicados a los juegos y deportes, por higiénicos y honestos que en sí sean.

La puntualidad en sujetarse al horario puede a veces parecer cosa baladí; sin embargo, los esfuerzos constantes en ese sentido influyen del modo más saludable en el curso entero de la vida. En apariencia, parece de poca importancia señalar una hora para la ejecución de cada cosa y mantenerse firme en su cumplimiento; pero ¡qué temple de alma y qué fuerza adquieren los que saben atenerse a esta disciplina!

La acción más vulgar y ligera se convierte en noble y santa, siempre que se la ejecute con santa y noble intención. Hacer respetuosamente la señal de la cruz es confesar su fe de cristiano; el mero hecho de saludar a su prójimo es un acto de caridad cristiana; atenerse a la verdad estricta en todas las circunstancias y rendirle homenaje, es participar del espíritu de Dios; observar los mandamientos en sus menores circunstancias, es realizar la obra más importante, la voluntad de Dios.

La mortificación y la penitencia

Estas dos virtudes tienen muchos puntos de semejanza, así en su fin como en su acción y caracteres exteriores; hay sin embargo entre ellas notable diferencia.

La mortificación consiste en imponerse voluntarias privaciones a fin de domar las inclinaciones naturales; y como su mismo nombre indica, tiene por objeto hacer morir en nosotros todo lo que es contrario a la acción divina, todo lo que hace que el hombre siga las inclinaciones de la naturaleza y no las de la gracia.

La penitencia es un castigo que nos imponemos voluntariamente, o que nos es impuesto por pecados ya cometidos: su fin es satisfacer por nuestras propias faltas y por las ajenas, y alejar así de nosotros mismos, del prójimo y de toda nuestra nación las consecuencias temporales y eternas de las faltas.

El mundo tiene tal horror a la mortificación y penitencia, la carne las teme y rehuye de tal modo, que desde sus más tiernos años, es necesario acostumar a los niños a soportar algunas privaciones y a mortificar sus apetitos, antes que se vean imbuídos por el desprecio y las burlas que inspiran a los que viven según el espíritu del mundo, y antes que sientan la rebelión de la sensibilidad pervertida.

Sin mortificación, ninguna virtud puede subsistir. ¡Cuánto no tenemos que reprimirnos a veces para dirigirnos según la prudencia, cumplir con lo que pide la justicia, contenernos dentro de los límites de la templanza y cumplir animosamente con los deberes de nuestro estado! Ejercítense los niños en mortificar la gula y la codicia,

privándose de algunas cosas en beneficio de los pobres. Dominen su propensión a la cólera, sujetándose al silencio, cuando sobreviniere algún contratiempo que los irrite. Venzan su inclinación a la pereza, añadiendo algún quehacer libre al trabajo obligatorio. Mortifiquen su afición a la curiosidad, absteniéndose de oír y mirar lo que no les concierne. De este modo prevendrán el desenvolvimiento de esas perversas tendencias y lograrán el completo dominio de sí mismos. La mortificación, como la sal, preserva de la corrupción todo lo que toca.

Los padres que acostumbren a sus hijos a pequeñas mortificaciones, les prestan un servicio incomparable, no sólo poniendo un freno a la concupiscencia, preservándolos del pecado, y asegurándoles, de consiguiente, su salvación, sino también facilitándoles en gran parte su felicidad temporal. El hombre habituado a mortificarse, se contenta siempre con poco, y por más escaso que sea su haber, se considera siempre bastante rico. La mesa más frugal, la habitación y los vestidos más sencillos, le parecen suficientes. El contento proviene la mayoría de las veces, no de poseer grandes riquezas, sino de necesitar poco. Hace falta desenvolver en los niños una noble independencia de las circunstancias exteriores, haciéndoles comprender la alegría que se experimenta en poder prescindir de todo lo que parece indispensable a los demás para su felicidad o para satisfacer las exigencias de un falso concepto de la dignidad personal.

«Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis» (1)— dice el Señor. El pecado es una transgresión de los mandamientos divinos; siempre que los quebrantamos voluntariamente, nos levantamos contra la voluntad de Dios,

(1) Luc. XIII, 5.

y trastornamos en cuanto está de nuestra parte, el orden por Él establecido. No tenemos más que un medio de restablecer el orden y el equilibrio, el cual consiste en añadir lo que falta y cercenar lo que sobra, para que en la balanza de la justicia divina, el platillo de la penitencia y de la satisfacción pese más que el de las faltas o al menos le equilibre.

En el juicio divino ninguna falta quedará impune, pero ninguna será castigada dos veces. Por consiguiente, la satisfacción que voluntariamente hubiéremos practicado durante nuestra vida y la reparación que, para expiar, en cuanto es posible a nuestra fragilidad, alguna falta, hayamos hecho; nos obtendrá ciertamente el perdón del Dios de la misericordia, aun antes de la muerte y del juicio.

La Sagrada Escritura cita una multitud de ejemplos de la misericordia de Dios obtenida por medio de la penitencia. David fué un gran pecador, pero también y sobre todo un gran penitente; por la penitencia llegó a ser un hombre según el corazón de Dios. ¿Quién sabe si San Pedro no fué elegido para piedra y base de la Iglesia fundada por Jesucristo, precisamente porque después de haber renegado tan ignominiosamente de su Maestro, había de expiar su falta con el más profundo arrepentimiento? Si lo que la Magdalena hizo en obsequio del Señor se viene celebrando a través de los siglos, el principio de esta celebridad, aun ante los hombres, ha sido la penitencia. San Agustín confesó públicamente sus pecados y gracias a esta penitencia llegó a ser un santo, un doctor y un Padre de la Iglesia.

La penitencia, como la levadura de que nos habla el Evangelio, lo eleva todo, lo purifica todo, lo mejora todo.

La penitencia repara las faltas de lo pasado y nos preserva de cometerlas en lo futuro.

Por las palabras del Salvador sabemos que toda la humanidad constituye un mismo cuerpo; cada uno de nosotros, como miembro de ese cuerpo, se aprovecha en cierto grado de lo que es ventajoso a los demás y sufre las consecuencias de lo que les es dañoso. De igual modo, todo lo que hace cada individuo para corregir o expiar el mal, no le aprovecha a él solo, sino a todos aquellos entre quienes vive, contribuyendo así a «curar» (1) y restaurar su propio país.

A medida que los niños crecen y comprenden la gravedad del pecado, deberán esforzarse por expiar sus faltas con algunas penitencias voluntarias. Para satisfacer por los disgustos causados a sus padres, han de aplicarse a contentarles, a hacerlos felices, a llegar a ser su consuelo y su honra. Para expiar su egoísmo, se mostrarán serviciales, afectuosos y practicarán voluntarios actos de caridad. Para purgar los excesos en la comida y bebida, deberán privarse de algún manjar de su gusto, una sola vez o por un período de tiempo más o menos largo, de manera que la sensación de hambre y sed sea para ellos un instrumento de verdadera penitencia. Procuren restablecer la verdad ante todos los que les oyeron decir alguna mentira. Para expiar las palabras malignas, inútiles o inconvenientes, sujétense a guardar silencio, una o muchas veces, en ocasiones previamente determinadas.

Además de la penitencia que cada uno debe imponerse, la Iglesia en su misericordia ordena a los católicos ciertas penitencias especiales. El mandamiento de la Iglesia acerca de los ayunos y abstinencias, tiene en la educación una

(1) Sap. I, 14.

importancia particular. Al prescribirnos la Iglesia esos ayunos y abstinencias, se conforma con las enseñanzas del Antiguo y Nuevo Testamento y con el ejemplo de todos los Santos y Doctores. Los ayunos y abstinencias tienen sin duda gran importancia en la obra de nuestra salvación, porque van igualmente contra Satanás, el mundo y la carne.

Los ayunos y abstinencias ordenados por la Iglesia, tienen por objeto, además, enseñarnos a practicar la obediencia, la templanza, la victoria sobre nuestros sentidos, la formación de la voluntad, el dominio de nosotros mismos y la ocasión de confesar abiertamente la fe; todo lo cual hace que el ayuno, lo mismo que la limosna, aumente en la presencia divina el valor de nuestras oraciones.

Mas para que los ayunos y abstinencias produzcan tales frutos, no basta atenerse a la letra de los mandamientos; es preciso entrar en el pensamiento de la Iglesia, y recordar que dichos ayunos y abstinencias son una penitencia necesaria para borrar las faltas pasadas, y además que por su eficacia propiciatoria y el apoyo que prestan a nuestras oraciones, nos aseguran la gracia para lo futuro.

No falta quien cree que los ayunos y abstinencias son perjudiciales; pero la Iglesia es tan maternal en sus disposiciones, que jamás dicta preceptos que puedan perjudicarnos; y así tiene en cuenta la edad, el estado de la salud, las necesidades locales y las circunstancias particulares dispensando de sus mandatos siempre que haya causa razonable para ello. En estado normal de salud el ayuno y la abstinencia no dañan a nadie; al contrario, el cambio de alimento es de ordinario provechoso. Para no citar un gran número de religiosos y religiosas, ¡cuántos aldeanos

y partidarios entusiastas de la alimentación vegetal, por falta de recursos o por principio, no comen jamás carne, sin sentirse por ello quebrantados en su salud! Es preciso habitar desde luego a los niños a la abstinencia; de otro modo se persuadirán de que no pueden comer de vigilia, y esta convicción bastará muchas veces por sí sola, para convertir por la fuerza de la imaginación, en dañoso lo que debería ser útil.

El demonio, acomodándose al temperamento e inclinaciones de cada cual, a unos sugiere la creencia de que no pueden comer de vigilia, a otros infunde una obstinación pueril en observar los ayunos y abstinencias en los casos de exención; de suerte que, en definitiva, dirigiéndose con arreglo a su voluntad propia y orgullo, tanto los primeros como los segundos, así los que piden dispensas sin motivos legítimos, como los que las desdeñan, no entran en el pensamiento de la Iglesia. La fidelidad a los preceptos de ésta, no consiste en interpretar sus mandamientos conforme a nuestro juicio propio, sino en observarlos como ella misma los entiende, sometiendo nuestra voluntad al yugo de la obediencia.

Las dispensas, al eximir del ayuno o de la abstinencia, no dispensan de las limosnas y de la oración, con las cuales hemos de procurar reemplazarlos. En cuanto los niños llegan a la edad de siete años, es decir, la edad en que comienzan a estar obligados a observar los preceptos de la Iglesia, es preciso que en lo posible cumplan con ese deber.

Por eso es muy importante, ejercitarlos en la mortificación desde su edad más tierna; no hay que enseñarles la penitencia, sino cuando llegan a comprender la importancia del pecado y la necesidad de satisfacer a la Justicia divina.

Las Obras de Misericordia

El Catecismo enumera siete obras de misericordia corporales y siete espirituales.

Las obras de misericordia corporales son:

1. Dar de comer al hambriento.
2. Dar de beber al sediento.
3. Vestir al desnudo.
4. Dar posada al peregrino.
5. Redimir al cautivo.
6. Visitar a los enfermos.
7. Enterrar a los muertos.

Las espirituales son:

1. Enseñar al que no sabe.
2. Dar consejo al que lo ha menester.
3. Corregir al que yerra.
4. Consolar al triste.
5. Perdonar las injurias.
6. Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.
7. Rogar a Dios por los vivos y difuntos.

No todos pueden, y menos todavía los niños, cumplir todas las obras de misericordia. Con todo, siendo el objeto de la educación, como el de todo estudio, la aplicación práctica de los principios, nada de lo que los niños aprenden en el catecismo, debe ser para ellos letra muerta; antes bien es preciso que de cierto modo y en determinada medida informe los actos todos de su vida.

Mucho se habla de la cuestión social, de la reforma y mejora de las condiciones actuales de la sociedad; pero si cada uno en la situación que le ha cabido en suerte cum-

pliese lo poco que depende de él, no habría necesidad de emprender reformas generales tan difíciles. Está mandado que «cada uno tenga cuidado de su prójimo» (1); y, de consiguiente, los niños deberán aprender desde muy temprano a ayudar a los demás, servirles en lo que puedan, regocijarse con sus alegrías, y acompañarlos en sus tristezas y pesares. Como los niños no disponen de nada, se podría creer que las dos primeras obras de misericordia: dar de comer al hambriento y de beber al sediento, no pueden referirse a ellos; sin embargo, son numerosos los niños que cumplen superabundantemente con ese deber. Los que están convenientemente instruídos por sus padres sobre el particular, contraen fácilmente la hermosa costumbre de repartir con los pobres las golosinas que reciben; un panecillo, un dulce, una fruta de que se privan para darlos a algún niño pobre o enfermo. Los niños no compran sus vestidos ni pueden disponer de ellos; podría, pues, parecer que la tercera obra de misericordia, vestir al desnudo, tampoco tiene nada que ver con ellos; pero llevan vestidos que serán en un día demasiado pequeños para ellos y que los padres darán tal vez a los pobres. Entonces, recordando que nuestro Señor considera como hecho a Sí, todo lo que se hace por los pobres, es preciso dar esos vestidos de una manera que sea agradable al Señor, es decir, con cierto respeto a sus miembros que sufren. Y así deberá enseñarse a los niños a no deteriorar ni manchar sus vestidos, velando en cuanto de ellos depende, para conservarlos limpios y en buen estado. Y antes de distribuirlos a los pobres, procuren los padres lavar y remendar dichos vestidos no entregándolos nunca sucios y desgarrados, pues los infelices carecen de tiempo

(1) Eccl. XVII, 12.

y de medios para componerlos. De este modo los niños se acostumbran a respetar la desgracia ajena.

Los niños no pueden visitar a los prisioneros, pero deben pensar algunas veces en la desgracia que padecen. En esa consideración hallarán una enseñanza eficacísima, a saber, que aquellos que no se habituaron en su juventud a evitar toda clase de faltas, llegan con frecuencia a convertirse más tarde en criminales que acaban sufriendo castigos infamantes. Eviten los niños todo lo que pudiera hacerles entrar por semejantes caminos, amen de todo corazón los mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque eso sólo les retendrá en el camino resbaladizo de las tentaciones a que puedan hallarse expuestos en el discurso de su vida.

En cuanto a los enfermos, no hay casa donde no los haya algunas veces, ofreciendo a los niños ocasión de visitarlos. Es de suma importancia que aprendan a portarse como conviene, evitando todo lo que pudiere fatigar a los enfermos y aumentar sus padecimientos, como es hablar alto, andar metiendo ruido, golpear las puertas, molestar de cualquier modo que sea a los pacientes, e introducir el desorden en torno de ellos. Aprendan a servir a los enfermos debidamente, a leerles algo que les sea agradable, a desempeñar cuidadosa y prontamente sus encargos; y de esta suerte cumplirán con la sexta obra de misericordia.

Los niños no pueden enterrar a los muertos, pero sí atestiguarles su respeto, cuidando solícitamente los sepulcros de sus padres o allegados en la medida que puedan contribuir a ello; cuando tropiecen con un entierro, deberán interrumpir sus conversaciones y portarse respetuosamente. Esos testimonios de respeto no se deben sola-

mente a los muertos, sino a las personas afligidas por su pérdida, a quienes esos testimonios de simpatía sirven de algún consuelo. «Llevad mutuamente vuestras cargas» (1) nos dice San Pablo.

Podría también creerse que los niños no se hallan en estado de cumplir con las obras de misericordia espiritual, y sin embargo, así como pueden gravar su conciencia con pecados de cooperación, así también son capaces de contribuir al bien espiritual del prójimo. Si los niños carecen de autoridad para reprender a los que obran mal, instruir a los ignorantes, y dar consejos, en cambio pueden ejercer una gran influencia en su conducta, con la expresión de su rostro, con el ejemplo dado a sus hermanas, hermanos y compañeros, ora sea para el mal ora para el bien.

Los niños son por lo general más sensibles a las influencias de sus iguales, que a la de las personas de más edad; es preciso, pues, explicarles la gran responsabilidad que contraen y los deberes que incumben a los que ejercen dicha influencia. Esa responsabilidad y esos deberes deben ser explicados a los niños esforzándose por todos los medios posibles en despertar su celo, para lo cual se les enseñará que, el que salva un alma obtendrá el perdón de muchos pecados (2), y que el Señor dice del que escandalizare: «más le valiera que le ataran una rueda de molino al cuello y le arrojaran al mar» (3).

En cuanto al consuelo de los afligidos, Dios concede a los niños un don excepcional, especialmente por lo que hace a sus propios padres, profesores, personas que los

(1) Gala. VI, 2.

(2) Jac. V, 20.

(3) Matth. XVIII, 6.

cuidan, en una palabra, respecto de todos aquellos que se ocupan con solicitud en su educación y que más los aman. En efecto, en toda clase de penas, nadie tiene tanto poder para consolar, aliviar, distraer y alegrar a los afligidos como los niños, aun cuando no sepan decir nada de consolador.

Parece que el don de consolar es cosa peculiar de los niños. A la educación toca desenvolver este don precioso, enseñando a los pequeños a discernir las congojas y los padecimientos de los demás, y procurando excitar en ellos la compasión y el deseo de aliviar y ayudar a los que sufren. Aprendan los niños a compartir los pesares y alegrías de los demás, alegrándose con los que se alegran y llorando con los que lloran (1), y muy en especial cuando se trata de sus padres.

Por desgracia también los niños tienen demasiadas ocasiones de soportar con paciencia el mal que se les hace y perdonar las injurias; ese mal y esas injurias parecen a veces llover sobre ellos; unas veces son sus compañeros más fuertes, otras sus superiores malhumorados, otras hasta sus mismos padres. Con harta frecuencia los hermanos mayores, las hermanas y los compañeros abusan de su superioridad en el trato con los más jóvenes, débiles y peor dotados; muy a menudo los castigos que se infligen a los niños exceden con mucho a la gravedad de las faltas que los han motivado. Los niños necesitan aprender a soportar con paciencia, sin ira, sin protestas, ni quejas, las injusticias e injurias que no pueden evitar, y de las que no están en condiciones de defenderse; deben, pues, aprender a perdonar, sabiendo que esto es más noble que vengarse.

(1) Matth. XVIII, 6.

Por último, también ha de enseñárseles a rogar por los vivos y difuntos, por sus padres o por los que hacen sus veces, por sus bienhechores y amigos, a fin de pagarles esa doble deuda de reconocimiento, por todos aquellos a quienes han faltado de una manera cualquiera, con un mal consejo, ejemplo, injusticia o negligencia. Oren por sus enemigos que viven todavía, a fin de que Dios les ilumine y conceda mejores sentimientos y mayor respeto a la justicia, y por los ya difuntos, implorando para ellos la misericordia de Dios, porque «*no sabían lo que hacían*» (1). De este modo recabarán de Dios la misericordia para sí propios y el perdón de sus culpas.

Al enseñar a los niños las obras de misericordia, se necesita hacerles comprender que la caridad, no consiste sólo en hacer limosnas, aunque esto sea también un deber en ciertos casos. «El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (2). Los jóvenes pueden contribuir poderosamente a difundir la palabra y el reino de Dios sobre la tierra, así como también a la restauración de su patria en el orden espiritual, intelectual y material; y para ello se requiere que sus pensamientos y corazones se hallen orientados en esa dirección y reconozcan el deber que tienen de hacerlo así. El que busca las ocasiones, las hallará, puesto que se presentan por sí mismas a cada paso.

Establezcan, pues, los jóvenes, siempre que razones poderosas e insuperables no se opongan a ello, sociedades de socorros mutuos, salas de lectura, cursos de estudios gratuitos, dibujo, escritura, contabilidad, de modo que se difunda entre todas las clases la ilustración necesaria

(1) Luc. XXIII, 34.

(2) Matth. IV, 4.

para comprender y cumplir mejor las obligaciones de su estado y los deberes profesionales.

«Den gratuitamente lo que gratuitamente han recibido» (1); enseñen a otros lo que ellos mismos han aprendido; organicen sociedades filarmónicas para el fomento de la música vocal que sirva de distracción honesta a los que por sí mismos no pueden procurársela. Busquen trabajo y jornal a los que de ello tienen necesidad, y cooperen unánimes al desenvolvimiento del bien común. Esfuércese cada cual por contribuir a lo que otros emprendan de acertado y laudable para el bien general. Sería doloroso que la juventud de las clases superiores se encastillase en sus negocios personales y de familia prescindiendo enteramente de sus prójimos.

Interésense en todo lo que tiene por objeto o por fin el bien de todos. Si se procura que esas cuestiones de interés general no les sean indiferentes; si desde su edad más tierna cuidan de instruirse convenientemente, cuando llegue para ellos el momento de obrar por sí mismos, tomarán seguramente una parte más activa en todo lo que puede contribuir a la restauración moral y material de su país y de su patria.

(1) Matth. X, 8.

Los Sacramentos

La Iglesia nos señala como medios indispensables para la salvación, los sacramentos y la oración. El catecismo nos enseña que los sacramentos son signos sensibles, instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, para producir en nuestras almas la gracia invisible y santificante.

Estas palabras bastan para mostrar de qué fuente dimanen las gracias más importantes que nos son conferidas, a qué objeto tienden, cuál es su importancia y por tanto, con qué respeto deben ser estudiados, deseados y recibidos.

La conveniente instrucción acerca de ellos, debe buscarse en el catecismo y exposición de la doctrina cristiana. Aquí sólo tratamos de llamar la atención de los padres sobre la relación que existe entre la enseñanza que se desprende de los sacramentos y el trabajo de la educación.

I.

El Bautismo

Suele enseñarse a los niños y obligarles a repetir que sin el bautismo no es posible alcanzar la salvación; que el bautismo nos hace nacer a la vida de la gracia; que nos constituye hijos de Dios y herederos de su reino; pero

tales palabras casi nada significan para las tiernas inteligencias infantiles y ejercen poca influencia en su conducta y en la formación de su carácter, porque aparte de no comprenderlas bien, no saben aplicarlas a la vida.

Para que los niños puedan comprender lo que es el bautismo, la regeneración, la salvación, se requiere que tengan idea clara de la muerte eterna, pero esto les es tanto más difícil, cuanto que no saben bien lo que es la muerte temporal. Es preciso llamarles la atención de cuando en cuando sobre las flores marchitas, que con la vida vegetal perdieron su aroma y su belleza. Hay que ponerles a la vista las ramas secas, las hojas amarillas de un árbol muerto, y no retraerse de hacerles ver y tocar los cadáveres.

Conviene explicarles, que así como los muertos no pueden usar de nada, ni disfrutar de nada, de la misma manera, las almas que han perdido sus derechos a la vida eterna no pueden en la eternidad experimentar ninguna felicidad, ninguna alegría.

Hay que explicarles también que, por el hecho del pecado original, todos estábamos condenados a esta muerte eterna y que debemos al bautismo una nueva vida espiritual.

Fácil es dar á los niños idea de la alegría que les produciría la resurrección de una persona amada. Pues ¡cuánto mayor no debe ser su gozo al estar ciertos del dogma de la resurrección de la carne!

Cuando los niños hayan comprendido y apreciado hasta donde es posible la gracia alcanzada por el bautismo, se les debe explicar que, al serles conferida esta gracia, se comprometieron a renunciar al mundo, al demonio y a sus obras, es decir, a la concupiscencia del espíritu, de los ojos y de la carne.

Estas renunciaciones y promesas del bautismo son un compromiso, una deuda contraída por el padrino y la madrina en nombre del niño a quien se bautiza.

Para instruir a los niños en las ceremonias del bautismo, se les hará asistir de cuando en cuando a la administración de este sacramento, procurando que lean en su propio idioma las palabras pronunciadas por el sacerdote durante la ceremonia. Más tarde, el recuerdo de esos exorcismos, de esas oraciones, de esas promesas, podrá darles la fortaleza para resistir a las tentaciones y a las sugerencias del espíritu del mal.

Muchos católicos se figuran que solamente los religiosos tienen obligación de aspirar a la perfección. Es cierto que los religiosos de ambos sexos son los únicos obligados a la perfección evangélica; pero al considerar las palabras de la liturgia, los exorcismos y las promesas del bautismo, es fácil convencerse de que todos los fieles deben tender a la perfección cristiana, porque a ello nos comprometemos en el bautismo y en fin porque este sacramento nos confiere la gracia necesaria para nuestra santificación.

Hay que infundir en el corazón de los niños el respeto más profundo al sacramento del bautismo; se les debe enseñar que el aniversario de su nacimiento espiritual es mucho más importante para ellos que el de su nacimiento temporal; y que, por tanto, deben festejarlo como la mayor de las gracias recibidas, renovando las promesas hechas por los padrinos en su nombre, pidiendo a Dios la gracia necesaria para serle fieles, manifestándole su reconocimiento por medio de alguna buena obra, de alguna limosna depositada en el cepillo de la Iglesia.

Lean los niños en un catecismo más detallado la doc-

trina referente al bautismo, su origen, significación, gracias y deberes que lleva anejos.

Toda la vida del cristiano se apoya sobre el bautismo. Es importante comprender, respetar y amar esta fuente de toda gracia.

No será fuera de lugar recordar aquí la obligación que tienen los padres de no diferir la administración del bautismo a los recién nacidos. No se debe retardar ni por un solo día el hacerles miembros e hijos de la Iglesia. ¿Qué padres habría que teniendo en su mano el medio de asegurar a sus hijos la salud, la belleza y otras ventajas temporales difiriesen el hacerlo? Apresúrense, pues, a procurar a sus hijos recién nacidos bienes infinitamente superiores, puesto que son espirituales y eternos.

II.

La Confirmación

Es muy de lamentar que los niños reciban a menudo este sacramento, sin comprender ni apreciar la grandeza de las gracias que produce. Y es tanto más importante poseer la necesaria ilustración sobre esta materia, cuanto que, según enseña la doctrina cristiana, el Espíritu Santo no se da sino a los que son dignos de Él, y sólo en la medida de sus disposiciones, y por tanto, no igualmente a todos sino a cada uno según su preparación.

Consiste ésta en observar escrupulosamente los mandamientos, en comprender y apreciar la magnificencia de los dones conferidos por este sacramento. El profeta Isaías, al anunciar el nacimiento de Cristo, dice: «El Espíritu del Señor descansará sobre Él, espíritu de sabi-

durfa y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y estará lleno del espíritu del temor de Dios» (1).

Todas estas perfecciones reposaron en la naturaleza humana, cuando el Hijo de Dios fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, el Verbo se hizo carne y Dios se hizo hombre.

El sacramento de la confirmación confiere los dones anteriormente enumerados; y si lo recibiéramos debidamente dispuestos, nos pondría en condiciones de exclamar con San Pablo: «Vivo yo; ya no yo, sino que vive en mí Cristo» (2).

Conforme enseña la doctrina cristiana, el don de sabiduría hace que el alma discierna claramente lo que agrada a Dios y procure acomodar a ello sus pensamientos, deseos y actos.

El don de inteligencia dispone al alma para penetrar los misterios de la fe y observar sus prescripciones.

El don de consejo o de prudencia muestra al alma el camino mejor para conseguir su salvación.

El don de fortaleza da al alma la fuerza necesaria para triunfar de consideraciones humanas, soportar pacientemente las penas, y superar los obstáculos que se oponen al cumplimiento del deber.

El don de ciencia enseña al alma a juzgar de todo conforme a la luz de Dios, a someter su espíritu a las decisiones de la Iglesia, a evitar lo que se debe evitar, a despreciar lo despreciable, a respetar y amar lo que es digno de respeto y de amor.

El don de piedad infunde en el alma fidelidad y sumi-

(1) Isai. XI, 2, 3.

(2) Gal. II, 20.

sión a Dios y a la Iglesia, dulzura y benevolencia para con el prójimo por amor de Dios.

El don de temor de Dios dispone al alma para no temer nada fuera del pecado, y esto por la sola consideración de ser ofensa de Dios.

Todos estos dones, cuando les somos fieles, crean un estado de alma y hábitos de virtudes, que se manifiestan a cada instante y en cada acción, y que San Pablo llama: «los frutos del Espíritu Santo» (1), enumerando como tales: el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la fe, la modestia y la pureza; a los que podemos añadir la longanimidad, mansedumbre, benignidad y gozo. La confirmación, al conferirnos los dones del Espíritu Santo, nos fortifica y arma con ellos para «el buen combate» (2) y nos hace soldados de Cristo. El que ha sido confirmado, como soldado en las filas, no debe apreciar las cosas, sino en cuanto pueden contribuir a la victoria final; debe cumplir con alegría, prontitud y buena voluntad las órdenes de sus legítimos jefes, permanecer dedicado a los deberes propios de su estado, fiel a su bandera, hallándose dispuesto a defenderla hasta derramar la última gota de su sangre.

Se perjudica grandemente a los niños, cuando no se les explica suficientemente todo lo que reciben por medio del sacramento de la confirmación. Para hacer buen uso de una cosa, es preciso conocerla. Los niños, pues, deben saber que reciben en la confirmación las gracias necesarias para superar las tentaciones, soportar las contradicciones y cumplir con sus deberes. La frase «no puedo», tratándose del deber, es una mentira en boca de un cristiano.

(1) Gal. V, 23.

(2) I. Tim. VI, 12.

Una vez infundidos los dones del Espíritu Santo, nunca más se borran del alma sus efectos, y pueden experimentarse en toda necesidad y en todo peligro. Aunque por causa de infidelidad, del pecado o de ligereza, queden dichos dones como obscurecidos, no por eso dejan de existir en el alma, y se puede siempre reavivarlos mediante la oración y enmienda de la vida.

En el orden material, el que saca constantemente de un tesoro acaba por agotarlo; en el orden divino sucede todo lo contrario, puesto que el tesoro de las gracias aumenta en nosotros a medida que nos aprovechamos de ellas, y sólo disminuye cuando no nos aprovechamos.

III

La Eucaristía

El tercero de los Sacramentos de la Iglesia es la Eucaristía, que recibe diversas denominaciones. Es llamada, en efecto, «Sacramento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo», porque contiene real y substancialmente el cuerpo y sangre junto con el alma y divinidad de nuestro Salvador; «Santísimo Sacramento del Altar», porque en el altar se le consagra y conserva; «Hostia», porque es la prolongación del sacrificio de la cruz; «Viático», porque es el alimento dado a los católicos, en el momento que dejan la tierra para pasar a la eternidad; «Pan de Vida», porque Jesucristo ha prometido la vida eterna a los que lo reciban dignamente; y, finalmente, «Santa Comunión», porque une a todos los fieles en Jesucristo.

Antes que los niños sean admitidos a la primera Comunión, conviene sobremanera que estén instruídos acerca

de la vida de Jesucristo Nuestro Señor; y después que la hubieren hecho deben perfeccionar más y más dicha instrucción: pues sólo así serán capaces de comprender «el don de Dios» (1), es decir, quién es el que se nos da en la Sagrada Eucaristía. El que viene a nosotros en el Sacramento es el mismo Jesús nacido en el establo de Belén, y a quien, junto con la Santísima Virgen y San José, debemos atestiguar nuestro respeto y amor; el mismo Jesús a quien Herodes intentó quitar la vida, el mismo a quien San José llevó consigo a Egipto, librándole así de cuantos atentaban contra su existencia; por tanto, nosotros, frente al mundo y al demonio, que pretenden destruir en nuestras almas todas las manifestaciones de la vida de Jesús, tenemos que evitar lo que pudiera destruir en nosotros esta vida divina e impedirnos crecer como Jesús en la presencia de Dios y de los hombres (2). Recibimos en la Sagrada Comunión al que vivió en Nazaret hasta la edad de treinta años; al que, a instancias de su madre, verificó en Caná su primer milagro; al que pasó por Galilea derramando beneficios (3); al que entró en la casa de Zaqueo, porque éste deseaba conocerle; al que curaba a los enfermos, daba vista a los ciegos, oído a los sordos y vida a los muertos cuantas veces se lo pedían con fe y confianza. Es el mismo Jesús que derramó su sangre por nuestra salvación, y sufrió por nuestro amor espantosos tormentos; el mismo Jesús que, al dejar la tierra, nos envió el Espíritu Consolador, fundó la Santa Iglesia, para que nos sirviera de madre desde la cuna al sepulcro, y que al subir a los cielos quiso quedarse en

(1) Joan. IV, 10.

(2) Luc. II, 52.

(3) Act. X, 38.

la tierra en la sagrada Eucaristía, para estar siempre pronto a responder al llamamiento de los que le aman y desean. ¿Quién puede fijar límites al poder infinito de Dios, o a lo que le place hacer por los hombres, cuando obra en sus almas y reside en ellas?

Conviene instruir a los niños sobre la institución de la Eucaristía, no sólo según el Catecismo, sino aun según el Evangelio mismo; porque si bien es verdad que sería muy conveniente que los católicos conocieran el Evangelio de cabo a rabo a fin de conocer mejor a Nuestro Señor y penetrarse más profundamente de todas sus divinas enseñanzas, con todo hay dos cosas de suma importancia acerca de las cuales deberían todos instruirse en la fuente misma del Evangelio, y son la institución de la Iglesia y la de la Eucaristía; es decir, la relativa a la presencia espiritual de Jesucristo en medio de su Iglesia y la que se refiere a su presencia real en el Santísimo Sacramento bajo las especies sacramentales.

Todo el que, ávido de luz y de verdad, lea seriamente en la Sagrada Escritura lo que se refiere a la institución de la Iglesia y a la del Santísimo Sacramento, debe llegar a deducir del conjunto de esas enseñanzas, que las palabras de Jesucristo, en esas dos circunstancias, deben ser tomadas en su sentido literal, con todas las consecuencias que de ellas se derivan, o bien rechazar todo lo que nos enseñan la Iglesia y las Sagradas Letras, y, por consiguiente, toda verdad revelada, la divinidad de Jesucristo, todo el Nuevo Testamento, todas las profecías y toda la Biblia: porque todo ello se halla tan estrechamente ligado, que el que rechaza una palabra, debe rechazarlas todas, si quiere ser consecuente consigo mismo. He ahí una circunstancia capaz de hacer reflexionar a todo espíritu serio;

por manera que quien proceda de buena fe, no tardará en echar de ver que no se puede poseer parcialmente la luz y la verdad, y que al aceptar una parte, lógicamente se debe aceptar el todo. Así es cómo por la sola fuerza de la lógica se puede llegar a la fe, si no se la posee, o a recobrarla, en el caso de haberla perdido, supuesta siempre la gracia de Dios.

La fe conduce a la unión con Dios en la eternidad. La Sagrada Comunión es el principio de esta unión desde aquí abajo; unión que, aunque misteriosa, no es menos real. Es preciso explicar a los niños que, así como deben al bautismo el nacimiento espiritual, y a la confirmación los atributos de cristiano, así también la fortaleza necesaria para llegar a ser «soldados de Cristo» (1), se recibe con el pan de vida, mediante el cual se conserva, desarrolla y fortifica la vida de Jesús en las almas.

La vida orgánica se mantiene nutriéndose constantemente de lo que la alimenta en la tierra y en el aire; y de igual suerte la vida espiritual no puede conservarse y desenvolverse sino recibiendo el alimento y la energía de su verdadera fuente que es Dios. «Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo, dice Jesucristo, y el pan que yo daré es mi carne... En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre no tendréis la vida en vosotros» (2).

En virtud de su encarnación y nacimiento, el Salvador vivió entre los hombres; por la sagrada Comunión establece su morada dentro de nosotros mismos. Hay que enseñar a los niños a buscar, en los relatos del Antiguo Testamento, las figuras que representan a Nuestro Señor

(1) II. Tim. II. 3.

(2) Joan. VI, 51, 52, 54.

Jesucristo y al Santísimo Sacramento: el árbol de vida, el río que fertilizaba el paraíso terrenal, la ofrenda de Melquisedec, el cordero sin mancha o pascual, el maná, el Arca de la Alianza, y muchas otras de la antigua ley, son figuras del Santísimo Sacramento. Toda la Ley Antigua anuncia la Nueva, se refiere al Salvador y, por tanto, a la Eucaristía que es el fin y coronamiento de lo que nuestro adorable Redentor ha hecho por salvarnos en el discurso de su vida mortal.

Después de haberse penetrado los padres y de haber hecho que sus hijos se penetren también de la santidad e importancia del Sacramento de la Eucaristía, viene en seguida el prepararlos del mejor modo posible para recibirlo y en especial la primera vez.

Si los niños han comprendido que mediante la Sagrada Comunión el alma se une a Dios, no será difícil hacerles comprender que la mentira no puede unirse a la verdad, el mal al bien, el pecado a la santidad; y por consiguiente que, para que el alma humana pueda en la sagrada comunión unirse a su Dueño y Soberano, al Santo de los Santos de modo que sirva para su salud y no para su condenación, es preciso que se halle en estado de gracia, es decir, que viva la vida de Jesucristo.

San Juan Bautista, al exhortarnos a «preparar el camino del Señor» (1), nos enseña a la vez que debemos prepararnos para la venida de Jesucristo a nuestras almas en la Santa Eucaristía. También nos da a entender que esa preparación debe consistir principalmente en la penitencia; y como se le preguntase cuál debía ser esa penitencia, respondió que el cumplimiento de la ley y de los deberes del propio estado. En efecto, para nuestra

(1) Marc, I, 3.

naturaleza corrompida, tan inclinada al orgullo, a la ambición, al egoísmo, la observancia de los mandamientos y el violentar las tendencias corrompidas de la concupiscencia, constituye la más eficaz de las penitencias y la mejor preparación para unirnos con Dios en la eternidad, y con Jesucristo en la Eucaristía.

Hay que enseñar a los niños que así como cuando se espera la llegada de un huésped muy respetable y querido se procura poner la casa en orden, retirando de ella todo lo que pueda desagradarle, y adornándola con todo lo que pueda causarle algún placer, así el cristiano que desea recibir a Jesucristo en la Sagrada Comunión, debe rechazar todo lo que mancha la pureza del alma y adornarla con las virtudes de Cristo. En cuanto a los niños, deben ante todo imitar aquellas virtudes de nuestro Divino Modelo, mencionadas en el Evangelio cuando nos refiere los años de su infancia y juventud. En él se nos dice que Jesús estaba sometido a sus padres y que «crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres» (1).

Todo obrero debe ganar el pan con el sudor de su frente; por modo parecido, todo católico debe ganar el pan de vida, con su trabajo espiritual.

Esta clase de trabajo consiste para los niños en la obediencia y docilidad, en el cumplimiento de todo lo que puede hacerles agradables a Dios y a los hombres y, entre éstos, de un modo especial, a sus padres y maestros.

Sería intolerable exigir a los niños la perfección, de la cual tan lejos están de ordinario las mismas personas mayores. Sin embargo, se les puede exigir cierto esfuerzo

(1) LUC. II, 51, 52.

para permitirles que hagan la primera Comunión. Ese trabajo, encaminado a corregirles de tal o cual defecto, a adquirir tal o cual virtud, debe procurarse que sea real y que produzca resultados visibles.

Procúrese, pues, que los niños reconozcan su defecto dominante, y que, una vez conocido, apliquen toda la atención y toda la fuerza de su voluntad a corregirse de él, tomándolo por asunto de su meditación, de su examen de conciencia y de sus resoluciones.

Una primera Comunión bien preparada y convenientemente hecha produce en el alma tan honda impresión, y deja tan vivo recuerdo, que aun aquellos que con el tiempo pierden la fe o se alejan de los sacramentos, se conmueven profundamente al acordarse de ella. Ordinariamente una primera Comunión bien hecha asegura la gracia de una última comunión y de una santa muerte.

Después de hecha debidamente la primera Comunión, ocurre preguntar: ¿con qué frecuencia deberán acercarse los niños a la sagrada Mesa? A esa pregunta contestaremos con las mismas palabras del soberano Pontífice Pío X, en su Decreto *Quam singulari*, n.º VI. «Los que tienen a su cargo niños, deben cuidar con toda diligencia, que después de la primera Comunión, estos niños se acerquen frecuentemente, y, a ser posible, diariamente a la sagrada Mesa, pues así lo desea Jesucristo Nuestro Señor y nuestra madre la Iglesia, y que lo practiquen con aquella devoción que permita su edad. Recuerden, además, aquellos a cuyo cuidado están los niños, la gravísima obligación que tienen de procurar que asistan a la enseñanza pública del Catecismo, o a lo menos, suplan de algún modo esta enseñanza religiosa.»

IV

La Penitencia

El sacramento de la penitencia exige también esfuerzos personales de parte de los que lo han de recibir, y de ahí la necesidad de instruir cuidadosamente a los niños acerca del mismo, a fin de que lleguen a comprender su influencia mejor si cabe que la de los demás sacramentos. Deberán, pues, saber que el sacerdote a quien confiesan sus pecados, hace las veces de Jesucristo, en cuyo nombre juzga al pecador, le prescribe la penitencia y le da la absolución. Debe enseñárseles también que la sangre de Cristo es la que purifica las almas de las manchas del pecado; y que la gracia santificante, aneja a la sangre y méritos de Jesucristo, devuelve a las mismas almas su prístina belleza. Todo lo cual, así como las condiciones necesarias para recibir dignamente el sacramento de la penitencia, pueden aprenderlo los niños en el catecismo. Pero, además de su valor sobrenatural, la confesión tiene un valor natural inmenso, y sobre este último punto queremos llamar aquí la atención.

En la vida de muchos jóvenes, llega un momento de crisis para su inteligencia y para su alma. Todo lo que aprendieron anteriormente, todo aquello en que creían, todo lo que les inspiraba veneración y respeto, a veces pierde repentinamente, no sólo su prestigio, sino también toda su significación: la duda se apodera de su espíritu, y los pobres jóvenes se sienten desamparados, pareciéndoles por otra parte, y con justa razón, que se hallan al borde de un precipicio. Todo lo que anteriormente era

para ellos una verdad, un fin, un principio, una fuerza, se disipa de pronto, al parecer, ante los ojos de su espíritu. Entonces experimentan una vehemente necesidad de confiar a alguien sus dudas y tentaciones, de confesar sus faltas y caídas; pues como enseñaban ya los filósofos paganos a sus discípulos, nadie puede ser su propio médico ni su propio juez: y ellos han aprendido por propia experiencia hasta qué punto cada uno tiene necesidad de un médico del alma, de un amigo, de un juez en cuyos consejos pueda descansar. A esta necesidad, reconocida por los mismos paganos, Nuestro Señor Jesucristo satisfizo plenamente, instituyendo el sacramento de la penitencia, o más bien, instituyendo la confesión, que es una de las partes de dicho sacramento. Un confesor piadoso e ilustrado es para el alma el mejor de los jueces, de los médicos y de los amigos.

Para acercarse dignamente a la Santa Mesa hay que tener las debidas disposiciones: hay que hacerlo con fe, esperanza y caridad, y hallarse además en estado de gracia, para que la comunión nos sea prenda de salud y no de condenación. En cuanto a la confesión puede aplicársele lo que nuestro Señor dijo de sí mismo: «No he venido para los justos sino para los pecadores.»

Al sacramento de la penitencia se le da el nombre de «sacramento de muertos», porque por su medio, los que están muertos a la vida de la gracia recobran esta vida al recibir la absolución de sus pecados. En cuanto a los que se acercan a recibirlo en estado de gracia, reciben nuevo aumento de la misma.

Por lo que hace a los jóvenes de ambos sexos, tienen tal tendencia a buscar ante todo en la confesión consuelos, emociones y dulzuras, que es preciso ilustrar bien sus

conciencias y darles a entender que esas dulzuras y consuelos provienen ordinariamente de una confesión bien hecha, sin que sean condiciones esenciales para recibir dignamente el sacramento de la penitencia. Conviene también enseñarles que no es el agrado o la complacencia el principal objeto que se han de proponer alcanzar en la confesión, sino más bien el de triunfar de la vanidad, del orgullo y demás pasiones desordenadas, procurando ante todo y sobre todo recibir este sacramento animados de un sincero arrepentimiento de sus faltas y pecados, y una firme resolución de corregirse de ellos; pues de lo contrario, este medio preciosísimo de santificación, resultaría estéril para ellos, y aun quizás perjudicial.

Algunas madres piadosas confían excesivamente en la influencia de la confesión para ayudar a sus hijos a corregirse, y se sienten desconcertadas, cuando el confesor, a su juicio, no da muestras de conceder grande importancia a defectos que a sus ojos maternos la tienen, y no pequeña, siendo tanto mayor su desencanto, cuanto que ven a sus hijos, después de la confesión, más bien afirmados en sus defectos que arrepentidos.

Los defectos y faltas de los niños, por insignificantes que parezcan a veces, provienen siempre de haberse arraigado en su corazón el germen de alguno de los pecados capitales.

Si un niño se acusa de desobediencia, hay que enseñarle a indagar el origen de su falta, para ver si es la pereza, la indocilidad, la ligereza, o si procede más bien de algún obstáculo independiente de su voluntad. Es de suma importancia que el médico esté bien informado, no sólo sobre los síntomas de la dolencia sino sobre lo que la ha ocasionado, a fin de que pueda someterla a un tra-

tamiento eficaz. Un juez necesita saber lo que ha producido una falta, para poder fallar acerca de ella. Estos conocimientos le son tanto más necesarios a un confesor, cuanto que es a la vez juez y médico.

Importa sobremanera enseñar a los niños a confesarse con brevedad, en términos claros y precisos, comenzando por lo que más les cuesta manifestar, por aquello de que más se guardan de la mirada de sus padres.

Los niños no saben muchas veces distinguir las simples imperfecciones de los pecados positivos, ni los pecados veniales de los mortales. El juicio y la conciencia de los niños se forman según lo que oyen decir de sus actos a las personas mayores, y conforme a las manifestaciones de agrado o desagrado que en ellas observan. Así es como, a veces, romper un vaso o manchar un vestido, les parece un gran pecado; si tales hechos les atraen violentas reprensiones, mientras que no hacen caso de haber sido envidiosos, acusones, perezosos, cuando estos defectos no son objeto de las mismas muestras de desaprobación.

Por aquí se verá de cuánta importancia sea enseñar a los niños a no considerar como cosa despreciable ninguna de sus faltas, aun las más ínfimas, tan luego como observan que descontentan a sus mayores y a las personas que los rodean. Mas, aunque deban manifestarlas todas con sinceridad y arrepentimiento pidiendo perdón de ellas, deben, no obstante, declarar ante todo en la confesión lo que es contrario a los mandamientos, las infracciones cometidas a ciencia cierta y con propósito deliberado, aquello que con mayor empeño han ocultado a los demás.

No hay razón alguna para que los niños se confiesen

de todas sus faltas involuntarias, pero es muy útil se confiesen del aturdimiento que es de ordinario la causa de las mismas. Los niños deben saber que se puede pecar, no sólo con malas acciones, palabras torpes o inútiles, pensamientos culpables o frívolos, sino también por la dejadez y abandono en ejecutar aquello a que están obligados, es decir, omitiendo o haciendo de mala manera lo que deben, callando lo que tienen obligación de decir, no pensando en lo que deberían pensar, y echando en olvido lo que deberían tener presente. Conviene hacer ver a los niños que, cuando tratan de justificarse de su negligencia, alegando la falta de reflexión o de memoria, en vez de justificarse, se acusan de algo peor. Al que obra con reflexión puede convencerse de la ilicitud de sus actos y del deber que tiene de abstenerse de ellos; pero ¿cómo convencer y convertir al que no se conduce como ser consciente y racional?

Confesarse bastante a menudo y con regularidad, cada semana, por ejemplo, o cada quince días, cumpliendo escrupulosamente con las condiciones necesarias para obtener la absolución, es el medio más poderoso para enmendar su vida y reformar su carácter. Si hay tantas personas que no se confiesan o que solamente lo hacen rara vez, es porque no quieren corregirse de sus defectos, porque no quieren renunciar al pecado, o bien porque no comprenden lo que es el sacramento de la penitencia y la confesión, así en su aspecto natural como en el sobrenatural. Si, por otra parte, tantas personas que se confiesan a menudo, progresan poco en la virtud, es porque no lo hacen debidamente, no cumplen con las condiciones necesarias, les falta valor y sinceridad para manifestar sus faltas, o buena voluntad y perseverancia para corregirse

de ellas. Esfuércense los padres por dar a sus hijos una justa idea de lo que es el sacramento de la penitencia, no poniéndoles trabas ni obstáculos para que se acerquen al sagrado tribunal, cuando lo desean, ni dejándoles abandonados a sí mismos cuando se muestran tibios y poco ganosos de confesarse.

V

La Extremaunción

«¿Está enfermo alguno entre vosotros? dice Santiago, llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren por él, y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración, nacida de la fe, salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si se halla con pecados se le perdonarán» (1).

Vemos por estas palabras que la unción sagrada, aunque reciba la denominación de extrema, no está exclusivamente destinada a los moribundos, sino a todos los que están gravemente enfermos. Estos y los que los rodean no deben diferir para el último instante de la vida la recepción de este sacramento. Cuando se piensa que la Extremaunción, conforme a las enseñanzas de la doctrina cristiana, acaba de purificarnos de nuestros pecados ¿quién no deseará obtener esta gracia, no sólo en la hora de la muerte, sino tantas veces cuantas una enfermedad seria da derecho a recibirlo?

Solamente los enfermos pueden recibir la extremaunción; pero no por eso los que gozan de buena salud dejan de encontrar gran ventaja en meditar sobre este sacramento. Los padres harán bien, siempre que la ocasión se

(1) Jac. V, 14, 15.

presente, en procurar que sus hijos vean administrar la extremaunción. Los niños deberían de cuando en cuando y, en particular al sentir la tentación, traer a la memoria este momento importantísimo, que de ordinario precede muy poco al llamamiento del alma ante el tribunal divino, en que, según la palabra de Cristo, «el Rey» dirá a los unos: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo»; y a los otros: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles» (1).

Este sacramento despierta en nosotros, por consiguiente, y conduce a la consideración de los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria.

El sacerdote, al administrar la extremaunción, unge los ojos, las orejas, la nariz, la boca, las manos y los pies del enfermo diciendo en cada una de estas unciones: «Por esta santa unción y por su infinita misericordia perdónete Dios los pecados que cometiste con la vista. Por esta santa unción..... perdónete Dios los pecados que cometiste con el oído»; y sucesivamente repite la misma invocación aplicándola al olfato, a la lengua, a las manos y a los pies.

Si la Iglesia, apoyándose en las palabras de la Sagrada Escritura, reconoce que además del sacramento de la penitencia es preciso pedir a Dios que borre las últimas huellas de las faltas cometidas por cada sentido, fácil es comprender la importancia de la Extremaunción.

Enséñese e incúlquese a los niños que no hay que servirse de los sentidos sino como instrumentos dados por Dios para su servicio, para el de la patria y del prójimo,

(1) Jac. V, 14, 15.

para su propia santificación y salud eterna. Examinen de vez en cuando su conciencia sobre el empleo de estos preciosos instrumentos. ¿Qué uso hacen de la vista? ¿Se sirven de ella para trabajar, para estudiar, para ver todo lo que se refiere al cumplimiento de sus deberes, todo lo que se puede hacer para con el prójimo? ¿O bien, la han empleado en mirar y leer cosas prohibidas? ¿Cómo se sirven del oído? ¿Se valen de él para oír buenas lecturas y conversaciones; para escuchar palabras de verdad, buenos consejos, saludables advertencias y reprensiones, o más bien se valen del oído para curiosear escuchando lo que se dice con el fin de que ellos no lo oigan, ni tiene que ver con ellos; para recoger murmuraciones, habladurías necias, canciones escandalosas o poco convenientes? Pregúntense si se sirven del gusto para comer y beber lo que necesitan, a fin de conservar la salud y las fuerzas y nada más. ¿Usan el olfato para preservarse de lo que podría serles dañoso? ¿o más bien para excitar y satisfacer sus sentidos? ¿No manchan sus labios con la blasfemia, la mentira, la maledicencia, las conversaciones poco edificantes, las risas inmoderadas? Santiago dice que: «si alguno no tropieza en palabras: éste tal se puede decir que es varón perfecto: y que puede tener a raya a todo el cuerpo y sus pasiones» (1).

¡Qué exhortación tan elocuente para vigilar con atención el uso que hacemos de la palabra! Y por otra parte ¡qué motivo para temer los extravíos de la lengua! Sabemos que en el tribunal divino habrá que dar cuenta de toda palabra inútil. Aprendan, pues, los niños a evitar las palabras ociosas, absteniéndose de hablar bajo una

(1) Jac. III, 2.

primera impresión, en un momento de cólera o irritación, antes he haberse tomado el tiempo de reflexionar.

Cuando les ocurra servirse de sus manos, no para trabajar o para servir al prójimo, sino para entretenimientos prohibidos y pecaminosos; cuando experimenten tentaciones de sustraerse a lo que les exige el cumplimiento de sus deberes, piensen en la extremaunción, en los últimos momentos, cuando se hallarán a las puertas de la eternidad, y esto los retraerá de pecar. Acuérdense de que la muerte viene como «ladrón» (1), y que nadie puede saber si podrá recibir la extremaunción a tiempo y con las disposiciones convenientes.

VI

El Orden

Cuando Dios se apareció a Moisés en el monte Horeb «en una llama de fuego que salía de en medio de una zarza, Moisés dijo: iré a ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza. Pero viendo el Señor que se acercaba, llamóle y le dijo: ¡Moisés! ¡Moisés! No te acerques acá: quítate el calzado de los pies, porque la tierra que pisas es santa... Cubrióse Moisés el rostro, porque no se atrevía a mirar a Dios» (2).

Estas palabras pueden aplicarse al sacramento del Orden, el cual es tan santo que al hablar de él es preciso despojarse de toda clase de consideraciones puramente humanas, ocultar el rostro, no aproximarse a él ni hablar de él más que con una fe ciega.

(1) I Thes. V, 2.—II Pet. III, 10.—Apoc. III, 3.

(2) Ex. III, 2, 6.

En el sacramento del orden, Dios Padre confiere a los sacerdotes parte de su poder creador, a fin de que engendren sin cesar almas para la Iglesia, para que, según las palabras de San Pablo, formen a Cristo en ellas (1).

Jesucristo les comunica su poder de enseñar, juzgar y salvar.

El Espíritu Santo se les da a fin de ilustrar, consolar y santificar las almas por su intervención.

¡Con qué atención deben los padres velar cuando crean descubrir en sus hijos, como presagios de su vocación sacerdotal, aquellas virtudes y cualidades que San Pablo exige de todos aquellos que en un grado cualquiera pertenecen al sacerdocio, sean diáconos u obispos! «Estos, dice el apóstol, deben ser irrepreensibles, prudentes, graves, castos, hospitalarios, capaces de enseñar, no inclinados a la bebida ni a la violencia, enemigos de contiendas, desinteresados, honestos, depositarios y custodios de la fe con una conciencia pura» (2). Si juntamente con estas cualidades y virtudes, tan necesarias a cada uno, y con el amor al estudio que pueda capacitar para el magisterio, se observa en los jóvenes el celo por la salud de las almas, el deseo de dar buen ejemplo a los demás jóvenes, de ayudarles en sus estudios, tener cuidado de ellos, y al mismo tiempo, la humildad y un exacto cumplimiento de sus deberes, hay motivo para ver en ellos la acción de Dios y los gérmenes de una vocación para el estado sacerdotal.

Deseamos ardientemente la regeneración de la patria, la subida del nivel moral de nuestra sociedad; queremos nuestra salvación y la del prójimo, ambicionamos para

(1) Gal. IV, 19.

(2) I Tim. III, 2, 9.

nosotros y nuestros hijos la virtud, la nobleza de alma, la santidad. Y ¿quién nos enseñará todo esto? ¿Quién será nuestro guía en este camino? ¿Quién nos ayudará y fortalecerá sino los sacerdotes formados según el corazón de Dios?

«Vosotros sois la sal de la tierra», dijo el Señor a sus apóstoles. Si la sal pierde su virtud, ¿con qué se le devolverá el sabor?

Monseñor Dupanloup ha dicho: «Un clero cristiano forma pueblos honrados; un clero mundano los hace impíos.»

Los padres no deben mirar con ligereza los signos de la vocación sacerdotal que se manifiesten en sus hijos; antes deben preservar esta vocación de todo lo que pudiera extravíarla, aplicándose cuidadosamente a desenvolver en ellos el amor al estudio y al trabajo, la austeridad de la vida, el celo y todo lo que es indispensable para responder dignamente a la santidad del sacerdocio.

La sola idea de la vocación sacerdotal o religiosa es de altísimo precio, y aunque no llegara a realizarse, hay que considerarla como una gracia de Dios, porque ejerce por sí misma las mejores influencias en los jóvenes de ambos sexos, supuesta desde luego la condición de que no les dé lugar a concebir vanos ensueños respecto del porvenir, antes al contrario, les estimule al cumplimiento más exacto de sus deberes presentes, y por lo mismo a la formación de su carácter y adquisición de las virtudes y cualidades indispensables, sobre todo en el estado eclesiástico, y grandemente útiles en cualquier estado y condición. Si estos pensamientos de vocación no producen los frutos que acabamos de indicar, hay que considerar-

(1) Matth. V, 13.

los como veleidades caprichosas, o más bien como nocivas imaginaciones.

Los jóvenes, lo mismo que las personas mayores, cuando son de carácter ligero o demasiado perezosos para cumplir fielmente lo que les incumbe, no pudiendo aquietar su conciencia con lo que hacen, tratan de aquietarla, soñando en lo que harían o podrían hacer en otras circunstancias, en otro medio ambiente, y puestos en otras condiciones. Este modo de jugar con la conciencia es muy dañoso, porque desvía el espíritu de los deberes presentes para ocuparlo con objetos lejanos y hacer que se pierda de vista lo que es inmediato.

Es preciso que la juventud se persuada bien de la siguiente verdad: «El que en su situación presente no es fiel a lo que Dios exige de él, no responderá en ninguna otra situación a la voluntad divina.»

Cuerdamente obran los padres al no considerar como señales de vocación ciertos fervores pasajeros y apariencias de piedad; y también cuando después de haber hecho cuanto está de su parte para convencerse de la realidad de una vocación, difieren su consentimiento. Por otra parte los padres deben tener presente que, si bien Dios ordena a los hijos respetar a los que les han dado el ser, pero antes que nada los ha criado para su servicio; por consiguiente, cuando los padres por egoísmo desvían a los hijos de su vocación, pecan contra Dios, contra la patria y la sociedad y contra sí mismos, privándose de grandes méritos y, en fin, pecan contra sus desgraciados hijos, quienes por condescender con sus padres, desoyen la voz de Dios.

La Iglesia procede, cuatro veces al año, a la ordenación de sacerdotes: y antes de cada ordenación, impone

ayunos y oraciones durante los días llamados *Cuatro Témporas*. No nos quejemos del clero, cuando nos parezca que no está a la altura de su vocación; antes bien cumplamos fielmente lo que la Iglesia nos manda, a fin de obtener sacerdotes conforme al corazón de Dios; sacerdotes a quienes puedan aplicarse estas palabras que se leen en el oficio de San Juan Cancio: «Es la gloria de Polonia, el honor del sacerdocio y de las escuelas, el Padre de la Patria, enseña las leyes del Altísimo y practica fielmente lo que enseña.»

VII

El Matrimonio

«Grande es este Sacramento—dice el Apóstol—pero hablo refiriéndome a Cristo y a su Iglesia.» En efecto, es un gran sacramento el que santifica la unión de dos seres, que deberán dar a la Iglesia y a la Patria fieles servidores y al cielo elegidos.

Al catecismo es donde los niños deben acudir a instruirse acerca de este sacramento lo mismo que acerca de todos los demás; sin embargo, no es tanto en el catecismo como en el seno del hogar doméstico donde han de penetrarse bien de la santidad del matrimonio. Queriendo el Señor dar una idea de su unión con la Iglesia, del amor que la profesa, de la tutela que sobre ella ejerce y, en justa correspondencia, de la sumisión, fidelidad y amor que la Iglesia debe manifestarle, compara esta unión a la del marido con su esposa (1). Si las relaciones mutuas de los contrayentes son tales que pueden aplicárseles las

(1) Eph. V, 32.

citadas palabras del Señor, ¡cuán grande y santo es el sacramento del matrimonio! Uniendo con los lazos del amor a dos seres tan desemejantes, imponiéndoles deberes tan distintos y pesados, los arma al mismo tiempo de paciencia para todas las pruebas de la vida; hace que todo entre ellos sea común, que el uno sea para el otro, fuerza, gloria y felicidad.

El espectáculo de la unión que reina entre sus padres es para los hijos la lección más elocuente que pueden recibir del respeto debido al sacramento del matrimonio y del modo como deben prepararse a él, si tienen intención de contraerlo. El ejemplo de sus padres les enseña, mejor que todo cuanto se pudiera decirles, cuáles son las virtudes en que deben ejercitarse y cuáles son las que han de buscar en la persona con quien deseen unirse. Ese ejemplo les convencerá de que, si en el matrimonio el pan es necesario, con todo, el «hombre no vive de solo pan» (1); les persuadirá también de que la felicidad no ha de buscarse tan sólo en la fortuna, y de que la belleza, por muchos que fueren sus encantos, no puede suplir a la virtud. Los jóvenes, al contemplar a sus padres comprenderán que el matrimonio impone una estimación recíproca, un amor mutuo, único que puede aliviar el pesado yugo de la vida conyugal y los deberes que de ella dimanar.

Es frecuente que los jóvenes entren en relaciones con extraordinaria ligereza y se porten de igual modo durante el tiempo de noviazgo. No hay razón alguna que justifique tan imprudente conducta, porque esas relaciones no siempre terminan en el matrimonio, y, aun cuando así fuera, la estimación perdida antes del matrimonio no vuelve más tarde, desapareciendo con ella la confianza y la felicidad.

(1) Eph. V, 23, 25.

Si el sacramento del matrimonio es grande, la razón de ello es que le acompaña la bendición de Dios; pero, ¿cómo esperar esta gracia, si antes de haber recibido el sacramento, se han perdido, por culpable ligereza, los derechos a la bendición de Dios?

El fin del matrimonio es la procreación de la prole, y, por consiguiente, al elegir una mujer o marido hay que pensar en los hijos. Reflexionen, pues, las jóvenes, que, al tomar por maridos a hombres indignos, además de comprometer su felicidad, ocasionan un daño grave a sus hijos, dándoles un padre impío, jugador, bebedor, disipado, falto de salud y de reputación. En cuanto al hombre, ¿qué mayor perjuicio puede ocasionar a sus hijos que darles una madre ligera, vanidosa, enfermiza, incapaz de infundir respeto ni de atender a sus deberes?

Del último fin del matrimonio es de donde nace su santidad. Las madres antes de casar a sus hijas, deben procurar que comprendan a fondo y posean las virtudes necesarias a la maternidad; también han de averiguar si se hallan en estado de hacer frente a las cargas pesadas que ella les impone, porque, de no ser así, los padres deben más bien alejar a sus hijas del matrimonio, que sería para ellas una fuente de pecados y de disgustos.

Los padres deben de antemano enseñar a sus hijos que la felicidad en el matrimonio no proviene de la satisfacción de la vanidad, de la ambición y de las fantasías de un instante. Buscar la felicidad por la felicidad es prepararse a amargas decepciones. La paz de la conciencia, el fiel cumplimiento de los deberes, son los únicos capaces de dar la verdadera felicidad que en esta vida es prenda de la eterna. La felicidad huye ordinariamente de los que la persiguen y busca a los que la dan a los demás, sobre

todo cuando lo hacen dentro del círculo de los deberes de su estado.

En el matrimonio se necesita tener techo y pan, salud y virtud; el que contrae matrimonio sin poseer esas condiciones en el grado necesario, tienta a Dios (1).

El matrimonio es a la vez un sacramento y un contrato; puede contribuir a la felicidad temporal y eterna, pero puede también ponerlas en peligro. He aquí por qué es preciso no ligarse con el vínculo del matrimonio, sin estar seguro de las condiciones necesarias tanto para la vida temporal como para la eterna.

Es deber de los padres instruir a sus hijos e hijas sobre el fin y deberes de la vida conyugal, sobre las cualidades necesarias por ambas partes para que los esposos respondan a su fin, según los designios de Dios.

A los que en el matrimonio buscan ante todo la virtud del cónyuge puede aplicárseles las palabras dirigidas a Salomón en la Sagrada Escritura: «Porque me has pedido la sabiduría... sábetete que yo he otorgado tu súplica... pero aun aquello que no me has pedido te lo daré, es a saber, riquezas y gloria» (2).

De igual suerte los esposos que piden para sí la sabiduría, es decir la virtud, obtienen ordinariamente con ella muchas otras gracias, pero si no se preocupan de lo que es más importante, se preparan a sí mismos crueles decepciones, en la vida conyugal.

Reflexionen las jóvenes, cuando llega para ellas el momento de contraer matrimonio, en las excelencias de la Virgen, a quien el Señor escogió por madre, y compren-

(1) Matth. IV, 7.

(2) III. Reg. III, 11, 13.

derán lo que se les pide para que las virtudes de Jesucristo puedan mostrarse en sus hijos.

El matrimonio, aun contraído en las mejores condiciones, es fuente inagotable de angustias y tribulaciones; exige gran fortaleza y sufrimiento, prudencia y abnegación, y esto tanto por parte del marido como de la mujer. Sin embargo, por grave que sea la responsabilidad que contrae el marido, cuando al obrar mal ocasiona escándalo, es mucho más terrible, por lo que mira a las consecuencias sociales, el daño causado por la mujer, cuando comienza a separarse del camino recto, y es infiel a sus deberes de esposa, de madre, de ama de casa.

El hombre, a pesar de ciertas faltas, puede a veces prestar importantes servicios a la sociedad; pero la mujer, cuando no es virtuosa, por el mero hecho de no inculcar a sus hijos y a los que dependen de ella las virtudes que no posee, causa a su país un mal incalculable. El valor moral de la mujer, de la esposa, da la medida del nivel moral de la sociedad y de la nación. ¡Qué poder tan grande el de la mujer! ¡qué honor para ella! pero también ¡qué inmensa responsabilidad la suya!

¡Ojalá pudieran aplicársenos a los hombres y mujeres de nuestro país aquellas palabras esculpidas a la entrada de la capilla sepulcral de los Duques de Lorena en Nancy: «Párate admirado, oh viandante. Cuantos Duques de Lorena hay aquí sepultados fueron otros tantos héroes: cuantas Duquesas, otras tantas mujeres fuertes... Cuantos fueron sus hijos, otros tantos los príncipes del imperio y dignos ciudadanos del cielo» (1). En esta inscripción se

(1) Siste mirans, viator,
Quot Lotharingue Duces hic sepulti,
Tot Heroes;
Quot Ducissae,

halla resumido lo que la patria exige de nosotros y lo que debería ser fruto sazonado de la educación cristiana.

VIII

La Oración

«In hoc signo vinces»

Los padres no debén despreciar ni mirar con ligereza nada de lo que pueda contribuir a la buena educación de sus hijos; antes bien, después de haber puesto cuanto está de su parte, necesitan acordarse de las palabras de Nuestro Señor: «Sin Mí, nada podéis hacer» (1), es decir, sin la gracia de Dios, sin la oración.

Los padres no tienen autoridad e influencia sobre el sér moral de sus hijos, sino en el grado en que la obtienen de Dios por la oración. La luz, la fuerza de voluntad y la paciencia, indispensables a los padres para educar a sus hijos; el respeto filial, el amor, la sumisión y la confianza, necesaria a los hijos respecto de sus padres, son cosas que sólo Dios puede darlas.

Desde antes de nacer el primer hijo, los padres deben pedir a Dios la fortaleza que necesitan para cumplir con su deber, y al propio tiempo las luces con que puedan comprender por una parte la importancia de la tarea que les está encomendada, y por otra la incapacidad en que se hallan de realizarla cumplidamente con solas sus fuerzas: finalmente deben pedir a Dios la virtud, laboriosidad,

Tot mulieres fortes;
Quot eorum liberi,
Tot principes imperio nati
Cælo digniores.

(1) Joan. XV, 5.

fe y conocimientos de todas clases que al efecto necesitan.

Luego que el hijo haya venido al mundo, los padres pedirán a Dios la inteligencia y la perseverancia que se requieren para educarle y dirigirle.

La oración, en fin, puede obtener a los padres la sabiduría que necesitan para llevar a buen término la obra de la educación, para discernir las aptitudes, inclinaciones y vocación de sus hijos; para orientar a cada uno de ellos por el camino que le conviene seguir, y mantener con ellos provechosas relaciones, aun después que los hijos hubieren salido de su tutela directa.

El divino Maestro nos enseña que «es preciso orar perseverantemente sin jamás desfallecer» (1). La oración de que aquí se habla no se limita a los sentimientos y las palabras, sino que esa oración incesante consiste en vivir en la presencia de Dios, y en portarse de modo que todo lo que se dice, hace y piensa, pueda agradar a Dios.

Instruyamos, pues, a nuestros hijos en la práctica de la oración, y ejercitémonos nosotros mismos en ella incesantemente.

Recurramos a Dios, nuestro Creador y Padre, con la reverencia y sumisión propias de criaturas y de siervos, a la vez que con el amor, respeto y confianza que corresponde a los hijos.

Pidamos a Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Maestro del linaje humano, que nos conceda la dicha de aprender en sus palabras y en su vida, la ciencia «de crecer en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres» (2); y la de vivir, desde la cuna hasta la sepultura,

(1) Luc. XVIII, 1.

(2) Luc. II, 52.

no una vida egoísta y sensual, sino consagrada enteramente al servicio de la justicia y de la verdad, mal que pese a todos los Herodes, Pilatos y Judas con que tropeceemos en nuestro camino.

Roguemos al Espíritu Santo que nos ilumine y fortalezca y que haga germinar en nuestras almas la vida de Jesús.

Invoquemos a los Santos, y en particular a aquellos que son nuestros patronos y de nuestra patria, a Santiago, Santa Eulalia, San Vicente Mártir, Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz, y a tantos otros, a fin de que intercedan por nosotros y recaben del Señor que conceda a nuestra patria santos tan ejemplares como ellos.

Invoquemos a nuestros ángeles custodios, a fin de que nos preserven de todo pecado, tanto a nosotros como a nuestros hijos.

Invoquemos sobre todo a la Virgen Inmaculada para que guarde la pureza de corazón de nuestros hijos. Pidamos a esta «Sierva del Señor» que nos obtenga la gracia de ser fieles constantemente en la observancia de los mandamientos, sobreponiéndonos valerosamente a todas las pruebas que tengamos que soportar en el servicio de Dios y por la salvación del prójimo.

Dirijámonos a la Madre de Dios para aprender de Ella el respeto que se debe al alma del niño, la fe y el valor necesarios para educar a los hijos según el espíritu de Dios. María conservaba en su corazón lo que oía decir de Jesús (1), y, sin embargo, Ella le conocía mejor que nadie. Nosotros que le conocemos tan poco, escuchemos

(1) Luc. II, 19.

lo que de Él nos enseñan la Sagrada Escritura, la Iglesia y el Catecismo, y guardémoslo en nuestro corazón y en nuestra memoria, a fin de dirigir, conforme a esas normas, nuestra propia vida y la educación que damos a nuestros hijos.

Invoquemos frecuentemente a Nuestra Señora, que es nuestra Protectora especialísima y de toda nuestra nación. Viviendo todavía en carne mortal, se dignó venir en persona a tomar posesión de este su reino predilecto, y desde el Pilar de Zaragoza, reina, como dulce Soberana, sobre todos los corazones genuinamente españoles. Nuestros Reyes tuvieron siempre a grande honra el poder colocar en las manos virginales de la Madre de Dios el cetro, y en su frente purísima la corona; le consagraron todos sus pueblos y ciudades, proclamándola a boca llena Reina de España y de todos sus dominios.

Podrán faltar, tal vez, del trono de España, sus reyes legítimos, pero nos quedará siempre a través de los siglos nuestra Reina a la que ningún poder humano despojará de su corona y de su cetro, mientras la guardemos fidelidad.

Arrojémonos a los pies de María, en los numerosos santuarios que cubren el suelo de España y América, ilustrados todos por tantos milagros. Supliquémosla que no abandone su reinado terrestre; que no cese de interceder por este país, tan fiel en tributarle siempre el homenaje de su culto y de sus amores.

¡Con cuánta solemnidad no celebra España aún las fiestas de María! ¡Cuántos ayunos, devociones y vigili-
as tenemos instituídos en su honor! ¡Cuántas peregrinaciones llevan anualmente millares de hombres a los pies de sus altares! La vida cotidiana de nuestros antepasados estaba

penetrada de su pensamiento. Se medía el tiempo y el espacio por el número de *Avemárias* que podían recitarse durante una operación o en un trayecto dado.

A todas estas pruebas de amor a la Santísima Virgen, añadamos una que le agradará sobre todas. En las bodas de Caná, recomendó a los criados que hicieran todo lo que su hijo les ordenase; y de esta suerte obtuvo de Nuestro Señor su primer milagro, a pesar de «no haber llegado todavía la hora». Si deseamos honrar a la Madre de Dios, tributémosle el mayor de todos los homenajes que consiste en hacer todo lo que nos ordena Jesús: de este modo obtendremos, por la intercesión de María, el milagro que necesitamos para la educación de nuestro pueblo. Siguiendo los más ardientes deseos de nuestra dulce Reina y Madre, andemos siempre por los caminos del Señor, y Ella nos concederá, en vez de los corazones cobardes y almas débiles de hoy, hombres valerosos e íntegros, y con ellos la esperanza de un porvenir mejor.



ÍNDICE

Introducción

	<u>Págs.</u>
I. El Catecismo fundamento de la Educación	1
II. La formación de la voluntad	17
III. La enseñanza debe ir acompañada del ejemplo	20

PRIMERA PARTE

El fin del hombre

I. El conocimiento de Dios.	25
II. El amor de Dios	30
III. El servicio de Dios	34
IV. El premio eterno	38

SEGUNDA PARTE

Los Principios

LA FE.— <i>En qué consiste.—Medios para conservarla y defenderla</i>	41
I. <i>Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra.</i> Situación del hombre res-	

pecto de Dios.—Prueba de los Ángeles.—Acción de Dios y acción del espíritu del mal.—Debilidad de Adán.—Influencia de Eva	45
II. <i>Y en Jesucristo su Único Hijo, Nuestro Señor.</i> Deberes que tenemos para con Jesucristo y obligación de imitarle.	54
III. ... <i>Que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María...</i> Circunstancias que acompañaron al nacimiento de Jesucristo.—Importancia que tiene el esfuerzo personal del educando para su propia formación.	61
IV. ... <i>Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.</i>	67
V. ... <i>Bajó a los infiernos y al tercero día resucitó de entre los muertos...</i> La esperanza es indispensable para triunfar de la dejadez y el desaliento	78
VI. ... <i>Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre, Todopoderoso</i>	85
VII. ... <i>Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.</i> El Juicio.—El tiempo es un preciosísimo don de Dios	90
VIII. ... <i>Creo en el Espíritu Santo...</i> El Espíritu Santo da las gracias necesarias para dirigir la educación.	95
IX. ... <i>En la Santa Iglesia Católica.</i> La educación debe apoyarse en la autoridad y enseñanzas de la Iglesia; qué nos da ella y qué le debemos nosotros.	100
— <i>La comunión de los Santos.</i> Somos miembros de un mismo cuerpo y nos hallamos ligados por nuestras responsabilidades.	108
X. ... <i>El perdón de los pecados...</i> Motivos de aliento para confesar los pecados y hacer penitencia por ellos.	116
XI. ... <i>La resurrección de la carne.</i> Sentimiento de la dignidad personal; cuidado de la salud; amor de la decencia, del orden y de la limpieza	122
XII. ... <i>La vida perdurable...</i> Consuelos, trabajos; motivos para alentarnos al trabajo y a la perseverancia.	129

TERCERA PARTE

Las Leyes

	Págs.
<i>La obediencia a las leyes es la condición de la victoria</i>	137

LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

I.	141
II.	146
III.	153
IV.	160
V.	180
VI.	192
VII.	206
VIII.	212
IX.	226
X.	234

LOS MANDAMIENTOS DE AMOR

I. Del amor de Dios	246
II. Del amor del prójimo	249
III. Del amor cristiano de sí mismo.	251
LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA	254

CUARTA PARTE

Los Obstáculos

<i>El pecado, como obstáculo de la buena educación.</i>	257
---	-----

PECADOS CAPITALES

I. El Orgullo.	266
II. La Avaricia	276

	<u>Págs.</u>
III. La Lujuria	280
IV. La Envidia	284
V. La Gula	290
VI. La Ira	297
VII. La Pereza	307

PECADOS CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

I. Excesiva confianza en la misericordia divina .	317
II. Dejarse arrastrar a la desesperación o dudar de la gracia divina	320
III. Rechazar la verdad conocida	323
IV. No desear para su prójimo la gracia de Dios o envidiársela	324
V. La obstinación en el pecado	327
VI. La impenitencia final	330

PECADOS QUE CLAMAN AL CIELO PIDIENDO VENGANZA

I. El homicidio voluntario	335
II. La sodomía	339
III. La opresión de los pobres, de las viudas y de los huérfanos	340
IV. Retención del salario debido a los criados y jornaleros	343
LOS PECADOS DE COOPERACIÓN	346

QUINTA PARTE

Los Frutos

<i>La virtud, fruto de la educación</i>	357
---	-----

LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS

Fe, Esperanza y Caridad	361
-----------------------------------	-----

LAS VIRTUDES CARDINALES

	Págs.
I. La Prudencia	363
II. La Justicia	370
III. La Templanza	376
IV. La Fortaleza	381
LAS BIENAVENTURANZAS	383
I. <i>Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.</i> . . .	384
II. <i>Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra</i>	389
III. <i>Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados</i>	393
IV. <i>Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.</i>	395
V. <i>Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia</i>	397
VI. <i>Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios</i>	401
VII. <i>Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.</i>	405
VIII. <i>Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos</i>	410

SEXTA PARTE

Los Medios

La Meditación	413
El Examen de Conciencia	421
La Lectura	426
La fidelidad en las cosas pequeñas	429
La mortificación y la penitencia	432
Las Obras de Misericordia.	438

LOS SACRAMENTOS

	<u>Págs</u>
I. El Bautismo	445
II. La Confirmación.	448
III. La Eucaristía.	451
IV. La Penitencia.	458
V. La Extremaunción	463
VI. El Orden	466
VII. El Matrimonio	470
VIII. <i>La Oración.</i>	475

Gustavo Gili, Editor, Universidad, 45-Barcelona

EL TRABAJO

TRABAJO EN GENERAL - TRABAJO MANUAL
TRABAJO INTELECTUAL - TRABAJO ESPIRITUAL

por la

CONDESA ZAMOYSKA

versión de la

SRTA. CORINA DE CARLOS

con un Prólogo del

EXCMO. SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

OBISPO DE JACA

Un volumen de 206 páginas de 19 × 12 cms.

La autora de este libro ha consagrado su talento a combatir la pereza de las mujeres, despertando en ellas las dormidas energías que conducen a la salud del cuerpo y del alma; y encierra tantos méritos la obra, que los más afamados críticos han tributado entusiastas elogios a las numerosas ediciones francesas, inglesas e italianas que en breve tiempo se han extendido por toda Europa.

Aunque la condesa Zamoyska escribió el libro para las mujeres polonasas, tienen sus enseñanzas excepcional interés en España, pues, como afirma en el prólogo el Excmo. Sr. Obispo de Jaca, no es en nuestra patria donde menos falta hacen estímulos y alientos para el trabajo.

El gran enemigo de la mujer y de su influencia es la frivolidad. El trabajo mata la frivolidad; pero ¿a qué trabajo deben dedicarse las mujeres? He aquí la finalidad del libro.

Poseemos tres clases de aptitudes: aptitud *física, intelectual y espiritual*. «Para responder a estas aptitudes — dice la ilustre autora — el trabajo debe ser triple: manual, intelectual y espiritual.»

El tema del libro es precisamente éste: demostrar la necesidad de que todas las mujeres, lo mismo las pobres que las ricas, empleen sus energías en las tres clases de trabajo. Sólo a este precio se completará la obra de la mujer y podrá desempeñar en toda su plenitud la misión que le ha reservado la Providencia.

Dios en la Escuela *El Colegio cristiano, Conferencias dominicales*, por MONSEÑOR BAUNARD, Rector de la Universidad católica de Lila, traducción de la 3.^a edición por el P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. 2.^a edición esmeradamente corregida. Dos vols. de más de 800 páginas de 20 × 13 cms.

«No ya los creyentes, sino los mismos incrédulos y racionalistas pienso que sentirán grato placer en la lectura y estudio de este meritísimo trabajo, porque es tan halagador y bello que con dificultad se le suelta de la mano, y se recorre con avidez todo su contenido, y acaba el imparcial lector por rendir su juicio y declararse cautivo y preso. Es un libro que soberanamente instruye, recrea y edifica.» *El Universo*.

«EL COLEGIO CRISTIANO es sapientísimo pedagogo de la juventud, amigo fidelísimo del hogar doméstico y bienhechor insigne de la humanidad entera.» *El Eco Franciscano*.

La educación práctica *Obra dirigida especialmente a padres y maestros*, traducida por UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Un vol. de 268 págs., 19×12 cms.

Libro utilísimo y lleno de preciosas enseñanzas, escrito de un modo especial para orientar a los padres, maestros, tutores y a cuantos se consagran al difícil arte de educar cristianamente a los niños. Es todo él fruto de una larga experiencia, de una aguda observación a la que no se escapa ninguno de los defectos que se inician y desarrollan en los niños, ya en el seno de las familias, ya cuando están en contacto de amigos y compañeros. Todos sus capítulos son tan sugestivos, tan prácticos y de lectura tan agradable, que no podemos menos de enumerarlos brevemente.

La primera educación.— La instrucción.— El ejemplo.— De la guarda y mantenimiento de la disciplina.— La vida interna y la externa.— Desinterés y abnegación.— Decisión y resolución.— El temperamento, la crítica y la simpatía.— La timidez, la desconfianza y los recelos.— De la verdadera regla de conducta.— Las virtudes morales.— De la obligación de ser veraces y morales.— De la humildad e ingenuidad.

La educación de la voluntad *Estudio psicológico y moral*, por J. GUIBERT, Superior del

Instituto Católico de París, versión de la 8.^a edición por JUAN DE DIOS S. HURTADO. 2.^a edición. Un vol. de 110 páginas de 19 × 12 cms.

Los padres, los educadores, los directores de almas, todos aquellos que se preocupen de la perfección moral de las personas confiadas a su cargo, hallarán en este libro utilísimas indicaciones para conseguir aquel precioso resultado, y para dirigir hacia el bien la vitalidad funcional del organismo, por medio de una sabia higiene, de un esfuerzo continuado y de una acción preseverante en la vigorización de los buenos impulsos. Y a la juventud, en particular, podrá servir de guía y de estímulo para completar la obra principalísima de la educación de sí mismo, señalándole los medios de *querer* y *obrar* y de dirigir con firmeza al bien todos los actos.

A los jóvenes **Consejos del P. Olivaint**, de la Compañía de Jesús, recogidos por el P. CH. CLAIR, de la misma Compañía, versión por el P. ANTOÍN S. FERNÁNDEZ, Misionero del Imaculado Corazón de María. Un vol. de 248 páginas de 14 × 9 cms.

«Precioso librito que deseáramos fuese realmente el consejero perpetuo de muchos jóvenes, máxime escolares. ¡Ojalá cada día leyesen y meditasen uno de sus numerosos e interesantísimos capítulos, jugosos, sabios, llenos de experiencia, de piedad, de providencia, escritos con brevedad, casi a la manera de los párrafos del Kempis! Son reliquias del alma de un mártir, pues sabido es que el P. Olivaint fué uno de los jesuitas fusilados por la *Commune* de París. Son los recuerdos de un padre y director de jóvenes experimentadísimo... No sólo recomendamos a los jóvenes este librito, por más que recelamos sea de ellos menos leído de lo que merece, sino también a cuantos estén encargados de su educación.»—L. N. *Razón y Fe*.

Los niños mal educados *Estudio psicológico, anecdótico y práctico*, por FERNANDO NICOLAY, Abogado del Colegio de París. Obra premiada por la Academia de Ciencias morales y políticas, traducción hecha sobre la 20.^a edición por A. GARCÍA LLANSÓ. Cuarta edición. Un vol. de 456 págs. de 20 × 13 cms.

Es de todos conocido el originalísimo sistema que adoptó Nicolay al *escribir en broma un libro serio* para enseñar a educar bien, presentando ejemplos de niños que están mal educados, y ridiculizando mañosamente los defectos de los hijos y las faltas de los padres con el propósito de hacer obra educadora, tomando por divisa el lema de los satíricos: «*castigat ridendo mores*».

No hay libro educativo de la fuerza y profundidad de éste, que haya sido tratado en forma tan amena, tan asequible a todas las inteligencias, tan completo como guía de los padres, y en que las lecciones penetren tan profundamente, por la causticidad de su sátira y por el buen deseo del autor, que no toma el pretexto de educar para flajelar vicios y costumbres, sino que satiriza vicios y malas costumbres para educar.

Todo elogio de este libro es excusado, pues no hay persona que no recuerde el éxito que ha obtenido en todas partes, como lo acreditan las innumerables ediciones que ha logrado en Francia y las copiosísimas que se han hecho de él en todas las lenguas de Europa. Sólo hemos de recordar que en esta obra, además de la profundidad de juicio del pensador y de la gracia del celebrado literato, campea la moral más sólida y la caridad del cristiano convencido, que entre las punzadas del aguijón de la crítica pone las mieles del amor al prójimo. Sólo así se comprende la profunda influencia que ejerce su lectura en todos los hogares, para contribuir, como quiere el autor, a la formación de una sociedad de hombres honrados, alta finalidad que sólo se consigue educando bien a los niños y... educando a los padres.

La mujer del porvenir por ESTEBAN LAMY, de la Academia Francesa, traducción de la 5.^a edición por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Un vol. de 212 páginas de 19 × 12 cms.

La acreditada revista agustiniana *La ciudad de Dios*, dice tratando de esta obra: «El tema es de indiscutible actualidad, y después de leer el libro, hay que decir que ha sido tratado de un modo magistral y profundo. Son admirables las grandes síntesis que el autor hace, al escudriñar o inquirir qué es lo que por la mujer, por elevarla y dignificarla, ha hecho la Iglesia por una parte, y qué todas las instituciones humanas, o más en general las fuerzas del hombre, bajo cualquier forma en que se hayan manifestado, respecto del mismo fin; y viénesse a concluir, obligados por la misma fuerza de los hechos, que todo lo que la mujer tiene, si a su dignidad nos referimos, lo debe a la Iglesia.»

Datos, ejemplos, autoridades de la Iglesia, todo está aquí reunido para derramar el fulgor de sus preciosas enseñanzas sobre esta magnífica trilogía en que divide el autor su trabajo: *Las mujeres y la ciencia*, *La mujer y los pensadores*, *La mujer y la enseñanza del Estado*. Sea, pues, éste el libro que manejen los padres de familia al preocuparse de la educación sólida de sus hijas; y los Directores de colegios católicos de señoritas verán sin duda en él el libro-recuerdo, inútilmente buscado hasta ahora, que desean entregar a las jóvenes al dejar definitivamente el Colegio.

La pureza por J. GUIBERT, Superior del Instituto Católico de París. Traducida por el P. JAIME PONS, S. J. Un volumen de 260 págs. de 19 × 12 cms.

Es el presente libro una obra maestra de tacto y discreción, cualidades difícilísimas de alcanzar tratándose de materia tan delicada. Tan notable es, en su género, que no tememos exagerar diciendo que es el que más acertadamente trata el problema de la pureza, el más grave de la juventud y aun de toda la vida. El fondo del libro es a la vez eminentemente humano y religioso.

Como punto verdaderamente notabilísimo de la obra merece citarse el capítulo que trata sobre el *cuándo* y el *cómo deben ser iniciados los niños en los secretos de la generación* antes de que se enteren de ello por algún compañero pervertido, como siempre sucede. Quiere el autor solventar la dificultad de muchos padres que no se atreven a tratar acerca de tales materias con sus hijos, y a este objeto escribe por extenso toda la conversación para que los padres y educadores se ajusten a ella, o al menos la den a leer *tal cual está* a sus hijos o educandos. Es un verdadero refinamiento de prudencia y de delicadeza.

Sacerdotes, padres, directores de colegios, maestros y educadores en general hallarán en este libro todo cuanto pueda desearse sobre tan importante materia; y nadie como ellos conoce la gran necesidad en que están de saberla tratar con el debido tino y miramiento.

Las Pasiones *Tratado práctico*, por el Rdo. P. LEJEUNE, Rectorista, con una carta del EMMO. SR. CARDENAL MERCIER, traducción por EMILIO ANGEL ROIG. Un vol. de 180 págs. de 19 × 12 cms.

De la educación de las jóvenes por FENELÓN, versión de
DOÑA LUISA REPOLLÉS DE
Yus. Segunda edición. Un volumen de 128 págs. de 19 × 12 cms.

Innecesario fuera hacer el elogio de este libro. ¿Quién no conoce el nombre de Fenelón, del virtuoso Arzobispo de Cambray, del autor del Telémaco, del Diálogo de los muertos, de Fábulas y de las famosísimas obras que compuso para la educación del Duque de Borgoña? Nos limitaremos, pues, a reproducir el índice del libro que es como sigue: Cap. I. Importancia de la educación de las jóvenes.—II. Inconvenientes de la educación común.—III. Primeros fundamentos de la educación.—IV. Peligros de la imitación.—V. Instrucciones indirectas: no hay que apurar a los niños.—VI. Del empleo de cuentos para los niños.—VII. Manera de inculcar en el espíritu de los niños los primeros principios de la religión.—VIII. Enseñanza del Decálogo, de los Sacramentos y de la Oración.—IX. Advertencias acerca de varios defectos de las jóvenes.—X. Vanidad de la belleza y de los adornos.—XI y XII. Deberes de la mujer.—XIII. Las ayas. Consejos a una señora ilustre acerca de la educación de su hija.

El educador Apóstol Su preparación y ejercicio de su apostolado. (A los maestros cristianos), por J. GUIBERT, Superior del Instituto Católico de París, traducción de la 14.^a edición, por el P. ANTOLÍN S. FERNÁNDEZ, Misionero del Corazón de María. Un vol. de 456 páginas de 19×12 cms.

EXTRACTO DEL ÍNDICE.—INTRODUCCIÓN.—*La Cruzada*.—PRIMERA PARTE.—PREPARACIÓN DEL EDUCADOR APÓSTOL.—I. *La salvación social por medio de la educación*.—El mal social. Decadencia física. Decadencia moral. Mal intelectual. ¿Podemos levantarnos? La salvación por la fe católica. Los obreros de la restauración cristiana. La educación, el medio más poderoso de regeneración.—II. *De la educación cristiana en sus diversos grados*.—Idea general de la educación. Sin religión no hay educación posible. Primera etapa: La familia, natural medio ambiente del niño. Influencia de la madre. Norma de conducta para los padres. Segunda etapa: Escuela primaria. Sublime oficio del instructor. El buen instructor. Escuela neutra. Educad cristianos. Tercera etapa: El colegio. Importancia de la educación de las clases directoras. Frutos del colegio católico. Obstáculos. Ideal del buen maestro. Cuarta etapa: Enseñanza superior. III.—*Formación del educador*.—Necesidad de la formación pedagógica. Piedad del educador. Sólida virtud. Celo apostólico. Ciencia del educador. Cómo se ha de enseñar a Jesucristo. Constancia del maestro. PARTE SEGUNDA.—EJERCICIO DEL APOSTOLADO.—I. *En clase*.—Primer objeto: La religión. Gusto por las cosas santas. Prácticas religiosas. Enseñad la fe. Segundo objeto: Enseñanza. Ciencia. El espíritu. Elección de libros. Lecciones de cosas. Historia. El Sol de la historia. La mies cristiana en la historia. Tercer objeto de la educación: La formación moral. El carácter. Sinceridad. Energía. Egoísmo. Honradez. Buenas costumbres. Urbanidad. El corazón. Niños apóstoles.—II. *Apostolado fuera de la escuela*.—Después de clase. Nuestros antiguos alumnos. Obras de celo. Acción sobre los Padres. *Conclusión*.—Tipo de educador apóstol. Cultivo de vocaciones. La dirección espiritual en los colegios.

El Niño por MONS. FÉLIX DUPANLOUP, Obispo de Orleans, versión del P. ANTOÍN S. FERNÁNDEZ, Misionero del Inmaculado Corazón de María. Un vol. de 318 págs. de 19×12 cms.

Más de treinta años consagrados por completo a la educación de los jóvenes, años que él mismo llama santos y felices, hicieron de Mons. Dupanloup un maestro consumado en este difícilísimo arte, una autoridad respetada y admirada por los más ilustres pedagogos; no tememos, por tanto, afirmar que la lectura de este libro será provechosisima a cuantas personas se interesen por la educación de la juventud; maestros, preceptores y pedagogos aprenderán en él, con la seguridad que da la experiencia, el método que en la educación deben emplear según el carácter y temperamento del niño, la clase de instrucción que más le conviene, el modo de transformar en virtudes sus defectos, la manera de conocer, dirigir y fomentar su vocación, en una palabra, todas las cuestiones que se debaten en la Pedagogía tienen en este libro acertada solución.

Es, además, absolutamente necesario a los padres de familia, muchos de los cuales no tienen en cuenta el inmenso influjo que la grande obra de la educación ejerce sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad entera, cuando es lo que debe ser, integral; es decir, cuando consiste en formar al hombre completo, o, como dice Dupanloup, cuando consiste en cultivar, desarrollar y fortalecer las facultades del hombre sin excepción.

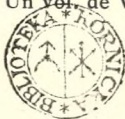
El Camino de la dicha. **La Bondad**, por CARLOS ROZÁN. Obra premiada por la Academia Francesa, versión de la 10.^a edición por el DR. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ. Un vol. de 238 págs. de 19 X 12 cms.

EXTRACTO DEL ÍNDICE: El bien.—Las riquezas.—Los egoístas.—El miedo al ridículo.—El amor a los placeres.—La justicia.—La indulgencia.—El ingenio.—El criterio.—El hijo.—El padre.—El amigo.—El hombre.—Conclusión.

El gobierno de sí mismo. *Ensayo de psicología práctica*, por el P. ANTONINO EYMIEU, versión de la 10.^a edición, por S. P. VICENS Y MARCÓ. Un vol. de 354 págs. de 19×12 cms.

Filosofía Popular. *Pensamientos, máximas y proverbios* por J. J. RODRIGUES DE BASTOS. Traducción de la 4.^a edición portuguesa por UN AMANTE DE SU PAÍS. Un vol. de 384 págs. de 19×12 cms.

La educación musical por ALBERTO LAVIGNAC, Profesor del Conservatorio de París, traducción de la 3.^a edición por FELIPE PEDRELL, Profesor del Conservatorio de Madrid. 2.^a edición. Un vol. de VIII y 448 páginas de 19×12 cms.





BIBLIOTEKA KÓRNICKA

118429

DO KORZYSTANIA W CZYTELNI